

Vistas literarias de Madrid entre siglos

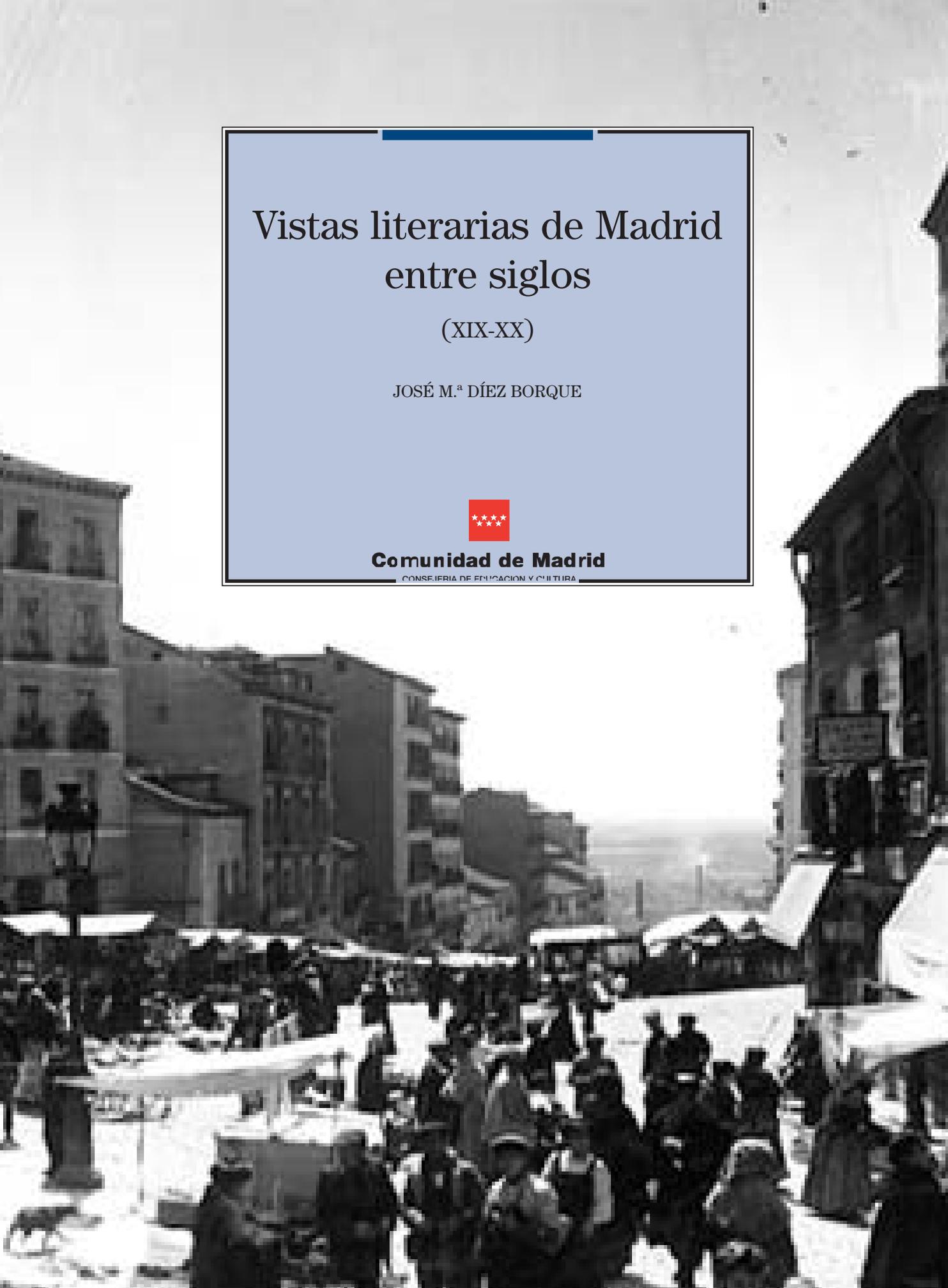
(XIX-XX)

JOSÉ M.^a DÍEZ BORQUE



Comunidad de Madrid

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y CULTURA



Vistas literarias de Madrid
entre siglos

(XIX-XX)

Vistas literarias de Madrid entre siglos

(XIX-XX)

JOSÉ M.^a DÍEZ BORQUE



Comunidad de Madrid
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y CULTURA



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Dirección Editorial:

Agustín Izquierdo

Gestión Administrativa:

Servicio de Publicaciones de la Consejería de Educación y Cultura

Diseño Gráfico:

Rafael Cansinos

Preimpresión y control de la producción:

Ilustración 10

© Comunidad de Madrid
Consejería de Educación y Cultura
Secretaría General Técnica, 1998

© De la introducción y selección de textos: José M.^a Díez Borque

Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/edupubli

edupubli@madrid.org

Agradecemos la colaboración a las personas y entidades que a continuación se relacionan.

Herederos de Azorín, Herederos de Miguel de Unamuno, Herederos de Rafael Cansinos Assens, Herederos de Manuel y Antonio Machado, Herederos de Ricardo de la Vega, Herederos de Eduardo Zamacois, Herederos de Luis Morote, Herederos de López Bago, Herederos de Antonio Casero, Herederos de Juan Ramón Jiménez, Dña. María Ángeles Ramón y Cajal, Dña. María Manzanera, D. Pío Caro Baroja, Dña. Gloria Llorca Blasco-Ibáñez, Dña. Aurora Dicenta Sánchez-Ucar, D. Juan Manuel de Maeztu, Instituto Cajal, Museo Municipal de Madrid, Calcografía Nacional, Museo del Prado de Madrid, Archivo Espasa-Calpe, Archivo Ruiz-Vernacci, Biblioteca Nacional de Madrid, Congreso de los Diputados, Museo Nacional

de Arte de Cataluña, Museo Nacional de Arte Reina Sofía, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Hemeroteca Municipal de Madrid, Editorial Castalia, Alianza Editorial.

Se han realizado todos los esfuerzos conducentes a la localización de autores y herederos para el abono de los Derechos de Autor. En algún caso no ha sido posible dicha localización. La Comunidad de Madrid reconoce en cualquier caso la existencia de los citados Derechos de Autor.

Impresión: B.O.C.M.
Tirada: 1500 ejemplares
Coste unitario: 2.006 pesetas
Edición: 11/98
ISBN:84-451-1529-4
Depósito Legal: M-43.117-1998

P R E S E N T A C I Ó N

Vistas literarias de Madrid entre siglos (XIX-XX) se propone recuperar la memoria literaria de nuestra ciudad a través de más de cincuenta obras del momento, acompañadas de imágenes significativas que fotografías, cuadros, grabados, dibujos, han preservado para nuestra mirada de hoy. Los perfiles de la ciudad con la variedad de ángulos de enfoque que van desde Galdós o Baroja a Zamacois o Trigo, desde Arniches a Dicente, desde Núñez de Arce a Manuel Machado, desde Maeztu a Pardo Bazán, nos hacen vivos hoy los afanes de la vida de entonces, pasados por el tamiz literario, en un momento tan importante de la vida madrileña.

Si siempre es ejercicio oportuno, y de justicia, el recuerdo de quienes nos precedieron y la memoria de vidas y lugares que ya no son, lo es más cuando se trata de momentos especiales significativos de una ciudad. Así ocurre con el Madrid de entre siglos (XIX-XX) con tan importante fecha como la de 1898, aunque no sea ésta la que articule, por voluntad del autor, la orientación y sentido de este libro. La crisis de fin de siglo, agravada por la pérdida de las colonias, pero con apertura a tiempos de renovación y cambio –por más que la dura vida diaria fuera la experiencia de la mayoría– dan a estos años de entre siglos –1895 a 1905– un especial significado, con gran relieve e importancia en Madrid.

A recuperar la memoria de tan apasionante momento va encaminado, como queda dicho, este libro. Los trabajos, los afanes, las miserias de nuestros ciudadanos de hace un siglo, pero también sus diversiones, culturas, preocupaciones por la causa pública, según lo contaron importantes escritores del período, saludable ejercicio de recuerdo y presencia, ofreciéndole al madrileño sus raíces próximas y al foráneo los variados perfiles de una ciudad.

Gustavo Villapalos Salas

CONSEJERO DE EDUCACIÓN Y CULTURA

Í N D I C E

INTRODUCCIÓN.....	11
I. PAISAJES DE MADRID: DEL ARRABAL AL CENTRO.....	17
1. Visión general de Madrid.....	19
2. Las afueras.....	27
3. Las calles y plazas.....	45
4. El parque. El jardín.....	65
II. VIDA DE CADA DÍA.....	69
5. La casa (lujosa).....	71
5-1. La casa (modesta).....	79
6. El vestido.....	92
7. El trabajo.....	101
8. El comercio.....	123
9. Los transportes.....	141
10. La casa de huéspedes. El hotel.....	145
11. El asilo. El hospicio.....	151
12. El hospital.....	157
13. El cementerio.....	163
14. La enseñanza.....	173
15. La iglesia.....	187
III. VIDA MARGINAL.....	195
16. El delito y su control.....	197
IV. ESPECTÁCULOS. DIVERSIONES. PASATIEMPOS.....	213
17. El carnaval.....	215
18. La verbena. El baile.....	229
19. Los toros.....	239
20. El teatro.....	251
21. El circo.....	267

22. El cine.....	283
23. El café. La taberna. El restaurante.....	285
24. Los deportes.....	301
25. Otros pasatiempos y juegos	305
V. CULTURAS (LITERATURA, BELLAS ARTES...)	309
26. Cultura e instituciones culturales.....	311
27. La literatura	321
28. Las bellas artes	337
VI. POLÍTICA. GUERRA. OPINIÓN PÚBLICA	347
29. La política.....	349
30. El ejército. La guerra.....	368
31. La prensa	385
BIBLIOGRAFÍA	407
AUTORES CITADOS	409

I N T R O D U C C I Ó N

La naturaleza no imita al arte, pero el arte, incluida la literatura, tampoco copia la naturaleza, sino que la recrea, de acuerdo con sus intenciones y las propias características del medio (pintura, escultura, literatura...). Sin entrar aquí en las tan complejas como debatidas cuestiones de los distintos tipos de imitación –ya desde Aristóteles–, realismo, literatura testimonial, etc., sí es oportuno, por el sentido de este libro, dejar claro que lo que se ofrece es una serie de vistas literarias de Madrid entre siglos –1895-1905– de la mano de una cincuentena de obras literarias aparecidas justamente en esos años, con la presencia de escritores significativos y de distintos géneros literarios. No es, por tanto, una simplista y desviada consideración de la literatura como testimonio documental la que guía estas páginas, sino que, desde las específicas características de lo literario, la intención es ofrecer una muestra suficiente y representativa de la visión de Madrid de finales del siglo XIX y comienzos del XX por novelistas como Galdós, Baroja, Azorín, Blasco Ibáñez, Zamacois, Trigo, López Bago..., dramaturgos como Arniches, Echegaray, Dicente, López Silva, Vega..., poetas como Núñez de Arce, Balart, Reina, Machado, Darío..., cronistas y tratadistas como Maeztu, Morote, Darío, Pardo Bazán, Valera... Se limita estrictamente la obra de estos escritores al período de 1895-1905, con alguna aislada y justificada excepción, pero de corta diferencia temporal.

Entenderemos el sentido de este libro si pensamos en Madrid como tema literarios, más que en la literatura como documento histórico, lo que no supone negar su carácter de ser fuente documental, pero dentro de sus propias y específicas condiciones de recrear estéticamente la realidad. Y en este sentido he de señalar, en particular, que he renunciado a los textos estrictamente periodísticos (aunque se hace alguna excepción con los de grandes escritores como Rubén Darío, Emilia Pardo Bazán, etc.), y que

varias de las poesías incorporadas tienen el valor de que frente a una inconcreción madrileña ofrecen una recreación poética de gran alcance evocador.

El hecho de que los textos literarios vayan acompañados de casi un centenar de imágenes de ese tiempo (fotografías, grabados, cuadros...) podría llevar a las no menos debatidas y complejas cuestiones de la vinculación literatura-imagen, texto-pintura, signos verbales-signos visuales, caligramas, emblemas..., y al fondo todo el apasionante debate teórico ut pictura poesis. Pero se comprenderá que, habida cuenta del sentido de la presencia de la imagen aquí, tampoco es lugar éste para enfrascarse en tan complejo debate teórico. Baste decir que si la pintura recrea, también lo hace la fotografía, y el alcance de su presencia en estas páginas es ofrecer un correlato visual de algunos aspectos significativos “descritos” por los textos literarios, per sin una estricta vinculación texto-imagen, por la extensión de los primeros y por los materiales existentes en ambos casos.

El aislar los textos literarios de su contexto puede producir alteraciones de interpretación, pero, de nuevo, estamos ante otro viejo problema teórico general: fragmentos y antologías. Sin que deje de existir el problema común, en este caso la intención es ofrecer una serie de visiones distintas, según la perspectiva de los distintos escritores, géneros y tendencias, de aspectos diversos de la vida madrileña entre siglos, de modo que complementariedad, contrastes, paralelismos..., sean resultados rentables de la lectura. Por ello estimo más pertinente explicar los criterios de ordenación temática y selección de los textos, que entrar en un debate inacabable sobre la parte y el todo, las antologías, las particularidades de los géneros literarios que, en todo caso, debería conducirnos al estudio de cada obra y autor, porque tampoco nos serviría hacer grandes bloques de movimientos y tendencias sobre el modo de ver y contar el Madrid de entre siglos. Pasaré, en consecuencia, a un breve comentario de la ordenación temática.

La multitud de textos seleccionados se articula, significativamente, en seis grandes apartados, que van del aspecto físico de la ciudad a política, guerra y prensa, tan pertinentes por el desastre del 98. La andadura se inicia en el apartado I (Paisajes de Madrid: del arrabal al centro) con una visión general de la ciudad, que se concreta después, en el espacio público, en barrios bajos, calles y plazas del Madrid urbano y parques, aunque,

voluntariamente, no llevo a cabo una estricta ordenación de topografía urbana, que habría exigido la presencia de muchos más textos para articular complementariedad y contrastes. A llenar de vida este espacio físico se encamina el apartado II (Vida de cada día). En el espacio privado de la casa, en el gran contraste entre la lujosa y la modesta, se inicia el camino que recorre trabajo, comercio, transportes, casa de huéspedes, es decir, la vida activa de cada día, pero también el de la indigencia, enfermedad, muerte y el de los valores de enseñanza y religión. Son los perfiles de la cotidianeidad en el Madrid de entre siglos. En contraste, la vida marginal del delito, su control y represión (Apartado III).

Frente a estos afanes de cada día, de la vida y de la muerte, estaba también la ciudad lúdica de la diversión, juegos, espectáculos, pasatiempos (Apartado IV). Junto a diversiones callejeras tan arraigadas en la vida madrileña de la época como carnaval, verbenas, bailes (o las que comenzaban, como el ciclismo), había espectáculos de larga tradición como los toros, sin que faltaran las polémicas, el teatro en su variedad de géneros (desde el sainete a la zarzuela, pasando por la comedia), el circo y el incipiente cinematógrafo. Pero no se podría entender la vida madrileña del momento sin conceder a cafés y tabernas la importancia que tuvieron: fuera como lugar de tertulias literarias, políticas..., fuera como lugar de encuentro, esparcimiento y animada conversación sobre lo divino y lo humano.

La literatura y las bellas artes son los núcleos de atención en el apartado V (Culturas), con referencia también a la actividad de algunas instituciones y valoración de conjunto. Para la literatura no interesan aquí unos planteamientos de crítica literaria, géneros, autores —que hubieran llevado a otras consideraciones y selección de textos—, sino unas pinceladas pertinentes de la vida literaria del momento. En cuanto a las bellas artes se ofrecen textos sobre la actividad artística. Es obvio que quedan fuera aquí de los numerosos cangilones de la noria cultural formas como la oralidad, el folclore, las tradiciones populares, etc., pero no sólo era necesario seleccionar, sino que la existencia de textos marcaba unos derroteros.

Por fin, política, guerra, prensa (Apartado VI). Aunque éste no sea libro que se explique y justifique por los acontecimientos de 1898, el ser Madrid el lugar de la política nacional, residencia de los reyes, y el propio

peso, inevitable, de la crisis de fin de siglo con la pérdida de las colonias y el significativo valor de la prensa obligaban a una presencia de textos literarios en este sentido.

Toda clasificación supone siempre encorsetar la realidad, sometiéndola a las limitaciones de unos compartimentos cerrados, y, naturalmente, no puede ser ajena a esto la “organización temática” que aquí se propone, como comprobará el lector en algunos textos que se desbordan hacia distintos temas, pero esto es inevitable.

En cada uno de los 31 apartados se dan unos testimonios gráficos –en semejante proporción, aunque con algunas variaciones según los materiales e importancia– para traer a la mirada actual edificios, calles, plazas, gentes, escenas, periódicos..., desaparecidos, pero que pudieron ver los escritores; es decir, el Madrid que transitaron, que vivieron y recrearon en su obra literaria. Aunque hay un rico y variado fondo de documentación gráfica periodística, que merecería la pena sistematizar, he de decir que los materiales fotográficos “exentos” para ilustrar varios aspectos del Madrid de entre los siglos no son tan abundantes, lo que obliga a echar mano de comunes testimonios. Trabajos previos para recolectar imágenes de Madrid en torno a la significativa fecha de 1898 obligaron a remover fondos de diversas instituciones –con la colaboración de varias personas y, especialmente, de Eduardo Salas– lo que ahora me es asimismo útil en la presencia aquí pertinente. Quiero agradecer la expresa autorización de las distintas instituciones : Museo, Biblioteca, Hemeroteca y Archivos municipales de Madrid; Museos del Prado, Reina Sofía, Arte Moderno, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando; Biblioteca Nacional de Madrid; Ateneo; Calcografía Nacional; Congreso; Archivos Ruiz Vernacci, Cajal, Espasa, y la rica colección Guirao de María Manzanera.

Último, pero no menos importante, es justificar y explicar lo que no está. Para seleccionar los textos que aparecen tome en consideración otras muchas obras literarias aparecidas en el período de tiempo aquí delimitado de autores como Coloma, Pereda, Campoamor, Tamayo y Baus, Miró, Ciges, López Pinillos, Benavente, Palacio Valdés, Pérez de Ayala, Sawa, Picón, Casero..., y después del exámen el resultado es el que ofrezco. Pero tengo que decir que no he podido ver de Enrique Gómez Carrillo: Sensaciones de

París y de Madrid, *pertinente por la fecha, 1900, ni algunas obras dramáticas de Luceño, Perrín y Palacio, etc.*

Queda por señalar que al pie de cada texto se da en abreviatura autor y obra, que remiten al apartado “Autores citados”, y las páginas. En dicho apartado se dan los datos completos de la obra en la edición utilizada, pero no se indica la fecha de la primera edición cuando no es ésta la utilizada. En los textos se procura respetar las peculiaridades gráficas –y en ocasiones ortográficas– de la edición empleada.

En la Bibliografía (pág. 407), se recogen sólo libros significativos sobre Madrid en la literatura de este período y Madrid e imágenes, pero se renuncia, porque no es del caso, a la bibliografía específica sobre los autores incluidos, historias, diccionarios, bibliografías, revistas..., sobre Madrid, con títulos importantes, que me hubiera gustado incorporar de haber sido otro el planteamiento.

En todo caso, más allá de estas explicaciones, lo fundamental es que el lector, a su aire y según sus intereses, se enfrente a la memoria de Madrid en los apasionantes años de finales del siglo XIX y comienzos del XX, según quisieron ver y contar un nutrido puñado de escritores importantes, con la ayuda de unos cuantos testimonios gráficos de la ciudad que ya no puede ver, vivir y transitar.

José María Diez Borque

I

PAISAJES DE MADRID:
DEL ARRABAL AL CENTRO



Eduardo Chicharro: *Tejados de Madrid*. 1899. Museo Municipal, Madrid.

1. *Visión general de Madrid*

Madrid se ofrecía a sus ojos hechicero y seductor como una promesa, con sus días frescachones y su cielo salpicado de esos coquetones cirrus otoñales que humedecen las calles con leves grupadas y sirven de pretexto para que las mujeres se recojan las faldas. Aquel cielo con aloca- mientos de mariposa, la afluencia de coches, el olor a tierra mojada, los escaparates de las tiendas, especialmente las de bisutería, con sus figuri- nas, sus estatuillas de mármol, sus relojes de bronce, sus jarrones torna- solados de Sévres y sus mil artísticas baratijas que daban grata ocupación a la vista; los edificios de cinco y seis pisos, tan diferentes de las modestas construcciones provincianas, y aquel ambiente de urbanidad y buen tono que parecía trascender a todo y revelarse en los detalles más nimios, cautiva- ban la atención de Elena dejando en su ánimo impresión imborrable.

ZAMACOIS (*Tik*, 62)

—Poco más de un año hace que vine a Madrid, sin conocer a nadie y con el temor de perder el tiempo y recibir algunos desengaños. Pronto saldré de él con mi porvenir asegurado, y lo que es mejor, dejando amigos leales como ustedes, a quienes estimo como si les conociera de veinte años atrás. No es Madrid tan malo como dicen, pues el que trabaja algo y se porta como es debido halla aquí quien le atienda, le aprecie y le ayude. Yo entré en esta casa por casualidad, y el trato que he recibido en ella ha sido excelente; he encontrado algunos amigos, y todos han sido excelentísimos; he luchado por ganar un puesto y lo he obtenido. ¿Qué más se puede apetecer? Yo creo que la mayor parte de los que se quejan, se quejan de vicio, o porque sus pretensiones son inasequibles por lo exageradas. Yo prometo solemnemente que doquiera que esté seré un defensor entusiasta de este Madrid, de que otros hablan tan mal, y guardaré vivo recuerdo del año que

aquí he vivido, y en particular de los amigos que dejo, cuya amistad no se ha de perder ni entibiar porque los azares de la vida nos lleven, hoy a unos, mañana a otros, en distintas direcciones. Convengamos, pues, en conservar esta amistad, y que Dios le dé a cada uno lo que tenga señalado en sus inescrutables designios.

GANIVET (*Trabajos*, 114)

—¿De dónde es usted? —le preguntó Godínez.

—Yo soy francés.

Nunca tenía razón. Era para desesperarse. Deseaba cuanto antes salir de España, y sobre todo de aquel Madrid *tan único* entre todos los grandes centros de población que había visto en Europa; de aquella animación, alegría y bullicio sanos y honrados que por todas partes encontraba; de aquel gozar de la vida, sobrepuesto con anhelo a cualquier otro, pero no de la vida material tal como la entienden los ingleses, por ejemplo, el disfrute que sintetizan en el *at home* y en la palabra *comfort*; no de la vida del placer insano, del vicio refinado que sorprende más que maravilla, que afemina la vitalidad más fuerte con los excitantes de las carnes de mujer perfumadas y cubiertas de sedas; esa vida parisiense que pone buenas salsas en malos manjares, magníficos grabados en pésimas obras, vicios contra natura en las prostitutas feas que son las más buscadas, y enseña a las mujeres honradas cómo deben hacer para no ser fecundas en el matrimonio.

Era la de los madrileños vida del espíritu y de la pasión; de la inteligencia, de la imaginación y del ingenio. Desbordamiento de palabras, derroche de frases y de ideas en los cafés, en los casinos, en la casa y en la calle. Y siempre así y todos así. El amor a lo bello y el buen gusto, no cultivados y aprendidos, como en Italia, sino como instintivos e innatos. Los hombres de ciencia eran sabios que no habían estudiado lo que estudiaban los alemanes porque les bastaba con haberlo leído. Una especie privilegiada, no tan latina, como contaban las historias; más árabe que latina y esto desde la antigüedad, desde Cartago.

LÓPEZ BAGO (*Separatista*, 109-110)



Aureliano de Beruete: *Pradera de San Isidro*. H. 1909. Museo del Prado, Madrid.

No. Ninguno de ellos manifestó el desesperado afán de lucro que él estaba acostumbrado a observar en los *peninsulares* que llegaban a Cuba. Al contrario. En ninguna parte pudo comprobar igual desdén por el dinero, idéntica prodigalidad y mayores pruebas de que consideraban la moneda casi como una cosa despreciable. Con desprecio profundo vio tratados a los que por conseguirla no vacilaban en realizar cualquier bajeza o simplemente un acto social censurable. Un día se dejó olvidada la cartera sobre el mostrador de una tienda y salió el dependiente corriendo tras él para devolvérsela; y en otra ocasión, al dar una limosna, como no se fijara en la moneda que entregó, el mismo pobre hubo de advertirle: «Señorito, las perras chicas de plata se llaman aquí pesetas. Y yo no tengo cambio.» —«Quédate con ella».

LÓPEZ BAGO (*Ibidem*, 108)

Vista desde allí, la población era monumental, soberbia. Pocas capitales de Europa parecían tan hermosas. Al frente, la enorme masa del Palacio Real, con sus pilastras salientes cortando negras filas de ventanas. A un lado, la colina del Príncipe Pío, coronada de cuarteles; el extremo opuesto, la cúpula de San Francisco el Grande y el Seminario. Arriba el cielo sin una nube, límpido, como si su azul lo hubieran lavado las últimas lluvias, con una diafanidad que absorbía y borraba instantáneamente el humo de las chimeneas. Abajo, en los declives que conducen al Manzanares, grandes masas de vegetación: las arboledas del Campo del Moro, de la Virgen del Puerto, de la cuesta de la Vega. La masa blanca del caserío partíase más allá del puente de Segovia, y una línea metálica, una barra horizontal y negra, unía los dos lados de esta corte, era el Viaducto.

Madrid, visto desde allí, parecía una capital portentosa, una imponente metrópoli. Entre el azul del cielo y el verde de los árboles alineábanse las más solemnes manifestaciones de su vida, sus más poderosas grandezas. La vivienda de los reyes en medio; a un lado, los cuarteles, sobre aquella colina que era el Monte de Marte de Madrid; al opuesto, el templo suntuoso, que parecía aplastar con su grandeza las casuchas inmediatas,

y otro cuartel sin armas, donde se albergaban los reclutas de la fe, vestidos de negro. Nada faltaba, era la imagen completa de la nación; toda parecía haberse concentrado en esta cara monumental de la gran villa. (...) La capital, dominadora y triunfante, parecía abrumar el espacio con su pesada grandeza. Reía destacándose sobre el azul del cielo, con el temblor de las grandes vidrieras de sus palacios heridas por el sol, con la blancura de sus muros, con el verde rumoroso de sus jardines, con la esbeltez de las torres de sus iglesias. No veía la muchedumbre famélica esparcida a sus pies, la horda que se alimentaba con sus despojos y suciedades, el cinturón de estiércol viviente, de podredumbre dolorida.

Era hermosa y sin piedad. Arrojava la miseria lejos de ellos, negando su existencia. Si alguna vez pensaba en los infieles era para levantar en sus afueras monasterios, donde las imágenes de palo estaban mejor cuidadas que los hijos de Dios, de carne y hueso; conventos de monstruosa grandeza, cuyas campanas tocaban y tocaban en el vacío, sin que nadie las oyese. Los pobres, los desesperados, no entendían su lenguaje; adivinaban lo falso de su sonido. Tocaban para otros, no eran llamamientos de amor; eran bufidos de vanidad.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1514-1515)

Volvió a ver Madrid ante él, con su enorme masa de gran ciudad, con torres en las que sonaban campanas y chimeneas enormes ennegrecidas de humo. Sentía asombro, inmensa extrañeza, por esta vida ruda y salvaje que le rodeaba, teniendo a la vista un gran núcleo de civilización. El pasado, duro y cruel, la infancia del hombre, apenas despojado de su primitiva animalidad, campaba a las puertas de una villa moderna.

(*Ibidem*, 1412)

La gran ciudad aparece a lo lejos, arriba, empinada, en grande, inmenso, formidable montón de paredones grises y rojizos muros, tejados resaltantes, humosas chimeneas, torres agudas, panzudas cúpulas, moles disformes que rompen violentamente el conjunto de diminutos tejadillos y sobresalen salpicadas de los puntitos negros de sus ventanas. El Observatorio, a la derecha, destaca su redonda silueta; cerca, contrastan con el uniforme gris las rojas paredes de la Escuela de Caminos; más allá, dominando la inacabable mancha negra, brilla la bola del Banco de España, radiante, áurea, luminosa. Lentamente va cambiando el cielo su añil intenso en sucio y triste gris. Enfóscanse las notas claras, piérdense las negras, vagas, inciertas, indecisas. La gran ciudad, en sus contornos, en sus ángulos, en sus distantes suburbios, se esfuma sombría y tétrica en la lejanía.

AZORÍN (*Diario*, 9)

El madrileño que alguna vez, por casualidad, se encuentra en los barrios pobres próximos al Manzanares, hállase sorprendido ante el espectáculo de miseria y sordidez, de tristeza e incultura que ofrecen las afueras de Madrid con sus rondas miserables, llenas de polvo en verano y de lodo en invierno. La corte es ciudad de contrastes; presenta luz fuerte al lado de sombra oscura; vida refinada, casi europea, en el centro, vida africana, de aduar, en los suburbios.

BAROJA (*Busca*, 59)

Bajo el cielo blanquecino de octubre, los campos se dilatan presentando paisajes multiformes de churriguerescos matices. A un lado, muy cerca, estaba el Hipódromo, con su vasto perímetro ondulante, por donde los caballos parecen correr en las dulces tardes primaverales, dejando tras

sí el polvillo dorado de las apuestas; sobre un altozano el Palacio de Bellas Artes reverberaba al sol con su altiva cúpula y sus paredes de cristal; más allá, el Canal de Lozoya serpeaba entre dos hileras de arbolillos que los fríos otoñales iban desnudando; una leve bruma velaba los confines del paisaje, poetizado por las aspas inmóviles de algunos molinos; y luego, avanzando de derecha a izquierda, la vista columbraba los barrios de Chamberí y Cuatro Caminos, por donde la vida de la coronada ciudad va propalándose rápidamente, con sus millares de pobres casucas y de modestos hotelitos que simulan huir hacia el horizonte, acurrucándose alrededor de Nuestra Señora de los Ángeles, que luce bajo el sol su esbelta torre de templo moderno; y después los campos de Amaniel, salpicados de ventorrillos, y La Moncloa perdiéndose en la obscura inmensidad verdosa de los bosques de El Pardo. Del otro lado, los paseos Castellana y Recoletos, con sus árboles amarilleados por el frío, aislaban el barrio de Salamanca del resto de la ciudad, pintando un brochazo de extraños y variados matices que culebreaba hacia la estación del Mediodía; y a la derecha Madrid, mudo y quieto bajo la inmensidad de la distancia, con sus tejados oscuros, cortados por paredes blancas, sus chimeneas bañadas en sol, sus Ministerios renegridos por la intemperie y el humo, especie de pulpos enormes que sostienen la raquítica existencia burocrática del pueblo cortesano; su antigua catedral de San Isidro, con sus viejas torres que los siglos desmocharon... Y más allá, el Palacio Real y San Francisco el Grande, rivalizando en altivez arquitectónica, esplendor y magnificencia.

Los invitados miraban, apreciando detalles que creían conocer.

ZAMACOIS (*Duelo*, 341-342)



Panorama desde las Vistillas. L. F. Guirao. Col. María Manzanera.

2.— *Las afueras*

Acto único

Cuadro primero

Una plazuela de los barrios bajos. Al fondo, dos casas separadas por un callejón que da a la calle de Toledo, y en cuyo fondo se ve la plaza de la Cebada. La casa de la izquierda tiene en su planta baja una tienda de ultramarinos con puertas practicables. La puerta de esta casa, practicable también, da al callejón. A la derecha, otra casa, y debajo una taberna con un rótulo que dice: *número 8.—Vinos y licores.—número 8*. La puerta de la taberna que da frente al público y la que da al callejón, practicables. En los laterales derecha, una casa de modesta construcción, y en el ángulo que forma esta casa con la taberna, el chiscón de un zapatero de viejo. En los laterales izquierda, otra casa, en cuya planta baja hay establecida una tienda de sillas, de las cuales vense algunas colgadas en la puerta. La muestra de la tienda dice: *La Mecedora.—Se ponen asientos, se forran sillerías*. El balcón de la casa de la derecha, que también es practicable, lleno de tientos con flores.

ARNICHES (Santo, 9-10)

«—Señores, una palabra: Nos ha rociao, pero no le hace, porque ahora sus vais a ir a la taberna que poseemos la señorita y yo, sita en el Campillo de las Vistillas, donde seguiréis la juega y nos salimos a los puestos de melones y sus invitaré a otra sandía mucho más obesa que la malograda, y se hace punto a este altercao con gotas, y ¡siga la alegría!»

El cuadro cuarto nos sitúa en dicho Campillo, con su mercado anual de melones, que —aunque es de noche— funciona. Varios vecinos, sentados en el suelo, comen sandías y melones; al fondo, se ve la Casa de

Campo y en primer término la taberna de la señá Antonia. Después de un diálogo y de un cantable alusivo a la mercancía en venta, prosigue la acción del sainete, ajena al lugar.

ARNICHES (*Sandías*, 365)

Hacía un día de sol espléndido, una tarde templada. Se sentaron en la puerta de la taberna de la Blasa. En una callejuela que se veía enfrente dormían los hombres tumbados a las puertas de sus casas; las mujeres correteaban de un lado a otro con las haraposas faldas recogidas, chapoteando los pies en la alcantarilla maloliente que corría por en medio de la calleja como un arroyo negro. Algunas de aquellas mujeres llevaban la colilla en la boca. Las ratas, grandes, grises, corrían por encima del barro, y algunos chicos desnudos las perseguían a palos y a pedradas. (...) Llegaron a una barriada, próxima al río, de chozas míseras, sin chimeneas, sin ventanas, con los techos formados por cañizos. Nubes de mosquitos se levantaban sobre las hierbas de la orilla.

BAROJA (*Mala*, 316-317)

Luego lo perdió de vista. El tranvía paró junto a los merenderos, y el joven lo abandonó, desfilando cerca de las barracas pintorreadas que exhalaban canciones de borrachos, músicas de organillos y olor a fritos; pasó el puente, sobre aquel arroyo pestilente de cieno y pingajos entre arena sucia, y llegó a lo alto del cerro por la carretera, en cuya alfombra de polvo se le hundían los pies.

Estaba solo en un campo miserable de rastros, cuyas ondulaciones se confundían en el crepúsculo, áridas y como desvencijadas unas en pos de otras en su propia desolación, hasta unas lejanas colinas que recor-

taban oblicuas el cielo, con líneas secas y discordantes de desastre, de sacudimiento, de roturas de terremoto. Cerca había un tejatillo abandonado, una choza entre los cortes de tierra y el suelo lleno de pedazos de ladrillo.

TRIGO (*Ingenuas*, 425-426)

Parecían las tres cabañas otros tantos montones de basura y escombros en los cuales una familia de topos hubiese abierto agujeros que eran puertas, galerías tortuosas que servían de habitaciones. Todos los despojos de la villa habían sido empleados en la edificación. Sólo a trechos veíanse algunos ladrillos y cascotes de los derribos; lo demás estaba construido con los materiales más heterogéneos, viéndose empotrados en la argamasa, a guisa de ladrillos, botes de conserva, latas de petróleo, cafeteras, orinales, hormas de zapatos, y junto con estos despojos, tibores rotos de porcelana, columnillas de alabastro, trozos de estatuas, todo al azar, según el desorden de la recogida diaria en Madrid.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1409)

Arranca de la explanada un camino o calle tortuosa en dirección a la puente segoviana. A la izquierda, conforme se entra en él, está la casa de corredor, vasta colmena de cuartos pobres que valen seis pesetas al mes, y siguen las tapias y dependencias de una quinta o granja que llaman de Valdemoro. A la derecha, varias casas antiquísimas, destartadas, con corrales interiores, rejas mohosas y paredes sucias, ofrecen el conjunto más irregular, vetusto y mísero que en arquitectura urbana o campesina puede verse. Algunas puertas ostentan lindos azulejos con la figura de San Isidro y la fecha de la construcción, y en los ruinosos tejados, llenos de jorobas, se ven torcidas veletas de chapa de hierro, graciosamente labrado. Al aproximarse, notando Benina que alguien se asomaba a una reja del piso bajo,

hizo propósito de preguntar; era un burro blanco, de orejas desmedidas, las cuales enfiló hacia afuera cuando ella se puso al habla. Entró la anciana en el primer corral, empedrado, todo baches, con habitaciones de puertas desiguales y cobertizos o cajones vivideros, cubiertos de chapa de latón enmohecido; en la única pared blanca, o menos sucia que las demás, vio un barco pintado con almazarrón, fragata de tres palos, de estilo infantil, con chimenea de la cual salían curvas de humo. En aquella parte, una mujer esmirriada lavaba pingajos en una artesa; no era gitana, sino *paya*. Por las explicaciones que ésta le dio, en la parte de la izquierda vivían los gitanos con sus pollinos, en pacífica comunidad de habitaciones; por lecho de unos y otros el santo suelo, los dornajos sirviendo de almohadas a los racionales. A la derecha, y en cuadras también borriqueñas, no menos inmundas que las otras, acudían a dormir de noche muchos pobres de los que andan por Madrid; por diez céntimos se les daba una parte del suelo, y a vivir. Detalladas las señas de Almudena por Benina, afirmó la mujer que, en efecto, había dormido allí; pero con los demás pobres se había largado tempranito, pues no brindaban aquellos dormitorios a la pereza. Si la *señora* quería algún recado para el ciego moro, ella se lo daría, siempre y cuando viniese la segunda noche a dormir.

GALDÓS (*Misericordia*, 227-228)

Silvestre bajó la calle de Segovia, pasó el puente, atravesó una plaza en donde se veían tenderetes con sus calderos de aceite hirviendo para freír gallinejas, siguió la carretera de Extremadura, y luego, apartándose de ella, echó a andar por la vereda de un descampado, dividido por varios caminos cubiertos de hierba. Pastaba allí un rebaño de cabras. Un pastor, envuelto en amarillenta capa, tendido en el suelo, dormía al sol tranquilamente. Se oían a lo lejos toque de cornetas y tañido de campanas.

Junto a una casa que se veía en medio del descampado se detuvo Silvestre. Era un caserón grande y pintado de blanco, derrengado e irregular; sus aristas no guardaban el menor paralelismo: cada una tomaba la

dirección que quería. Un sinnúmero de ventanas estrechas y simétricamente colocadas se abrían en la pared.

Sobre una de las puertas de la casa estaba escrito el letrero «TAHONA» con letras mayúsculas, sin H y con la N al revés.

Silvestre empujó la puerta y entró por un corredor de techo de bóveda y suelo empedrado con pedruscos como cabezas de chiquillo y un patio ancho y rectangular, con un cobertizo de cinc en medio, sostenido por dos pies derechos. Debajo del cubierto se veían dos carros con las varas al aire y un montón de maderas y ladrillos y puertas viejas, entre cuyos agujeros corrían y jugueteaban unos cuantos gazapos alegremente.

El patio o corral estaba cercado en sitios por una pared de cascote medio derruida; en otros, por una tapia baja de tierra apisonada y llena de pedazos de cristal en lo alto, y en otros, por latas de petróleo extendidas y clavadas sobre estacas.

Silvestre entró en el patio, y por una puerta baja pasó a la cocina. Allí, una vieja negruzca que parecía gitana estaba peinando a una mujer joven, sucia y desgñada, que tenía el pelo negro como el azabache.

BAROJA (*Aventuras*, 113-114)

Pues desde que vine andan buscándome unos y otros, no comprendiendo dónde me meto. Mis primeras salidas han sido a los sitios aquellos donde pasé mis juventudes, y mis primeras visitas a los rincones que encierran mis grandes recuerdos. Otros vienen a Madrid a ver los museos y los palacios y las novedades de la ciudad. Todo eso lo hay en París, y en Berlín y en Viena. Yo me salgo por el Campo del Moro al camino de El Pardo y me paro ante San Antonio de la Florida, y paso al puente de Segovia y de allí a ver a las que lavan y cantan, y luego vengo dando la vuelta por el cerro de las Vistillas y contemplo mi Madrid de siempre, siempre igual, siempre tomando el sol y cada vez más nuevo cuanto más viejo.

E. BLASCO (*Recuerdos*, 368)



Río Manzanares. H. 1900. Archivo Espasa Calpe.

El vehículo bajaba la cuesta del paseo de San Vicente, y dejando a la derecha mano la estación del Norte, siguió por la carretera de El Pardo. El aspecto del paisaje era triste: a la izquierda, por entre los solares que separaban unas casas de otras, aparecían los árboles de la Casa de Campo; árboles escuetos que formaban una masa negruzca y compacta de ramas sin jugo, y algunos trozos del Manzanares, con su raquíico caudal de aguas dormidas bajo un cristal de escarchas; delante de los pequeños mostradores colocados a la puerta de las tabernas, algunos obreros, embozados en sus bufandas, bebían aguardiente; desde un balcón una muchacha, con los indómitos cabellos caídos sobre la frente, y los brazos desnudos hasta el codo, sacudía una estera. El día comenzaba triste y húmedo; una ligera llovizna empañaba los cristales del coche; el vehículo cabeceaba penosamente, rebotando sobre los baches del suelo, que las lluvias de la noche anterior enlodaron. (...) Cerca del camino quedaba la pequeña iglesia de San Antonio de la Florida, donde la genial inspiración de Goya pintó legiones de brujas desperezándose en la penumbra de las bóvedas, y a la izquierda, un puente de madera tendido sobre el río. Los merenderos de la Bombilla, colocados a uno y otro lado de la carretera, estaban silenciosos y desiertos; en los jardinillos, junto a los árboles que el invierno deshojó, las mesas de mármol amarilleaban bajo la lluvia y la escarcha; en las galerías, rebozados en sus fundas oscuras, los pianillos mecánicos reposaban; los comedorcitos, hospitalarios como las alcobas, presentábanse, con sus verdes persianas herméticamente cerradas, tristes y mudos como jaulas vacías; sobre la barra de los columpios inmóviles, el agua solidificada por el frío dibujaba una arista argentina; los columpios yacían en el suelo invertidos, mostrando al cielo sus panzas pintadas; más allá, los árboles plantados sobre un campo limpio de hierbas, formaban un oquedal por donde las miradas podían dilatarse hasta muy lejos.

Había quedado atrás el pequeño puente del ferrocarril y el coche rodaba sobre la carretera húmeda, que por aquella parte se encajonaba entre dos altos repechos ondulantes y desiguales; los árboles trazaban a ambos lados del camino una doble muralla, extendiendo sus ramas peladas bajo el espacio ceniciento; la lluvia arreciaba, acribillando los cristales del coche, empañados por el vaho de las respiraciones, de puntitos brillantes. (...) El coche llegaba a la Puerta de Hierro, que cortaba el camino, irguiendo, bajo el cielo abrumado, su mole imponente de hierro y granito. A



un lado, cerca de la casucha donde tienen establecidas sus oficinas los dependientes del resguardo, dos guardias civiles montados, envueltos en sus largos capotes de montaña, descansaban; los caballos, molestados por la lluvia, piafaban coléricos, sacudiendo las cabezas. El coche continuó avanzando lentamente, bamboleándose sobre el suelo, que las ruedas de los camiones araron profundamente. A la izquierda, pasados unos ventorrillos puestos allí para mengua y gorja de los derechos de consumo, descendía en ligero declive hacia el río un campanillo sembrado de añosos árboles. El cochero quiso seguir, pero el caballo resbalaba sobre el barro y el vehículo se detuvo. Carmona y sus padrinos echaron pie a tierra.

ZAMACOIS (*Duelo*, 280-283)

En el cielo, ya despejado, nadaban nubes oscuras, blancas en los bordes, como montañas coronadas de nieve; a impulsos del viento corrían y despleaban sus alas; el sol claro alumbraba con rayos de oro el campo, resplandeciente en las nubes, las enrojecía como brasas; algunos celajes corrían por el espacio, blancos jirones de espuma. Aún no manchaba la hierba verde las lomas y las hondonadas de los alrededores madrileños; los árboles del Campo del Moro aparecían rojizos, esqueléticos, entre el follaje de los de hoja perenne; humaredas negruzcas salían rasando la tierra para ser pronto barridas por el viento. Al paso de las nubes la llanura cambiaba de color; era sucesivamente morada, plomiza, amarilla, de cobre; la carretera de Extremadura trazaba una línea quebrada, con sus dos filas de casas grises y sucias. Aquel severo, aquel triste paisaje de los alrededores madrileños con su hosquedad torva y fría le llegaba a Manuel al alma.

BAROJA (*Busca*, 171-172)

Lavadero en el Manzanares. H 1900. L. F. Guirao. Col. María Manzanera.

Era una mañana espléndida, de un día de primavera. En el sotillo próximo al Campo del Moro algunos soldados se ejercitaban tocando cornetas y tambores; de una chimenea de ladrillo de la Ronda de Segovia salía a borbotones un humazo oscuro que manchaba el cielo, limpio y transparente; en los lavaderos del Manzanares brillaban al sol las ropas puestas a secar, con vívida blancura.

(*Ibidem*, 189)

Bajamos, bajamos. Por la ronda de Valencia, salimos a un desaharrado barrio de hórridas viviendas mohosas, lavaderos, almacenes de trapos, pasadizos empedrados, torcidos, que se pierden en la negrura; empinadas escaleras, desvencijadas, lóbregas. En los balcones, rotos los cristales, hinchadas las maderas, sacan al sol blancas y remendadas ropas, pintorescos lienzos de mil desteñidos colores, magros, sobados, ahoyados colchones goteados de rojo, manchados de amarillo... Desgreñada, chancleteante, aupándose con ambas manos la falda, cruza de una acera a otra una comadre; un grupo de viejas, negras, silenciosas, *automáticas*, trico-tea, sentado en una puerta, con las largas agujas; gorjea un canario; sueñan los acompasados y recios golpes de un carpintero; tras un terraplén pasa rápidamente la chimenea humeante de una locomotora...

AZORÍN (*Diario*, 9)

Al anochecer entraron en un merendero de la hondonada de Amaniel. La muchacha habló débilmente de la necesidad de volver a casa enseguida; pero Isidro protestó. Su padre no iba a inquietarse por tan poca cosa; la creería, como otras veces, en casa de su compañera de Bellas Vistas. Tal vez a aquellas horas estaría ya en el ventorro de las Latas, preparando su marcha a El Pardo.

Unos faroles de papel iluminaban el merendero con difuso resplandor. Los tranvías viejos habían servido para su construcción, igual que en el barrio de las Carolinas. Los bancos, de movibles respaldos, procedían de una jardinera; los tabiques eran de persianas de ventanilla. Junto al techo, a guisa de friso, alineábase un saldo de fotografías amarillentas, mezclándose las vistas de la Habana y de los bulevares de París y Viena con reproducciones de la Fuente de la Teja y el Viaducto. Cabezas de angelotes pintarrajeadas y doradas, restos de una anaquelería de tienda presuntuosa, aparentaban sostener las viguetas del techo.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1434)

Abajo, en la Virgen del Puerto, sonaba el redoble de unos tambores; y Maltrana veía entre los árboles cómo marchaban al compás de las cajas los soldados nuevos, cual filas de hormigas, aprendiendo a marcar el paso. «¡Rataplán..., rataplán!», cantaban los parches; y el bohemio, en su contemplativa abstracción, creía entenderlos. Los tamborcillos le hablaban; parecía que adivinando sus pensamientos, le decían burlonamente: «Va a durar..., va a durar». Y no mentían. Mientras ellos redoblasen en este tono uniforme, mecánico, sin fiebre y sin locura, todo seguiría lo mismo.

Después, su mirada se fijaba en la parte de acá del río. Grandes tejados rotos, con anchas brechas por las que se colaba el aire y la lluvia. Eran caserones abandonados que servían de albergue a los miserables. Junto a ellos brillaban al sol las cubiertas de cinc herrumbroso y las latas viejas de las cabañas de los mendigos. El hormiguero de la miseria también estaba allí. También acampaban frente a esta cara de Madrid, que era la más hermosa, los vagabundos, los desesperados, los abortos de la sombra, toda la muchedumbre que él había visto una noche, con los ojos de la imaginación, rodando en torno de los felices, de la caravana dormida en el beatífico sopor del hartazgo.

Maltrana pensó en los traperos de Tetuán, en los obreros de los Cuatro Caminos y de Vallecas, en los mendigos y vagos de las Peñuelas y



Aureliano de Beruete: *Afuera de Madrid*. 1906. Museo del Prado.

las Injurias, en los gitanos de las Cambronerías, en los ladrilleros sin trabajo del barrio que tenía delante, en todos los infelices que la orgullosa urbe expelía de su seno y acampaban a sus puertas, haciendo una vida salvaje, subsistiendo con las artes y astucias del hombre primitivo, amontonándose en la promiscuidad de la miseria, procreando sobre el estiércol a los herederos de sus odios y los ejecutores de sus venganzas.

(*Ibidem*, 1514-1515)

Recorrieron el bosquecillo próximo al cuartel de la Montaña; algunos soldados y algunas prostitutas charlaban y fumaban en corro; siguieron la calle de Ferraz, y luego la de Bailén; cruzaron el Viaducto, y por la calle de Toledo bajaron al paseo de los Pontones.

El rincón donde habían pasado la noche anterior le ocupaba una banda de golfos.

Siguieron adelante, metiéndose en el barro; comenzaba a llover de nuevo. Propuso Manuel entrar en la taberna de la *Blasa*, y por la escalera del paseo Imperial bajaron a la hondonada de las Injurias. La taberna estaba cerrada. Entraron en una callejuela. Los pies se hundían en el barro y en los charcos. Vieron una casucha con la puerta abierta y entraron. El *Hombre-boa* encendió una cerilla. La casa tenía dos cuartos de un par de metros en cuadro. Las paredes de aquellos cuartuchos destilaban humedad y mugre; el suelo, de tierra apisonada, estaba agujereado por las goteras y lleno de charcos. La cocina era un foco de infección: había en medio un montón de basura y de excrementos; en los rincones, cucarachas muertas y secas.

Por la mañana salieron de la casa. El día se presentaba húmedo y triste; a lo lejos, el campo envuelto en niebla. El barrio de las Injurias se despoblaba; iban saliendo sus habitantes hacia Madrid, a la busca, por las callejuelas llenas de cieno; subían unos al paseo Imperial, otros marchaban por el arroyo de Embajadores.

Era gente astrosa: algunos, traperos; otros, mendigos; otros, muertos de hambre; casi todos de facha repulsiva. Peor aspecto que los hombres

tenían aún las mujeres, sucias, desgredadas, haraposas. Era una basura humana, envuelta en guiñapos, entumecida por el frío y la humedad, la que vomitaba aquel barrio infecto. Era la herpe, la lacra, el color amarillo de la terciana, el párpado retraído, todos los estigmas de la enfermedad y de la miseria.[...]

Eran aquellos andurriales sitios tristes, yermos, desolados; lugares de ruina, como si en ellos se hubiese levantado una ciudad a la cual un cataclismo aniquilara. Por todas partes se veían escombros y cascotes, hondonadas llenas de escorias; aquí y allí alguna chimenea de ladrillo rota, algún horno de cal derruido. Sólo a largo trecho se destacaba una huerta con su noria; a lo lejos, en las colinas que cerraban el horizonte, se levantaban barriadas confusas y casas esparcidas. Era un paraje intranquilizador; por detrás de las lomas salían vagos de mal aspecto en grupos de tres y cuatro.

BAROJA (*Mala*, 189-190; 192)

Maltrana, al levantarse, ajustaba sus cuentas con el padrastro, dándole lo que podía por el alquiler del cuarto. Luego se iban los dos, según su estado de fortuna, a comer lomo barato y cordero tierno en un horno de asados de los Cuatro Caminos, o gallinejas preparadas en los puestos inmediatos a Punta Brava.

Comían al aire libre, en una mesita redonda pintada de rojo, sentados en dos duros taburetes. Los tranvías llegaban con grandes cargamentos de gente madrileña; esparcíanse por hornos y tabernas las blusas y los mantones, los anchos sombreros y las negras gorras, buscando el vino y la carne, más baratos que en la villa, por expenderse al otro lado de la ronda de Consumos. Sonaban los pianos en atropellada melodía, matizando sus escalas con golpes de timbre; bailaban las parejas, dándose dos vueltas de vals en mitad de la comida; giraban los toldos de los tiovivos con sus caballitos y carrozas infantiles; asomaban con rítmica aparición por encima de los tejados los verdes esquifes de los columpios, con mujeres en pie,

agarradas a las cuerdas, chillando como gallinas, las faldas apretadas entre los muslos; y sobre el fondo azul del cielo, la percalina roja y oro de las banderas aleteaba en un ambiente de aceite frito y sebo derretido.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1392)

La campiña ofrecía un triste paisaje: a la izquierda, y en un extenso declive, aparecían varias casitas de arcilla y ladrillos; más allá estaba el barrio de Cuatro-Caminos, esbozándose sobre el fondo blanquecino del cielo; a la derecha se extendía un terreno inculto, yermo, y cerrando el horizonte el Canal de Lozoya, recortando una larga curva ondulante entre dos filas de árboles escuetos. Cuando llegaron al Canal torcieron a la izquierda, bordeándolo. La tarde declinaba rápidamente; de los campos desiertos ascendía una oleada de tristeza que aumentaba los tintes melancólicos del cielo encapotado; aquella naturaleza muerta, sin ruidos ni luces, reposando bajo las flotantes gasas de una neblina naciente, parecía un paréntesis de la vida, un inmenso templo abandonado.

—Voy fatigada —dijo Matilde—; ¿vamos a descansar un momento...?

El sitio donde se hallaban era demasiado alto, y buscando algún abrigo descendieron a una hondonada, acomodándose en el borde de un arroyo seco, entre un grupo de árboles desnudos. A la izquierda, y en el límite más lejano del cauce, había una casucha miserable, con cobertizo en la parte trasera; y junto a ellos, tres arcos muy bajitos de piedra, sobre los cuales corrían las aguas de Lozoya; aquel sitio, que en verano sería delicioso, parecía, en invierno y a tales horas, el esqueleto de la dicha.

ZAMACOIS (*Punto*, 46-47)

Cuatro Caminos es uno de los barrios más feos de Madrid; ocupa un terreno árido que se extiende a ambos lados de la carretera que conduce al pueblo de Tetuán, desde los verdes sotos de la Moncloa hasta el canal de Lozoya, que lo limita por su parte oriental.

Lo constituyen las ventas de Amaniel, el templo de Nuestra Señora de los Ángeles, cuyas blancas torres se dibujan alegremente sobre el fondo azul del cielo, iluminadas por el sol, con su bullicioso clamoreo de campanas y su risueño aspecto de iglesia moderna; dos conventos, muchos hoteles y algunas fábricas, y el caserío, que es pobre, formado en su mayor parte por casitas de un solo piso; casucas mal revocadas, con ventanas irregulares, protegidas por barrotes de hierro despintados; todas sucias, tristes, como si apreciaran la nostalgia de la miseria que sufren sus moradores y quisieran revelársela al transeúnte. Las calles están retorcidas y sin empedrar, y las gallinas y los cerdos circulan por ellas libremente, cacareando las unas encima de los estercoleros y hozando los otros en el fango de los baches; muchas no tienen numeración y las viviendas permanecen anónimas, esperando una cifra con la inalterable resignación de las cosas muertas.

El comercio es nulo; algunas tiendas, especies de bazares donde se venden ligas y pantalones de mujer, y boinas y botas de cuero blanco, para hombres, encajes y trencillas, un poquito de ferretería y quincalla, fajas, sombreros... También abundan las tiendas de géneros ultramarinos y las tabernas, estas últimas en asombrosa cantidad.

En invierno, las nieves y las lluvias convierten a la mayor parte de las calles en barrizales intransitables; en verano, el suelo, de naturaleza arenosa, desecado por el sol, desprende un polvo espeso que el viento barre, levantando nubes que ciegan al caminante y empercuden las paredes de las casas, estropeando la bonitura de los revocamientos.

El vecindario es pobrísimo; la mayor parte son obreros que trabajan en Madrid; otros están empleados en el Fielato y muchos viven consagrados a las faenas del campo y al contrabando. Por las noches, fiados en su habilidad o en la protección de algún guarda, conducen a campo traviesa su matute; pero no siempre los resultados corresponden a sus deseos, y entonces procuran obtener a tiros lo que con amaños y dádivas no consiguieron; son las sublimes tragedias del hambre, que van rodeando a Madrid en un círculo de sangre que empapó el suelo y permanece allí, esperando la hora de la venganza.

Las mujeres también se dedican a trabajos rudos; muchas mero-dean las cercanías, recogiendo leña para sus hogares y pordioseando, y otras lavan en una artesa, delante de sus casas, tomando el sol, con las faldas recogidas alrededor de la cintura y los robustos pies desnudos calzados con zuecos; las viejas se sientan, en los días bonancibles, junto a las paredes, a dormir con el pañuelo echado sobre el rostro para que la demasiada luz no deslumbre sus ojos cansinos; son las vencidas de la vida, despojos del combate titánico que la humanidad riñe a la miseria, y que sucumbirían si no tuvieran hijas que las amparasen; y sobre aquella vejez abatida y harapienta que bosteza al sol, corretean millares de moscas testarudas que vuelven si se las espanta, cual si olfateasen la carne que la muerte reparte en sus festines.

Hay varias escuelas públicas a donde concurren multitud de rapaces culirrotos y carisucios, que sólo saben rezar mal y meterse los dedos en las narices; entran muy temprano y salen a las cinco de la tarde, con la cartera de los libros terciada a la bandolera y las tentaciones de Caín; los más pequeños van en grupos, cogidos de las manos para resistir el empuje de los mayores, y los remendados pantaloncillos de pana sujetos al cuerpo con un tirante que les cruza por encima de un hombro, dividiendo sus bustos con una línea obscura, que parece un zodiaco de cuero; círculo máximo de aquellos cuerpos que el desaseo convirtió en planetillas habitados por legiones de insectos sanguinarios. Después el bullicioso enjambre de puntos negros se desparrama: unos juegan al toro en medio del camino, otros desaparecen por las callejuelas del barrio, caminando silenciosos a lo largo de las aceras, y algunos más independientes o menos sensibles a las reprimendas y pescozones paternas, se organizan en guerrillas y van a buscar camorra con los granujillas de Chamberí.

Estos detalles, considerados en conjunto, dan una fisonomía especial al barrio de Cuatro-Caminos; y con sus pobres viviendas de un piso, pequeñas y mal alineadas; sus calles anónimas y sin empedrar, abiertas algunas de ellas entre los paredones de dos huertas; sus mujeres desarrapadas, cantando y bailando al aire libre; sus viejas tripudas tomando el sol sentadas en el suelo, a lo largo de las paredes, y su chiquillería pependenciera, parece un pueblo del interior de Castilla a donde aún no ha llegado el ferrocarril, y que vive ignorado de los geógrafos, a la sombra de sus conventos.

En la parte oriental hay multitud de calles que apenas están bosquejadas; sin duda se pensó edificar por aquel lado, pero las obras se abandonaron y las edificaciones yacen inconcluidas; alrededor de ellas parecía circular ese aire frío que sopla en torno de las cosas muertas; se ven paredes aisladas, torcidas, que amenazan ruina, limitando solares que los vecinos han convertido en corrales; casas que quedaron sin cubrir y cuyas vigas podridas se desplomaron, formando un montón informe de escombros; de ellas, sólo quedan las paredes y los huecos donde las ventanas debieron ser colocadas; algunas, a quienes la paralización de los trabajos sorprendió en un mayor estado de adelanto, conservan los balcones y las puertas, que se abren o cierran, gimiendo lúgubrementemente, a impulsos del viento; otras son pobrísimas, y de ellas sólo restan paredones resquebrajados hechos con arcilla y pedruscos de diversos colores y tamaños. Estas ruinas yacen diseminadas, cortando la aburrida monotonía de los campos cultivados y dando a todo el barrio un tristísimo aspecto de pueblo abandonado. Sobre estas edificaciones se destacan las aspas de algunos molinos que mueve la brisa; es la nota alegre del paisaje, el acorde perfecto, sonoro, que recuerda la existencia febril de las fábricas, contrastando con aquel concierto de tristes melodías.

(Ibidem, 107-111)

3.— *Las calles y plazas*

El cochero simón que ni regatea ni discute la propina, el mozo del restaurant que habla conmigo de Cánovas y Sagasta mientras almuerzo, el conductor del tranvía que guía sus caballos y canta tangos o malagueñas, la chula de los tres pañuelos y medio, uno para el cuerpo, otro para el cuello, otro para la cabeza y la mitad del mantón para tapar la cara, el centinela que dice en voz baja, aunque lo fusilen: «¡Benditas sean las personas *asin!*», el transeúnte que me pide o me da fuego y la criada del hotel que me cuida como una madre..., todo esto me hace olvidar la vida vertiginosa de allá, el ruido y la balumba del Gran Boulevard, la prisa de la vida moderna...

Porque en este Madrid mío de mi alma, no hay nunca prisa, y una de las cosas que más me llaman la atención es la lentitud con que todo el mundo anda... Dijérase que todas las horas del día son horas de paseo, y que todo el mundo es millonario.

¡Y lo son, vaya si lo son cuantos van por la calle!

¿Qué es, en qué consiste la riqueza, sino en la carencia de necesidades? En la plaza de la Armería o en la entrada del Retiro he visto sentadas al sol personas de todas las clases sociales. Un cura, tres militares, seis amas de cría, uno así como cesante con buena ropa, viejos bien vestidos y niños sueltos cantando y bailando; gente *sobrada*, que toma el aire y el sol sin afanes ni ambiciones. Bástale al día su propio afán, dice el Evangelio, y ellos también.

Mi Madrid ha mejorado por el Prado y parece ya gran ciudad. ¿A mí qué me importa? Mi Madrid es el otro: el de los merenderos y los barquillos, de los paveros y las capas, de la parada y del sereno. A medida que progresa, perderá su color, y el día en que no se vean por las calles niñas bonitas que lo venden todo, pero acompañadas de una vieja, que es la dueña aquella de las comedias de capa y espada, se parecerá a Londres o a París y adiós mi dinero. En mi Madrid, los pobres piden limosna con guitarra, me llaman democráticamente y con lenguaje cristianísimo *hermano*; los balcones de las casas están siempre con mujeres asomadas, viendo



Enrique Martínez Cubells: *La Puerta del Sol*. H. 1900. Museo Municipal, Madrid.

pasar a la gente, lo mismo el día de fiesta que el día de trabajo; por donde quiera que se pasa hay una iglesia, una taberna y un ciudadano arrimado a la pared sin hacer nada; chiquillos que juegan al toro y voceadores de la Lotería. ¡Madrid puro!

Las guías impresas en francés o en castellano indican a los viajeros lo que hay que ver en Madrid y dan el programa de un día o de una semana. Mi guía es otra, y a todo el que haya pasado años sin ver la capital de España, le diré yo lo que ha de hacer, que es lo que hago yo para descansar de otras capitales, refrescar la memoria, renovar los afectos y gozar de la vida.

Por la mañana temprano. Abrir el balcón, recibir una ducha de sol, oír a los vendedores con sus músicas especiales. Tomar chocolate, con *buñuelos*.

E. BLASCO (*Recuerdos*, 368-369)

Madrid

4 de enero

Con el año entré en Madrid; después de algunos de ausencia vuelvo a ver el «castillo famoso». Poco es el cambio, al primer vistazo; y lo único que no ha dejado de sorprenderme al pasar por la típica Puerta del Sol, es ver cortar el río de capas, el oleaje de características figuras, en el ombligo de la villa y corte, un tranvía eléctrico. Al llegar advertí el mismo ambiente ciudadano de siempre; Madrid es invariable en su espíritu, hoy como ayer, y aquellas caricaturas verbales con que don Francisco de Quevedo significaba a las gentes madrileñas serían, con corta diferencia, aplicables en esta sazón. Desde luego el buen humor tradicional de nuestros abuelos se denuncia inamovible por todas partes. El país da la bienvenida. Estamos en lo pleno del invierno y el sol halaga benévolo en un azul de lujo. En la Corte anda esparcida una de los milagros; los mendigos, desde que salto del tren, me asaltan bajo cien aspectos; resuena de nuevo en mis oídos la palabra «señorito»; don César de Bazán me mide de una ojeada desde la

esquina cercana; el cochero me dice: «¡pues, hombre!...», dos pesetas, y mi baúl pasa sin registro; con el pañuelo que le cubre la cabeza, atadas las puntas bajo la barba, ceñido el mantón de lana, a garboso paso, va la mujer popular, la sucesora de Paca *la Salada*, de Geroma *la Castañera*, de María *la Ribeteadora*, de Pepa *la Naranjera*, de todas aquellas desaparecidas manolas que alcanzaron a ser dibujadas a través de finos espejuelos del *Curioso Parlante*; una carreta tirada por bueyes como en tiempo de Wamba, va entre los carruajes elegantes por una calle céntrica; los carteles anuncian con letras vistosas *La Chavala* y *El Baile de Luis Alonso*; los cafés llenos de humo rebosan de desocupados, entre hermosos tipos de hombres y mujeres, las getas de Cilla, los monigotes de Xaudaró se presentan a cada instante; Sagasta Olímpico está enfermo, Castelar está enfermo; España ya sabéis en qué estado de salud se encuentra; y todo el mundo, con el mundo al hombro o en el bolsillo, se divierte: ¡Viva mi España!

DARÍO (*España*, 42)

Y éste es el mismísimo Madrid que yo dejé, con sus calles llenas de gente, que va andando sin prisa, y sus plazuelas llenas de encapotados tomando el sol, y sus balcones llenos de jaulas y de ropa tendida y tiestos de albahaca, y los vendedores que gritan a la mañana el «De Miraflores, y a prueba», y la ristra de ajos y el conejo del monte. Siguen aquellos organillos despertándome con los valeses de Chueca, y las billeteras ofreciéndome el gordo, y los pobres pidiéndome limosna, teniendo *todos* siete hermanitos; y los novios hablando desde la calle con la novia, que está en el primer piso; y todo ello está bañado por un sol, ¡oh, el sol! Por él vine, y el día me lo paso bebiendo sus rayos, sin comprender ya por qué se vive aquí de noche, siendo tan hermosos los días.

Contraste melancólico forma todo esto con las grandes ciudades modernas. Somos, sin duda, más antiguos, pero tenemos nuestro sello especial y nuestro color, que no hay para qué perder, porque si fuéramos como

los demás, ya no seríamos nosotros, y yo creo que los pueblos deben tener su *personalidad*.

E. BLASCO (*Recuerdos*, 368)

Un vago y caprichoso sentimiento de propiedad le invadía. El Retiro, apacible bajo el sereno crepúsculo, y brillante con su desfile de gente y de carruajes, parecía algo así como un gran parque de “su casa”, “de su ciudad”, del Madrid que adivinaba al otro lado de los árboles, donde también eran un poco suyos, y hechos para los que como él vivieran en la capital suntuosa, los teatros, los círculos con sus bibliotecas y comodidades, las músicas, las calles, los comercios, las redacciones en que se sabía todo, los coches en que se podía pasear, las fiestas espléndidas, las celebridades artísticas que del mundo entero iban a exhibirse... Los placeres, en fin, los placeres de todas clases ofreciéndose al dinero, en perpetua y magnífica feria de la vida. Era el madrileño surgiendo de repente en el provinciano que no había venido nunca a la corte más que de paso y a envidiarla.

Su regreso al hotel, por las mejores calles, en que una muchedumbre feliz retornaba de los paseos, inspeccionada desde las ventanas de los cafés y las cervecerías por grupos alegres, no fue sino la toma de posesión continuándose. En cada detalle surgía la promesa de una comodidad; los tranvías subían y bajaban de dos en dos minutos, y los cocheros junto a la tablilla alzada y al paso de las carretas vacías cruzaban mirándole como para decirle: “¡Si estás cansado...!”; los periódicos se le ofrecían a la mano, en cada rincón y tras cada cristal; los anuncios de diversiones en los biombo al borde de la acera, las flores en los quioscos...

TRIGO (*Ingenuas*, 429)

A los primeros rayos del sol calló el músico, satisfecho, sin duda, de la perfección de su artístico trabajo, y una codorniz le substituyó en el solo, dando los tres golpes consabidos. El sereno llamó con su chuzo en las tiendas, pasaron uno o dos panaderos con la cesta a la cabeza, se abrió una tienda, luego otra, después un portal, echó una criada la basura a la acera, se oyó el vocear de un periódico. Poco después la calle entraba en movimiento.

BAROJA (*Busca*, 15)

Había comenzado el verano. Isidro juraba de desesperación viendo que todas las personas que podían ayudarle se ausentaban de Madrid. No encontraba trabajo: los editores paralizaban sus negocios; ningún traductor necesitaba ayuda; los semanarios ilustrados llenaban sus páginas con grabados representando el veraneo de los reyes y de la aristocracia en las playas del Norte, sin dejar espacio para un mal artículo.

Todos los malos olores de Madrid, dormidos durante el invierno, despertaban y revivían al llegar el calor. Las cuadras y vaquerías hedían con la fermentación del estiércol; las bocas de las alcantarillas humeaban la podredumbre de sus entrañas; hasta los caballos de los coches de punto, en sus largas esperas, levantaban la cola, impregnando el ambiente con el tufo de la cebada recogida y la paja putrefacta.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1466-1467)

Pero ya el coche arranca y se interna por la red de callejas entretejidas a espaldas del edificio de las Cortes; ya nos encontramos en otro Madrid silencioso, o por lo menos normal en su tráfigo, con transeúntes de

capita o blusa en las aceras, que requiebran a las modistillas y se paran ante las administraciones de lotería, soñando y eligiendo el bonito número; con carretas descomunales que obstruyen el arroyo y os detienen cinco minutos en contemplación forzosa de un ensangrentado costillar de vaca o de un ternero sacrificado; con mendigos tercos, que os refieren una historia de lágrimas, y si no soltáis los cinco céntimos, os hartan de maldiciones; con guindillas refugiándose en el más próximo *establecimiento*, a fin de disfrutar una miaja de descanso, que no es de hierro el hombre; con chulas de mantón y cursis de abrigo guarnecido de piel de gato; con niñeras a quienes siguen los pasos desmedrados soldadillos; con algún tío de manta llegado ayer de Tierra de Brutos de Arriba, y a quien acecha el avispaado timador; con el aspecto, en una palabra, peculiarísimo de la capital... El coche revuelve y se interna en la calle del Barquillo, a trozos ahogada y estrecha, a trozos de mejor respiración; y donde se prolonga, convirtiéndose por rebautizo en calle de Fernando VI, al lado de un palacio en construcción que da, entre la edificación sin carácter y sin tendencias de Madrid, la nota de un modernismo alegre y refinado, se para el vehículo y dentro de breves instantes nos encontramos en el gabinete de un conocido médico.

PARDO BAZÁN (*Vida*, 195)

Después de leer tres o cuatro veces, como si las letras nerviosas le revelaran el disgusto infinito de la amante a que por respeto no aludían, salió a la calle, aturdido con la niebla que las grandes desgracias irremediables le ponían en los ojos, bajo la frente ardorosa que le estallaba, oprimida por una corona de dolor. Bajó la Carrera de San Jerónimo y siguió el Prado hacia Cibeles vacilante e incapaz de pensar, tan ciego, que al salvar la barrera del paseo de coches tuvo un tálburi que refrenar su jaca para no atropellarlo... No veía delante, entre tanta gente que le codeaba, más que a Flora... “vestida de luto”... huyendo de él, de la mano con el infortunio en que se trocaba el ángel invisible de sus amores...

Necesitaba aire, soledad... Frente al palacio de Murga tomó el tranvía de las Ventas. Iba lleno, pero encontró asiento en la plataforma de atrás. El aire de la marcha le refrescaba; y el sol poniente, rasando los tejados de la calle de Alcalá y envolviendo a la multitud de ambas aceras en fino polvo de oro, le disparaba su luz, asomado como a una puerta allá entre el Café Universal y el Hotel de la Paz, tal que si estuviese caído y ardiendo en plena Puerta del Sol, nombre que, efectivamente, de dicha apariencia debía de venirle a la celebrada plaza...

Con estas huidas a lo trivial, de la imaginación que teme y retarda sumergirse en un problema inevitable e insoluble, fue la del joven a remolque del tranvía como un animal esquivo llevado con soga y a la fuerza, prendiéndose y resistiéndose en todas las salientes del camino... Así vio la cancela de El Retiro, con su arco de hierro y las doradas grandes letras: PARQUE DE MADRID; así vio la estatua de Espartero, aquel general de bronce plantado en mitad de la calle, tricornio en mano, cortés eterno que saludaba a los paseantes...; la avenida luego, estrechándose con sus hileras de árboles; la plaza de toros, la carretera, en fin, por donde volaba el tranvía, dejando atrás, en lenta marcha al cementerio, fúnebres carrozas que no quería ver Luciano: una con blanco ataúd de mujer, y seguida de un cordón de coches vacíos. ¿Por qué detrás de aquella muerte no iban más que cascarones del sentimiento?... El conductor, al paso de los caballos empenachados, silbaba un aire de zarzuelilla, cruzadas las piernas en el pescante; los demás coches fumaban y se volvían para bromear unos con otros...

TRIGO (*Ingenuas*, 424-425)

Este fielato lo he visto en lo que es hoy glorieta de Bilbao. Donde yo tuve mi primera barraca hay ahora un gran café. Todo eran desmontes, cuevas para gente mala; a Dios le quitaban la capa así que cerraba la noche; y ahora anda uno por allí, y todo son calles y más calles, y luz eléctrica, y adoquines, y asfaltos, donde estos ojos pecadores vieron correr conejos... Los antiguos cementerios han quedado dentro; los pobres que vivimos

cerca de ellos vamos en retirada, y acabaremos por acampar más allá de Fuencarral. Dicen que esto es el Progreso, y yo respeto mucho al tal señor. Muy bien por el Progreso...; pero que sea igual para todos. Porque yo, señor mío, veo que de los pobres sólo se acuerda para echarnos lejos, como si apestásemos. El hambre y la miseria no progresan ni se cambian por algo mejor. La ciudad es otra; los de arriba gastan más majencia; pero los medianos y los de abajo están en lo mismo. Igual hambre hay ahora que en mis buenos tiempos.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1376)

El cementerio de San Martín mostró sobre una altura su romántica aglomeración de rectos cipreses. La escuela protestante asomaba sobre las míseras casuchas su mole de ladrillo rojo. Marcábase en la ancha calle de Bravo Murillo la interminable hilera de postes eléctricos; unas filas de cruces blancas flameadas de arbolillos, y en el fondo, sumido en una hondonada, Madrid, envuelto en la bruma del despertar, con los tejados al ras del suelo, y sobre ellos, la roja torre de San Cruz con su blanca corona.

(*Ibidem*, 1366)

Ir al Retiro a ver caras bonitas; esas facciones finas, esos ojos negros, esos pies chiquititos. Lástima que se vean tantos sombreros sobre las cabezas femeninas, porque aunque sean de París, caen siempre mal. La mantilla se inventó por algo y olvidarla es pecado. Volver por la Carrera de San Jerónimo y oír al paso las conversaciones. Si el viajero ha corrido mundo, podrá observar que en todas las ciudades del mundo la gente va deprisa y habla siempre de dinero, negocios, francos, dollars, libras esterlinas. ¡Aquí no! Balanceándose y arrastrando los pies, los transeúntes

hablan de *lo otro*. Que si el gobierno caerá; que si la Fulana está con Fulano; que estoy perdido por la tal; que al tío aquél le voy a dar dos bofetadas. ¡Cosas naturales!

E. BLASCO (*Recuerdos*, 371)

Salió Silvestre de su nueva casa, tomó la calle ancha de San Bernardo y por la cuesta de Santo Domingo bajó a la plaza de Oriente.

El día era de otoño, templado, tibio, convidaba al ocio. En los bancos de la plaza, apoyados en la verja, tomaban el sol, envueltos en la pañosa parda, algunos vagos, dulce y apacible reminiscencia de los buenos tiempos de nuestra hermosa España. Silvestre comenzó a bajar por la Cuesta de la Vega. Desde allí, bajo el sol pálido y el cielo lleno de nubes algodonosas, se veía extender el severo paisaje madrileño de El Pardo y de la Casa de Campo, envuelto en una gasa de tenues neblinas. A la izquierda se destacaba por encima de algunas casas de la calle de Segovia la pesada mole de San Francisco el Grande, y de la humilde calle, hacia el lado izquierdo de la iglesia, se veía subir la escalera de la Cuesta de los Cojos: un rincón de aldea encantador.

BAROJA (*Aventuras*, 113)

A mediodía la madre de Maltrana le tomaba en uno de sus brazos y, pasando el otro por el asa de la cesta, iba en busca de su marido, el albañil. Comían en las aceras de las calles estrechas y pendientes, junto al pavimento de agudos guijarros; otras veces, en plena Castellana, a la sombra de un árbol, viendo pasar lujosos carruajes, que, heridos por el sol, echaban rayos de su charolado exterior, y sombrillas rojas y azules, graciosas cúpu-



Calle Fuencarral. 1895. Archivo Espasa Calpe.

las de seda, bajo las cuales marchaban señoritas elegantes, precedidas de niños enguantados y con huecos faldellines, que el hijo del albañil contemplaba con asombro. Sentábanse ante el hondo plato, en el cual volcaba la madre el pucherete de los días de abundancia o un pobre guiso de patatas al final de la semana. Las ráfagas del invierno cubrían la comida de polvo y hojas secas. Cuando rompía a llover apenas volcado el puchero, la familia se refugiaba en un portal para engullir el resto de su pitanza.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1378)

En Madrid, donde la calle profesional no existe, en donde todo anda mezclado y desnaturalizado, era una excepción honrosa la calle de Magallanes, por estar francamente especializada, por ser exclusivamente fúnebre, de una funebridad única e indivisible. Solamente podía parangonarse en especialización con ella alguna otra callejuela de barrios bajos y la calle de la Justa, hoy de Ceres. Esta última, sobre todo, dedicada galantemente a la diosa de las labores agrícolas, con sus casuchas bajas en donde hacen tertulia los soldados; esta calle, resto del antiguo burdel, poblada de mujeronas bravías, con la colilla en la boca, que se hablan de puerta a puerta, acarician a los niños, echan céntimos a los organilleros y se entusiasman y lloran oyendo cantar canciones tristes del presidio y de la madre muerta, podía sostener la comparación con aquélla, podía llamarse, sin protesta alguna, calle del Amor, como la de Magallanes podía reclamar, con justicia, el nombre de calle de la Muerte.

Otra cualidad un tanto paradójica unía a estas dos calles, y era que, así como la de Ceres, a fuerza de ser francamente amorosa, recordaba el sublimado corrosivo y a la larga la muerte; así la de Magallanes, por ser extraordinariamente fúnebre, parecía a veces una calle jovial, y no era raro

Calle de Toledo. H. 1900. Museo Municipal, Madrid.





Puerta del Sol. 1901. Museo Municipal, Madrid.



ver en ella a algún obrero cargado de vino, cantando, a alguna pareja de golfos sentados en el suelo, recordando sus primeros amores.

La plazoleta innominada, cruzada por la calle de Magallanes, tenía una parte baja por donde corría ésta y otra a un nivel más alto, que formaba como un raso delante de la parroquia. En este raso o meseta, con una gran cruz de piedra en medio, solían jugar los chicos novilleros de la vecindad.

Todas las casas de la plazoleta y de la calle de Magallanes eran viviendas pobres, la mayoría de piso bajo, con un patio grande y puertas numeradas; casi todas ellas eran nuevas, y en la línea entera únicamente había una casa aislada, una casita vieja de un piso, pequeña y rojiza.

BAROJA (*Aurora*, 30-31)

Estaba lloviendo a cántaros; Manuel llegó a la Puerta del Sol, entró en el café de Levante y se sentó cerca de una ventana. Huía la gente endomingada corriendo a refugiarse en los portales de la ancha plaza; los coches pasaban de prisa en medio de aquel diluvio; los paraguas iban y venían y se entrecruzaban con sus convexidades negras, brillantes por el agua, como un rebaño de tortugas. A la hora escampó, y Manuel salió del café; era todavía temprano para ir a casa; Manuel pasó por la plaza de Oriente y quedó en el Viaducto mirando desde allá a la gente que pasaba por la calle de Segovia.

BAROJA (*Busca*, 171)

Al cruzar la Puerta del Sol miró el reloj del ministerio de la Gobernación; eran las ocho. Cambió el paraguas a la mano izquierda y llevóse la derecha a la boca para alentar sobre ella e infundirla calor; después la guardó en el bolsillo del pantalón apretando mucho los dedos unos contra otros. Al entrar en la calle Montera oyó una voz estentórea que pregonaba: «¡Café

caliente!...» Y vio un grupo de vendedores de periódicos, colilleros, barrenderos y agentes de orden público, reunidos alrededor de un hombrecillo regordete que sacaba un brebaje obscuro y humeante de una no muy limpia cantimplora de hojalata colocada sobre un braserillo. Aquel cuadro de costumbres madrileñas trajo a Sandoval recuerdos de otros tiempos.

Iba caminando maquinalmente hacia la calle de Hortaleza y abarcando los detalles del cuadro. A su lado pasaban algunos obreros deprisa, con la gorra sobre las cejas, la nariz amoratada por el frío, la americanilla abrochada, los brazos cruzados sobre el pecho y las manos sobre los sobacos, para calentárselas con el calor del propio cuerpo; criadas madrugadoras que iban a la plaza envueltas...

ZAMACOIS (*Enferma*, 57)

En la Plaza Mayor

- ¡Zambombas y panderetas!
 —¡Señorita, un Nacimiento!
 —¡A ver quién quiere el pavito!...
 —¡Quién lo quiere... que lo vendo!
 —¿Cuánto vale?

 —Seis pesetas.
 —¡Anda Dios, por ese precio dicen «papa»!
 —Y dicen tate,
 y le arrullan a usted el sueño
 con el valche de las olas!
 —¿Hacen cuatro?
 —¡Ni una menos!
 —¿Es precio fijo?
 —¡Pues claro!
 —¡Pues ni que fuera su nieto,



Tenderetes en la Plaza Mayor. H. 1900. Museo Municipal, Madrid.

u algo asín de la familia,
pa no rebajarle el precio!
-¿Hacen cinco?
-¡No hace nada!
-¡Canario, cómo está el tiempo!
-¡Hijo, por Dios, si este pavo
cuasi cuasi está en los huesos!
-¡Pues déle ustez el aceite
de bacalao!
-¡Y un torrezno!
-¡U llévele a Panticosa!
-¡U que tome agua de hierro!
-¡La zambomba!
-¡La pandereta!
-¡Al bonito Nacimiento!
-¡Qué divertidos! ¡Qué alegres!
¡Que se va a marchar el ciego!
¡Quién pide más villancicos,
políticos, picarescos,
pa pasar la Nochebuena
con el estómago lleno
de tajadas y buen trago
y la gente a medios pelos!
-¿Qué pide usted por la noria
p'adornar el Nacimiento?
-¡Dos pesetas!
-¡Ahí van!
-¡Vengan!
-¿Serán buenas?
-¡Serán cuernos!
-Tié usted que llevar el burro
pá que se complete el juego
y dé vueltas a la noria.
[...]

CASERO (*Gatos*, 48-49)



4.- *El parque. El jardín*

[...]

¡Noble jardín, pensé, verde salterio
que eternizas el alma de la tarde,
y llevas en tu sombra de misterio
estrecho ritmo al corazón cobarde
y húmedo aroma al alma!, en tus veredas
silenciosas, mil sueños resucitan
de un ayer, y en tus anchas alamedas
claras, los serios mármoles meditan
inmóviles secretos verticales,
más graves que el silencio de tus plazas,
donde sangran amores los rosales
y el agua duerme en las marmóreas tazas.

[...]

A. MACHADO (“La tarde en el jardín” (fragmento), *Poesía*, 746)

El jardín negro

Es noche. La inmensa
palabra es silencio...
Hay entre los árboles
un grave misterio...
El sonido duerme,
el color se ha muerto.
La fuente está loca,
y mudo está el eco.
[...]

M. MACHADO (“El jardín negro”, *Alma*, 126)

Alameda del Retiro. L. F. Guirao. Col. María Manzanera.

Entre la bruma

¡El jardín solo! Un sol último enciende los brotes nuevos
que ayer mismo, entre la bruma, estallaron los almendros.

Entre la bruma de hoy, por el blancor verde y fresco,
negros, los mirlos se silban en el inmenso silencio.

En torno, el agua sonrío limpia, viva entre los fresnos,
ondulando de delicia su cuerpo desnudo lento.

(Jardines galantes)

J.R.J. ("Entre la bruma", *Leyenda*, 11)

El paisaje desde ella era espléndido. Sobre las orillas del río se extendía una niebla larga y blanca; los árboles de la Casa de Campo, enrojecidos por el otoño, formaban masas espesas de ocre y de azafrán; algunos chopos altos y amarillos, de color de cobre, heridos por el sol, se destacaban con sus copas puntiagudas entre el follaje verde oscuro de los pinos; las sierras lejanas se iban orlando con la claridad del día, y el cielo azul, con algunas nubes blancas, clareaba rápidamente...

BAROJA (*Aurora*, 240)

El tándem lo llevaban entre los cuatro, a remolque... Cuando llegaron al Retiro, era casi de noche, y las muchachas, que entraron en el café a preguntar, según dijeron, por sus bicicletas, salieron diciendo que la familia a quien encomendaron su custodia, se las había llevado. Entonces los cuatro se acomodaron en un banco, bajo un grupo de árboles, entre la sombra discreta; y allí fue el decirse ternezas al oído y pellizcarse y hociarse amorosamente a hurtadillas de los transeúntes. El día comenzó bien, y



Parque del Retiro. H. 1900. Archivo Espasa Calpe.

prometía concluir óptimamente, pues ellas aseguraron que en su casa nadie las esperaba, y que más tarde..., después del teatro... De pronto, quisieron montar en tándem. «Un poco más», decían. Ellos, por apreciar mejor las exuberantes perfecciones físicas de sus amigas, accedieron. «Ea, pues; una vueltecita alrededor del Estanque, y nos vamos. ¡Hale! ¡Daos prisa!...» Ellas montaron y partieron, lentamente primero, luego a escape, ayudando el esfuerzo de sus piernas con anadeos perversos: sus carcajadas desfallecían en el espacio debilitadas por la distancia. Pasaron diez minutos, quince... media hora... y las francesitas no volvían.

—¿Ni volvieron? —interrumpió Teresa impaciente.

—¿Qué habían de volver?... Acaso pedaleen aún derechamente camino de París.

ZAMACOIS (*Duelo*, 255)

Las perspectivas del largo paseo de Recoletos, las callejas del Retiro festoneadas de hierba, aquellos paisajes retocados y embellecidos por la mano experta de los jardineros, los puentes rústicos tendidos sobre arroyos artificiales, las estatuas colocadas en los recodos de los caminos y blanqueando entre la espesura como aquellas deidades inmortales habitadoras de los bosques helénicos; toda esa obra, en fin, donde el hombre imita y aun sobrepuja a la naturaleza, esclavizaba el espíritu de la gentil lugareña con la prestigiosa sugestión de lo nuevo. Y lo que más contribuía a este bienestar íntimo era el recuerdo de sus noches de amor, el dulce quebranto de su cuerpo, la laxitud de su carne, que acrecía la exaltación de sus nervios con una especie de lujuria imaginativa. Su temperamento perezoso de soñadora se acomodaba fácilmente a la nueva existencia, tan pródiga en diversiones como ayuna de quehaceres; y el verse libre de esas engorrosas pequeñeces que constituyen el aburrido programa de la vida doméstica y la persuasión de que los días sucesivos serían la repetición feliz de los anteriores, eran los dos óptimos encantos de su luna de amor.

ZAMACOIS (*Tik*, 62-63)

II

VIDA DE CADA DÍA



Sala en la casa de la calle de Atocha. L. F. Guirao. Col. M.^o Manzanera.

5.— *La casa (lujosa)*

Acto cuarto

La escena puede ser la misma de los actos anteriores, es decir, un salón de mucho lujo en casa de doña Concepción. Rompimiento en el fondo de tres claros muy grandes; más allá se ve otro pequeño salón, también muy elegante; de frente y en el centro de este último salón, un gran sofá o diván, y detrás, algo que adorne el muro o un balcón; este diván corresponde a la puerta del centro; sobre el diván y las mesas, telas, encajes, estuches, jarrones, pequeños cuadros y otros objetos artísticos; son regalos de boda. Se supone que la izquierda de este segundo salón comunica con las habitaciones de Enriqueta y Fernando, y que comunica la derecha con las demás habitaciones de la casa. En el primer salón, dos puertas con colgaduras: la de la izquierda da a un gabinete, sin otra salida; la de la derecha, a los salones principales. Además, a la izquierda hay una pequeña puerta de servicio. Mesas elegantes, espejos, araña en el centro, tapices, etc. En primer término, donde convenga para el juego de la escena, una mesita y un sofá. Por todas partes, regalos de boda, como en el segundo salón. Es de noche; los dos salones profusamente iluminados.

ECHEGARAY (*Mancha*, 1153)

A la hora fijada por el Sr. de Moreno Trujillo, ni un minuto más ni minuto menos, llamaba Benina a la puerta del principal de la calle de Atocha, y una criada la introdujo en el despacho, que era muy elegante, todos los muebles igualitos en color y hechura. Mesa de ministro ocupaba el centro, y en ella había muchos libros y fajos de papeles. Los libros no eran *de leer*, sino de cuentas, todo muy limpio y ordenadito. La pared del centro

ostentaba un retrato de Doña Pura, cubierto con una gasa negra, en marco que parecía de oro puro. Otros retratos de fotografía, que debían de ser de las hijas, yernos y nietecillos de D. Carlos, veíanse en diversas partes de la estancia. Junto al cuadro grande, y pegadas a él, como las ofrendas o ex-votos en el altar, pendían multitud de coronas de trapo con figuradas rosas, violetas y narcisos, y luengas cintas negras con letras de oro. Eran las coronas que había llevado la señora en su entierro, y que D. Carlos quiso conservar en casa, porque no se estropeasen en la intemperie del camposanto. Sobre la chimenea, nunca encendida, había un reloj de bronce con figuras, que no andaba, y no lejos de allí un almanaque americano, en la fecha del día anterior.

Al medio minuto de espera entró D. Carlos, arrastrando los pies, con gorro de terciopelo calado hasta las orejas, y la capa de *andar por casa*, bastante más vieja que la que usaba para salir.

El uso continuo de esta prenda, aun más allá del 40 de mayo, se explica por su aborrecimiento de estufas y braseros que, según él, son la causa de tanta mortandad. Como no estaba embozado, pudo Benina observar que traía cuellos y puños limpios, y gruesa cadena de reloj, galas que sin duda respondían a la etiqueta del aniversario. Con un inconmensurable pañuelo de cuadros se limpiaba la continua destilación de ojos y narices; después se sonó con estrépito dos o tres veces, y viendo a Benina en pie, la mandó sentar con un gesto, y él ocupó gravemente su sitio en el sillón, compañero de la mesa, el cual era de respaldo alto y tallado, al modo de sitial de coro. Benina descansó en el filo de una silla, como todo lo demás, de roble con blando asiento de terciopelo verde.

GALDÓS (*Misericordia*, 129-130)

Los pasaron a un gabinete amueblado con ese carácter deplorable, que es el encanto de los carpinteros y de los cursis, que se llama estilo modernista. Había desparramados por el cuarto sillones bajos, sillas blancas con las patas torcidas, y dos o tres veladores repletos de baratijas. En las paredes había, encuadrados en marcos blancos, algunos grabados ingles-

ses, en donde no se veían mas que mujeres delgadas, con el talle largo, un lirio en la mano y una expresión de estupidez desagradable. [...] El despacho era grande, de techo alto; tenía varios retratos al óleo, y, cerca de los balcones, había vitrinas llenas de miniaturas y sortijas. En el fondo había una chimenea encendida.

BAROJA (*Aurora*, 271-272)

Estaba en el despacho del personaje, habitación amueblada con la severidad que correspondía a un hombre de su importancia y su seso. Las sillas eran de cuero; las paredes, oscuras. En una librería alineábanse los tomos de las *Sesiones del Senado*, junto con memorias estadísticas y aranceles; volúmenes imponentes por el tamaño, impresos a expensas del Estado. Pendientes de los muros, en marcos coruscantes, exhibíanse varios títulos de individuo de honor de diversas sociedades, acreditando los méritos del marqués de Jiménez, y un tarjetón, prodigio de caligrafía, en el cual los compromisarios castellanos felicitaban a su *digno senador* por sus brillantes discursos en defensa de la protección de los trigos.

Un retrato al óleo, de tamaño natural, llenaba todo un lado del despacho. El marqués aparecía en el lienzo en pie, vestido de frac, con todas sus condecoraciones, apoyando un codo en la chimenea de su salón y sosteniendo con la diestra mano su frente cejijunta, cargada de pensamientos. Una obra maestra. Al contemplar Isidro este figurón con el pecho constelado de condecoraciones encontraba cierta semejanza a su poderoso amigo con varios prestidigitadores célebres. Después sintió ganas de reír ante la seriedad y el empaque con que el senador se mostraba en el retrato. Era un caballero que se hacía representar de visita en su propia casa.

El grave marqués, que trataba siempre a las gentes con tono protector, parecía titubear en presencia de Maltrana.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1416-1417)



Hotel de D. Antonio Espina. L. F. Guirao. Col. M.^a Manzanera.

La casa de Lázaro está cerca de la de don Juan Valera y el general Martínez Campos; y enfrente de la del duque de Frías, el gran señor de romántica vida que arrebatara en época hoy legendaria la mejor joya de la embajada inglesa... De los balcones se ve la casa de la novela —que costó la inmensa fortuna del duque— y, al dulce oro de una tarde que hubiera podido ser de primavera, hablábamos de esos sueños vividos.

Luego fui a visitar las telas viejas, los cuadros auténticos y admirables —¡oh, mi buen amigo Schiaffino, y cómo le he recordado! Lo de Tiépolo, cabezas dibujadas con la conocida magistral manera. Un hermosísimo cuadro de la época rafaelita, de tonalidad única, a modo de creerse imposible que se haya podido lograr la conservación de tanta riqueza de color. Un Ribera que desearían muchos museos; riquísimos trípticos bizantinos; retratos de valor histórico y de un abolengo artístico que desde luego se impone; y más y más preciadas cosas en que resalta con aristocracia absoluta, como soberano, santa «panagia» de esa casa del arte, un Leonardo de Vinci.

Esta presea de la pintura es un cuadrito pequeño, un retrato, el de un tipo seguramente contemporáneo de la Gioconda; maravilloso andrógino, de una fisonomía sensual y dolorosa a un tiempo, en la cual todo el poema de la visión del artista incomparable está cristalizada, como en un suave y prodigioso diamante. Es una «ficción que significa cosas grandes», como decía el maestro en palabras que han florecido en el alma d'annunziana. Me gusta más todavía este retrato enigmático que el mismo sublime retrato de Mona Lisa. La mirada está impregnada de luz interior; el cabello es de un efecto que sobrepasa los efectos esencialmente pictóricos; el ropaje —que es hermano de la Gioconda— muestra la mano original; y el fino y delicado plasticismo de las armoniosas facciones denuncia, clama la potencia del porfirogénito poeta-sapiente de la *Anatomía*, del príncipe de los maestros de la pintura de todos los siglos. Del Museo de Berlín vinieron a intentar llevarse tan magnífica obra, pero el dueño no quiso la buena suma de oro alemán. Al Louvre fue en persona a mostrar su tesoro, y también recibió propuestas. El cuadrito sigue imperante en tierra española.

Entre tanta rica colección de cosas de arte, me llaman la atención dos mantillas que pertenecieron a una altísima dama de la nobleza madrileña, que pasó sus últimos años en apuros y pobreza y tuvo un entierro modesto, humilde, después de haber recibido, en tiempos de pompa, a los

monarcas en sus salones. De ella era también un anillo de solitaria belleza, una perla cuyo oriente se destaca singular entre finas chispas, todo de un gusto de exquisitez hoy no usada, y que seguramente adornó en no muy lejanos tiempos dedos principales que muestran su gracia nobiliaria en los retratos de Pantoja. De ella asimismo una peineta que ostenta en su semi-círculo tantas amatistas como para las manos de diez arzobispos.

De las joyas en mi rápida visita paso a los libros: primero los incunables alemanes e italianos; eucologios de Amsterdam; hermosas ediciones de España, la espléndida de Montfort, de Sancha, de la Imprenta Real; varios infolios pertenecientes a la biblioteca del infante Don Sebastián; una crónica de Pero Niño, de severa elegancia tipográfica; rollos hebreos; pergaminos gemados de mayúsculas que revelan la fina y paciente labor de la mano monacal; sellos de Don Alfonso el Sabio; prodigiosas caligrafías arábicas; autógrafos de un valor inestimable. Buena parte de todo lo que adorna esta mansión fue expuesta en la Exposición Histórica europea y americana que se celebró en esta capital, con motivo del Centenario de Colón, y en el actual palacio de la Biblioteca y Museo de Arte Moderno.

DARÍO (*España*, 86-87)

Elisa habitaba en la calle del Prado un piso principal adornado con su excelente buen gusto de mujer aristocrática.

Los muebles del recibimiento y del comedor eran de nogal tallado, estilo Renacimiento; sobre la mesa, capaz para doce personas, pendía una magnífica araña de cristal, obra de Salviati; delante del espejo de la chimenea había un reloj de bronce entre dos palmeras enanas; cubrían las paredes costosos tapices de Watteau y Boucher, y exornaban los ángulos grandes jarrones de Delft, de suaves colores. El salón era una vasta habitación rectangular con tres balcones, decorada por una rica sillería de terciopelo blanco recamado en oro, del estilo Luis XIV más puro; los cortinajes de las puertas eran del mismo color y calidad; los testers principales estaban disimulados con cuadros dispuestos en artístico desorden, y grandes espejos venecianos que reforzaban y multiplicaban pródigamente las



Tocador de Luisa. Casa de la calle de Atocha. L. F. Guirao. Col. M.^o Manzanera.

dimensiones y luces de la sala; y sobre un centro de mármol y entre pintarrajeadas porcelanas de Vegdwod había una pecera donde jugueteaban diminutos pececillos multicolores.

Pero la habitación favorita de Elisa Conde era el gabinete contiguo al salón. Las rinconeras estaban adornadas con servicios japoneses de café y porcelana chinescas, y en el forro de los muebles y sobre las finísimas esterillas de junco que tapizaban las paredes había pajarracos zancudos que parecían revolotear sobre ríos de añil, y macaquitos de rostro redondo y cerámico, con ojos pequeñines y oblicuos, y los enclenques cuerpecillos abrigados bajo largos mantos de color escarlata; sobre la chimenea había un espejo que reflejaba las luces del salón y en el centro, y a modo de columna, la barra de una enorme sombrilla japonesa abierta que cubría el techo y llegaba a las paredes, dando al gabinete el pintoresco aspecto de una tienda de campaña. Cerca del balcón, bajo el pabellón formado por los cortinajes de la ventana, aparecía una estatua de mármol, imitación perfecta de la Venus Loca de Luxemburgo, que perpetuaba la belleza sin tacha de la antigua modelo: blanca, garrida, sensual, vivificada por aquel hálito soberano de juventud que el habilísimo artista supo derramar sobre ella, suavizando los contornos duros de la piedra y caldeando así aquellas tesuras frías que recordaban a la Elisa Conde de antaño, sin arrugas ni desmayos seniles. La estatua se hallaba de perfil ante un espejo y su parte posterior, iluminada por la luz de la ventana, brillaba alegremente sobre la superficie límpida del cristal... Y allí seguía, con su cabeza de loca caída hacia atrás, su seno levantado, su brazo derecho extendido presentando una copa vacía, su dorso quebrado, acentuando la concavidad de la cintura para realzar la pomposidad de sus nalgas de gozadora; todo ello brillando con el extremado pulimento de la carne joven y convidando al deleite, fecundo manantial de la vida, y a la borrachera, matriz del olvido o labrador santo que arranca del campo de la memoria la cizaña importuna de los recuerdos.

ZAMACOIS (*Tik*, 93-94)

5-1.— *La casa (modesta)*

Acto segundo

El teatro representa el interior de la casa en donde habitan ROSA y JUAN JOSÉ. Puerta al fondo, que supone ser la de la calle; una en el lateral derecho y otra en la izquierda.

En el primer término a la derecha, una cómoda de pino, pintada, desvencijada y resquebrajada por varios sitios; encima de la cómoda, dos floreros de loza con flores de papel, una imagen de barro y un quinqué de hoja de lata con pantalla de cartón verde; pegado a la pared, encima de la cómoda, un periódico taurino con el retrato de un torero; una mesilla baja de pino; tres o cuatro sillas de Vitoria en mal uso y un banquillo de madera, completan el mueblaje de la habitación. En los dos costados del fondo y pegados a la pared, dos números ilustrados de *La Lidia*. En la pared de la izquierda, un espejo de mano pendiente de un clavo. A la derecha, un brasero de hierro con tarima y sin lumbre, mediado de ceniza.

Al levantarse el telón aparecen en escena ROSA, ISIDRA y TOÑUELA. TOÑUELA y ROSA, sentadas en primer término junto a la mesa. ISIDRA, en pie, cerca de la puerta del fondo, como si acabara de entrar.

DICENTA (*Juan José*, 110)

...Porque ven aquí: tú vives
en la calle del Bastero
en una casa más vieja
que la Central de Correos.
¿Es verdaz?



Casa en la calle Pacífico. L. F. Guirao. Col. M.^a Manzanera.

—Verdaz.

—Ni tiés

más vista que un tendero
de intestinos, que corrompe
cuando hace un poco de céfiro;
agrega que el mengitorio
lo tenís a medio metro
del fogón, y que la alcoba
sos sirve de comedero,
y de salón de vesitas,
y de lugar de festejos;
pon que barrís en verano
una vez, y otra en invierno,
y ahora dí tú si el que vive
propiamente como un cero
(con perdón) pué molestar
por tan poco...

LÓPEZ SILVA (*Gente*, 418-9)

Dedicaron aquel día al cambio de muebles. Los que se iban embalaron unos pocos suyos y devolvieron los más, que eran alquilados, dejando sólo algunos chismes de cocina, que no valían la molestia de transportarlos, y las que se quedaban distribuyeron provisionalmente los muebles traídos de la estación, que eran, según nota escrita de puño y letra de doña Candelaria: una cama grande y tres pequeñas de hierro, cada una con un jergón, dos colchones de lana, un juego de almohadas y dos cobertores; un estrado completo en bastante buen uso, con dobles fundas blancas y de lona gruesa; doce cuadros, pintados por Colomba; una docena de sillas de paja, dos de cuero y un sillón de vaqueta; una cómoda; dos armarios; dos clavijeros de hierro y dos de madera; una mesa de sala, con su espejo, y dos más, una de comedor y otra pequeña de pino; un tocador con espejo y dos espejos más, sueltos; un cajón con varios santos de talla, dos de ellos, San José y la



Ramón Casas: *Interior*. H. 1890.
Museu Nacional d'Art de Catalunya. Barcelona.



Manuel Cusi: *Al lado de la estufa*. 1896.
Museu Nacional d'Art de Catalunya. Barcelona.

Virgen del Socorro, con sus correspondientes fanales; una caja con una guitarra y una bandurria; un cajón grande con varios efectos de cocina. Todos los demás objetos venían en tres grandes baúles llenos principalmente de ropa blanca de cama y vestir y de rollos de tela, antiguos vestidos que doña Candelaria había deshecho para teñirlos y arreglarlos para el luto, a fin de no comprar más que lo preciso, que era lo que traían puesto.

No es posible describir la colocación que los muebles enumerados tenían en el piso de la calle de Villanueva, porque fueron tantos los cambios que sufrieron, que no pasaba día sin que aquellas seis mujeres, solas y sin ocupación por el momento, no se entretuvieran ideando una nueva distribución de la casa y del moblaje. Ni la cocina, cuyo uso forzoso estaba indicado para las hornillas, carboneras, vasares, fregadero y caño de agua sucia, se vio libre de la acción revolucionaria de aquellas amazonas, que la convirtieron en comedor para que la hornilla y vasares hicieran las veces de repostero. Para guisar lo poco caliente que guisaban servía un anafe que doña Candelaria había traído, y que economizaba mucho carbón y trabajo de limpieza.

GANIVET (*Trabajo*, 144-145)

El comedor, un cuarto estrecho y largo, con una ventana al patio, comunicaba con dos angostos corredores, torcido en ángulo recto; frente a la ventana se levantaba un aparador de nogal negruzco con estantes, sobre los cuales lucían baratijas de porcelana y de vidrio, y copas y vasos en hilera. La mesa del centro era tan larga para cuarto tan pequeño, que apenas dejaba sitio para pasar por los extremos cuando se sentaban los huéspedes.

El papel amarillo del cuarto, rasgado en muchos sitios, ostentaba a trechos círculos negros, de la grasa del pelo de los huéspedes, que, echados con la silla hacia atrás, apoyaban el respaldar del asiento y la cabeza en la pared.

Los muebles, las sillas de paja, los cuadros, la estera, llena de agujeros, todo estaba en aquel cuarto mugriento, como si el polvo de muchos

años se hubiese depositado sobre los objetos unido al sudor de unas cuantas generaciones de huéspedes.

De día, el comedor era oscuro; de noche, lo iluminaba un quinqué de petróleo de sube y baja que manchaba el techo de humo.

BAROJA (*Busca*, 32)

Se pasaba dentro de la casa. Si era de día, encontrábase uno sumergido en las profundas tinieblas; lo único que denotaba el cambio de lugar era el olor, no precisamente por ser más agradable que el de la escalera, pero sí distinto; en cambio, de noche, a la vaga claridad difundida por una mariposa de corcho, que nadaba sobre el agua y el aceite de un vaso, sujeto por una anilla de latón a la pared, se advertían, con cierta vaga nebulosidad, los muebles, cuadros y demás trastos que ocupaban el recibimiento de la casa.

Frente a la entrada había una mesa ancha y sólida, y sobre ella una caja de música de las antiguas, con cilindros de acero erizados de pinchos, y junto a ella una estatua de yeso: figura ennegrecida y sin nariz, que no se conocía fácilmente si era de algún dios, de algún semidiós o de algún mortal.

En la pared del recibimiento y en la del pasillo se destacaban cuadros pintados al óleo, grandes y negruzcos. Un inteligente quizá los hubiese encontrado detestables; pero la patrona, que se figuraba que un cuadro muy oscuro debía de ser muy bueno, se recreaba, a veces, pensando que quizá aquellos cuadros, vendidos a un inglés, le sacarían algún día de apuros.

Eran lienzos en donde el pintor había desarrollado escenas bíblicas tremebundas: matanzas, asolamientos, fieros males; pero de tal manera, que a pesar de la prodigalidad del artista en sangre, llagas y cabezas cortadas, aquellos lienzos, en vez de horrorizar, producían impresión alegre. Uno de ellos representaba la hija de Herodes contemplando la cabeza de San Juan Bautista. Las figuras todas eran de amable jovialidad; el rey, con indumentaria de rey de baraja y en la postura de un jugador de nai-

pes, sonreía; su hija, señora coloradota, sonreía; los familiares, metidos en sus grandes cascotes, sonreían, y hasta la misma cabeza de San Juan Bautista sonreía, colocada en un plato repujado. Indudablemente el autor de aquellos cuadros, si no el mérito del dibujo ni el del colorido, tenía el de la jovialidad.

A derecha e izquierda de la puerta de la casa corría el pasillo, de cuyas paredes colgaban otra porción de lienzos negros, la mayoría sin marco, en los cuales no se veía absolutamente nada, y sólo en uno se adivinaba, después de fijarse mucho, un gallo rojizo picoteando en las hojas de una verde col.

(Ibíd., 17-19)

Habitaba en la calle de Pozas una buhardilla, y aquél fue el escondrijo donde Matilde y el pintor ocultaron sus amores. Unos días se citaban por la mañana, otros por la tarde, según lo permitiesen los obstáculos que ella tenía que vencer para salir; iban separados y el que primero llegaba esperaba al otro.

El cuarto constaba de una cocina muy pequeña y de dos habitaciones: una de ellas, la interior, era el saloncito, decorado con una consola con piedra de mármol y algunas sillas; en la otra, que tenía una ventana al tejado, había un lecho y un par de sillas, junto a un brasero que la previsión de Antonia Carrasco cuidaba de encender antes de que Claudio y Matilde llegasen; estas habitaciones estaban separadas por una puerta endeble, viejísima, bajo la cual quedaba un espacio de cuatro dedos.

Aquella alcoba fría, desmantelada, sin más abrigo que el ofrecido por el brasero y una esterilla de esparto, fue para el pintor la realización del paraíso prometido.

ZAMACOIS (*Punto*, 51)

Era la Corrala un mundo pequeño, agitado y febril, que bullía como una gusanera. Allí se trabajaba, se holgaba, se bebía, se ayunaba, se moría de hambre; allí se construían muebles, se falsificaban antigüedades, se zurcían bordados antiguos, se fabricaban buñuelos, se componían porcelanas rotas, se concertaban robos, se prostituían mujeres.

Era la Corrala un microcosmos; se decía que, puestos en hilera los vecinos, llegarían desde el arroyo de Embajadores a la plaza del Progreso; allí había hombres que lo eran todo, y no eran nada: medio sabios, medio herreros, medio carpinteros, medio albañiles, medio comerciantes, medio ladrones.

Era, en general, toda la gente que allí habitaba gente descentrada, que vivía en el continuo aplatanamiento producido por la eterna e irremediable miseria; muchos cambiaban de oficio, como un reptil de piel; otros no lo tenían; algunos peones de carpintero, de albañil, a consecuencia de su falta de iniciativa, de comprensión y de habilidad, no podían pasar de peones. Había también gitanos, esquiladores de mulas y de perros, y no faltaban cargadores, barberos ambulantes y saltimbanquis. Casi todos ellos, si se terciaba, robaban lo que podían; todos presentaban el mismo aspecto de miseria y de consunción. Todos sentían una rabia constante, que se manifestaba en imprecaciones furiosas y en blasfemias.

BAROJA (*Busca*, 86-87)

Daba el Corralón —éste era el nombre más familiar de la piltra del tío Rilo— al Paseo de las Acacias; pero no se hallaba en la línea de este paseo, sino algo metida hacia atrás. La fachada de esta casa, baja, estrecha, enjalbegada de cal, no indicaba su profundidad y tamaño; se abrían en esta fachada unos cuantos ventanucos y agujeros asimétricamente combinados, y un arco sin puerta que daba acceso a un callejón empedrado con cantos, el cual, ensanchado después, formaba un patio, circunscrito por altas paredes negruzcas.

De los lados del callejón de entrada subían escaleras de ladrillo a galerías abiertas, que corrían a lo largo de la casa en los tres pisos, dando

la vuelta al patio. Abríanse de trecho en trecho, en el fondo de estas galerías, filas de puertas pintadas de azul, con un número negro en el dintel de cada una.

Entre la cal y los ladrillos de las paredes asomaban, como huesos puestos al descubierto, largueros y travesaños, rodeados de tomizas reseacas. Las columnas de las galerías, así como las zapatas y pies derechos en que se apoyaban, debían haber estado en otro tiempo pintados de verde; pero, a consecuencia de la acción constante del sol y de la lluvia, ya no les quedaba más que alguna que otra zona con su primitivo color.

Hallábase el patio siempre sucio; en un ángulo se levantaba un montón de trastos inservibles, cubierto de chapas de cinc; se veían telas puercas y tablas carcomidas, escombros, ladrillos, tejas y cestos: un revol-tijo de mil diablos. Todas las tardes, algunas vecinas lavaban en el patio, y cuando terminaban su faena vaciaban los lebrillos en el suelo, y los grandes charcos, al secarse, dejaban manchas blancas y regueros azules del agua de añil. Solían echar también los vecinos por cualquier parte la basura, y cuando llovía, como se obturaba casi siempre la boca del sumidero, se producía una pestilencia insoportable de la corrupción del agua negra que inundaba el patio, sobre la cual nadaban hojas de col y papeles pringosos.

A cada vecino le quedaba para sus menesteres el trozo de galería que ocupaba su casa; por el aspecto de este espacio podía colegirse el grado de miseria o de relativo bienestar de cada familia, sus aficiones y sus gustos.

BAROJA (*Busca*, 81-83)

Emprendieron su camino presurosos por la calle de Mesón de Paredes, hablando poco. Benina, más sofocada por la ansiedad que por la viveza del paso, echaba lumbre de su rostro, y cada vez que oía campanadas de relojes hacía una mueca de desesperación. El viento frío del Norte les empujaba por la calle abajo, hinchando sus ropas como velas de un barco. Las manos de uno y otro eran de hielo; sus narices rojas destilaban. Enronquecían sus voces; las palabras sonaban con oquedad fría y triste.

No lejos del punto en que Mesón de Paredes desemboca en la Ronda de Toledo, hallaron el parador de Santa Casilda, vasta colmena de viviendas baratas alineadas en corredores sobrepuestos. Éntrase a ella por un patio o corralón largo y estrecho, lleno de montones de basura, residuos, despojos y desperdicios de todo lo humano. El cuarto que habitaba Almudena era el último del piso bajo, al ras del suelo, y no había que franquear un solo escalón para penetrar en él. Componíase la vivienda de dos piezas separadas por una estera pendiente del techo: a un lado la cocina, a otro la sala, que también era alcoba o gabinete, con piso de tierra bien apisonado, paredes blancas, no tan sucias como otras del mismo caserón o humana madriguera. Una silla era el único mueble, pues la cama consistía en un jergón y mantas pardas, arrimado todo a un ángulo. La cocinilla no estaba desprovista de pucheros, cacerolas, botellas, ni tampoco de víveres.

GALDÓS (*Misericordia*, 91-92)

[...]y lo que a mí me falta tenlo tú, y come y bebe, y emborráchate; y ten casa de balcón con mesas de *de noche*, y camas de hierro con sus colchas rameadas, tan limpias como las del Rey; y ten hijos que lleven boina nueva y alpargata de suela, y niña que gaste toquilla rosa y zapatito de charol los domingos, y ten un buen anafre, y buenos felpudos para delante de las camas, y cocina de *co*, con papeles nuevos, y una batería que da gloria con *tantismas* cazoletas; y buenas láminas del Cristo de la Caña y Santa Bárbara bendita, y una cómoda llena de ropa blanca; y pantallas con flores, y hasta máquina de coser que no sirve, pero encima de ella pones la pila de *Semanas*; [...]

(*Ibidem*, 82)

—Echa una cerilla —dijo el trapero.

Cuando lució sobre una cómoda un cabo de vela metido en el cuello de una botella, Isidro pudo ver entre temblonas sombras un antro más pequeño que la cuadra, con el techo de paja y las paredes llenas de escarpas, de las que pendían los numerosos harapos del vestuario de los viejos: faldas de gastada seda, levitones llenos de remiendos, sombreros de copa con la seda erizada y contraídos como si fuesen fuelles.

—Aquí hay señorío —dijo el trapero—. Eso no podrás negarlo. Mira esa cómoda; fíjate en esta cama, que debe de haber sido de algún duque. Huele a palacio así que se la ve. Son piezas que me costaron muy buenas pesetas allá en el Rastro. Fui a comprarlas a los parientes de la *Mariposa*, unos descastados que al verse ricos no conocen a la familia. Aún andamos a pleito por unas pesetas que no quiero dar... Pero fíjate, galán, que la cosa lo merece.

Y Maltrana tenía que mirar a la luz de la vela la alta cama de forma antigua, toda ella dorada, pero tan vieja, que en algunos sitios mostrábase el metal descascarillado y sin brillo, y en otros estaba verde, revelando su permanencia en olvidados desvanes, bajo grietas que filtraban la lluvia.

Después, *Zaratustra* enseñaba con orgullo de artista los adornos de algunos trozos de pared libres de guiñapos: estampas de santos, cromos de señoras en pelota o con bailarinas de color de rosa, todo recogido al azar, en el curso de la busca, y que inmediatamente tomaba sitio en el dormitorio con ayuda de tachuelas o pan mascado. Por fin, el trapero enseñaba lo mejor de la casa: unas cuantas tablas colocadas entre la cama y la pared, y en ella montones de gruesos platillos; docenas de tazas de la loza fuerte usada en los cafés; pilas de vasos metidos unos en otros.

—Si quisiera —dijo el tío Polo—, podría convidar a todo el barrio de las Carolinas sin tener que pedir prestado a nadie. Fíjate, criatura: di si tu abuela se ha visto nunca en tal abundancia. Esto parece un café de la Puerta del Sol.

Maltrana, a la luz indecisa de la vela, veía todos los platos rajados por negras líneas, las tazas con grietas o sin asas, los vasos con los bordes rotos. Eran despojos de los establecimientos cuya basura recogía Polo, y que éste había ido almacenando durante años, sin saber ciertamente qué utilidad podría sacar de esta colección que era su lujo.

El dormitorio no tenía otro respiradero que la puerta. El techo era tan bajo, que entre él y la cama sólo existía el espacio necesario para dormir tendido. Había que subir a ella deslizándose como por la boca de una madriguera. Isidro notó la falta de ventanas.

—Es lo mejor que tiene el dormitorio. Cuando hace frío o cuando hiela, duerme uno tan ricamente con el calor de la mula y del estiércol, que da gloria. Mira si estará abrigado esto, que hasta en invierno tenemos moscas. Ni en la plaza de Oriente están un día de nieve tan bien como aquí.

El trapero levantó la luz hasta el techo, tocando con cierto cuidado, como objetos frágiles y preciosos, las telas empolvadas que pendían de la paja.

—Mira...: telarañas. ¿Las ves? Aquí, allí, por todos lados. No tenemos ventanas y cristales y otras cosas superfluas y malignas para la salud; pero telarañas puedo apostar con el más rico a ver quién las tiene mejores.

Maltrana parecía desconcertado por la gravedad con que hablaba *Zaratustra*.

—Donde veas telarañas sólo veras salud —continuó—. Esto no lo saben los mediquillos de Madrid, que, porque leen libros, se burlan de los sabios como yo, que leemos en la tierra y en el cielo. En las casas de las ciudades no hay telarañas, y todos andan esmirriados, amarilluchos y mueren jóvenes. La telaraña es un regalo de Dios, que vela por nuestra salud. Tamiza el aire, le quita los malos bicharracos que dan las enfermedades, se come a los microbios y demás insectos...

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1411-1412)

6.— *El vestido*

La vieja le saludaba con cariño y respeto, viendo en él la gloria de la familia. Sus ojos lacrimosos y enrojecidos le miraban acariciadores; pero al mismo tiempo no se atrevía a tenderle los brazos, a poner en él sus manos negras y huesosas, con los dedos cargados de sortijas de latón. Su nariz de bruja y su barbilla saliente asomaban bajo un pañuelo rojo que le oprimía las sienes. Un trozo de mantón sujeto al talle con una cuerda servíale de corsé y de faja. El jubón era de seda negra, quemada por el tiempo, y se abría por todos lados, mostrando, al través de la urdimbre, en unas partes, la camisa de blancura amarillenta; en otras, la amojamada carne, de un tono verdoso de bronce oxidado. Calzaba pantuflas de distinto tamaño y color, una roja y otra azul, adquiridas al azar de la busca. La falda estaba matizada de grandes remiendos; pero bajo estos andrajos superpuestos aún se revelaba en varios sitios el bordado del primitivo terciopelo.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1389)

Después de tomar sendos vasos de agua, sentados todos al amor de la fuente, nos preparamos para saborear la varia e interesante lectura de aquel día memorable. Gaudente el viejo leyó su célebre proclama poética, y pudiera decirse patriótica, titulada *¡Viva la mantilla!*, en la que se cantaban las excelencias de la mantilla y se fustigaba sin misericordia el ridículo sombrero, inventado por las mujeres feas para sombrearse la cara, moda funesta que acabará por dar al traste con el carácter de las mujeres españolas.

GANIVET (*Trabajos*, 347)

Escena III



Una madrileña. H. 1901. Hauser y Menet. Museo Municipal de Madrid.

(ROSA e ISIDRA.)

ROSA. (*Volviéndose hacia la ISIDRA.*) Ya me peiné.

ISIDRA. ¡Vaya si estás guapa!... Vales... así como el doble que hace ocho meses.

ROSA. Es que el trabajo y las necesidades matan mucho... ¡Si aun no sé cómo yo...!

ISIDRA. ¡Locuras que hacemos las mujeres!... Gracias a que abriste a tiempo los ojos.

ROSA. (*Que mientras habla ha estado en el tocador, pasándose una borla de polvos por la cara.*) ¡Ya!... ¡Ya!... (*Contemplándose en el espejo del tocador.*)

ISIDRA. ¿Qué vestidos vas a ponerte?

ROSA. Esta misma falda y la blusa *encarnaa*. Allí la tengo, en aquel cuarto. (*El de la derecha.*) Voy a buscarla. (*Entra en el cuarto de la derecha.*) En seguida vuelvo.

ISIDRA. ¿Quieres que te ayude?

ROSA. (*Dentro.*) No hace falta. Sáqueme *usté* de ese armario el mantón.

ISIDRA. ¿Cuál de ellos?

ROSA. (*Dentro.*) El negro de Manila, *bordao*.

ISIDRA. (*Abre el armario de la izquierda del fondo.*) ¡Tienes aquí una tienda! (*Registrando entre la ropa.*) ¿Dónde tienes el mantón?

ROSA. (*Dentro.*) A la derecha; junto al vestido azul.

ISIDRA. Ya di con él. ¡*Cuidao* si es rico!... (*Mirando el mantón.*) Aquí te lo dejo; en esta silla. (*Deja el mantón sobre una silla. Sale ROSA de la habitación de la derecha, abrochándose la blusa.*)

ROSA. ¡Malditas mangas!... Cuesta un año metérselas.

ISIDRA. ¿Quieres algo más?

ROSA. Nada; hasta mañana. Deje *usté entornaa* la puerta de la calle *pa* cuando suba Paco. (*Sale ISIDRA por el segundo fondo, y deja entornada la puerta.*)

Escena IV

(ROSA; *al final*, JUAN JOSÉ.)

ROSA. (*Acabando de abrocharse la blusa delante del espejo.*) Ya está. Ahora, un pañuelito de sea al cuello. (*Se dirige al tocador, abre un cajón y hace como que busca en él; luego saca un pañuelo.*) Éste. (*Doblando el pañuelo y anudándose a la garganta.*) ¿Con qué lo sujeto?... Con el alfiler de oro. (*Coge un alfiler de oro del joyero y se dirige al armario de luna, donde acaba de arreglarse el pañuelo.*) Con esto, sobra pa que rabien de envidia la Indalecia y la Antonia. ¡La *verdá* es que no hay dos como Paco! (*Con alegría.*) ¡Esto es vivir a gusto! (*Entra por la puerta del fondo* JUAN JOSÉ.)

JUAN JOSÉ. (*Desde el fondo.*) ¡Por fin!...

ROSA. ¡Entran!... (*Sin volver la cabeza.*) ¿Eres tú?

JUAN JOSÉ. (*Avanzando con calma siniestra.*) ¡Sí, yo! No el que tú esperabas; pero soy yo. (ROSA *levanta los ojos y ve reflejada en la luna del espejo la figura de* JUAN JOSÉ.)

ROSA. (*Con espanto.*) ¡Juan José!... (ROSA, *con la cabeza baja.*)

DICENTA (*Juan José, 152-154*)

—Cómo, ¿vamos a pasarnos la noche aquí?

—Yo, sí —dijo Martina—; yo no salgo a la calle disfrazada de mamaracho. Te dije que no me gustan los mantones... que me revientan los mantones... ¡y, nada!... Te empeñaste... ¡Pues, toma mantones!

—Lo que dije —repuso Montero—, fue que te pusieses uno de los que tienes ahí; el azul, por ejemplo, es precioso.

—Está muy visto.

—¿Qué importa?

—Yo también lo prefiero al encarnado —agregó Carmen.

—No es que sea mejor ni más bonito que el de este hombre —dijo Joaquín—; pero es que un mantón carmesí no luce en una habitación tapizada de rojo. ¡Eso es de sentido común!...

El mercader, deseando mostrarse complaciente, afirmaba:

—El señor tiene mucha razón; mire usted... yo tampoco había caído en ello...

—Quisiste que fuese de color de sangre —prosiguió Joaquín—, y ahí tienes el resultado: sólo al diablo y a ti se os ocurre alquilar lo que hay en casa.

Discutieron largamente aquella fruslería de que parecía depender la felicidad de todos; Martina, aunque a regañadientes y tropezones, iba cediendo. Al fin, abrió el armario.

—Bueno —dijo—, voy a complacerte; siempre, al postre, eres tú quien había de quedar vencedor.

Y sonreía satisfecha de que la hubiesen rogado tanto. Joaquín Montero se volvió al mercader:

—¿Cuánto le debo?

—Ya ve usted, aunque la señorita no lleve el mantón... la molestia de traerlo. Además... he perdido la noche; ya no es hora... de alquilárselo a nadie...

—¿Y bien?

—Cuarenta pesetas.

Pagó sin regatear y agregó:

—Carmen; acompaña al señor...

Martina probó a colocarse el mantón de distintos modos; al fin se lo puso cogiéndole varios pliegues con un alfiler cerca del cuello, entre los dos omoplatos, lo que daba al pañolón un desgarró plebeyo, picante y gracioso. La Olivares giraba ufana, mimbreado el gallardo cuerpo, reconociéndose hermosa con su busto de estatua, largo y esbelto, y sus nudosos cabellos castaños adornados con claveles rojos; sobre el fondo encarnado del gabinete, bajo el suave resplandor lechoso de las lamparillas eléctricas, el mantón azul y blanco tenía el glaxis brillante y alegre de la porcelana. Martina había cogido su antifaz.

ZAMACOIS (*Duelo*, 234-235)

Escena callejera. H 1905. Fotografía de Santiago Ramón y Cajal.
Curiosa, como hembra, no pudo menos de guluznear en los paque-
Instituto Ciel. Madrid





Domingo de Ramos. Las Salesas. H. 1905. Museo Municipal de Madrid.

tes que llevó Ponte. «¿A ver qué trae usted ahí? Mire que no he de permitirle tirar el dinero. Veamos: un hongo claro... Bien, me parece muy bien. A buen gusto nadie le gana. Botas altas... ¡Hombre, qué elegantes! Vaya un pie; ya querrían muchas mujeres... Corbatas: dos, tres... Mira, Obdulia, qué bonita esta verde con motas amarillas. Un cinturón que parece un corsé-faja. Bueno debe de ser esto para evitar que crezca el vientre... Y esto ¿qué es?... ¡Ah! espuelas. Pero Frasquito, por Dios, ¿para qué quiere usted espuelas?

—Ya... es que va a salir a caballo —dijo Obdulia gozosa—. ¿Pasará por aquí? ¡Ay, qué pena no verle!... ¿Pero a quién se le ocurre vivir en este cuartucho interior, sin un solo agujero a la calle?

GALDÓS (*Misericordia*, 286)

Del arte exquisito para conservar la ropa no hablemos. Nadie como él sabía encontrar en excéntricos portales sastres económicos, que por poquísimo dinero *volvían* una pieza; nadie como él sabía tratar con mimo las prendas de uso perenne para que desafiaran los años, conservándose en los puros hilos; nadie como él sabía emplear la bencina para limpieza de mugres, planchar arrugas con la mano, estirar lo encogido y enmendar rodilleras. Lo que le duraba un sombrero de copa no es para dicho. Para averiguarlo no valdría compulsar todas las cronologías de la moda, pues a fuerza de ser antigua la del chisterómetro que usaba, era casi moderna, y a esta ilusión contribuía el engaño de aquella felpa, tan bien alisada con amorosos cuidados maternos. Las demás prendas de ropa, si al sombrero igualaban en longevidad, no podían emular con él en el disimulo de los años de servicio, porque con tantas vueltas y transformaciones, y tantos recorridos de aguja y pases de plancha, ya no eran sino sombra de lo que fueron. Un gabancillo de verano, clarucho, usaba D. Frasquito en todo tiempo; era su prenda menos inveterada, y le servía para ocultar, cerrado hasta el cuello, todo lo demás que llevaba, menos la mitad de los pantalones. Lo que se

escondía debajo de la tal prenda, sólo Dios y Ponte lo sabían.

GALDÓS (*Misericordia*, 158-159)

Una competencia ruinosa surgió entre Olivares y Luisita Luján, a quien el viejo marqués de San Juan continuaba protegiendo con mano pródiga. Martina traía del extranjero modas y gustos refinados que le inspiraban desprecio mal disimulado hacia sus antiguas amigas; las hallaba cursis, emplebeyecidas y amaneradas; eran pobres muchachas que no habían aprendido a perfumarse ni conocían el arte de desnudarse en una habitación con espejos hábilmente colocados; detestaba a los hombres con capa y a las mujeres de mantón, y olvidó los bailes andaluces a que siempre fue aficionada, viendo bailar en los salones cosmopolitas de Molino Rojo el loco canacán que permite a las mujeres enseñar las piernas bajo los volantes de sus faldas de seda. Sus trajes ceñidos fueron populares en las carreras, adonde iba guiando un ligero tálburi, acompañada de Panchito, metido en un frac rojo; al teatro, llevaba grandes chambergos negros que rodeaban su atrayente belleza rubia con un nimbo de azabache; sus joyas eran tantas y de tan superior calidad, que muchos las creyeron alquiladas; sus capas de pieles, triunfaban en el vestíbulo del teatro Real; hablaba lentamente frunciendo los párpados con estudiada laxitud de mujer inteligente que se aburre e interpolando en su conversación palabras exóticas... Estos repentinos humos de fastuosidad y encumbramiento irritaban a sus amigas, cuyas lenguas, convertidas por el odio en disciplinas y desuellacaras, recordaron los tiempos en que Martina Olivares confesaba haber andado descalza y pidiendo limosna por los andurriales de su pueblo. Estas disecciones crueles solían practicarse en casa de Luisita Luján.

ZAMACOIS (*Duelo*, 229-230)

7.— *El trabajo*

Al detenerse un instante en la cumbre del cerro, el joven volvió a ver los rosarios luminosos del alumbrado de los pueblos, la nube roja que se cernía sobre Madrid.

Descansaba la gran villa envuelta en discreta luz, mientras en sus lóbregos alrededores se agitaban los aventureros de la vida, sin miedo al peligro.

Maltrana, contemplando el lejano Madrid, creyó ver un símbolo de la vida moderna, de la desigualdad social implacable y sin entrañas.

Los dichosos, los ahítos, descansaban tranquilos al calor de una civilización cuyas ventajas eran los únicos en monopolizar. La caravana de los felices no quería ir más allá, creyendo haber visto bastante. Dormían en torno de la hoguera, acariciados por su tibio aliento, con el voluptuoso sopor de una digestión copiosa. Y más allá del círculo rojo trazado por las llamas, en el muro de sombras temblonas, tras las cuales estaba lo desconocido, brillaban ojos coléricos, sonaba el rechinar de las uñas al afilarse, estallaba el gruñido de las bestias hambrientas, cegadas por tanto resplandor. Los vagabundos del desierto social, los desertores de la caravana, los expulsados de ella, las fieras, los abortos de la noche, rondaban en torno del vivac, sin atreverse a salir del círculo de tinieblas, por miedo a afrontar la luz.

Los cegaba el fuego; intimidábalos con glacial escalofrío el brillar de las armas caídas junto a los durmientes. Amenazaban, rugían; pero los dichosos, sumidos en dulce sueño, no podían oír sus amenazas y sus mugidos.

Maltrana pensó que alguna vez la hoguera, falta de nuevos combustibles, se extinguiría poco a poco; y cuando sólo quedasen rojos tizones y las tinieblas voraces invadieran el círculo de la luz, vendría la gran pelea, la lucha en la sombra, el empujón arrollador de la muchedumbre, el asalto de los engendros de la oscuridad, para apoderarse de todas las riquezas de los felices; de los bagajes que contienen el bienestar, monopolizado por ellos; de las armas, que son su mejor derecho.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1406-1407)



Pavimentación de la calle de Sevilla. H. 1900. Museo Municipal de Madrid.

El señor José, al hablar de los rebeldes, sentía la cólera de un antiguo sostenedor del orden, moldeado por la disciplina. El guardia civil resucitaba bajo su blusa. Reconocía que todo estaba mal repartido, y que el pobre sufría mucho. Él mismo pasaba temporadas de horrible miseria, y su fin, cuando se sintiese viejo, sería mendigar en la calle o morir en el hospital. Pero si metían sus manos aquellos arregladores que predicaban contra los ricos, ¿quedaría el mundo mejor?...

—Cada uno para lo que ha nacido, y que se conforme con su suerte —continuó el albañil—. Yo también he visto algo, Isidro, aunque no sea letrado como tú... ¿Cuál es la cosa mejor organizada en todas las naciones y que marcha más derecha?... No me negarás que es el Ejército. Yo he pertenecido a él y le debo mi buena crianza. ¿Y qué pasa en el Ejército? Pues que los soldados son los más, y comen rancho y se joroban, y los oficiales, que son menos, y mucho menos los coroneles y los generales, comen perdices o lo que se les antoja, y viven mejor. Nombra a todos los soldados generales, como quieren algunos, y se acabó el Ejército; haz a todos los jefes soldados rasos, como piden otros, y no habrá quien dirija; total: el mismo resultado. Pues esto aplícalo a los paisanos, y comprenderás por qué pienso yo como pienso. Los que hemos nacido para soldados, a llevar a cuestras la mochila del trabajo, sin pensar en insurrecciones ni en hacer fuego por la espalda sobre los jefes. Tú, que has nacido para oficial, a coger pronto los galones, y a ver si algún día pescas la faja.

El señor José era escuchado en silencio por Maltrana. Al albañil gustábale hablar con hombres de estudios, que supieran distinguir. Aunque él fuese hijo de la Isidra, su educación convertíalo en hombre superior, casi en uno de aquellos seres que el antiguo guardia civil veneraba como pastores de la Humanidad, designados por un poder misterioso, que él no se tomaba el trabajo de conocer. Al lado del joven daba salida el albañil a su lenta verbosidad, con voz bronca y monótona. No podía hablar con los compañeros de trabajo; estaba en desacuerdo con ellos, le insultaban por reaccionario, por borrego, echándole en cara sus tiempos de guardia civil.

—Tú eres un sabio, Isidro —decía—; tú raciocinas, y por eso puedes comprenderme y hacerme justicia más que esos animales... ¿Y qué es lo que digo yo para que me llamen borrego? Que esto de que el pobre se ponga sobre el rico o a un igual suyo, y que el criado se monte sobre el amo, no pue ser. Que siempre ha habido unos con dinero y otros sin él, y siempre

será así. Que eso de los *metinges* y de las Sociedades sólo sirve para llenar de humo la cabeza del trabajador y echarlo a la calle a que le calienten las costillas. Lo que le importa al jornalero es encontrar donde le den jornal, y ser bueno, para que los señores le ayuden con la limosna... Y también me da rabia que en todos esos *metinges* se metan con los curas, y eso que, como tú sabes, hace un porción de tiempo que yo no voy a misa. Pero ¿qué mal hacen esos pobres señores de la sotana al trabajador? Ellos, al menos, dan algo: reparten limosnas, tienen asilos, se ocupan del pobre y predicán a los ricos para que se corran con dinero. Y los otros, que hablan en las reuniones sobre esos papas del socialismo y la anarquía, no dan ni un botón. ¡Qué han de dar, si son unos pelagatos!...

(*Ibidem*, 1392)

—No, no lo seré —exclamó Maltrana—. Presento la dimisión de la cartera; crisis total. Pero ¡déjame el pelo, niña, que me haces daño!

—Está bien —dijo Feli, más tranquila—. Te dejo; pero ¡cuidadito con faltarme a la palabra!... Lo que deseo es que algún día vivamos como esos matrimonios que no tienen que rabiarse por el puchero, que envían sus hijos a un colegio, tienen su buena casa allá en el barrio de Salamanca, salen a paseo juntos, y los días que hace mal tiempo se dan una vueltecita en coche, muy apegaditos, con los vidrios levantados. ¿Puede ser esto, Isidrín?... Tú escribirás mucho; escribe cuanto quieras; yo no he de enfadarme por eso. Pero sin cansarte, ¿eh?

(*Ibidem*, 1448)

Danzaban las claridades de las linternas de los serenos en el suelo gris, alumbrado vagamente por el pálido claror del alba, y las siluetas negras de los traperos se detenían en los montones de basura, encorvándose para escarbar en ellos. Todavía algún trasnochador pálido, con el cuello



Ricardo Baroja. *Los traperos*. Calcografía Nacional. Madrid.

del gabán levantado, se deslizaba siniestro como un búho ante la luz, y mientras tanto comenzaban a pasar obreros... El Madrid trabajador y honrado se preparaba para su ruda faena diaria.

Aquella transición del bullicio febril de la noche a la actividad serena y tranquila de la mañana hizo pensar a Manuel largamente.

Comprendía que eran las de los noctámbulos y las de los trabajadores vidas paralelas que no llegaban ni un momento a encontrarse. Para los unos, el placer, el vicio, y la noche; para los otros, el trabajo, la fatiga, el sol. Y pensaba también que él debía de ser de éstos, de los que trabajan al sol, no de los que buscan el placer en la sombra.

BAROJA (*Busca*, 297)

De fuera, apenas llegaba vagamente, y eso como un pálido rumor, el ruido lejano de la ciudad; reinaba un silencio de aldea; a intervalos, algún perro ladraba, algún carro resonaba al dar barquinazos por el camino y volvía el silencio, y en la cocina sólo se escuchaba el glu glu del puchero, como un suave y confidencial murmullo...

Manuel echaba una mirada de satisfacción, por la rendija de la puerta a la hondonada negra. En el corral, las gallinas picoteaban la tierra; un cerdo hozaba y corría asustado de un lado a otro, gruñendo y agitando con estremecimientos nerviosos; Reverte bostezaba y guiñaba los ojos con gravedad, y uno de los burros se revolcaba alegremente entre pucheros rotos, cestas carcomidas y montones de basura, mientras el otro le contemplaba con la mayor sorpresa, como escandalizado por un comportamiento tan poco distinguido.

Toda aquella tierra negra daba a Manuel una impresión de fealdad, pero al mismo tiempo de algo tranquilizador, abrigado; le parecía un medio propio para él. Aquella tierra, formada por el aluvión diario de los vertederos; aquella tierra, cuyos únicos productos eran latas viejas de sardinas, conchas de ostras, peines rotos y cacharros desportillados; aquella tierra, árida y negra, constituida por detritus de la civilización, por trozos de cal y de mortero y escorias de fábricas, por todo lo arrojado del pueblo

como inservible, le parecía a Manuel un lugar a propósito para él, residuo también desechado de la vida urbana.

Manuel no había visto más campos que los tristes y pedregosos del pueblo de Soria y los más tristes aún de los alrededores de Madrid. No sospechaba que en sitios no cultivados por el hombre hubiese praderas verdes, bosques frondosos, macizos de flores; creía que los árboles y las flores sólo nacían en los jardines de los ricos...

Los primeros días en casa del señor Custodio parecieron a Manuel de demasiada sujeción; pero como en la vida del trapero hay mucho de vagabundo...

Se levantaba el señor Custodio todavía de noche, despertaba a Manuel, enganchaban entre los dos los borricos al carro y comenzaban a subir a Madrid, a la caza cotidiana de la bota vieja y del pedazo de trapo. Unas veces iban por el paseo de los Melancólicos; otras, por las rondas o por la calle de Segovia.

El invierno comenzaba; a las horas que salían, Madrid estaba completamente a oscuras. El trapero tenía sus itinerarios fijos y sus puntos de parada determinados. Cuando iba por las rondas subía por la calle de Toledo, que era lo más frecuente, se detenía en la plaza de la Cebada y en Puerta de Moros, llenaba los serones de verdura y seguía hacia el centro.

Otros días se encaminaba por el Paseo de los Melancólicos a la Virgen del Puerto, de aquí a la Florida, luego a la calle de Rosales, en donde escogía lo que echaban algunos volquetes de la basura; seguía a la plaza de San Marcial y llegaba a la plaza de los Mostenses.

En el camino, el señor Custodio no veía nada sin examinar al pasar lo que fuera, y recogerlo si valía la pena; las hojas de verdura iban a los serones; el trapo, el papel y los huesos, a los sacos; el cok medio quemado y el carbón, a un cubo, y el estiércol, al fondo del carro.

Regresaban Manuel y el trapero por la mañana temprano; descargaban en el raso que había delante de la puerta, y marido y mujer y el chico hacían las separaciones y clasificaciones. El trapero y su mujer tenían habilidad y rapidez para esto, pasmosa.

Los días de lluvia hacían la selección dentro del cobertizo. En estos días la hondonada era un pantano negro, repugnante, y para cruzarlo había que meterse en el lodo, en algunos sitios hasta media pierna. Todo en estos días chorreaba agua; en el corral, el cerdo se revolcaba en el cieno;

las gallinas aparecían con las plumas negras, y los perros andaban llenos de barro hasta las orejas.

Después de la clasificación de todo lo recogido, el señor Custodio y Manuel, con una espuerta cada uno, esperaban a que vinieran los carros de escombros, y cuando descargaban los carreros, iban apartando en el mismo vertedero: los cartones, los pedazos de trapo, de cristal y de hueso.

Por las tardes, el señor Custodio iba a algunas cuadras del barrio de Argüelles a sacar el estiércol y lo llevaba a las huertas del Manzanares.

Entre unas cosas y otras, el señor Custodio sacaba para vivir con cierta holgura; tenía su negocio perfectamente estudiado, y como el vender su género no le apremiaba, solía esperar las ocasiones más convenientes para hacerlo con alguna ventaja.

El papel que almacenaba se lo compraban en las fábricas de cartón; le daban de treinta a cuarenta céntimos por arroba. Exigían los fabricantes que estuviese perfectamente seco, y el señor Custodio lo secaba al sol. Como a veces querían escatimarle en el peso, solía meter en cada saco tres o cuatro arrobas justas, pesadas con una romana; en la jerga del talego pintaba un número con tinta, indicador de las arrobas que contenía; estos sacos los guardaba en una especie de bodega o sentina de barco que había hecho el trapero ahondando en el suelo del cobertizo.

Cuando había una partida grande de papel se vendía en una fábrica de cartón del Paseo de las Acacias. No solía perder el viaje el señor Custodio, porque además de vender el género en buenas condiciones, a la vuelta llevaba su carro a las escombreras de una fábrica de alquitrán que había por allá, y recogía del suelo carbonilla muy menuda, que se quemaba bien y ardía como cisco.

Las botellas las vendía el trapero en los almacenes de vino, en las fábricas de licores y de cervezas; los frascos de específicos, en las droguerías; los huesos iban a parar a las refinerías, y el trapo, a las fábricas de papel.

Los desperdicios de pan, hojas de verdura, restos de frutas, se reservaban para la comida de los cerdos y gallinas, y lo que no servía para nada se echaba al pudridero y, convertido en fiemo, se vendía en las huertas próximas al río.

(Ibidem, 262-265)

Era gente astrosa: algunos, traperos; otros, mendigos; otros, muertos de hambre; casi todos de facha repulsiva. Peor aspecto que los hombres tenían aun las mujeres, sucias, desgreadas, haraposas. Era una basura humana, envuelta en guiñapos, entumecida por el frío y la humedad, la que vomitaba aquel barrio infecto. Era la herpe, la lacra, el color amarillo de la terciana, el párpado retraído, todos los estigmas de la enfermedad y de la miseria.

BAROJA (*Mala*, 190)

—Pagamos contrebución, Isidrín, como cualquiera de los que tienen tienda en la calle de Postas. No hay más que ver lo que se nos lleva el Ayuntamiento por la licencia: un porción de dinero. Y, por lo que toca a parroquianos, los tenemos marqueses y condeses, tan buenos como los que entran a comprar en casa de Sobrino. Se trata muy buena gente en este comercio. ¿Ves esta falda? Pues me la regaló una señora que iba a Palacio y trataba casi de tú a los reyes. ¿Ves este corpiño? Pues fue de una cómica muy guapa, de la que hablaron mucho los papeles; ya ha muerto la pobre.

Y la vieja detallaba al nieto las ventajas de su industria: todo ganancia. A él, que era un sabio, no le importaban estas cosas; pero nada perdía conociéndolas. Como estaba sola, tenía a su servicio un muchacho del barrio, hijo de una vecina que había muerto. Él cuidaba del burro; él guiaba el carro cuando, al amanecer, emprendía la marcha a Madrid; él subía a los pisos altos, mientras su ama cuidaba en la calle del vehículo. Al volver a casa, cerca del mediodía, su primera ocupación consistía en el arreglo de los comestibles. En un tonelillo depositaban las sobras de ciertas casas, cuyos amos eran limpios y se acordaban de los pobres, cuidando de guardar aparte los restos de la cocina. Ella, además, conocía a sus parroquianos, los clasificaba según su estado de salud, llevaba de memoria la lista de las casas sanas y la de aquellas otras donde había señores amarillentos, siempre encorvados por la tos o que mostraban enfermedades repugnantes.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1390)

La mujer de negro vestida, más que vieja, envejecida prematuramente, era, además de *nueva*, temporera, porque acudía a la mendicidad por lapsos de tiempo más o menos largos, y a lo mejor desaparecía, sin duda por encontrar un buen acomodo o almas caritativas que la socorrieran. Respondía al nombre de la *señá Benina* (de lo cual se infiere que Benigna se llamaba), y era la más callada y humilde de la comunidad, si así puede decirse; bien criada, modosa y con todas las trazas de perfecta sumisión a la divina voluntad. Jamás importunaba a los *parroquianos* que entraban o salían; en los *repartos*, aun siendo leoninos, nunca formuló protesta, ni se la vio siguiendo de cerca ni de lejos la bandera turbulenta y demagógica de la *Burlada*. Con todas y con todos hablaba el mismo lenguaje afable y comedido; trataba con miramiento a la Casiana, con respecto al cojo, y únicamente se permitía trato confianzudo, aunque sin salirse de los términos de la decencia, con el ciego llamado Almudena, del cual, por el pronto, no diré más sino que es árabe, del Sus, tres días de jornada más allá de Marrakesh. Fijarse bien.

Tenía la Benina voz dulce, modos hasta cierto punto finos y buena educación, y su rostro moreno no carecía de cierta gracia interesante que, manoseada ya por la vejez, era una gracia borrosa y apenas perceptible. Más de la mitad de la dentadura conservaba. Sus ojos, grandes y oscuros, apenas tenían el ribete rojo que imponen la edad y los fríos matinales. Su nariz destilaba menos que las de sus compañeras de oficio, y sus dedos, rugosos y de abultadas coyunturas, no terminaban en uñas de cernícalo. Eran sus manos como de lavandera, y aún conservaba hábitos de aseo. Usaba una venda negra bien ceñida en la frente; sobre ella pañuelo negro, y negros el manto y vestido, algo mejor apañaditos que los de las otras ancianas. Con este pergenio y la expresión sentimental y dulce de su rostro, todavía bien compuesto de líneas, parecía una Santa Rita de Casia que andaba por el mundo en penitencia. Faltábanle sólo el crucifijo y la llaga en la frente, si bien podría creerse que hacía las veces de ésta el lobanillo del tamaño de un garbanzo, redondo, cárdeno, situado como a media pulgada más arriba del entrecejo.

A eso de las diez, la Casiana salió al patio para ir a la sacristía (donde tenía gran metimiento, como *antigua*), para tratar con D. Senén de alguna incumbencia desconocida para los compañeros y por lo mismo muy comentada. Lo mismo fue salir la *caporala*, que correrse la Burlada hacia el



Mujer pidiendo limosna. Blanco y negro. 26-11-98. Hemeroteca Municipal, Madrid.

otro grupo, como un envoltorio que se echara a rodar por el pasadizo, y sentándose entre la mujer que pedía con dos niñas, llamada Demetria, y el ciego marroquí, dio suelta a la lengua, más cortante y afilada que las diez uñas lagartijeras de sus dedos negros y rapantes.

«¿Pero qué, no creéis lo que vos dije? La *caporala* es rica, mismamente rica, tal como lo estáis oyendo, y todo lo que coge aquí nos lo quita a las que *semos* de verdadera *solenidá*, porque no tenemos más que el día y la noche.

—Vive por allá arriba —indicó la Crescencia—, *orilla en cá los Paúles*.

—¡Quiá, no, señora! Eso era antes. Yo lo sé todo —prosiguió la Burlada, haciendo presa en el aire con sus uñas—. A mí no me la da esa, y he tomado lenguas. Vive en Cuatro Caminos, donde tiene corral, y en él cría, con perdón, un cerdo; sin agraviar a nadie, el mejor cerdo de Cuatro Caminos.

GALDÓS (*Misericordia*, 76-78)

Los que hacen la guardia por el Norte ocupan distintos puestos en el patinillo y en las dos entradas de éste por las calles de las Huertas y San Sebastián, y es tan estratégica su colocación, que no puede escaparse ningún feligrés como no entre en la iglesia por el tejado. En rigurosos días de invierno, la lluvia o el frío glacial no permiten a los intrépidos soldados de la miseria destacarse al aire libre (aunque los hay constituidos milagrosamente para aguantar a pie firme las inclemencias de la atmósfera), y se repliegan con buen orden al túnel o pasadizo que sirve de ingreso al templo parroquial, formando en dos alas a derecha e izquierda. Bien se comprende que con esta formidable ocupación del terreno y táctica exquisita, no se escapa un cristiano, y forzar el túnel no es menos difícil y glorioso que el memorable paso de las Termópilas. Entre ala derecha y ala izquierda, no baja de docena y media el aguerrido contingente, que componen ancianos audaces, indómitas viejas, ciegos machacones, reforzados por niños de una acometividad irresistible (entiéndase que se aplican estos términos al arte de la postulación), y allí se están desde que dios amanece hasta la hora de

comer, pues también aquel ejército se raciona metódicamente, para volver con nuevos bríos a la campaña de la tarde. Al caer de la noche, si no hay Novena con sermón, Santo Rosario con meditación y plática, o Adoración Nocturna, se retira el ejército, marchándose cada combatiente a su olivo con tardo paso. Ya le seguiremos en su interesante regreso al escondrijo donde mal vive. Por de pronto, observémosle en su rudo luchar por la pícarra existencia, y en el terrible campo de batalla, en el cual no hemos de encontrar charcos de sangre ni militares despojos, sino pulgas y otras feroces alimañas.

Una mañana de marzo, ventosa y glacial, en que se helaban las palabras en la boca, y azotaba el rostro de los transeúntes un polvo que por lo frío parecía nieve molida, se replegó el ejército al interior del pasadizo, quedando sólo en la puerta de hierro de la calle de San Sebastián un ciego entrado en años, de nombre Pulido, que debía de tener cuerpo de bronce, y por sangre alcohol o mercurio, según resistía las temperaturas extremas, siempre fuerte, sano, y con unos colores que daban envidia a las flores del cercano puesto. La florista se replegó también en el interior de su garita, y metiendo consigo los tuestos y manojos de siemprevivas, se puso a tejer coronas para niños muertos. En el patio, que fue *Zementerio de S. Sebastián*, como declara el azulejo empotrado en la pared sobre la puerta, no se veían más seres vivientes que las poquísimas señoras que a la carrera lo atravesaban para entrar en la iglesia o salir de ella, tapándose la boca con la misma mano en que llevaban el libro de oraciones, o algún clérigo que se encaminaba a la sacristía, con el manteo arrebatado del viento, como pájaro negro que ahueca las plumas y estira las alas, asegurando con su mano crispada la teja, que también quería ser pájaro y darse una vuelta por encima de la torre.

Ninguno de los entrantes o salientes hacía caso del pobre Pulido, porque ya tenían costumbre de verle impávido en su guardia, tan insensible a la nieve como al calor sofocante, con su mano extendida, mal envuelto en raída capita de paño pardo, modulando sin cesar palabras tristes, que salían congeladas de sus labios. Aquel día, el viento jugaba con los pelos blancos de su barba, metiéndoselos por la nariz y pegándoselos al rostro, húmedo por el lagrimeo que el intenso frío producía en sus muertos ojos. Eran las nueve, y aún no se había estrenado el hombre. Día más *perro* que aquél no se había visto en todo el año, que desde Reyes venía siendo un año

fulastre, pues el día del santo patrono (20 de enero) sólo *se habían hecho* doce *chicas*, la mitad aproximadamente que el año anterior, y la Candelaria y la novena del bendito San Blas, que otros años fueron tan de provecho, vinieron en aquél con diarios de siete *chicas*, de cinco *chicas*: ¡valiente puñado! «Y me *paice* a mí —decía para sus andrajos el buen Pulido, bebiéndose las lágrimas y escupiendo los pelos de su barba—, que el amigo San José también nos vendrá con mala pata... ¡Quién se acuerda del San José del primer año de Amadeo!... Pero ya ni los santos del cielo son como es debido. Todo se acaba, Señor, hasta *el fruto de la festividá*, o, como quien dice, la *pobreza honrada*. Todo es por tanto pillo como hay en la política *pulpitante*, y el aquél de las suscripciones para las *vítimas*. Yo que Dios mandaría a los ángeles que reventaran a todos esos que en los papeles andan siempre inventando *vítimas*, al cuento de jorobarnos a los pobres *de tanda*. Limosna hay, buenas almas hay; pero liberales por un lado, el *Congrioso* dichoso, y por otro las *congrigaciones*, los *metingos* y *discursiones* y tantas cosas de imprenta, quitan la voluntad a los más cristianos...

(*Ibidem*, 64-66)

A las doce menos cuarto entraba en el portal, que por lo siniestro y húmedo parecía la puerta de una cárcel. En lo bajo había un establecimiento de *burras de leche*, con borriquetas pintadas en la muestra, y dentro vivían, sin aire ni luz, las pacíficas nodrizas de tísicos, encanijados y catarrosos. En la portería daban asilo a un conocido de Benina, el ciego Pulido, que era también punto fijo en San Sebastián. Con él y con el burrero charló un rato antes de subir, y ambos le dieron dos noticias muy malas: que iba a subir el pan y que había bajado mucho la Bolsa, señal lo primero de que no llovía, y lo segundo de que estaba al caer una revolución gorda, todo porque los *artistas* pedían *las ocho horas* y los *amos* no querían darlas. Anunció el burrero con profética gravedad que pronto se quitaría todo el dinero metálico y no quedaría más que papel, hasta para las pesetas, y que echarían

Serpentinas y Confettis



PÉREMANCIÓN EN SERPENTINAS

Nada tan curioso como la fabricación de serpentinas como éstas, destinados a vivir cortísimo tiempo, y en las que se emplea, sin embargo, la actividad de mucha gente durante todo el año.

Para hacer el confetti se usen pastas que sus remanentes a pocos días se desmenuzan por sí mismos, como en el Confetti de París en Enero de 1891, obteniendo la certificación de primera de los países, que ha reproducido en todo el mundo.

En la capital de Francia se usan cada día de Carnaval más de 100.000 kilos de confetti, y se exportan anualmente a muchos mercados y remotas zonas de media millón de kilos.

Cada país acostumbra usar en los trajes los colores de su bandera nacional. En Rusia se emplea el amarillo y el negro, que, combinados, producen un efecto peculiar. Se fabrica además un confetti de oro que consume en grandes cantidades el Khedive y el Sultán.

Italia es una de las naciones que siempre más afición a confetti. En el Abruzzo, en donde han hecho poco negocio los fabricantes del nuevo producto, que son ya bastantes y algunos de importancia extraordinaria.

Es la fábrica de M. Ch. Levy, universalmente conocida, y que trabaja todo el año, conja 50 personas y elabora 1.000 kilos diarios.

En España la nueva industria tiene ya varias que se cuentan con precisión.

Los talleres mejor organizados son los de D. Tomás Gianello, inteligente y ágil comerciante madrileño propietario de la pastelería Thomas.

A su actividad debemos el haber podido obtener las fotografías de estas plantas. Ha sucedido a nuestro deseo sin interés comercial alguno, pues no tan sólo se le agotan sus existencias desde el momento mismo que sale en esta momento el martillo de su poder aún.



MAQUINA DE HACER CONFETTI

nuevas contribuciones, *inclusive*, por rascarse y por darse de quién a quién los buenos días.

(*Ibíd.*, 153)

El cuarto donde hablaban Perico y Manuel era el taller del electricista: un cuartito pequeño y bajo de techo como un camarote de barco. En la ventana, sobre el alféizar, había un cajón lleno de tierra, donde nacía una parra que salía al exterior por un agujero de la madera. En medio del cuarto estaba la mesa de trabajo, y, unido a ésta, un banco de carpintero con su tornillo de presión. A un lado de la ventana, en la pared, había un reloj de pesas, de madera pintarrajeada, y al otro lado, una librería alta con unos cuantos tomos, y, en el último estante, un busto de yeso que, desde la altura que se encontraba, miraba con cierto olímpico desdén a todo el mundo. Había, además, en las paredes, un cuadro para probar lamparillas eléctricas, dos o tres mapas, fajos de cordones flexibles, y, en el fondo, un viejísimo y voluminoso armario desvencijado. Encima de este armatoste, entre llaves de metal y de porcelana, se advertía un aparato extraño, cuya aplicación práctica era difícil de comprender al primer golpe de vista, y, quizá, también al segundo.

Era un artificio mecánico, movido por la electricidad, que Perico tuvo en el escaparate durante mucho tiempo como un anuncio de su profesión. Un motor eléctrico movía una bomba; ésta sacaba el agua de una cubeta de cinc y la echaba a un depósito de cristal, colocado en alto; de aquí el agua pasaba por un canalillo, y, después de mover una rueda, caía a la cubeta de cinc, de donde había partido. Esta maniobra continua del aparato atraía continuamente un público de chiquillos y de vagos. Perico se cansó de exhibirlo, porque se colocaban los grupos delante de la ventana y le quitaban la luz.

BAROJA (*Aurora*, 35-36)

La portada de la barbería era azul, con un rótulo blanco que decía:

LA ANTISÉPTICA
PELUQUERÍA ARTÍSTICA

En los tableros de ambos lados de la tienda había pinturas alegóricas: en el de la izquierda se representaba la sangría por un brazo, del cual manaba un surtidor rojo, que iba a parar con una exactitud matemática al fondo de una copa; en el otro tablero se veía una vasija repleta de cintas oscuras. Después de contemplar éstas durante algún tiempo, el observador se aventuraba a suponer si el artista habría tratado de representar un vivero de esos anélidos vulgarmente llamados sanguijuelas.

¡La sangría! ¡Las sanguijuelas! ¡A cuántas reflexiones médico-quirúrgicas no se prestaban estas elegantes alegorías!

Del otro lado de la puerta de entrada, en el cristal de la ventana con rejas, escrito con letras negras, se leía:

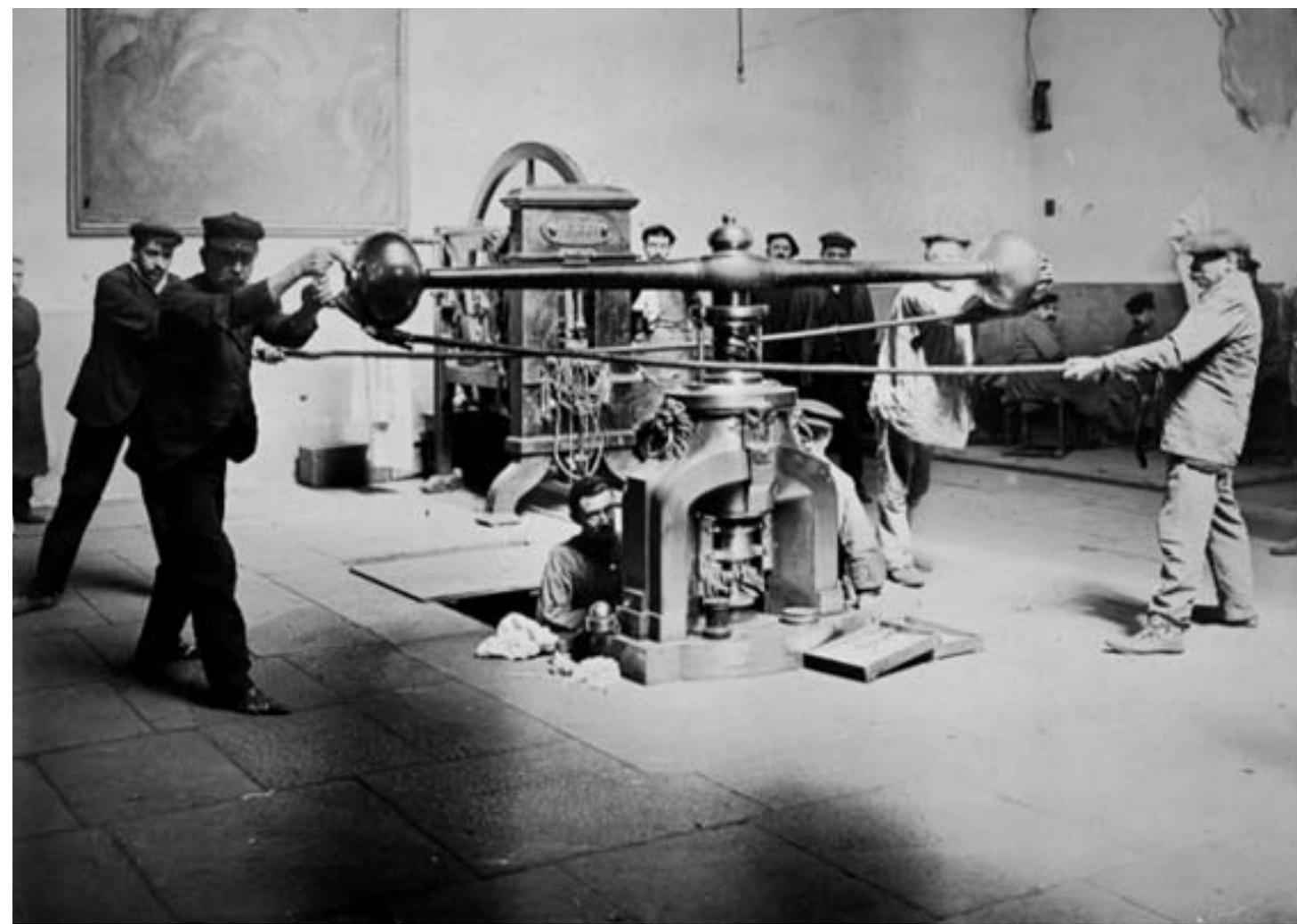
REBOLLEDO
MECÁNICO-ELECTRICISTA
SE HACEN INSTALACIONES DE LUCES, TIMBRES, DINAMOS, MOTORES
LA ENTRADA POR EL PORTAL

Y para que no hubiera lugar a dudas, una mano con ademán imperativo mostraba la puerta, oficiosidad un tanto inútil porque no había más portal que aquél en la casa.

Los tres balcones del único piso, muy bajos, casi cuadrados, estaban atestados de flores. En el de en medio, la persiana verde, antes de llegar al barandado, se abombaba al pasar por encima de un listón saliente de madera; de este modo, la persiana no cubría completamente el balcón y dejaba al descubierto un letrero que decía:

BORDADORA
SE DAN LECCIONES

El zaguán de la casa era bastante ancho; en el fondo, una puerta daba a un corralillo; a un lado partía recia escalera de pino, muy vieja, en donde resonaban fuertemente los pasos.



Fábrica de la Moneda. H. 1897. Archivo Espasa Calpe. Madrid.

Eran poco transitados aquellos parajes; por la mañana pasaban carros con grandes piedras talladas en los solares de corte y volquetes cargados de escombros.

Después, la calle quedaba silenciosa, y en las horas del día no transitaban por ella más que gente aviesa y maleante.

(*Ibidem*, 32-33)

A esto había descendido *La regeneración del calzado*: a justificar el título de una manera bastante distinta de la pensada por el que lo puso.

El señor Ignacio, maestro de obra prima, había tenido necesidad, por falta de trabajo, de abandonar la lezna y el tirapié para dedicarse a las tenazas y a la cuchilla; de crear, a destruir; de hacer botas nuevas, a destripar botas viejas. El contraste era duro; pero el señor Ignacio podía consolarse viendo a su vecino, el de *El león de la zapatería*, que sólo de pascuas a ramos tenía alguna mala chapuza que hacer.

La primera mañana de trabajo fue pesadísimo para Manuel; el estar tanto tiempo quieto le resultó insoportable. Al mediodía entró en el almacén una vieja gorda, con la comida en una cesta; era la madre del señor Ignacio.

BAROJA (*Busca*, 66)

ROSA. ¿Y qué ha *sucedío*? Que a la mañana siguiente le dieron la cuenta y le despidieron de la obra; que durante ocho días hemos ido tirando con lo que había en casa, y que, a la presente, se consumió todo. La lana del colchón, a *puñaos* hemos ido vendiéndola; miá dos pares de enaguas, las sábanas, la colcha y media docena de camisas que teníamos entre los dos, están en la casa de préstamos; su capa no la ha *llevao* porque no la toman; de manta nos sirve. Antiayer empeñé mi mantón en diez reales; con

ellos hemos *pasao* hasta hoy, y hoy, *naa*, un cacho de pan *raciao* con aguar-diente, y a esperar el maná, porque lo traiga Juan José, en la frente de-jo que me lo claven.

DICENTA (*Juan José*, 114)

Escena IV

(ROSA, ISIDRA, JUAN JOSÉ.)

JUAN JOSÉ. (*Desde la puerta. Con desaliento.*) ¡Nada!... ¡Nada!... Parece que el hielo de la calle se les ha metido en el corazón a los hombres, según lo tienen de duro y de frío *pa* mí. (*Avanza hacia ROSA, que le mira como interrogándole.*) ¿Qué me miras?... Ya puedes suponértelo; no hay trabajo; no lo encuentro en ninguna parte, ¡en ninguna!... ¿De qué sirve tener buena *voluntá* y buenos brazos y saber su oficio?... ¿De qué?... ¡Ni que el trabajo fuese una limosna *pa* que a uno se lo nieguen!... Pues qué, ¿no hay más que condenar a un hombre a morirse de hambre o a pedir por Dios?... ¿Hay en esto justicia?... Y si no la hay, ¿por qué sucede? ¡Luego dicen que si los hombres matan y roban!... ¡Qué van a hacer!... (*Se deja caer junto a la mesa en actitud desesperada, y oculta la cabeza entre los puños.*)

(*Ibidem*, 121)

JUAN JOSÉ. ¡Verdad, sí, verdad! Todas tus palabras lo son. Verdad que yo me digo a cada momento, cuando entro aquí y te veo *desesperaa*, sola, malviviendo de la compasión de los vecinos. ¡Tú; porque yo he *soñao* lo que no había *soñao* nunca, lo que no me ha traído nunca con pena: ser rico, muy rico, como esos que pasean en coche!, ¡tú, por cuyo bienestar arrancar-ía piedras con los dientes!... ¡Tú; que sufres, que no puedes resistir más; porque no puedes, porque si esto sigue, si no traigo a casa lo preciso, tú ten-

drás que abandonarme, y harás bien, porque no has nacido *pa* sufrir y *pa* martirizarte!... Ahí tienes lo que yo imagino, lo que pienso, mientras el frío me hiela las lágrimas en los ojos. Pero cuando tú me lo dices entonces creo que yo no soy nadie *pa* ti, que estás deseando dejarme, que no me quieres, que quieres a otro, que ese otro va a robarme el cariño tuyo, y se secan mis lágrimas, y me vuelvo loco, y me dan ganas de matarme!... (*Con desesperación.*)

ROSA. ¡Calla; no pongas ese gesto! ¡Me asustas! (*Con terror.*)

JUAN JOSÉ. ¡No te asustes, no; nada cavilo contra ti; esto es hablar!... ¡Pero debemos hablar de otra cosa; de buscar un recurso que remedie nuestra desgracia!... ¡Necesito que no padezcas más, lo necesito!

ROSA. ¡Un medio! ¿Cuál?

JUAN JOSÉ. (*Con decisión*) ¡Uno; el que sea! (*Deteniéndose un momento como si meditara. Después de una pausa, con desaliento.*) ¡No lo hallo! ¡No lo hallo!... ¡No tengo dónde hallarlo!... Hay pocas obras en tarea, las precisas, y sobra gente; las otras descansan; y si te acercas a los contratistas, a los dueños, te responden: «Más adelante, cuando entre el buen tiempo, cuando alarguen los días. Espera». (*Con desesperación.*) ¡Espera!... ¡Como si el estómago pudiese esperar! ¡Como si se le pudiese decir al hambre: «Aguarda, no nos muerdas hasta dentro de un par de meses»; y al frío: «No nos entumescas las manos, no nos agarrotas el cuerpo, ten paciencia hasta que podamos comprar una manta». ¡Espera! ¡Espera a que alarguen los días! ¡Espera!... ¡Espera!... (*Con desesperación.*)

ROSA. ¿A qué te acaloras?... ¿Qué consigues con acalorarte y con maldecir a la gente?

JUAN JOSÉ. ¿Qué consigo?... (*Con acento amenazador.*) ¡Enterarme de que no es justo que un hombre trabajador se quede sin trabajo; enterarme de que no hacen bien en negármelo los que me lo niegan; saber que cuando me quejo llevo razón! ¿Te parece poco?... ¡Pues ya es algo!

(*Ibidem*, 132-133)



Almacenes Valdés y García. Nuevo Mundo. 12-5-1904. Hemeroteca Municipal, Madrid.

8.— *El comercio*

Hay que moverse
con elegancia,
y hay que portarse
con pulcritud,
para que vean
los presumidos
de la *Gran Peña*
y el *Nuevo Club*
que también saben
tratar con damas
los dependientes
de los comercios
de los portales
de Santa Cruz.

LÓPEZ SILVA-FERNÁNDEZ SHAW

(*Gatito*, 219-220)

Interrogadas por Almudena, refirieron que habiendo cogido la Diega unos dineros que le debían dos mozas de la calle de la Chopa, se habían lanzado al comercio, pues una y otra tenían suma disposición y travesura para el compra y vende. La Petra no se sentía mujer honrada y cabal sino cuando se dedicaba al tráfico, aunque fuese en cosas menudas, como palillos, mondarajas de tea, y *torraé*. La otra era un águila para pañuelos y puntillas. Con el dinero aquél, venido a sus manos por milagro, compraron género en una casa de saldos, y en la mañana de aquel día pusieron sus bazares junto a la Fuentecilla de la Arganzuela, teniendo la suerte de colocar muchas carreras de botones, varas muchas de puntilla y dos chalecos de bayona. Otro día *sacarían* loza, *imágenes*, y caballos de cartón de los que daban, *a partir ganancias*, en la fábrica de la calle del Car-

nero. Largamente hablaron ambas de su negocio, y se alababan recíprocamente, porque si *Cuarto e kilo* era de lo que no hay para la adquisición de género *por gruesas*, a la otra nadie aventajaba en salero y malicia para la venta al menudeo. Otra señal de que había venido al mundo para ser o *comercianta* o nada era que los cuartos ganados en la compra-venta se le pegaban al bolsillo, despertando en ella vagos anhelos de ahorro, mientras que los que por otros medios iban a sus flacas manos se le escapaban por entre los dedos antes de que cerrar pudiera el puño para guardarlos.

GALDÓS (*Misericordia*, 151)

Así como avanzaba el día era más grande la afluencia de carros y cabalgaduras en la glorieta de los Cuatro Caminos. Llegaban de Fuenca-rral, de Alcobendas o de Colmenar con víveres frescos para los mercados de la villa. Junto con los cántaros de leche descargábanse en el fielato cestos de huevos, cubiertos de paja, piezas de requesón, racimos de pollos y conejos caseros. Sobre la platina de la báscula sucedíanse las especies alimenticias en sucia promiscuidad. Caían en ella corderillos degollados, con las lanas manchadas de sangre seca, y momentos después apilábanse en el mismo sitio los quesos y los cestos de verduras. Las paletas, envueltas en un mantón, con el pañuelo fuertemente anudado a las sienes, volvían a cargar sus mercancías en los serones y, apoyando el barroso zapato en la báscula, saltaban ágiles sobre su asno, azuzándolo al trote hacia Madrid para vender sus huevos y verduras en las calles inmediatas a los mercados.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1366)

En las aceras de Punta Brava se habían establecido ya los puestos del mercadillo de los Cuatro Caminos. Los cortantes colgaban de unas vigas negras los cuartos de res desollada. Un perfume agrio de escabeche y ver-



Churrería. H. 1900. Museo Municipal de Madrid.

duras mustias impregnaba el ambiente. El grupo de chiquillos que acosaba al trapero se dispersó al verle bien acompañado, ocultándose tras los primeros tranvías.

(*Ibidem*, 1373)

A lo largo de la tapia de las grandiosas Américas, en el espacio comprendido entre el Matadero y la Escuela de Veterinaria, una larga fila de vendedores ambulantes establecía sus reales.

Había algunos de éstos con trazas de mendigos, inmóviles, somnolientos, apoyados en la pared, contemplando con indiferencia sus géneros: cuadros viejos, cromos nuevos, libros, cosas inútiles, desportilladas, sucias, convencidos de que nadie mercaría lo que ellos mostraban al público. Otros gesticulaban, discutían con los compradores; algunas viejas horribles y atezadas, con sombreros de paja grandes en la cabeza, las manos negras, los brazos en jarra, la desvergüenza pronta a surgir del labio, chillaban como cotorras.

Las gitanas, de trajes abigarrados, peinaban al sol a las gitanillas morenuchas y a los *churumbeles*, de pelo negro y ojos grandes; una porción de vagos discurría gravemente; pordioseros envueltos en harapos, lisiados, lacrosos, clamaban, cantaban, se lamentaban, y el público dominguero, buscador de gangas, iba y venía, deteniéndose en este puesto, preguntando, husmeando, y la gente pasaba, con el rostro inyectado por el calor del sol, un sol de primavera, que cegaba al reflejar la blancura de creta de la tierra polvorienta, y brillaba y centelleaba con reflejos mil en los espejos rotos y en los cachivaches de metal, tirados y amontonados en el suelo. Y para aumentar aquella baraúnda turbadora de voces y de gritos, dos organillos llenaban el aire con el campanileo alegre de sus notas, mezcladas y entrecruzadas.

BAROJA (*Busca*, 228-229)

A las once entraron en la plazuela del Rastro. Feliciano apenas conocía esta parte de Madrid. Habituada a la vida semirural de Tetuán, sintió cierta inquietud viéndose empujada por el gentío en los alrededores de la plaza de la Cebada.

Las vendedoras, con un par de limones en una mano o unos fajos de perejil, pregonaban sus mercancías a grito pelado. En la calle de la Ruda tuvo que agarrarse al brazo de Isidro para poder andar sobre el asfalto resbaladizo, cubierto de hojas verdes, paja mojada, escamas de pescado. Mujeres de delantal mugriento, abombado por la voluminosa panza, pregonaban el buen repollo y la fresca escarola. Los cestones de los vendedores ambulantes ocupaban el arroyo; las tiendas se apoderaban con sus puestos exteriores de las estrechas aceras.

Al llegar a la plazuela del Rastro, la joven descansó un instante, apoyada en la verja del monumento al soldado de Cascorro.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 142)

Abríase ante ellos la Ribera de Curtidores, con su declive tan rudo, que las últimas casas tienen sus tejados al nivel del arranque de la calle. Por encima de las cubiertas de las Américas veía Feli la ondulación de los cerros amarillentos, la llanura castellana, de suaves hinchazones, con la sequedad que acusan los objetos a luengas distancias.

Así como descendieron por la Ribera de Curtidores, se achicó el panorama, fue hundiéndose, hasta ocultarse detrás de los tejados de los almacenes que cerraban el fondo de la calle. A ambos lados, bajo toldos de lienzo blanco o de sacos oscuros, estaban los puestos de los chamarileros tradicionales, que viven todo el año en el Rastro.

En el suelo, sobre viejas lonas, esparcíanse los más heterogéneos objetos: espadas con fundas de terciopelo que habían servido en los teatros, machetes cubanos, sables corvos de la Milicia Nacional, loza desportillada, saleros rotos y vasos de porcelana remendados con groseras lañas, viejas litografías de vidros empolvados representando las desdichas de Atala o las hazañas de Hernán Cortés, lienzos embetunados, en cuya negrura distin-



Escena del Rastro. Archivo Ruiz Vernacci. Madrid.



guíase una pincelada roja que era una pierna, una mancha amarilla que era una calva.

Los palos que sostenían los sombreros estaban unidos por cuerdas, y pendientes de ellas se balanceaban uniformes de soldados, viejas levitas, pantalones roídos por el roce, sobrefaldas de gasa que habían sido de moda treinta años antes, sayas que olían a humedad y a polvo, delatando el olvido en los cofres de algún desván.

Otros puestos eran de género nuevo, y los vendedores, en vez de permanecer inmóviles, con moruna pasividad, esperando la pregunta del comprador, agitábanse pregonando la baratura de las mercancías, anunciando su procedencia de famosas quiebras. Eran los sobrantes de la elegancia, los desperdicios del capricho femenino: abalorios que ya no se usaban en los vestidos, guirnaldas de flores para los sombreros, blondas y puntillas amarillentas, envejecido todo ello por la moda antes de ser aprovechado. En otros puestos se exhibían viejos telescopios, cornetines, cartucheras de agrietado cuero, sillas de montar, y entre las ropas mugrientas asomaban, como una primavera moribunda, las pálidas rosas de alguna casulla.

Por el centro de la calle pasaban los vendedores ambulantes con grandes cestos de quincalla, pregonando las piezas a real, desde la palmaria al cepillo y el juego de peines. Eran golfos de poderosos pulmones, que para atraer al público se agitaban como epilépticos, corriendo en torno a su puesto, manoteando, exhibiendo sus artículos, entregándolos a ciertos compinches que se fingían compradores para impulsar a gente reacia.

(*Ibidem*, 1438-1439)

Azorín se encuentra frente al Rastro. En la calle de los Estudios comienzan las avanzadas del pintoresco mercado. Van y vienen gentes apresuradas; gritan los vendedores; campanillean los tranvías eléctricos. Al borde de la acera se extienden los puestos de ropas, hules, marcos, cristalería, libros. Junto a la puerta del Instituto, arrimada a la pared, una vendedora de cordones lee en voz alta el folletín de un periódico. «¡Ah, yo evitaré que se esconda!», dijo el duque con voz...» Después grita: ¡Cinco cor-

dones en una perra chica, cinco cordones en una perra chica! Una diligencia pasa cascabeleando, con estruendo de herrumbre y muelles rotos. Resaltan las telas, rojas, azules, verdes, amarillas, de los tenderetes; brillan los vasos, tazas, jarrones, copas, floreros; llena la calle rumor de gritos, toses, rastreo de pies. Y los pregones saltan repentinos, largos, plañideros: *¡Papel de Armenia para perfumar las habitaciones a perro grande!... ¡Son de terciopelo y peluche!... ¡La de cuatro y seis reales, a real!...* Un vendedor de dátiles pasea silencioso, envuelto en una amplia capa parda, encasquetada una montera de pieles; sentada en el resalto de una ventana baja, una ciega extiende la mano. La cordonera lee: «...el niño vencido por el terror...» Y luego: *¡Cinco cordones en una perra chica, cinco cordones en una perra chica!* Se acerca una mujer con un gran saco a la ciega. Hablan: «...decirte que vaya tu marido a hacer colchones el lunes...» Pasan carrromatos, coches, tranvías.

En la calle de los Estudios, lucen colgados en las fachadas los blancos muebles de pino; junto a la acera continúan los puestos de cintas, tapetes, jabones, libros. Van y vienen traperos, criadas, señoritos, chulos, mozos de cuerda... Y recorrida la calle del Cuervo, con sus pañerías y zapaterías, se llega a la Cabecera del Rastro. Confusión formidable; revoltijo multiforme de caras barbadas y caras femeninas, de capas negras, toquillas rojas, pañuelos verdes; flujo y reflujo de gentes que tropiezan, de vendedores que gritan, de carros que pasan. En la esquina un círculo de mujeres se inclina sobre un puesto; suena dinero; se pregona: *¡A quince y a real peines!* Y un mozo cruza entre la multitud con un enorme espejo que lanza vivísimos destellos.

La gente sube y baja; una vendedora de pitos, con una larga pértiga en que van clavados, silba agudamente; un vendedor de vasos los hace tintinear.

Colocándolos; chocan, en las tiendas, con ruido metálico, los pesos contra el mármol. Y a intervalos rasga los aires la voz de un carretero, el grito de un mozo cargado con un mueble: *¡Ahí va, eh!... ¡ahéeh!*

Se pasa luego frente a la calle de la Ruda, entre los puestos de las verduleras, y aparece la Ribera de Curtidores. Entre las dos líneas blancas de los toldos, resalta una oleada negra de cabezas. Al final, en lo hondo, un conjunto de tejados rojizos, una chimenea que lanza denso humo, la llanura gris, a trechos verde, que se extiende en la lejanía, limitada por una larga y

tenue pincelada azul... Gritan los vendedores –de jabones, de tinta, de papel, de agujas, de ratoneras, de cucharas, de corbatas, de fajas, de barajas, de cocos, de toquillas, de naranjas– que van y vienen por el centro. Y ante dos papeles de tabaco extendidos en el suelo, vocea un hombre jovialmente: *¡Aire, señores, aire a la jamaica!*

Las telas colgadas flamean blandamente; reflejan al sol los grandes círculos dorados de los braseros; resaltan las manchas blancas y azules de platos y cazuelas; un baratillero toca una campana; un niño con dos gruesos volúmenes grita: *¡La novela La esposa mártir, la vendo!*; trinan los canarios de multitud de jaulas apiñadas; se oyen los lejanos gruñidos angustiosos de los cerdos del matadero. Y en el fondo, destacando sobre el llano manchego, la chimenea va silenciosamente difuminando de negro el cielo azul.

A la izquierda de las *Grandiosas Américas*, baja un callejón lleno de puestos de hórridas baratijas: cafeteras, bragueros, libros, bisagras, pistolas, cinturones, bolsas de viaje, gafas, leznas, tinteros..., todo viejo, todo roto, todo revuelto. Junto a la puerta de la Escuela de Artes y Oficios, un grupo rodea una ruleta. El ruletero es un clásico rufián de cavernosa voz; sus mostachos son gruesos; las mangas cortas de la chaqueta descubren recias muñecas. De cuando en cuando hace girar la pintada rueda de madera y exclama: *¡Hagan juego, señores!... Donde quieran y como quieran... ¡Pueden jugar de 5, de 10, de 15, de 20 y de real!...* Se oye cómo se va apagando el tic-tac de la ballena. Y luego: *¡Número 13, blanco!* Y tintinean las monedas.

Se cruza luego la ronda de Toledo, y se entra en el más miserable bazar del Rastro. Es a modo de una feria hecha con tablas rotas y lienzos desgarrados, formada en calles estrechas y fangosas, repleta de mil trastos desbaratados.

Aquí en esta trastienda del Rastro hay una barraca de libros viejos, y a ella viene los domingos Azorín, a sentarse un rato, mientras curiosear en los sobados volúmenes. Entran y salen clérigos pobres, ancianos, con capas, labriegos. Revuelven, preguntan, regatean. El librero defiende su mercancía: «...se venden sueltas a dos pesetas y la *Desesperación* de Espronceda está agotada...» Una niña viene a vender una novela; una vieja pregunta por otro vendedor que se ha suicidado; pasa un mozo con unas vidrieras a la espalda; suena la musiquilla asmática de un acordeón.



Cava Baja. H. 1900 L. F. Guirao. Col. M.^a Manzanera.

Y Azorín, cansado, siente cierta vaga tristeza en este inmenso y rumoroso cementerio de cosas –que representan pasados deseos, pasadas angustias, pasadas voluptuosidades.

AZORÍN (*Voluntad*, 230-233)

El rastro

Miseria al sol; vertedero
de los fastos de la villa;
reino del ropavejero
y el soguilla,
que luce en la coronilla
promontorio de chapeos
y, colgando en confusión,
zapatos viejos y feos,
un romántico morrión,
una jaula, un espadín,
y un brillante casaquín,
cortesano,
que adornó en tiempo lejano
a un ministro –no sé quién–;
sólo lo sabe el gusano
que se lo ha engullido. Amén.

Este bazar ambulante,
que da traspies cuando anda,
igual que un monstruo hilarante,
sobre el recio corpachón
luce orgulloso una banda,
que es la tela de un colchón.
Rinconadas-tabernones
de encarnadas cortinillas,

donde yantan los soguillas
y siempre por los rincones
hay traperos y ladrones
que les muestran a hurtadillas
el fruto del choriceo.

Con garboso contoneo
las rastreras
vocean en las aceras
sus pregones
llenos de timos chulones;
que estas mozas reidoras
son las nietas
descaradas, pizpiretas,
de las majas curtidoras.

Taladrante hacinamiento;
residuos de tantas vidas
destruidas;
cada cosa es un lamento;
cada ajuar amontonado,
en montón indescriptible,
tiene un dolor indecible
de despedida al pasado.

Nafragio, desolación,
mala estrella, triste suerte,
¡hogar lleno de ilusión!

Lo que sobra, lo que queda,
todo impregnado de llanto;
la vida antigua que rueda,
la alegría y el encanto,
lo más íntimo y más tierno,
la emoción más escondida,
llegan rodando a este infierno
del naufragio de la vida.

Aguafuerte desolado
de la vida triste y pobre.
¡Mucho horror amontonado
por un poquito de cobre!

ARNICHES (*Fiesta*, 394-395)

La tienda del tío *Patas*, pequeña y mal oliente, tenía un papel amarillo, con cenefas verdes, que se despegaba de puro viejo. Un mostrador de madera, unos cuantos vasares sucios, un quinqué de petróleo en el techo y dos bancos constituían todo el mobiliario.

La trastienda, a la cual se llegaba por la puerta del fondo, era un cuarto sin más luz que la que entraba por el montante que daba al portal. En este cuarto se comía; de él se pasaba a la cocina y de ésta a un patio estrecho, muy sucio, con una fuente. Al otro lado del patio estaban las alcobas del tío *Patas*, de su mujer y de la cuñada.

BAROJA (*Busca*, 178)

Con el objeto de librarse de la explotación de los camiseros, la Salvadora y la *Fea* habían puesto, entre las dos, una tienda de confecciones de ropas para niños en la calle del Pez. La Salvadora iba todas las mañanas a la tiendecilla, y por la tarde trabajaba en casa. Luego se le ocurrió que podría aprovechar estas horas dando lecciones de bordado, y no se descuidó; puso su muestra en el balcón, y, al cabo de cuatro o cinco meses, iban, por la tarde, cerca de veinte chiquillas con sus bastidores a aprender a bordar.

BAROJA (*Aurora*, 44)

Charlatán en la Plaza Mayor. Archivo Ruiz Vernacci. Madrid.



De estas excursiones clandestinas regresaba entre seis y siete de la tarde, y a esa hora se iba por las calles de Fuencarral y Montera muy despacito, parándose embelesado ante los escaparates de las tiendas, con la gorrilla encasquetada, las manos en los bolsillos del pantalón y la bufanda muy levantada alrededor del cuello.

Los comercios que más le cautivaban eran los de juguetes y los de cuadros, sobre todo si éstos representaban batallas o cacerías; y luego, dentro de esos mismos establecimientos, se aficionó a determinados objetos.

ZAMACOIS (*Enferma*, 59)

BONIFACIO.— Valiéndose de mil arbitrios, todos de la mejor ley. Descubrió porción de género que teníamos olvidado y realizó una excelente operación con el saldistá. Luego, se dio sus mañas para negociar dos pagarés, uno a fecha próxima, otro a fecha lejana. ¡El demonio de la niña! A fuerza de constancia, prontitud y astucia, ha conseguido cobrar multitud de cuentas atrasadas, saldando de este modo muchos débitos de la casa. ¿Pues y las ventas? Conoce y halaga el gusto de las señoras, sabe explotar la moda y el capricho del día... Baja los precios de las maulas, refuerza los artículos de gran salida, y con su gracia y su mónica atrae la parroquia de un modo increíble. Entra el dinero en casa que da gusto.

GALDÓS (*Voluntad*, 378)

Escena IX

ISIDORA; poco después, ALEJANDRO

ISIDORA.— (*Afanada, sentándose en el escritorio.*) ¡Dios mío, lo que tengo que hacer!... Aquí está el «Vendi»... Pongamos la nota del género cedido. (*Escribe.*) Primero: 12 piezas de... (*Se detiene preocupada.*) Este

pillo de Luengo... No, imposible que Alejandro se atreviera a venir aquí. (*Escribe.*) Seis piezas de a metro sesenta de ancho... No sé por qué, hoy no puedo apartarle de mi memoria. (*Entra ALEJANDRO cautelosamente, y se desliza por el fondo de la escena.*) Hacen un total de metros 90, que arrojan pesetas 1.350. Bien... (*Pensando.*) Sí, le tengo aquí, aquí... Imposible olvidarle. Y lo que yo digo, ¿se acordará de mí? (*Venciendo su distracción, se obliga al trabajo.*)

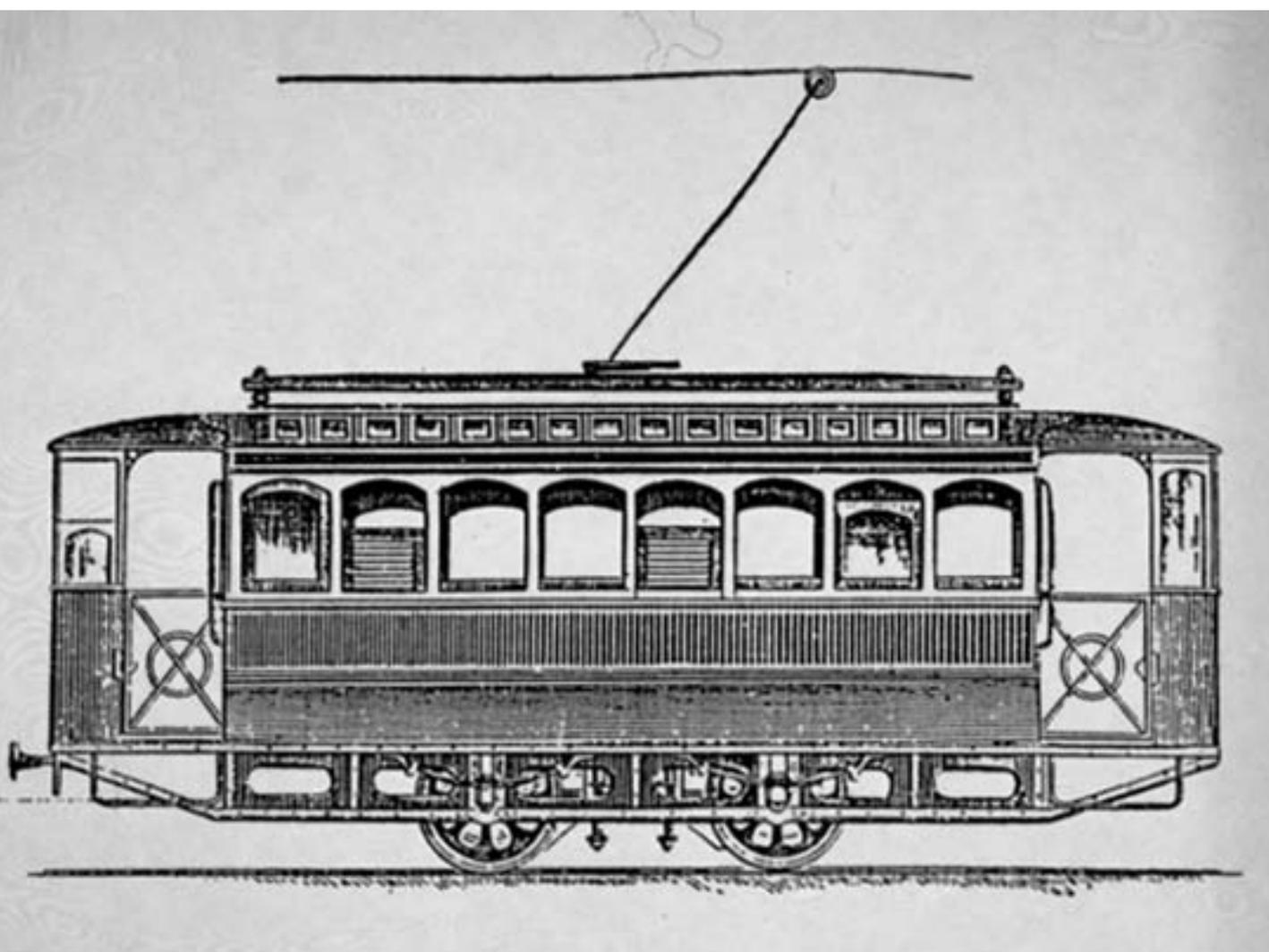
ALEJANDRO.— (*Contemplándola desde el fondo, junto a una de las mesas grandes.*) Allí está la pobre, navegando en un océano de números. ¡Qué bella, qué encantadora en su afán de hormiga diligente! Es la loca del trabajo. Padece la más inútil y vana demencia de las muchas que afectan a la desdichada Humanidad.

ISIDORA.— (*Escribiendo.*) Pesetas 1.037 (*Pensando.*) No sé qué siento hoy. Hay en mi cabeza como un deseo de descanso, de... No sé qué es esto. ¡Si tendrá razón Alejandro, que sostiene que estos afanes embrutecen el alma, amargan la vida y secan la fuente del ideal y de los goces puros, y tal y qué sé yo! Ello será así; pero como no vuelva la edad de oro, en que se mantiene la gente con bellotas, habrá que trabajar. Eso le contestaba yo; y él se reía, y decía unas cosas tan saladas... (*Dominando su pensamiento.*) Anda, hija, no te duermas. (*Escribe.*) Añado los 50 pañuelos crespón clase P. 14, P. 15. Veamos los precios. (*Coge una nota entre los varios papeles que tiene delante.*)

(*Ibidem*, 384-385)

El día grande, como ella lo llamaba, estuvo atareadísima. Aquella mañana fue a la joyería de Ansorena a recoger una preciosa sortija de oro con esmalte verde, que había encargado; luego, a una tienda de bisutería de la calle del Príncipe; después a casa de Tournié en busca de dulces y fiambres.

ZAMACOIS (*Enferma*, 113)



Tranvía. 1899. Archivo Espasa Calpe. Madrid.

9.— *Los transportes*

2 marzo.

Hoy un tranvía ha atropellado a un anciano en la Puerta del Sol. Luis Veillot abominaba del telégrafo, de los ferrocarriles, de la fotografía, de los barcos de vapor... ¿Por qué no abominar? Hay una barbarie más hórrida que la barbarie antigua: el industrialismo moderno, el afán de lucro, la explotación colectiva en empresas ferroviarias y bancarias, el sujetamiento insensible, en la calle, en el café, en el teatro, al mercader prepotente.

Trenes que chocan y descarrilan, tranvías eléctricos, prematuros tranvías que atropellan y ensordecen con sus campanilleos y rugidos, hilos eléctricos que caen y súbitamente matan, coches que cruzan en todas las direcciones, zanjas y montones que turban el paso, olas de gente que van y vienen, encontronazos, empellones, gritos, silbidos...

AZORÍN (*Diario*, 12)

Bajo la ventana del estudio se extendía un vasto paisaje entristecido por el invierno; el frío deshojó los árboles del paseo de Santa Engracia, por donde los tranvías de Chamberí y Cuatro Caminos rodaban arrastrados por dos mulas que, vistas desde arriba, parecían muy pequeñas.

ZAMACOIS (*Duelo*, 243)

A lo largo del paseo de Santa Engracia, con su suelo mal empedrado y su doble hilera de raquíticos arbolillos, pasaban algunos transeú-

tes y los tranvías de Chamberí y Cuatro Caminos, que avanzaban poco a poco, venciendo la cuesta del paseo, arrastrados por dos mulas negras que, vistas desde arriba, parecían dos correderas amaestradas uncidas a un carrito de cartón.

(*Ibidem*, 71)

Al llegar aquí había obscurecido; pasaban los tranvías, atestados, haciendo sonar sus timbres; se acercaban unos, otros huían rápidamente hasta que en el aire polvoriento se perdían las miradas rojas o verdes de sus farolillos redondos.

BAROJA (*Aurora*, 82)

A lo largo del andén van y vienen labriegos con alforjas, mujeres con cestas, mozos con blusas azules, mozos con chaquetas de pana. Se oye un sordo *fó-fó*; una locomotora avanza lentamente y retira un tren de lujo. Después sale otra máquina. Y suenan silbidos ondulantes, silbidos repentinos, bocinas, ruido de engranajes, chirridos, rumor de carretillas. Las portezuelas abiertas muestran una línea de manchas amarillas. Al otro extremo del andén, al final de la nave inmensa, aparece la plancha gris del cielo, y resaltantes en su uniformidad plomiza, las redondas bombas eléctricas, la enorme aspa de las señales con sus cuatro cruces, una garita acristalada, postes, cables, siluetas de vagones. Suenan silbidos breves, silbidos largos, pregones de periódicos, estruendo de cadenas. Y los viajeros van, vienen, entran en los coches, dan fuertes portazos.

De las chimeneas del taller de la estación salían columnas apretadas de humo blanco; las pupilas rojas y verdes de los faros de señales lanzaban un guiño confidencial desde sus altos soportes; las calderas en tensión de las locomotoras bramaban con espantosos alaridos.



Estación del Norte. H. 1900. L. F. Guirao. Col. M.^a Manzanera.

Temblaban las luces mortecinas de los distanciados faroles de ambos lados de la carretera. Se entreveían en el campo, en el aire turbio y amarillento como un cristal esmerilado, sobre la tierra sin color, casucas bajas, estacadas negras, altos palos torcidos de telégrafos, lejanos y oscuros terraplenes por donde corría la línea del tren. Algunas tabernuchas, iluminadas por un quinqué de luz lánguida, estaban abiertas... Luego ya, a la claridad opaca del amanecer, fue apareciendo a la derecha el ancho tejado plomizo de la estación del Mediodía, húmedo de rocío; enfrente, la mole del Hospital General, de un color ictérico; a la izquierda, el campo yermo, las eras inciertas, pardas, que se alargaban hasta fundirse en las colinas onduladas del horizonte bajo el cielo húmedo y gris, en la enorme desolación de los alrededores madrileños...

BAROJA (*Mala*, 198)

10.— *La casa de huéspedes. El hotel*

Entraron y subieron una escalera de tablas, con los peldaños vacilantes, iluminada por un farol empotrado en la pared. En el primer piso había habitaciones para citas; en el segundo estaba el dormitorio público. Tiró Ortiz de la cadena de la campanilla y apareció una mujer astrosa, con una vela en la mano, un pañuelo blanco en la cabeza y en chancas; era la encargada. [...] Recorrieron un corto pasillo, que terminaba en una sala larga y estrecha, con pies derechos de madera a ambos lados y dos filas de camas. En la crujía central pendía un quinqué de petróleo, que apenas iluminaba la cuadra anchurosa. El suelo, de ladrillos, se torcía hacia un lado.

Ortiz pidió la vela y fue alumbrando los rostros de los que ocupaban las camas.

Unos dormían con desaforados ronquidos; otros, despiertos, se dejaban contemplar con desdén. Por entre las cubiertas de las camas se veían espaldas desnudas, torsos hercúleos, tórax comprimidos de gente enferma...

BAROJA (*Mala*, 320-321)

El nuevo cargo emancipó a Manuel de la obligación de barrer la imprenta y salió de su cuchitril. Jesús le llevó al parador de Santa Casilda, en donde él vivía: un enorme caserón de un solo piso, con tres patios muy grandes, que estaba en la ronda de Toledo. Habría deseado Manuel no ir por aquellos barrios, de los que conservaba malos recuerdos; pero su amistad con Jesús le hizo quedarse allí. Le alquilaron en el parador, por ocho reales a la quincena, un cuartucho con una cama, una silla rota de paja y

Grand Hotel de la Paix. Archivo Ruiz Vernacci. Madrid.





una estera, colgada del techo, que hacía de puerta. Cuando el viento venía del campo de San Isidro, se llenaban de humo los cuartos y los corredores del parador de Santa Casilda. Los patios del parador eran, poco más o menos, como los de la casa del tío Rilo, con galerías idénticas, y puertas numeradas.

(*Ibidem*, 139-140)

Puesto que usted se dedica al corretaje de anuncios, ¿podría indicarme una buena casa de huéspedes?...

—Precisamente hoy *he hecho* dos... Aquí las tengo en mi cartera para *Imparcial* y *Liberal*. Entérese usted... Son de lo bueno: “habitaciones hermosas, comida a la francesa, cinco platos... treinta reales”.

—Me convendría más barata... de catorce o dieciséis reales.

—También las *hago*... Mañana podré darle una lista de seis por lo menos, todas de confianza.

GALDÓS (*Misericordia*, 278)

El comedor, un cuarto estrecho y largo, con una ventana al patio, comunicaba con dos angostos corredores, torcido en ángulo recto; frente a la ventana se levantaba un aparador de nogal negruzco con estantes, sobre los cuales lucían baratijas de porcelana y de vidrio, y copas y vasos en hileras. La mesa del centro era tan larga para cuarto tan pequeño, que apenas dejaba sitio para pasar por los extremos cuando se sentaban los huéspedes.

El papel amarillo del cuarto, rasgado en muchos sitios, ostentaba a trechos círculos negruzcos, de la grasa del pelo de los huéspedes, que, echados con la silla hacia atrás, apoyaban el respaldar del asiento y la cabeza en la pared.

Los muebles, las sillas de paja, los cuadros, la estera, llena de agujeros, todo estaba en aquel cuarto mugriento, como si el polvo de muchos años se hubiese depositado sobre los objetos unido al sudor de unas cuantas generaciones de huéspedes.

De día, el comedor era oscuro; de noche, lo iluminaba un quinqué de petróleo de sube y baja que manchaba el techo de humo.

BAROJA (*Busca*, 32)

Cuando Luciano volvió a encontrarse las primeras noches en la habitación del Hotel Peninsular —un gabinete con alcoba a la italiana—, experimentó el tedio de la soledad con su gran vacío insoportable. Las consolas y las butacas y el armario de luna que se atestaban sobre la alfombra y entre las grandes colgaduras, y que le habían impresionado un mes antes con ciertas apariencias de *confort*, se le antojaban ahora lujo de almoneda, de baratillo, infiltrado del polvo que habían ido dejando allí las limpiezas a escape, manchado por el descuido de cien huéspedes antecesores y oliente a ese vaho que dejan en la tapicería de los trenes la merienda de las fiambreras y la grasa de las cabezas.

TRIGO (*Ingenuas*, 418)



Aureliano de Beruete: *Asilo de San Bernardino*. 1903. Museo Municipal de Madrid.



El Asilo de San Bernardino. Nuevo Mundo, 1904. Hemeroteca Municipal, Madrid.

11.— *El asilo. El hospicio*

Añadió el Sr. Cedrón que, no por sus merecimientos, sino por la confianza con que le distinguían los fundadores del Asilo de ancianos y ancianas de *la Misericordia*, era patrono y mayordomo del mismo; y como a él se dirigían las solicitudes de ingreso, no daba un paso por la calle sin que le acometieran mendigos importunos, y se veía continuamente asediado de recomendaciones y tarjetazos pidiendo la admisión. «Podríamos creer —añadió—, que es nuestro país inmensa gusanera de pobres, y que debemos hacer de la nación un Asilo sin fin, donde quepamos todos, desde el primero al último. Al paso que vamos, pronto seremos el más grande Hospicio de Europa... He recordado esto, porque mi amigo Mayoral, el cleriguito aficionado a letras orientales, me habló de recoger en nuestro Asilo a la compañera de Almudena.

—Yo le suplico a usted, mi Sr. D. Romualdo —dijo Doña Francisca enteramente trastornada ya—, que no crea nada de eso; que no haga ningún caso de las Beninas figuradas que puedan salir por ahí, y se atenga a la propia y legítima Nina; a la que va de asistenta a su casa de usted todas las mañanas, recibiendo allí tantos beneficios, como los he recibido yo por conducto de ella. Ésa es la verdadera; ésta la que hemos de buscar y encontraremos con la ayuda del Sr. de Cedrón y de su digna hermana Doña Josefa, y de su sobrina Doña Patros... Usted me negará que la conoce, por hacer un misterio de su virtud y santidad; pero esto no le vale, no señor. A mí me consta que es usted santo, y que no quiere que le descubran sus secretos de caridad sublime; y como me consta, lo digo. Busquemos, pues, a Nina, y cuando a mi compañía vuelva, gritaremos las dos: ¡Santo, santo, santo!»

GALDÓS (*Misericordia*, 269)

Se arrimó a la pared; pero el fiero polizonte la despegó del arrimo con un empujón violentísimo. Acercáronse dos de Orden público, a los cuales el de la ronda mandó que la llevaran a San Bernardino, juntamente con

toda la demás pobretería de ambos sexos que en la tal calle y callejones adyacentes encontraran. Aún trató Benina de ganar la voluntad de los guardias, mostrándose sumisa en su viva aflicción. Suplicó, lloró amargamente; mas lágrimas y ruegos fueron inútiles. Adelante, siempre adelante, llevando a retaguardia al ciego africano, que en cuanto se enteró de que la *recogían*, se fue hacia los del Orden, pidiéndoles que a él también le echasen la red, y al mismo infierno le llevaran, con tal que no le separasen de ella. Presión grande hubo de hacer sobre su espíritu la desgraciada mujer para resignarse a tan atroz desventura... ¡Ser llevada a un recogimiento de mendigos callejeros como son conducidos a la cárcel los rateros y malhechores!

(*Ibidem*, 254-255)

Volvieron al anochecer. El Asilo estaba ya abierto. Se encontraba a la derecha, camino de Yeseros arriba, próximo a unos cuantos cementerios abandonados. El tejado puntiagudo, las galerías y escalinatas de madera, le daban aspecto de un chalet suizo. En el balcón, en un letrero sujeto al barandado, se leía: «Asilo Municipal del Sur». Un farol de cristal rojo lanzaba la luz sangrienta en medio de los campos desiertos.

Manuel y Jesús bajaron varios escalones; en una taquilla, un empleado que escribía en un cuaderno les pidió su nombre, lo dieron y entraron en el Asilo. La parte destinada a los hombres tenía dos salas, iluminadas con mecheros de gas, separadas por un tabique, las dos con pilares de madera y ventanucas altas y pequeñas. Jesús y Manuel cruzaron la primera sala y entraron en la segunda, en donde a lo largo, sobre unas tarimas, había algunos hombres. Se tendieron también ellos y charlaron un rato...

Iban entrando mendigos, apoderándose de las tarimas, colocadas en medio y junto a las columnas. Dejaban, los que entraban, en el suelo sus abrigos, capas llenas de remiendos, elásticas sucias, montones de guiñapos, y al mismo tiempo latas llenas de colillas, pucheros y cestas.

BAROJA (*Mala*, 192-193)

Habían entrado en el camino viejo que conduce de Madrid a la Patriarcal de San Martín. Por este camino bajaban, al caer de la tarde, las mendigas de las afueras para recoger la ropa en el Asilo de San Bernardino.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1428)

Entonces fue cuando Maltrana entró en el Hospicio. Una señora en cuya casa trabajaba la madre se apiadó del huerfanito del albañil. La tal señora tenía la manía de la limpieza, y cada dos días, al frente de sus criadas y con el esfuerzo de la asistenta, apreciando con honda simpatía a la Isidra ponía en revolución sus habitaciones, por el brío con que apaleaba las alfombras, frotaba las maderas y sacudía un polvo imaginario que parecía haber huido para siempre, asustado de esta rabiosa pulcritud. Ella gestionó la admisión del pequeño en el Hospicio, pensando que con esto su madre podría dedicarse con más desembarazo a las faenas. El muchacho, aunque feo, por su charla precoz gustaba mucho a aquella señora sin hijos. Más adelante ya vería la manera de hacer algo por él.

Y comenzó para Maltrana la vida de asilado; una existencia de sumisión, de disciplina, endulzada por el estudio y por los goces que le proporcionaba su superioridad sobre los compañeros. Los maestros mostraron por él gran predilección. El director, con toda su grandeza, que le hacía ser considerado en la casa como un ser casi divino, le conocía y se dignaba recordar su nombre. Las monjas lo apreciaban por modosito y discreto, obsequiándole con golosinas. Cuando algún personaje visitaba el establecimiento, Maltrana salía de filas para ser presentado como el mejor producto de la institución.

Así transcurrieron los años, amoldándose Isidro de tal modo a su nueva existencia, que sólo en los días de paseo se acordaba que tenía una familia fuera del Hospicio.

Los jueves y los domingos, a la caída de la tarde, se estacionaban en la acera del Tribunal de Cuentas, frente a la portada churrigueresca del Hospicio, grupos de mujeres pobres con niños de pecho, viejos obreros y una

nube de muchachos, que entretenían la espera plantándose en medio del arroyo para *torear* a los tranvías, esperándolos hasta el último momento; el preciso para huir y no ser aplastados.

Eran las familias de los chicos del Hospicio. Las madres venían de los barrios más extremos de Madrid: lavanderas, traperas, viudas de trabajadores, mendigas, todo el mujerío abandonado y mísero, que procrea por distraerse del hambre. Se trataban como amigas al verse allí todas las semanas. Este encuentro regular unía con estrecha solidaridad a las que vivían en los puntos más apartados de la población.

Esperaban la vuelta de los asilados, que al principio de la tarde habían salido a pasear por las afueras.

—¡Por allí vienen!—gritaba una mujer, señalando a lo alto de la calle de Fuencarral.

Los grupos corrían hacia arriba, atropellando a los transeúntes, barriendo las aceras con su impulso, deseando envolver cuanto antes las filas de niños vestidos de gris que avanzaban lentamente, cansados de la expedición.

Muchas mujeres deteníanse, titubeando. Aquel grupo no era el de su hijo.

—¡Vienen por abajo!—gritaba otra.

Y toda la avalancha retrocedía, empujando de nuevo a los transeúntes, ganosa de salir al encuentro de los que llegaban por la parte opuesta. Era un deseo vehemente de encontrarlos lo más lejos posible del Hospicio, de ganar algunos segundos, de prolongar la rápida entrevista, en la que habían pensado días enteros.

La maternidad apasionada y ruidosa de la hembra popular estallaba con fieros arrebatos a la vista de los pequeños. Los besos parecían mordiscos; las caras de los asilados se enrojecían con los violentos restregones; muchos se echaban atrás, como temerosos de la primera efusión. Era el anhelo de resarcirse en un momento de la dolorosa abstinencia maternal, de aquella amputación del más noble de los instintos impuesta por la miseria.

La formación de los asilados desbaratábase instantáneamente. Los grises uniformes desaparecían ahogados en el remolino de los grupos. Las mujeres agarrábanse del cuello de los pequeños y lloraban, sin cesar de hablarles con la incoherencia de la emoción.



José Franco Cordero: *Hospicio*. H. 1900. Museo Municipal de Madrid.

—¡Hijo de tu madre..., chiquito mío!... ¡Rico!...

Los hermanos rozaban sus harapos de golfos libres con el uniforme, que les admiraba, y no sabiendo qué decir al asilado, enseñábanle en silencio sus juguetes groseros, sus tesoros, los relucientes botones de soldado, los naipes rotos, los trompos, las *estampas* de un periódico ilustrado, guardadas en sudorosos pliegues, entre la camisa y la carne.

Algún obrero viejo marchaba solo al lado de un hospiciano. ¡Pobrecito! No tenía madre; estaba, en su desgracia, peor que los otros. Su mano callosa, cubierta de escamas, del trabajo, acariciaba las mejillas infantiles, mientras la cara barbuda miraba a lo alto, pensando en que los hombres no deben llorar.

—Toma un perro gordo; lo guardaba para *un quinqué*... Que te apliques..., que seas bueno. Pórtate bien con esos señores.

Los asilados avanzaban lentamente entre los besos, las lágrimas y las recomendaciones, llorando también muchos de ellos, pero sin dejar de andar, con una pasividad automática de soldado, como si los atrajese la oscura boca de la portada monumental.

Allí eran los últimos arrebatos de cariño; y las pobres mujeres, después de desaparecer sus hijos, aún permanecían inmóviles, mirando con estúpida fijeza, al través de sus lágrimas, al rey que, espada en mano, corona la obra arquitectónica de Churriguera.

Isidro también encontraba a su madre al volver al Hospicio en los días de paseo. Abalanzábase con las otras mujeres, rompiendo las filas de asilados, y lo abrazaba llorando. La Isidra conocía los progresos de su hijo.

—La señora está muy contenta... Los maestros le hablan mucho de ti. Aplícate, hijo mío; ¿quién sabe a lo que podrás llegar? A ver si resultas la honra de la familia.

Y mientras la pobre mujer hablaba a su hijo, entre sollozos de emoción, *Capitán* daba saltos en torno de él, esforzándose por lamerle la cara. Maltrana tomábalo en brazos, y así iba hasta la puerta del Hospicio, oyendo a su madre y llorando conmovido por las caricias y los gruñidos del antiguo compañero de miseria.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1379-1381)

12.— *El hospital*

El estudio del médico era un vasto salón con dos balcones a la calle Hortaleza, decorado con magníficos muebles de felpa, color verde musgo.

Todos los detalles indicaban que la noche anterior el trabajo se prolongó hasta muy tarde: sobre la mesa había un manojito de cuartillas escritas y varios libros abiertos y con las márgenes plagadas de anotaciones; el tintero estaba destapado, las plumas diseminadas aquí y allá, el depósito del quinqué casi vacío; en todo el cuarto se percibía un fuerte olor a petróleo y al carbón quemado en la chimenea.

Sandoval empezó a revolver cuartillas y vio que Gabriel se ocupaba en componer una Memoria acerca del medio mejor y más seguro de provocar el sueño hipnótico, y los peligros a que la ineptitud del operador expone a las personas sugestionadas. Los otros manuscritos también trataban asuntos puramente científicos.

Entonces cogió un número de la revista de *Ambos Mundos* y fue a sentarse junto a la chimenea; sobre ésta vio una gran cabeza de cartón que explicaba el sistema frenológico de Gall y el cráneo de un mono metido en una urna. Aparte de un magnífico cuadro al óleo que representaba a Cleopatra probando el poder de sus venenos en sus esclavas, las paredes estaban adornadas por cuadros anatómicos: uno de ellos figuraba un esqueleto en actitud de correr; otro, los lóbulos del cerebro; los demás un hombre de espaldas y sin epidermis, enseñando el complicado mecanismo de los músculos dorsales; y otro de frente, con el pecho y el abdomen abiertos por tremenda cuchillada y mostrando los órganos interiores: bronquios, pulmones, diafragma, estómago, intestinos; aquella figura, que presentaba la cabeza vuelta hacia un lado para enseñar mejor las venas y tendones del cuello, parecía exhalar un olor nauseabundo y tenía una expresión tan grande de dolor, que inspiraba asco y miedo; en un ángulo había un esqueleto verdadero y un armario lleno de órganos de cartón: brazos, piernas y caderas



Hospital de la Latina. H. 1900. Museo Municipal de Madrid.

que parecían manar sangre, y multitud de caras contraídas por muecas horribles.

ZAMACOIS (*Enferma*, 60-61)

«Así concluiremos todos», pensó Silvestre.

Y después comenzó la peregrinación por las calles, llenas de gente, iluminadas por luces de los faroles y de los escaparates, hasta que llegaron al Hospital General, silencioso, tétrico, alumbrado con mecheros de gas, y comenzaron a subir las escaleras, llenas de sombras, al mismo tiempo que los mozos, que llevaban el rancho, como los soldados, en grandes marmitas colgadas de un palo, que echaban un olor repugnante. Paradox acompañó al enfermo hasta que le dejó acostado en una sala del piso alto del Hospital General, y se volvió a su casa. Al siguiente día por la mañana Silvestre fue a verle y lo encontró menos abatido de lo que él se suponía. Precisamente daba la casualidad de que en aquella sala entraba el sol, la cama de Pérez del Corral estaba frente a las ventanas y el bohemio se aturdaya y se alegraba mirando por los cristales la claridad del cielo.

BAROJA (*Aventuras*, 246)

—Yo no sé cómo decírtelo, nena —murmuró con voz temblona, haciendo largas pausas—. Hay que tener valor..., apreciar las cosas tales como son. Lo que voy a decirte no es más que una idea... Si tú no quieres, no será... Podías entrar en el hospital... No, no te asustes. No en el hospital adonde van todos; en las clínicas, en la Facultad. Yo tengo mis buenos amigos de mis tiempos de estudiante... Te verían los catedráticos....; todos unos sabios. Asunto de permanecer allí un mes cuanto más. Tendrías la

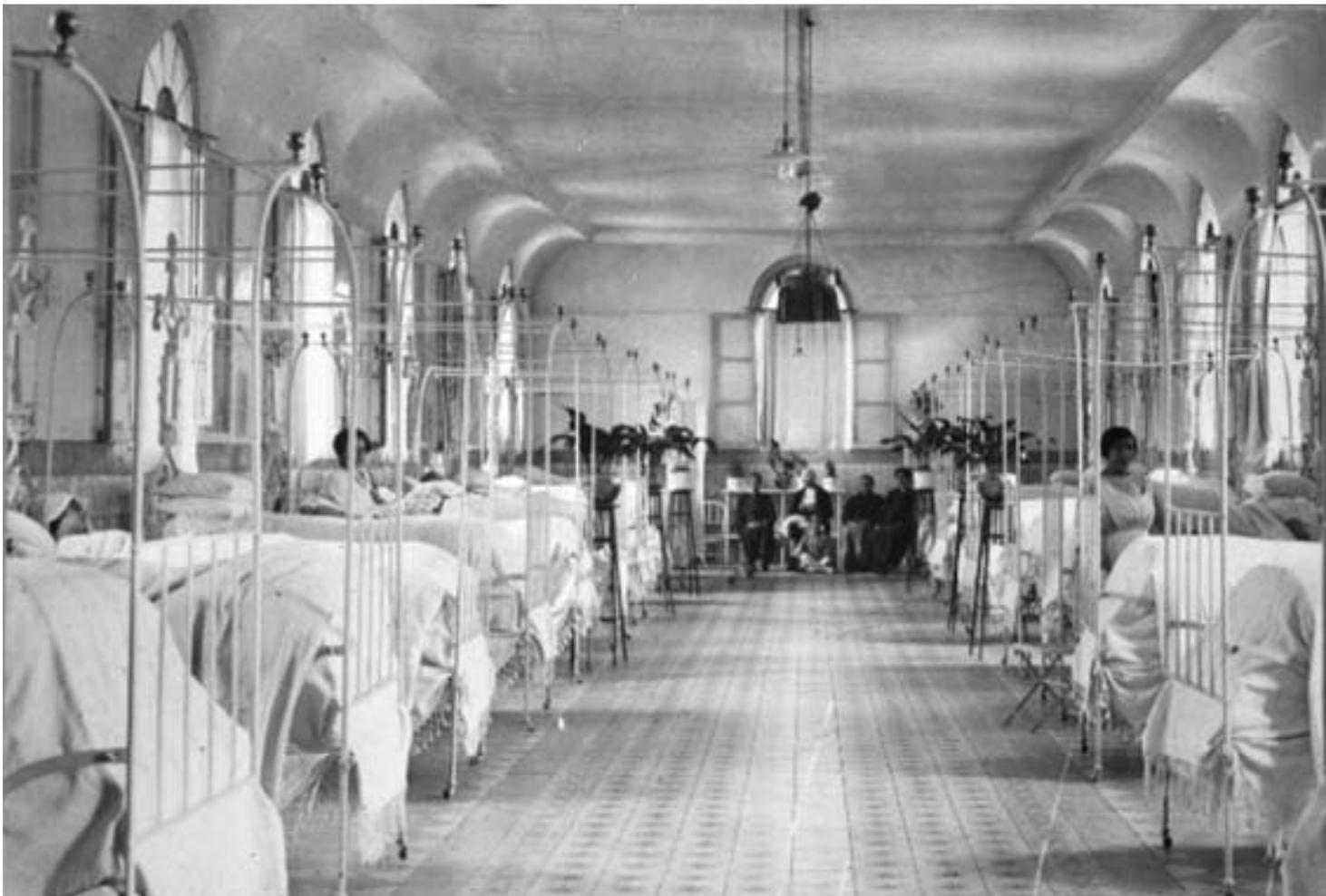
criatura rodeada de más cuidados que aquí..., sanarías, y luego..., luego continuaríamos nuestra vida más feliz que ahora, pues la mala suerte no va a atormentarnos siempre.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1504)

Lo primero que vio Maltrana fue las tocas blancas de una monja, ocupada en arreglar con sus manos de cera las flores de trapo y las velillas de un altar. Estaban en una sala de paredes enjalbegadas de un blanco de hueso, con zócalo de ladrillos blancos también. La pieza parecía dividida por un muro hasta el límite del zócalo, con grandes espacios abiertos entre las pilastras que sostenían el techo.

Isidro vio muchas camas de hierro con cubiertas de percal floreado, y junto a ellas, mesillas con redomas y escupideras. Sobre las almohadas destacábanse cabezas de mujeres de verdosa demacración, con las cabellos enmarañadas y sucias. Maltrana recordó las salas de los hombres. Éstos eran menos repugnantes en sus dolencias. La hembra se agostaba con la mayor rapidez así que la enfermedad disolvía los almohadillados carnosos de sus encantos.

(*Ibidem*, 1507-1508)



Sala del Hospital de la Princesa. H. 1910. Archivo Espasa Calpe, Madrid.



N. Méndez Bringa: *"Por el alma sola"*. *Blanco y Negro*. 29-10-98.
Hemeroteca Municipal, Madrid.

13.— *El cementerio*

Los sauces me llamaron, y no quise
decir que no a las voces de los muertos:
abrí la verja y penetré tranquilo
en el abandonado cementerio.

Lucía por oriente la mañana
su celeste dulcísimo y sereno,
y los rayos de un sol de primavera
doraban la campiña con sus besos.

Dentro del camposanto, entre las zarzas
y los agrios rosales, unos huesos
carcomidos y oscuros, se escondían
en la tierra mojada, y por el seco
y crujiente ramaje, los lagartos
se entraban en los ojos siempre abiertos
con que las calaveras, bajo lirios,
miraban melancólicas al cielo.

A lo lejos cantaban las alondras;
mi corazón alzó su sentimiento.

Un sepulcro caído, desde el fondo
del patio, me llamó con su misterio;
su losa de alabastro estaba rota
sobre la yerba exuberante, y dentro,
con espantosa mueca sonreía,
cuajado de rocío, un esqueleto.

J.R.J. (*Rimas*, 145)

1 noviembre

Es el 1 de noviembre; el otoño avanza; las hojas caen. He ido al cementerio de San Nicolás, vetusto, ruinoso, tétrico, solitario. En el pórtico, agrietado y mohoso, las campanas tañen lúgubrementemente, tañen. En los patios crece bravía y desbordada la hierba; invade el musgo las funerales losas; rajan anchas grietas las paredes. Las arcadas, repletas, se hunden y desmoronan; de los nichos, empolvados, rotos los cristales, penden mustios ramos, viejas coronas, cintas descoloridas. Silencio, tristeza... Por una lejana galería cruza con fuerte taconeo un grupo de labriegos; un obrero deletrea un epitafio; dos ancianos —mujer y marido— comen plácidamente ante una losa orlada de rojas y blancas flores.

Me detengo en uno de los patios.

Subido a una escalera, un criado fregotea una negra lápida. Madre e hija miran ansiosas. La joven, rubia, pálida, esbelta en su sencillo traje negro, alarga una corona. Y, un momento, su figura tenue, extendidos los brazos hacia el cielo, parece arrancada de una tabla gótica: virgen en extática posición, suplicante, angustiada, retorcida por espasmos dolorosos.

Cae la tarde. Las campanas tañen. A lo lejos resuenan los agudos silbos de las máquinas; más cerca, en la capilla, los clérigos, cansados, entonan sus melancólicas salmodias. Quedan desiertos los patios. Las sombras de los visitantes pasan como fantasmas a lo largo de las galerías. En el fondo lóbrego de los corredores, destacan, titilantes, trémulas, las luces de hachones y lamparillas, y en el hueco de un nicho destapado, las últimas claridades del crepúsculo hacen brillar los dorados galones de una carcomida caja.

Entre las sombras, la virgen enlutada se esfuma a lo lejos; yo la sigo anonadado y silencioso. Las campanas tañen lúgubrementemente.

AZORÍN (*Diario*, 19-20)

La tumba de Larra

El día trece por la tarde, aniversario de la muerte de Larra, fuimos algunos amigos a visitar su tumba al cementerio de San Nicolás.

El cementerio éste se encuentra colocado a la derecha de un camino próximo a la estación del Mediodía. A su alrededor hay eras amarillentas, colinas áridas, yermas, en donde no brota ni una mata, ni una hierbecilla.

A los lados del camino del Camposanto se levantan casuchas roñosas, de piso bajo sólo, la mayoría sin ventanas, sin más luz ni más aire que el que entra por la puerta.

El día en que fuimos era espléndido, el cielo estaba azul, tranquilo, puro. Desde lejos a mitad de la carretera, por encima de los tejadillos del cementerio, se veían las copas de los negros cipreses que se destacaban en el horizonte de un azul luminoso.

Llegamos al Camposanto; tiene éste delante un jardín poblado de árboles secos y de verdes arrayanes y una verja de hierro que le circunda.

Llamamos, sonó una campana de triste tañido, y una mujer y una niña salieron a abrirnos la puerta. Enfrente de ésta hay un pórtico con una ventana semicircular en medio, con los cristales rotos; a los lados se ven las campanas.

Por encima del tejado del pórtico, de una enorme chimenea de ladrillo salía una bocanada de lento humo negrísimo.

—¿Vienen ustedes a ver a alguno de la familia? —nos dijo la mujer.

—Sí —contestó uno de nosotros.

Entramos, cruzamos el jardín, después el pórtico, en donde un enorme perrazo quiso abalanzarse sobre nuestras piernas, y pasamos al primer patio.

Un silencio de muerte lo envuelve. Sólo de cuando en cuando se oye el cacareo lejano de algún gallo, o la trepidación de un tren que pasa.

Las paredes del patio, bajo los arcos, están atestadas de nichos, abandonados, polvorientos; cuelgan aquí corona de siemprevivas, de las que no queda más que su armazón; allí se ven cintajos podridos, en otra parte una fotografía iluminada, más lejos un ramo arrugado, seco, símbolo de vejez o de ironía. En los suelos crece la hierba, hermosa y fresca, sin preocuparse de que vive con los detritus de los muertos.

La mujer, acompañada de la niña, nos lleva frente al nicho que guarda las cenizas de Larra. Está en el cuarto tramo, su lápida es de mármol negro, junto a él en el suelo, se ve el nicho de Espronceda. Los dos amigos se descansan juntos, bien solos, bien olvidados. En el nicho de Larra cuelga una vieja corona; en el de Espronceda, nada. Nosotros dejamos algunas flores en el marco de sus nichos.

Martínez Ruiz lee unas cuartillas hablando de Larra. Un gran escritor y un gran rebelde, dice; y habla de la vida atormentada de aquel hombre, de su espíritu inquieto, lleno de anhelos, de dudas, de ironías; de sus ideas amplias, no sujetas a un dogma frío e implacable, sino libres, movidas a los impulsos de las impresiones del momento. Nos dice como desalentado y amargado por la frivolidad ambiente, sin esperanza en lo futuro, sin amor por la tradición, los desdenes de la mujer querida, colmaron su alma de amargura y le hicieron renunciar a la existencia.

Y concluye de leer y permanecemos todos en silencio. Se oye el silbido de un tren que parece un llamamiento de angustia y de desesperación.

—Pueden ustedes ver lo demás —nos dice la mujer; y siguiéndola a ella y a la niña, bajamos escaleras y recorreremos pasillos oscuros como catacumbas llenas de nichos, adornados con flores y coronas y cintas marchitas.

La muerte pesa sobre nosotros e instintivamente vamos buscando la salida de aquel lugar.

Ya de vuelta en el jardín, miramos hacia el pórtico y nos ponemos a leer un letrero confuso que hay en él. La mujer sonriendo, cogida de la mano de la niña nos dice, señalando el letrero:

*Templo de la verdad es el que miras,
No desoigas la voz con que te advierte
Que todo es ilusión menos la muerte.*

—Eso es lo que pone ahí, adiós, señorito. Y la mujer saludó alegremente, después de recitar estos versos lúgubres.

Y salimos, y nos fuimos encaminando hacia Madrid. Iba apareciendo a la derecha el ancho tejado de la estación del Mediodía, enfrente la mole del Hospital General, amarillento, del color de la piel de un ictérico, a



Ricardo Baroja: *Camino del Este. Camino del Cementerio*. H. 1904.
Museo Municipal de Madrid.

la izquierda el campo yermo, las eras amarillas, las colinas desnudas, con la enorme desolación de los alrededores madrileños...

BAROJA ("La tumba", *Larra*, 241-243n)

Asomaban por encima de las tapias las torrecitas y cipreses del cementerio de San Isidro; una cúpula redonda se destacaba recortada en el aire; en su remate se erguía un angelote, con las alas desplegadas, como presto para levantar el vuelo sobre el fondo incendiado y sangriento de la tarde.

Por encima de las nubes estratificadas del crepúsculo brillaba una pálida estrella en una gran franja verde, y en el vago horizonte, animado por la última palpitación del día, se divisaban, inciertos, montes lejanos.

BAROJA (*Busca*, 79)

Algunas tardes iba a la Sacramental de San Martín, un cementerio hermoso y apacible como un vergel, que estaba cerrado hacía algunos años, pero en el cual se había reservado su protectora un nicho al lado del de su esposo. Él era el único que visitaba la tumba. Los parientes, ocupados en el reparto de la herencia y amenazándose con litigios, no se acordaban de sustituir con una lápida de mármol el trozo de hule con letras de cartón doradas que cubría la boca de la sepultura. Aquel cementerio de novela, con sus parterres de rosa, despertaba en el joven una dulce melancolía, haciendo revivir en su memoria la imagen de la buena dama.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1385)

Los dos jóvenes llegaron al parterre que se extiende ante la Patriarcal. Sus pasos, haciendo crujir la arena, sonaban agigantados por el silencio. De cuando en cuando oíase el chillido de un pájaro, y el follaje se estremecía con invisibles aleteos.

Feli, que siempre había visto de lejos este cementerio, sintió gran inquietud al encontrarse cerca de él. Por entre el ramaje y el hierro de las verjas veíase la blancura del mármol de los panteones. El brazo de la muchacha se estremeció de inquietud, apretando el de su novio.

—¡Tonta! —exclamó Maltrana—. ¡Si esto es un jardín! La última que enterraron aquí fue a mi protectora, y antes que trajesen su cadáver habían pasado muchos años sin entierros... Esto es muy bonito: hace pensar en el amor más que en la muerte.

Contemplaba la joven desde el parterre todo el frente del cementerio: dos pabellones de color de rosa unidos por una doble columna del mismo tinte alegre. En un pabellón estaba la capilla, cerrada muchos años, con una espadaña de hierro en el tejado, de la cual pendían dos campanas cubiertas de herrumbre. El pabellón opuesto servía de habitación al conserje; en una ventana de medio punto alineábanse macetas de flores bajo una cortina de tonos alegres, que la brisa hacía ondear.

Una verja cerraba la columnata, y por entre sus hierros veíase todo el cementerio como un frondoso jardín. Los cipreses, esbeltos y elegantes, alineábanse a lo largo de las avenidas. En el espacio comprendido entre sus troncos agrupábanse altos rosales de hermosa vejez. Las plantas trepadoras enroscaban sus verdes ondulaciones en las columnas de los claustros, llegando hasta los arcos de herraduras. Los mausoleos, las imágenes yacentes, los ángeles de mármol, en medio de las platabandas de tupida vegetación, parecían estatuas de jardín.

Maltrana, siempre que veía de lejos este cementerio, destacando en el cielo las techumbres redondas de sus pabellones, las columnatas y la helénica vegetación de sus esbeltos cipreses, pensaba en una acrópolis clásica de aquellas que eran fortaleza, santuario y paseo a un tiempo.

La dulce calma, cortada por el rumor del follaje y el piar lento de los pájaros, disipó la inquietud de Feli.

—Entremos —dijo su novio—. Esto es un cementerio de novela, un jardín como no hay otro en Madrid.

La enamorada pareja sentíase atraída por el poético silencio de este rincón olvidado.

En la columnata vieron a una vieja haciendo calceta, y junto a ella, un hombrón, que fijó en los jóvenes su mirada escrutadora.

—¿Vienen ustedes por algún pariente? —dijo.

Maltrana contestó con la firmeza del que dice verdad:

—Tengo aquí lo mejor de mi familia.

El guardián no parecía satisfecho.

—¿No vienen ustedes a pintar? —preguntó de nuevo—. Porque para pintar se necesita permiso.

Isidro sonrió, echando atrás las aletas de su macferlán. ¡Pintar! ¡Vaya una pregunta! ¿En dónde iba a ocultar los colores y la paleta?...

Los dos jóvenes, tras un gruñido de asentimiento del portero, entraron en la Patriarcal, comentando las extrañas preguntas de éste con risas que parecían alegrar el fúnebre silencio.

Maltrana quiso que Feli viese la sepultura de su protectora, y los dos salieron de la avenida central para descender por una escalerilla en forma de túnel a un patio inmediato.

En este rectángulo, mucho más bajo que el centro del cementerio, no vieron árboles ni platabandas. El suelo estaba totalmente ocupado por la muerte; las tumbas se apretaban entre las galerías del claustro.

Embellecía el abandono este rincón con desolada poesía. Las grandes losas sepulcrales estaban curvadas por el tiempo y la lluvia, con las inscripciones borrosas; las plantas parásitas, creciendo entre las piezas de mármol, las hacían saltar, desuniéndolas con el impulso vital de sus raíces. Las coronas, pendientes de cruces de hierro mohoso, habían perdido sus flores, sus doradas siemprevivas; eran aros de paja negra y putrefacta, guardando en sus briznas un hervidero de insectos.

Los pasos de los dos jóvenes hacían resonar las oquedades repletas de huesos; por todos lados, en el suelo y en las paredes, la sensación de lo hueco, la repetición interminable del más leve ruido, la nada sonora de la muerte.

Maltrana se detuvo ante un nicho. Allí estaba su ángel bueno, la que él llamaba por antonomasia *la señora*. Acordábase conmovido de las palabras de la buena anciana cuando le prometía buscarle una esposa que le hiciese feliz. Señora, la compañera estaba allí; venía a saludarla, agra-

decida por lo que había hecho con él. No era rica, tal vez no era buena cristiana, como la deseaba ella; pero embellecería su existencia, dándole ánimos para seguir aquel camino áspero en el que le había abandonado su mano protectora, paralizada por la muerte.

Al salir del fúnebre patio les pareció aún más hermosa la avenida central del cementerio. El jardín, con su belleza melancólica, ahuyentaba toda idea de muerte. Era distinto de los patios cercanos, henchidos de cadáveres. Sus diseminadas tumbas parecían monumentos de adorno, colocados allí sin otro objeto que alterar la verde monotonía de la vegetación. Eran sepulturas de ricos, de privilegiados, que aun después de muertos parecían guardar la tranquila compostura de los felices. Los nombres de antiguos ministros, de generales, de duquesas famosas por sus gracias brillaban en las caras de estos enormes juguetes de mármol.

(Ibidem, 1428–1429)



Boletín de Instrucción Pública. 23-7-1900.
 Hemeroteca Municipal, Madrid.



La Escuela Moderna. 1901.
 Hemeroteca Municipal, Madrid.

14.— *La enseñanza*

Y tú, juventud estudiosa, esperanza de nuestra renovación, que te consagras al trabajo en estos luctuosos días de nuestra decadencia, no te desalientes. Contempla en nuestra caída la obra de la ignorancia o de la media ciencia, el fruto de una educación académica y social funestísima, que ha consistido siempre en volver la espalda a la realidad, sumergiendo el espíritu nacional, a la manera del morfinómano, en un mundo imaginario lleno de fingidos deleites y de peligrosas ilusiones. So color de excitar la adhesión a la patria, o acaso por vanidad mal entendida, hemos ocultado siempre a la juventud, en el orden histórico, los defectos de nuestra raza y virtud y valor del extranjero; en el orden geográfico y físico, la pobreza de nuestro suelo (inmensa meseta central, estéril, salpicada de algunos oasis y bordeada de una faja de tierra fértil), y la inclemencia de un cielo casi africano; en la esfera social y política, la indisciplina, el particularismo y el atavismo del caudillaje, es decir, el culto fetichista al sable que resurge de continuo como planta parásita en el terreno, al parecer, firme, de nuestro régimen constitucional y democrático; en lo científico, filosófico, industrial y literario, nuestra falta de originalidad y nuestro vicio de la hipérbole, que nos lleva a honrar como genios a meros traductores o arregladores de ideas viejas o exóticas... Sé como Temístocles a quien no dejaba dormir la gloria de Milcíades. Considera todo descubrimiento importante traído de fuera, como una recriminación a tu negligencia y a tu poquedad de ánimo... La patria angustiada confía en ti. ¡Qué sería de ella si tú no respondieses a su tierna solicitud, si te mostrases indiferente a sus anhelos y esperanzas!

CAJAL, EN MOROTE (*Moral*, 83)

La ignorancia española es inmensa. El número de analfabetos es colosal, comparado con cualquier estadística. En ninguna parte de Europa está más descuidada la enseñanza.

La vocación pedagógica no existe. Los maestros, o mejor dicho, los que profesan la primera enseñanza, son desgraciados que suelen carecer de medios intelectuales o materiales para seguir otra carrera mejor. El maestro de escuela español es tipo de caricatura o de sainete. Es el eterno mamarracho hambriento y escuálido, víctima del Gobierno; pero persona de valía y al tanto de las cosas de su tierra me demuestra que realmente no son por lo general dignos de mejor suerte esos maniqués de cartilla y palmeta. Los niños, me dice, no aprenden siquiera a leer en la enseñanza primaria. De gramática no hablemos, raro es el que sabe lo más elemental y escribe con ortografía. Y no habiendo aprendido a leer, no es posible aprender a estudiar. El maestro de primaria, por lo general ignorante, carece de todos los conocimientos y de la mansedumbre necesaria para cumplir su misión, pero tiene la bastante soberbia para suponerse dueño y señor de sus párvulos en la escuela. Como todo buen español con su poco de autoridad, quiere que ésta resplandezca constantemente a los ojos de todos y ¡ay del que no la acate! Lo primero que exige es la humildad, él que no es humilde, y la obediencia, él que con su proceder descubre la alegría del mando. Los niños, hartos de ser traídos y llevados sin más ni más, sueñan en que llegue su hora de mandar. Un hombre por conveniencia se aviene bien a todo; pero el niño entiende antes la justicia que la conveniencia, y el maestro no cuida generalmente de razonar sus actos: es un rey absoluto. En la mala enseñanza primaria está el origen de todos los males. El maestro, cuando pica muy alto –pican hasta los más ruines–, no quiere que le llamen maestro, sino *profesor*. Este título incoloro lo prefieren al de maestro, porque generalmente se llaman profesores los que dan cursos en institutos y universidades; bien es verdad que también se llaman profesores los barberos y sacamuelas. El profesor de primeras letras da sus explicaciones (aquí son oradores todos los que hablan), que los niños no entienden, porque en vez de facilitar la comprensión, hace discursos, esperando que sus infelices discípulos le crean un hombre superior. También hace sus libros, y el más imbécil tiene una gramática, una geografía, una historia o unas matemáticas; generalmente les da por los estudios gramaticales. Todos velan por la integridad del purismo. Gramática hay por esas escuelas en que al niño le es absolutamente imposible aprender; el afán de definir de un modo nuevo condúceles a los mayores disparates; y los pobres muchachos aprenden de memoria lo que debiera ser base de su estudio y es origen

de su abotargamiento intelectual. Tampoco se cultiva mucho la escritura; unos adoptan la española, otros la inglesa, casi nadie enseña a escribir; total, que a los diez años de edad y cinco de materias, pasan los párvulos de la enseñanza elemental a la segunda enseñanza, sin haber aprendido siquiera a leer y escribir. De cada 100 niños aprobados de ingreso en el instituto, 90 saben apenas firmar y no hay uno que escriba al dictado correctamente; la lectura también pertenece para ellos a las *ciencias ocultas*; y sin saber escribir ni leer, les meten en latines. El catedrático de instituto, y más aún el de colegios particulares, no está preparado para la enseñanza; cuando más, conoce vagamente la asignatura que explica, pero no penetra en la mente de los niños. El profesor, como el maestro, tiene la monomanía del discurso. Todos los días hace su explicación en forma oratoria altisonante; si no tiene un libro de texto propio, no se ajusta en todo a ningún autor y obliga a los alumnos a tomar apuntes; así acaban los cursos, y la mayoría de los estudiantes no se ha enterado aún de lo que sean las asignaturas que cursaron; algunas definiciones, alguna clasificación, algún razonamiento aislado: cuatro lecciones prendidas con alfileres, que se olvidan luego, y el que tiene la suerte de salir aprobado no vuelve a pensar en aquellas cosas. Así el niño que salió de la primera enseñanza, virgen de conocimientos elementales, sale de la segunda sin comprender las ciencias y las letras que debieron determinar su vocación, y no emprende la carrera que le aconseja su instinto, sino la que sus padres le imponen por considerarla más lucrativa. Las universidades aparecen con mejor organización; hay en ellas algunos profesores sabios y cultos —un Posada o Unamuno figurarían en su especialidad en cualquier universidad del mundo—; aunque por lo general, vicios de constitución y lo que viene desde el origen, la falta de conocimientos elementales, no permitan a los alumnos aprovecharse de la enseñanza superior; con todo y no ser ésta deplorable como las otras, deja mucho que desear. Unamuno, precisamente, ha dicho en una serie de luminosos artículos mucho y muy interesante acerca de la enseñanza superior en España.

Pero más que las universidades dejan que desear las escuelas de ingenieros y las academias militares. Nombrándose de real orden los profesores, y siendo aptos para el cargo de profesor todos los individuos del escalafón después de un cierto número de años de servicio, resulta que en ciertas épocas y en ciertos cuerpos que tienen su centro de enseñanza en

buena población, todo el mundo quiere ir a desempeñar cátedras, no por sus aficiones a la asignatura, sino por la residencia. Y, en cambio, a otros hay que enviar a la fuerza a quien explique, y claro es que no van los más aptos, sino los más desvalidos. Conceder aptitud para desempeñar una asignatura por el mero hecho de haberla cursado es una estupidez colosal; y cuando la asignatura es cálculo diferencial, mecánica, geología, construcción, botánica, química, sube de punto el disparate. Así en las escuelas y academias especiales se repiten todos los errores de que viene siendo víctima el joven desde que tuvo la mala idea de ponerse a estudiar, y esta vez aumentados prodigiosamente. Me dicen cosas monstruosas de tales centros de enseñanza, y si no las refiriese persona muy culta y muy conocedora, serían increíbles. En una clase de topografía, después de trabajar todo el año entre los alumnos y el profesor, al hacer las prácticas de fin de curso no consiguieron cerrar un perímetro. Las clasificaciones botánicas y mineralógicas, los experimentos químicos, no van más allá. Muchos libros, muchas horas de clase, muchas horas de estudio; mucho atiborrarse de teorías, leyes y teoremas; pero la ciencia, la verdadera ciencia no aparece.

DARÍO (*España*, 230–233)

Basta. ¡Once, cerca de doce millones de españoles *analfabetos*! Ésa es la clave de nuestras desdichas; ése podrá ser, el que tal espectáculo acabe, el punto de partida de nuestra regeneración. Es simplemente monstruoso pretender, suponer, que pueda haber nación donde tales cosas ocurran. Es subvertir todas las leyes naturales empeñarse en tener todos los últimos refinamientos de la organización política y descuidar ése, el primordial signo de civilización, el cimiento del edificio. Es como si vistiéramos de oro y pedrerías, de terciopelos y sedas valiosísimos la cabeza y el tronco, dejáramos astroso, cubierto de harapos, el resto del cuerpo. Es como realizar el contrasentido de *cubrir con la toga pretesta el taparrabos del natural del Dahomé*. Es eso condenar anualmente a la ignorancia, al hambre de la educación, a dos millones y medio de niños, a los que se investirá más tarde con el título de ciudadanos y se les dará un voto que no sabrán qué hacer de él. A fuerza de ver repetido tal escándalo por todos los regímenes que han sido en España, se nos ha encallecido la conciencia y atro-

fiado el corazón y secado el cerebro para dolernos e indignarnos ante tamaño crimen de esa patria. Pero si algún día cerebro, corazón y conciencia nacionales despiertan, verán que eso mana sangre, y que si no se corrigen, serán inútiles todas las demás reformas generadoras, porque lo primero que hay que redimir es al pueblo de la esclavitud, de la ignorancia, y lo primero que hay que tener es materia, sustancia, esencia de regeneración. Lo demás, y mientras eso no se logre, son, como diría Hamlet: «Palabras, palabras, palabras».

Hay que repetir lo que dijimos al ocuparnos de los *nueve millones de pesetas* que se deben a los maestros. En tanto no desaparezca esa llaga nacional, nada podremos remediar de la enferma organización de nuestra patria. Tiene razón quien diga que, antes de proceder a ninguna otra reforma, hay que saldar nuestros seculares y tradicionales descubiertos con la enseñanza (instrucción) y educación (formación del carácter nacional) de España. Y aun puede añadirse que todo lo demás que se haga no será sólido, firme; tendrá un carácter miserablemente efímero. Por primera providencia, por artículo de previo y especial pronunciamiento de nuestra regeneración, cual medida de suprema salud pública, hay que enseñar a leer y escribir a esos *11.945.871 españoles analfabetos*. Si no acertamos a comprender la expresión y la gravedad de ese mal, si no sentimos una santa indignación al contemplarlo, es que no hay en nosotros fuerza redentora, redentora del tristísimo atraso que tal estado de ignorancia nacional supone.

Ya sé que algo se ha hecho en este siglo de liberalismo, de régimen constitucional y de progreso por la enseñanza de nuestro pueblo; pero ni todo lo que debía, ni todo lo que hubiera podido hacerse. El notable profesor señor Cossío, director del *Museo Pedagógico nacional*, uno de los pocos que en España se dedican a la árida e ingrata tarea —ingrata y árida por lo mal correspondida— de estudiar estas materias y consagrarse con alma y vida a la educación, publicó en los años 1897 y 98 una serie de artículos en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, artículos que constituyen un interesante y completísimo tratado de lo que ha sido, es y debe ser la enseñanza primaria en nuestra nación. Esa historia demuestra cuán corto, cuán pobre es nuestro haber, en la que es de todo tiempo la primera función de una sociedad.

MOROTE (*Moral*, 238–239)

El caso de usted no es único; son muchos los maestros que viven en la miseria, sin que haya remedio para este mal crónico de nuestro país. ¿Qué hacer? Ahondar en este fenómeno y descubrir, como yo he descubierto, que la causa de esa obstinación con que se desatiende al magisterio no es otra que el deseo de transformarlo en instrumento de la regeneración nacional. Supóngase usted, amigo don Cecilio, que todos los maestros de España que se hallan en el caso de usted tuvieran la idea, desesperados ya, de abandonar los pueblos en que no hacen nada útil, y dedicarse a recorrer la nación y a esparcir a todos los vientos la semilla de la enseñanza. Esto sería muy español; este profesorado andante haría lo que no ha hecho ni hará jamás el profesorado estable que tenemos. En nuestro país no se estima ni se respeta a quien se conoce, por mucho que valga. Usted sale a la plaza de Seronete, y se pone a predicar a favor de la instrucción o a enseñar algo de lo mucho que debe saber, y es seguro que no le harán caso. Vaya usted por todos los pueblos de la provincia haciendo lo mismo, y verá cómo acuden a escucharle y a favorecerle, quién con dinero, quién con especies. ¿Cómo, dirá usted, es posible que en nuestro siglo subsistan estas formas de enseñanza, que parecen confundirse con la mendicidad? Sí, señor, es posible, y hasta que reaparezcan no adelantaremos un paso. Bajo nuestro cielo puro y diáfano, como el de Grecia, gran parte de la vida requiere aire libre, y nuestro afán de reglamentarla y meterla bajo techado, lejos de fortalecerla, la va aniquilando poco a poco. No hay deshonra en la mendicidad; pero en todo caso, el mendigo es el que pide, sin dar, en cambio, más que un «Dios se lo pague»; el que pide tocando la guitarra y cantando romances es un artista popular, el único artista conocido del pueblo pobre que no va a los teatros; y el maestro que enseñara en la plaza pública, como yo aconsejo, sería el maestro nacional por excelencia. No faltarían murmuraciones y críticas de parte de los espíritus pequeños, rutinarios; pero éstos se ensañaron también con los artistas y filósofos que formaron el alma de Grecia y que legaron su nombre a la posteridad. No hay nada tan bello como el *Omnia mea mecum porto*; correr libre y desembarazadamente por el mundo, ganando el pan de cada día con nuestros trabajos. ¿No conoce usted la anécdota del naufragio del poeta Simónides?

GANIVET (*Trabajos*, 316–317)

Recordó los años en que su padre le obligaba a ir todas las mañanas a un colegio de primera enseñanza situado en la calle del Pez, esquina a la de Pozas, y donde tenían que habérselas él y sus condiscípulos con un cura que les abofeteaba y vejaba sin motivo. A las siete en punto la criada iba a despertarle, ¡qué iniquidad!... Él procuraba eludir la orden todo lo posible, seducido por el calor del lecho, la semiobscuridad encantadora de la habitación y el ruido de la lluvia; pero a las siete y cuarto volvían a llamarle y luego a las siete y media... A las ocho no había salvación; su padre en persona iba a visitarle armado con un jarro lleno de agua recién sacada de la fuente y amenazándole con echársela por la espalda si no se levantaba en seguida. Después, tras un buen chapuzón, le vestían su trajecito marinero, le daban un pocillo de chocolate con su ensaimada, le ponían su boina, le terciaban a la espalda la cartera de los libros y le echaban a la calle.

Y recordó también las noches que ganaba estudiando las lecciones de gramática, de historia o de aritmética del siguiente día; el repaso que les daba camino del colegio, los cinco céntimos de castañas asadas que siempre compraba al salir de su casa, no sólo por el gusto de comerlas, sino para calentarse con ellas las manos; el invariable mal humor del presbítero pedagogo, los insultos y los pescozones recibidos, muchas veces injustamente; y luego las correrías hechas con otros chicos por las orillas del Manzanares, las riñas con las lavanderas, las peleas con los granujillas del barrio de Pozas y de la Moncloa y la ovación que le tributaron sus compañeros de hazañas una tarde en que luchó y venció a dos pilletes en la Fuente de la Teja.

ZAMACOIS (*Enferma*, 58-59)

A la derecha, y pasada la clase de dibujo, estaba el gimnasio: de sus altas vigas colgaban escaleras y cuerdas de anillas y trapecios, que daban al salón el aspecto de la cubierta de un buque; las pesas amontonadas parecían balas de cañón; en el ambiente flotaba el olor característico del serrín húmedo, que cubría el suelo. Don Carmelo y su Ilustrísima penetraron, recogiendo los manteos, y todos les siguieron, escuchando aten-

tamente las explicaciones que Almonacid y sus amigas daban de sus objetos. Vieron el guardarropa, donde cada alumno tendría un pequeño armario, numerado, donde dejar su ropa mientras trabajaba; las paralelas, recomendadas por los higienistas para el desarrollo de los brazos y del pecho; el potro, que vigoriza y corrige los defectos de la columna vertebral; las escalas de puñales, tan útiles a los obreros que viven en las minas expuestos a desprendimientos subterráneos; los trapecios, que dan al cuerpo flexibilidad y gallardía; las poleas, el mejor descubrimiento de la moderna gimnasia higiénica; y en una pequeña habitación contigua, las duchas, que tonifican los nervios... Don Carmelo Díaz hablaba entusiasmado, golpeando los objetos que iba examinando con sus puños de hierro. [...] Salieron del gimnasio, dirigiéndose a las aulas de primera enseñanza, situadas a derecha del corredor. Eran salones grandes, con los suelos de madera en declive; de las paredes colgaban atlas geográficos; la mesa del profesor estaba sobre un pequeño catafalco, desde donde podía verse fácilmente a los alumnos sentados en los últimos bancos; bancos y pupitres alegres, pintados de verde y salpicados de numeritos blancos. Dejaron a la izquierda la escalera, que ascendía caracoleando como una gallarda espiral de mármol, y sobre la cual varias ventanas vertían torrentes de alegre luz; cerca de ella, de modo que sus agudas vibraciones repercutiesen bajo la altiva cúpula que la cubría, estaba la campana que recordaba a los estudiantes sus horas de trabajo y de recreo. Don Carmelo, para quien no había detalle que pasase inadvertido, tiró del cordón que había de voltear la campana, y los lamentos del metal, golpeado por el badajo, resonaron potentes, agrandándose por los ámbitos de los salones desiertos, como llamando ya a los alumnos anónimos que aun no habían llegado.

ZAMACOIS (*Duelo*, 330-331)

Escuelas Aguirre. L. F. Guirao. Col. M.^a Manzanera.





Escuelas Aguirre. Museo Municipal de Madrid.

El pesimismo se había apoderado de Maltrana. ¿Para qué doctorarse? El estudio no significaba sabiduría, sino rutina. Él había visto mucho y sabía a qué atenerse. La Universidad era una mentira, como todas las instituciones sociales. Haría oposiciones a una cátedra; le admitirían los compañeros, algún profesor de carácter huraño le daría su voto; pero el resultado seguro era no conseguir nada. Los solitarios como él, sin protectores, sin atractivo social, estaban desarmados para la lucha diaria; su destino era morir.

Él amaba la ciencia por ella misma, por sus goces, por la voluptuosidad egoísta de saber. ¡Viva la ciencia libre! ¿Qué le importaba aquel papeote, certificado de sabiduría, cuya conquista había de costarle dos años de miseria? Para ser filósofo no era necesaria la Universidad. Los grandes hombres admirados por él no habían sido profesores, no poseían títulos académicos. Schopenhauer, su ídolo de momento, se burlaba de la filosofía que sube a la cátedra para darse a entender.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1386)

Nos encontramos hace pocos días tras una ausencia de diez años.

—¿Y qué te haces?

—Me voy a Prusia, allá me envían mis jefes para aprender el alemán.

—¿Y qué te has hecho hasta ahora?

—Pues, chico, el ganso. Al terminar el bachillerato me gradué en Filosofía y Letras. He vivido siete años dando lecciones en colegios particulares... y ganando veinte duros mensuales. Hará cosa de un año me acordé de que hablaba francés, no porque me lo hubieran enseñado en el Instituto, sino por aprenderlo de niño. Me ocupé en escribir cartas de comercio, complací a mis principales... y el resto ya lo sabes... pasado mañana tomo el tren para Berlín.

¿No es verdad, Archidona? Hemos hablado de él algunas veces, al evocar recuerdos de mis compañeros del Instituto. Era uno de los discípulos más aplicados y de los más listos. Obtenía sobresaliente en todas las asig-

naturas. Siendo casi un niño versificaba con facilidad, leía con primor, hablaba con elocuencia. Profesores y condiscípulos nos decíamos, no sin cierta envidia: ¡hará carrera!

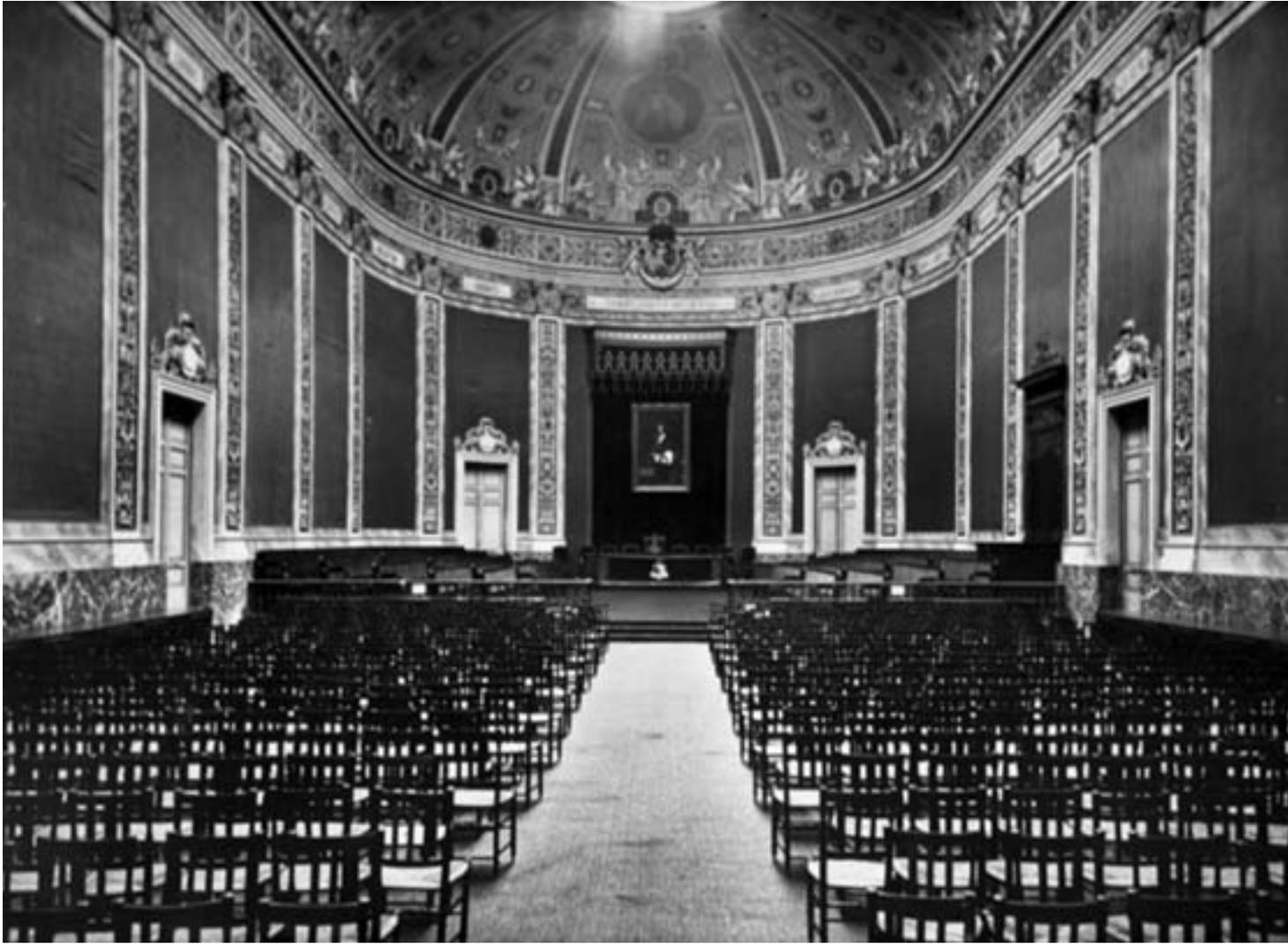
Y, efectivamente, se hizo licenciado, ya lo sabes..., y le ha servido su hoja de estudios para tener que desandar lo andado... tras diez años perdidos día por día, en una vida de aburrimiento y de miseria.

¿Te explicas mi odio contra los ateneos y las universidades, contra los títulos académicos y contra esas poblaciones del interior de España que no ofrecen a la juventud otra salida que la de embrutecerla con el latín y el griego y el hebreo y la historia de los godos y el derecho canónico y la retórica de Hermosilla y los silogismos –lógica corriente entre los perros– de la metafísica?

MAEZTU (*Hacia*, 55–56)

Lo mismo cuando estaba solo Orellana que cuando eran siete los huéspedes, o cuando fueron ocho con la llegada del joven canario Carlos Cook, amigo de los vizcaínos, Pío Cid vivía como de costumbre, retraído y sin tratarse con nadie. Sólo alguna vez cruzaba la palabra don Benito y los estudiantes de Medicina, que eran sus vecinos más próximos. Sin embargo, aunque seguía comiendo en su cuarto, bajaba algunos días a almorzar al comedor, que estaba en el principal, y con el tiempo conoció a toda la patulea estudiantil, con la que simpatizó grandemente, pues era amigo de la juventud, y bien que su exterior fuese el de un hombre ya entrado en años y su carácter misantrópico, sus ideas eran tan frescas y vibrantes que cuando hablaba todos le escuchaban con la boca abierta, como cuando se oye algo nuevo e inesperado. Aquellos estudiantes eran, según Pío Cid, pellejos acabados de salir de manos del curtidor y llenos de vino viejo y echado a perder, de ciencia vana y pedantesca aprendida en los bancos de las aulas de boca de varios doctores asalariados.

GANIVET (*Trabajos*, 83–84)



Panarinfo de la Universidad Central. Comienzo de siglo.
Archivo Espasa Calpe. Madrid.



15.— *La iglesia*

Trabajando para el porvenir

El otro día quedé maravillado al ver el magnífico Seminario que se está construyendo en el Paseo del Cisne, y por aquellos contornos conté casi tantos conventos e iglesias como hoteles particulares y casas de vecinos. Dentro de un siglo a más tardar Madrid entero estará dedicado a Dios. Y supongo que en toda España ocurrirá lo mismo.

Estéticamente considerado, y como expresión final de una raza, no cabe duda que esto ha de ser admirable. Los partidarios de la vida para el arte estaríamos de enhorabuena si pudiéramos contemplar el espectáculo de una Tebaida, multiplicada por el monte Aots [*sic*: ¿Atos?], y convenientemente romanizada y adornada de capelos, mitras, capas pluviales, palios, mangas y pendones, aromada por el incienso y arrullada por sermones y rezos. Pensadores, sociólogos, pedagogos y escritores de pluma vulgar, encontrarían esto abominable, pero la belleza triunfaría. Me diréis, tal vez, que esto no sería bello... ¿Me negaréis que esto tendría, por lo menos, mucho carácter?

Además, aquí comenzaría nuestra regeneración y se acrisolaría la fe religiosa en nuestros corazones; porque ya todos dedicados a Dios, ¿quién nos daría de comer?... Penitencia y ayuno verdaderos empezarán entonces. Los más fervientes harían el sacrificio de sus vidas muriéndose de hambre, para demostrar de un modo claro a los desalmados que la religión no puede ser nunca *modus vivendi*. Tendríamos numerosos mártires. No

Iglesia de San José, calle de Alcalá. H. 1905. Museo Municipal de Madrid.

faltarían otros que siguieran rezando a Dios, pero dando con el mazo, no importa a qué, para ganarse el pan. Los más se dedicarían sencillamente a trabajar.

Entonces comenzaríamos a vivir una vida útil, laboriosa y vulgar. Pero es necesario que antes triunfe la estética.

Convengamos en que esos clérigos son magníficos y en que trabajan para el porvenir, siempre tranquilos y confiados. Contemplad el Seminario del Cisne.

Y en esta tierra de vividores aborrecemos ya seriamente a los curas, porque ellos son los únicos que han logrado vivir. No es extraño. Ellos poseen las dos grandes virtudes de la vida, los dos grandes valores de que el maestro Galdós lo espera todo: la paciencia y la voluntad. Yo creo que en vez de aborrecerlos debiéramos imitarlos. Y si para esto nos falta *voluntad*, tengamos *paciencia*, que ellos acabarán por regenerarnos.

20-3-1904

A. MACHADO (“Trabajando para el porvenir”, *Prosa*, 1472-1473)

—Mejor quisiera que me leyese en el *Año cristiano* la vida del santo de hoy... —se atreve a suplicar un día desde su sueño.

Avito la mira, diciéndose: «¡Oh, el atavismo!», y arranca en una disertación contra los santos todos del *Año cristiano*, hombres antisociales, y mejor aun que antisociales, antisociológicos. Y al observar la expresión de su mujer, se dice: «¡Hasta las entrañas mismas! ¡Esto hará su efecto!»

UNAMUNO (*Amor*, 56)

El aspecto de aquel altar mayor bañado en un frío resplandor espectral, y el monótono sonsonete nasal de aquellas devotas que rezaban apresuradamente, como aguijoneadas por el isócrono tic-tac del reloj, dis-



Iglesia de Nuestra Señora de Atocha. Archivo Ruiz Vernacci. Madrid.

gustaron a Claudio, que levantó la cabeza buscando en las alturas de la nave algo que le distrajese de esa repugnante devoción que se arrastraba de hinojos por el suelo; y lo halló: eran unos frescos de Taberner, iluminados por la lechosa claridad que inundaba la bóveda. El primero representaba una matrona hermosísima, adornada con una corona de oro y un velo blanco que el viento agitaba; a sus pies y voluptuosamente reclinado sobre una nube, había un ángel con las alas negras extendidas y un rostro seductor de mujer rubia. Aquellas dos figuras que conservaban, a pesar de los esfuerzos que hizo el artista para divinizarlas, la fuerza sugestiva de la carne joven, cautivaron la atención de Claudio; el pintor vencía al hombre, y hubo momentos en que, fascinado por su devoción al arte, olvidó el templo y el poco piadoso fin que allí le condujo. Las dos creaciones de Taberner tenían una belleza triunfante, sobre todo aquel angelote de alas negras y cabeza de mujer rubia, en cuyos rasgos, Antúnez creyó sorprender un vago parecido con los de su idolatrado ideal de ojos verdes. Después había un segundo grupo, formado por un viejo mendigo y una mujer de lujuriantes caderas; más allá otro ángel alargaba el brazo mostrándole el camino del cielo a una monja; luego aparecía un seráfico personaje de alas blancas, y en último término y ya sobre el altar mayor, el Espíritu Santo en forma de paloma.

Pero lo que continuaba atrayendo la atención de Claudio era el primer grupo: la matrona, morena, resplandeciente de oro, y el serafín con alas negras y rostro de mujer pecadora, que más parecía una de aquellas bacantes que danzaban cogidas del talle y con las frentes coronadas de pámpanos en torno del regocijado Sileno, que un espíritu del paraíso cristiano: indudablemente en aquella sugestión artística que el modesto mérito de las figuras no explicaba, intervenía como factor principal el estado psicológico de Antúnez, pues los ojos verdes eran para su ideal lo que las alas negras para el angelote de Taberner: el hálito del infierno, el sello del pecado, que sin caer en las profundidades del abismo, no acaba, sin embargo, de redimirse.

Al fin, cansado de su actitud, se puso de pie y por entretenerse penetró en la capilla de la derecha, dirigiéndose luego hacia el altar mayor. A ambos lados de éste aparecían dos gigantescos santos de cartón, y al fondo los retratos de los cuatro evangelistas: Marcos, Lucas, Juan y Mateo; estas figuras, obras también de Taberner, tenían una expresión grotesca

que abogaba bien poco en favor del artista. En la capilla de la izquierda había tres altares, y en uno de ellos un Crucifijo, a cuyos pies una Virgen pequeñita, feísima, juntaba las manos con exagerada afectación teatral. Antúnez contempló asombrado el crimen estético que aquel Cristo representaba: era una imagen ridícula, con las piernas excesivamente delgadas y salientes, y una cadera deforme, como dislocada, bofetón sacrílego dado al Redentor por un escultor chapucero. El primer movimiento de Claudio fue de indignación; luego, aquel semblante enflaquecido y aquellos ojos que parecían cerrarse de debilidad o de sueño, que no de sufrimiento, como procuró expresar, sin conseguirlo, la inexperta mano del artífice, excitaron su hilaridad, y según le miraba, sus deseos de reír aumentaban: aquel Cristo, huérfano de divinidad, moría de fatiga, de hambre...

Y a su memoria acudió un saladísimo cuento andaluz...

ZAMACOIS (*Punto*, 33-35)

Semana Santa

31 de marzo

Sevilla rebosa de forasteros; Toledo lo propio; a Murcia van los trenes llenos de viajeros. No faltan en las estaciones los indispensables ingleses provistos de sus minúsculas «detective». Es en las provincias en donde la santa semana atrae a los turistas. Madrid es religiosamente incoloro, y lo que hace notar que se pasa por estos días de fiestas cristianas es que desde ayer, por decreto del alcalde —un descendiente del ilustre Jacques de Liniers—, no circulan durante el día vehículos por la capital. Las campanas no suenan, reemplazadas litúrgicamente por las matracas, y jueves y viernes estas mujeres amorosas en la devoción recorren las calles cubiertas con sus famosas mantillas. En medio de la multitud, algo he advertido de una vaga y dolorosa tristeza. Se escucha que viene a lo lejos una suave música llena de melancolía; despacio, despacio. Luego se va acercando y se oye una canción, seis voces, dos femeninas, dos de hombre, dos infantiles. El coro pasa, se diría que se desliza ante vuestros ojos y a vuestros oídos. Son cie-

gos que van cantando canciones, pidiendo limosna. Se acompañan con violines, guitarras y bandolinas. Con sus ojos sin día miran hacia el cielo, en busca de lo que preguntaba Baudelaire. Lo que cantan es uno de esos motivos brotados del corazón popular, que dicen, en su corta y sencilla notación, cosas que nos pasan sobre el alma como misteriosas brisas que hemos sentido no sabemos en qué momento de una vida anterior. Se diría que esos ciegos han aprendido su música en monasterios, pues traen sus voces algo como piadosa resonancia claustral. La concurrencia que va al paseo no para mientes. Por los balcones asoman unas cuantas caras curiosas. De lo más alto de una casa, de una pobre buhardilla, cae para los ciegos una moneda de cobre.

En las iglesias se ostentan las pompas sagradas. Los caballeros de las diversas órdenes asisten a las ceremonias. La indumentaria resucita por instantes épocas enterradas. Mas ayer se cumplió con una antigua usanza en la mansión real que, con toda verdad, más que ninguna otra manifestación, ha podido llevar los espíritus hacia atrás, en lo dilatado del tiempo. Me refiero al acto de lavar los pies a los pobres y reunirles a la mesa, la reina de España. Esta costumbre arranca de siglos; instituyóla Fernando III de Castilla en 1242.

DARÍO (*España*, 106–107)



Procesión del Cristo de los Alabarderos. 1905. Archivo Espasa Calpe. Madrid.

III

VIDA MARGINAL



José M.ª López Mezquita: *Cuerda de presos*. 1901. Museo Reina Sofía, Madrid.

16.— *El delito y su control*

Los pobres de Madrid.

Golfos, mendigos y busconas.

El gobernador y el alcalde de Madrid, en calidad de escobas nuevas, han decidido barrer los golfos, mendigos, busconas, hampones, perdularios, artistas de la miseria y otros gusanillos de la gusanera matritense.

Y me doy prisa a explicar la palabra *gusanos*, no vaya a incomodarse alguien, como se incomodó un señor, paisano mío por más señas, porque dije que los inquilinos menesterosos deshonoraban los viejos palacios nobiliarios de Salamanca.

Yo daba a la palabra *deshonra* el sentido estético que suele dársele, y que claramente sugería el contexto de mi artículo. Estéticamente, históricamente, deshonoran un edificio blasonado donde se desarrollaron altos hechos y se cobijaron insignes varones los anafres de la cocina barata, los guñapos colgados dondequiera, la escasa policía que suele haber en las viviendas humildes —y ojalá que las salmantinas constituyan honrosa excepción—. No siempre la idea de deshonor lleva sentido moral, y por otra parte yo no ignoro que tan honrado puede ser el pobre como el rico. En esto no creo que quepa discusión. Los sentimientos no se miden por el tamaño del bolsillo. Yo conozco pobres tan excelentes que no los trocaría por cuantos millonarios respiran y holgazanean en el mundo. Pero un palacio antiguo, ilustre, me agrada más con el aparato que requiere su interesante argumento. Por desgracia, sus dueños no los habitan.

* * *

Y hablando de la gusanera, llamo gusanos y bicharracos a esos que ahora (más vale tarde que nunca) dan en recoger, asear y dedicar a alguna labor, no porque su mala fortuna les haya hecho necesitados, sino porque su inclinación les hace ociosos, dados a un oficio de vagancia y pereza, en que se cultiva la suciedad como una mina, como una renta la defor-

midad; la exhibición de lacras y postemas, como una industria, y la mentira, como un arte. Por eso les califico de gusanos, y califico de zánganos a los poderosos que viven en la inacción, sufriendo mayor hastío y tedio que la golfería pedigüeña y mendicante. Si los golfos trabajasen no serían golfos. Serían abejas.

Pero justamente al trabajo es a lo que profesan ellos santo horror. Su vida es libre, bohemia, expuesta a crisis de hambre y de frío durante el riguroso invierno, infestada de parásitos especialmente en verano; pero ¿qué les importa? Realizan ese ideal tan ibero de «echarse a la calle», de tener por pragmática su voluntad, de no depender de nadie, de no reconocer obligación, de merodear, de no saber si hay pared entre el día y la noche, de rozarse igualitariamente en la vía pública con los más altos, y de cultivar un romanticismo mugriento, el romanticismo picaresco de la bazofia y la vagancia.

* * *

Sí; poetas burdos son; pero poetas, a su modo. Y son también, como dejo dicho, *snoobs*. La vida elegante les preocupa extraordinariamente, y la siguen, y la acompañan como el polvo acompaña a las girantes ruedas del landó. A la puerta de los teatros de moda, a la de las casas donde se celebran saraos, arremolínase la golfería, apiñada, inquieta, con familiaridades democráticas y curiosidades decadentes. Van a ver qué queda en la estela de los poderosos; van con la vaga esperanza de que caiga alguna albana, alguna presa, el rico pañuelo, el abanico de nácar y oro, la joya que se desprende, el monedero que resbala... No ha mucho, a la puerta del teatro de la Comedia, en Madrid, una dama perdió un hilo de perlas que valía un millón. No se lo robaron, no lo cortaron con tijeras, porque entonces alguna perla suelta aparecería en el suelo. Sencillamente, desabrochóse el cierre, y el hilo se deslizó por la falda de seda. Pero allí había, en acecho, esa patulea que no compra entrada, que aguarda a los que salen, y avizora la pesca en río revuelto. Y es probable que ni llegase al suelo el collar. No hubo medio de recobrarlo, aunque la dama notó instantáneamente la pérdida.

Yo comparo el pavimento de Madrid al mar: lo que en él se cae... rezarle por el alma. Y es que las calles no están pobladas por transeúntes

que van a lo que les interesa ir, sino invadidas por una población flotante de vagos, descuideros y buscavidas; cien ojos espían incesantemente al pacífico que se encamina a su negocio o pasea por higiene. Cien pupilas os devoran; cien manos color de morcilla extremeña, aparentemente extendidas para que dejéis caer en ellas el centimico, se alargan hacia la bolsa, los lentes, el alfiler, el paraguas, la sombrilla, el paquetito que acabáis de sacar de la tienda, hasta la flor que habéis comprado o con que os ha obsequiado un amigo.

La segunda hoja del díptico: ¡los guardias!

Es evidente que si en otras grandes capitales la policía no se opusiese, habría más golfos y más mendigos acosones que en Madrid. Vagancia, miseria y ociosidad, en todas partes podrán registrarse; la diferencia es que la sociedad combata o no esas plagas hasta reducirlas, ya que no las extirpe.

PARDO BAZÁN (*Vida*, 221–225)

—Ese es el *busilis*. Ahí está la cuestión. Mira: cuando yo me vine al centro desde Casa Blanca era un *descuidero*, un *randa*. Me tuvieron sin culpa una quincena en el *abanico*, en la jaula, y cuando lo recuerdo, ¡chico!, me tiemblan las carnes. Me daba más miedo que vergüenza robar, ésa es la verdad; pero ¿qué iba a hacer? Un día cogí unas lamparillas eléctricas de una casa de la calle del Olivo; la portera me vio, una tía vieja indecente, y se echó a correr tras de mí, gritando: «¡A ése! ¡A ése!» Yo tenía alas en los pies; figúrate. Al llegar a la iglesia de San Luis tiré las bombillas al suelo, me colé entre la gente de la iglesia y me agazapé en un banco; no me cogieron; pero desde entonces, ¡gachó!, tuve un miedo que no podía con mi alma. Pues ya ves, a pesar del miedo, no escarmenté.

—¿Volviste a coger otras lámparas?

—No, verás. Estaba en el patio del Apolo con aquella florera a la que tanto odiaba la *Rabanitos*. ¿Te acuerdas?

—Sí, hombre.

—Era muy interesada la chica aquella. Pues estaba allá cuando veo

a un señor gordo, de chaleco blanco, que estaba de palique con unas golfas. Había mucha gente; me acerco a él, cojo la cadena, tiro suavemente hasta sacar el reloj del bolsillo, doy la vuelta a la anilla y la hago saltar. Como la cadena era bastante pesada, había el peligro de que al soltarla le diera al señor en la barriga y le hiciese comprender que le habían *afanado*; pero en aquel momento dieron unas palmadas, la gente comenzó a entrar en el teatro a empellones, yo solté la cadena y me escabullí. Iba escapado por frente a San José a meterme por la calle de las Torres cuando siento que me cogen del brazo. ¡Chico, me entró un sudor...! «Déjeme usted», dije yo. «Calla; si no, llamo a uno del Orden. (Yo me callé.) Te he visto cómo limpiabas el reloj a ese *pimpi*». «¿Yo?» «Tú, sí. Tienes el reloj en el bolsillo del pantalón; conque no seas memo y anda a tomar una copa a la taberna del *Brígido*». Vamos —pensé yo—; éste es un vivo que viene a la parte. Entramos en la taberna, y allí el hombre me habló claro. «Mira —me dijo—, tú quieres prosperar de cualquier manera, ¿no es verdad?; pero le tienes asco al *abanico*, y lo comprendo, porque tú no eres tonto; pero, bueno, ¿cómo quieres prosperar? ¿Qué armas tienes tú para luchar en la vida?

BAROJA (*Mala*, 237–238)

El hijo del carnicero, después de sacarla del taller, la había deshonrado y la había contagiado una enfermedad horrorosa; después la abandonó y se fue a Madrid. Entonces ella no tuvo más remedio que marcharse al hospital. Cuando fue su padre a San Juan de Dios y la vio boca arriba, con unos tubos de goma en las ingles abiertas, creyó que la iba a matar, y con voz rabiosa dijo que para él su hija había muerto. Ella se echó a llorar desconsolada; una vecina que estaba en la cama de al lado le dijo: «¿Por qué no te echas a la vida?» Pero ella no hacía más que llorar. Cuando la dieron de alta fue a ver a la maestra del taller, y no la quiso recibir. Entonces, ya a la noche, salió dispuesta a todo. Estaba en la calle Mayor, cuando se le acercó un hombre que llevaba un bastón en la mano, y le dijo: «Anda para adelante». Fueron calle abajo, y aquel hombre la hizo entrar en el Gobierno civil; subieron hasta el último piso, y pasaron por un corredor

oscuro a un cuarto con luz eléctrica, lleno de mujeres, que hablaban y reían con los empleados. Al cabo de algún tiempo, un señor empezó a leer una lista, y se fueron marchando las mujeres. No quedaron más que veinte o treinta de las más zarrapastrosas y sucias. A todas las hicieron bajar unas escaleras y las encerraron en una cueva.

—Allí pasé una noche desesperada —concluyó diciendo la Justa—; al día siguiente me llevaron a reconocimiento y me dieron cartilla.

(*Ibidem*, 263–264)

Tuvo una aventura innoble. Una mujer de la vida airada, por la que sintió lo que se siente por la prostituta a los veinte años. Parecióle violento el primer día ajustar el precio de las caricias. Ella nada le dijo, y con el último beso, «¿Qué le debo? —Hijo, lo que tú quieras» contestó abrazándole, riéndose alegremente y tomando las monedas sin contarlas. Volvió el joven varias veces. «¡Mi novio! ¡Aquí está mi novio!», exclamaba la mujer palmoteando y dirigiéndose a sus compañeras. «*Chiquiyo*, de veras que el quererte me sale de adentro». —«¡Embustera!» —«¡Por éstas!», y hacía las cruces juntando las manos que se besaba.

No la quería, pero le excitaba. Era una andaluza hermosísima. Y una noche al regresar al hotel, hubo de encontrarla. «¡*Chiquiyo*!, ¡qué gusto!, ¡vente!».—«No puede ser».—«¡Ay que *grasia*!, ¿y por qué?».—«No llevo un céntimo. He jugado y he perdido». Los ojos negros que le estaban mirando tuvieron de pronto mayor lucidez, y parecieron como abrillantarse más. ¿Fueron lágrimas? «¿Por qué me ofendes? —le dijo—, ¿quién te ha pedido ni tan sólo una peseta? Tú te vienes conmigo, ¡ea!, y vamos andando. Ahora se me ha puesto a mí eso en la cabeza», y añadió: «Oye, y si necesitas me lo dices. Sin que lo tomes a mal, yo te presto». Fue aquella noche una apasionada que enloquecía en los abrazos.

LÓPEZ BAGO (*Separatista*, 110–111)

—¡Sí que es raro!... Y a Risueño, ¿le conoces?...

—¡A Vicente! ¡El sombrerero!

—Sí.

—¿No he de conocerle? Una noche ya tarde, le vi en la calle del Príncipe y me abordó. «Toma un duro —dijo—, y recógete un poco las faldas; yo voy detrás». Me quedé... ¡figúrate!... como quien ve visiones; pero le complací. Cuando llegué a la calle Peligros me solté el vestido: él, entonces, volvió a acercarse y me dio otro duro... Y así nada más. La fiesta me costó veinte pesetas.

—¡Parece mentira! —exclamó Sara pensativa, admirada de que la escuela del vicio ofreciese para ella capítulos nuevos—; es increíble! ¡Un hombre, casi joven!...

Abierta la cloaca, continuó el desfile y revisión de figuras y nombres, cada uno de los cuales iba asociado a un recuerdo obsceno. Aquello era una especie de fuego graneado sostenido con pelotas de barro.

—¡Nada, hija! —exclamó *La Filipina* a modo de epifonema o reflexión final—; todos los hombres son unos perdidos.

—Todos.

Emilio Luján se creyó obligado, por cortesía al viejo marqués, a intervenir.

—¿Oye usted, don Miguel, cómo nos tratan?

Vélez se encogió de hombros, sonriendo beatífico.

—¿Quién hace caso a las mujeres? —dijo—; la más cuerda está loca de remate.

—¡Mírales —exclamó la joven—, qué bien se tratan!

—¡Naturalmente! —exclamó Sara señalando a Emilio con un gesto—; como que también éste es un tío.

—También.

Emilio Luján sonrió inalterable.

—¿Le ves?... éste, como tu Miguelito, es de los que practican el socorrido «dame pan y dime tonto...»

—No sé cómo dices eso —repuso Emilio.

—Yo me entiendo.

—Tú, sí; pero los demás...

—Los demás, también. No me hagas hablar.

—No... sí... yo...

—¿Tú por qué vienes aquí? —preguntó Sara implacable.

—¡Toma!... Porque te quiero. ¿No le parece a usted, don Miguel?... ¡Porque la quiero!...

El marqués de San Juan no contestó; en sus ojos grandes y claros había aburrimiento y tristeza.

—¡Porque me quieres! —repitió *La Filipina*, sarcástica—; pero... ¡hijo de la gran santa!... ¿Tú crees que yo puedo formarme la ilusión de que un muchacho como tú, joven, guapo..., inteligente..., esté enamorado de mí, de una vieja fea, pobre, indecente y borracha?... ¡Ca, ya no hay milagros!... Tú vienes porque..., porque...

Y reía. Emilio Luján, muy digno, se encogió de hombros.

—¡Nada, chica! —repitió Sara triunfante—; tenemos razón. ¡Son unos tíos!...

Ambas hallaban indecible delectación en vejar al marqués y a todos aquellos individuos ricos, comerciantes o aristócratas, a quienes habían visto desnudos, completamente desnudos de alma y de cuerpo, en los dormitorios, esas salas de disección donde los hombres, aun los más reservados, lo dicen todo. En las mancebías como en los confesionarios, lo más secreto, lo más callado, repercute; son el tornavoz de la sociedad, los oscuros bastidores del gran teatro humano. Las cortesanas se desprecian a sí mismas y saben que sus hijos no las perdonan jamás el crimen de haberles concebido, porque el mayor, entre todos los oprobios humanos, es proceder de ellas. Pero este desprecio lo devuelven, refinado y con creces, sobre el mundo que, abominándolas, las tolera y las encumbra y las envidia; sobre las mujeres honestas a quienes arrebatan sus maridos y sus fortunas, y sobre aquellos hipócritas que, aun conociendo todo su avillanamiento y corrupción, las persiguen, ofreciéndolas su dinero, su vida, su honor. Y ellas, sabiéndose insignificantes y miserables, piensan: «¡Cómo serán ellos, cuando mueren por nosotras!...» Los próceres a quienes su posición y sus cargos de jefes de familia o de hombres públicos obligan continuamente a poner en sociedad de personajes graves, si las ven por la calle, les niegan el saludo. ¿Qué importa?... Ellas se vengán después, en las alcobas, afrentándose, arrojando sobre sus familias todo el oprobio del lupanar, abusando del poderoso ascendiente de su carne, obligándoles a besarles los pies, negándose a ser besadas en la boca, por repugnarles aquellos viejos labios viciosos acostumbrados a tocar en todas partes; sentándose desnudas sobre

las calvas cabezas que acaso tienen derecho a permanecer cubiertas delante del rey... Estas humillaciones son para las pobres heteras una reivindicación, el quintaesenciado perfume de una venganza...

A la primera campanada de las siete el marqués de San Juan se levantó.

—Esta noche —dijo—, voy al teatro Apolo.

—¿Con quién?

—Con la familia; compadéceme; me toca officiar de hombre serio. Conque... ya lo sabéis; si queréis ir...

—Envíenos usted un palco —dijo Sara.

—¡Eso es! —exclamó Luisa, arreglándole el lazo de la corbata—; ¡eso es!... Un palco inmediato al tuyo; así podremos vernos de cerca... ¿Quieres?... Prometo ser juiciosa.

Don Miguel Vélez consultó su reloj; vacilaba; era tarde.

—Tome usted un coche.

ZAMACOIS (*Duelo*, 61-63)

Guardias.— ¡A ver, caballeros,
modérense ustés!

Tabernero.— ¡Alto aquí todo el mundo!
Esto se arremató
y esto se ha arrematao,
porque lo digo yo.

Sereno.— Pues si yo toco el pito
se acaba la cuestión.
Vosotras por allí.

Tabernero.— Vosotros por allá,
ni usté aquí toca el pito
ni usté aquí toca ná.

Guardias
y sereno.— Ea, señores,
lárguense ya,



Guardia Civil en el Paseo de Recoletos. L. F. Guirao. Col. M.^a Manzanera.

que así lo manda
la autoridad.

VEGA (*Verbena*, 153)

Sereno.— ¡Buena está la política!
Guardias.— ¡Sí, sí, bonita está!
Sereno.— ¿Pues y el Ayuntamiento?
Voz.— ¡Francisco!
Sereno.— ¡Voy allá!
Consumos por aquí,
consumos por allá,
y dale que le dale,
y dale que le das.
Guardias.— Son cosas de estos tiempos.
Voces.— ¡Francisco!
Sereno.— ¡Voy allá!
Y torna por arriba
y vuelve por abajo.
Voces.— ¡Francisco!
Sereno.— ¡Ay que trabajo!
Guardias.— ¡Contesta!
Sereno.— ¡Voy allá!
Tres faroles tenía
esta calle no más.
Pues, dos han suprimido.
¡Va!, que es bastante. ¡Va!
Y luego habla al Gobierno
de la cuestión social.
¡Va! ¡El trueno será gordo!
¡Va!, pero muy gordo... ¡Va!
(*vase al fin.*)

Guardia 1º.— ¿Qué hacemos, tú?
Guardia 2º.— Lo que te dé la gana.
Guardia 1º.— Vamos a dar la vuelta a la manzana.
(*Vanse los dos con mucha calma*)

(*Ibíd.*, 152-153)

—Porque las causas pasan por muchas mesas y todos, grandes y chicos, se enteran de ellas; desde los ordenanzas de la Casa de Socorro o Delegación adonde el hecho corresponda, hasta mí... ¿Tú sabes, muñeco, el papel y la tinta que consume un proceso cualquiera, y los escribientes que en ello ponen mano? Además, hay testigos de cargo y descargo, obligados por el juez a presentarse todas las semanas o cada tres o cuatro días en la escribanía donde estén incoando el proceso... ¡En fin!... No quieras averiguar el espantoso mare mágnum de personas, intereses y compromisos, que hay en el fondo de todo eso...

Habla confusamente, queriendo aturdir a la joven con la desordenada enumeración de tantos pormenores; tirándole a los ojos toda la arenilla que consumen diariamente las mesas de la Audiencia. Luisita Luján no se desconcertó.

ZAMACOIS (*Duelo*, 309)

Dieron la vuelta a la Cárcel, metiéndose por una callejuela con una zanja abierta en la arena, hasta salir a los desmontes próximos a la calle de Rosales. Tenía el edificio de la Cárcel Modelo, visto desde aquellos campos desolados, un aspecto imponente; parecía una fortaleza envuelta en la luz azul y espectral de los arcos voltaicos. Los centinelas daban de cuando en cuando un alerta largo, que producía una terrible impresión de angustia.



Ingreso en la Cárcel Modelo. H. 1900. Archivo Espasa Calpe. Madrid.

—¡Qué triste es esta casa! —murmuró Vidal—. ¡Y cuánta gente habrá ahí encerrada!

—¡Psch..., que los maten! —replicó la Justa con indiferencia.

Pero Vidal no sentía este desdén, y se indignó con la frase de la Justa.

—¿Pa qué roban? —replicó ésta.

—Y tú, ¿por qué...?

—Yo, para comer.

—Pues ellos también para comer.

La Flora recordó que de chica había visto la ejecución de la Higinia. Había ido con la hija de la portera de su casa.

—Allí estaba el patíbulo —y señaló el centro de una tapia frente a una capilla—. En los desmontes hormigueaba el gentío. Vino la Higinia vestida de negro, apoyada en los Hermanos de la Paz y Caridad; debía de estar ya muerta de espanto; la sentaron en el banquillo, y el cura con una cruz alzada se puso delante de la Higinia; la ató el verdugo con unas cuerdas por los pies, sujetándola las faldas; luego la tapó la cara con un pañuelo negro, y poniéndose detrás de ella, dio de prisa dos vueltas a la rueda; en seguida le quitó el pañuelo de la cara y quedó la mujer tan raída sobre el palo.

Después —terminó diciendo la Flora—, la otra chica y ella tuvieron que echar a correr, porque los guardias civiles dieron una carga.

BAROJA (*Mala*, 269-270)

Isidro entró en la cárcel, siguiendo al empleado que el director le dio por guía. Al abrirse el último rastrillo experimentó una impresión de frío y de tristeza; vio de un golpe las naves enormes, las galerías superpuestas, y en ellas, las puertas de las celdas con gruesos cerrojos. Un silencio de tumba pesaba sobre la población invisible. La luz cenital de las monteras de cristales se ensombrecía al descender adquiriendo la vaguedad crepuscular de las bodegas. Las filas de puertas recordaban a Isidro las tramadas de nichos de un cementerio. Detrás de ellas existían hombres

silenciosos, que comían y pensaban; pero eran cadáveres animados, que la estrechez de su tumba obligaba a la inmovilidad; vivos que únicamente sentían la vida a son de corneta, al recibir el rancho por el ventanillo o al salir el sol, para pasear, como fieras enjauladas, durante algunos minutos. Un tropel de pájaros refugiados bajo las claraboyas de las naves revoloteaban en esta luz plomiza. Sus alegres piidos y el murmullo de sus alas sonaban como un remedio irónico de la alegre risa de la primavera.

Maltrana pensó con horror en la posibilidad de un largo encierro en uno de estos ataúdes de mampostería. Centenares de hombres vivían allí sin que un grito, una palabra, un suspiro, conmoviese el silencio de estas naves, que parecían las de una catedral abandonada. Nunca se había creído valeroso; desconocía el impulso brutal de la agresión; pero a la vista de este cementerio de vivos se juró ser aún más prudente. Si le injuriaban, perdonaría la injuria antes de venir a este infierno silencioso por un arrebatado de su animalidad.

El empleado le hizo subir una escalera, al término de la cual estaban las celdas de los niños. Apenas avanzaron algunos pasos por una larga galería, el empleado que vigilaba esta sección dio una voz, y un muchacho descalzo, con ligereza de diablillo, saltó de puerta en puerta, descorriendo con gran estrépito los cerrojos.

En la entrada de cada celda aparecía un niño, cuadrándose con militar rigidez. Se examinaban con miradas oblicuas unos a otros, apretando los labios para sofocar la risa.

Calzaban alpargatas deshilachadas o iban con los pies desnudos sobre los fríos baldosines. Vestían ropas remendadas y mugrientas. Algunos no tenían otro traje que la camisa y un pantalón de hombre sostenido por un tirante que les cruzaba el pecho. Llevaban rapadas las cabezas, mostrando muchos de ellos la extraña configuración de sus huesos craneanos. Había testas enormes, que parecían temblar por un peso sobre el cuello delgado y débil; otras presentaban por detrás un ángulo recto, un corte radical, que denunciaba la anulación de gran parte de la masa encefálica. Los había de ojos picarescos e insolentes, que miraban con fijeza agresiva; otros tenían el cuello ondulado por las cicatrices de la escrófula, o la nariz y las mejillas roídas por la viruela. Manteníanse rígidos, las manos pegadas a las piernas, sacando el vientre, con el bullón de la camisa lleno de objetos y papeles que les servían de juguetes.

El guía de Maltrana los conocía a todos como antiguos parroquianos de la casa. El primero en quien se fijó fue en el *Machaco*.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1456-1457)

Salieron a la plaza de la Moncloa. En una esquina de la cárcel había un grupo de gente. Estaba amaneciendo. Una franja de oro se formaba en el horizonte. Por la calle de la Princesa subía un escuadrón de Caballería; presentaba un aspecto extraño a la luz vaga del amanecer. Se detuvo el escuadrón frente a la cárcel.

—A ver si nos dan la entretenida y lo fusilan en otra parte —decía un vejete, a quien la idea de madrugar y no presenciar la ejecución debía de parecer en extremo desagradable.

—Hacia San Bernardino es donde lo fusilan —anunció un golfo.

Todos echaron a correr. Efectivamente, debajo de unos desmontes próximos al paseo de Areneros formaban los soldados el cuadro. Había un público de cómicos, trasnochadores, coristas, prostitutas, subidos en coches simones, y una turbamulta de golfos y de mendigos. El espacio despejado era extensísimo. Vino un furgón gris y entró en medio del cuadro a la carrera; bajaron tres figuras que parecían muñecos; los dos de a los lados del reo llevaban sombrero de copa. No se veía bien al soldado.

—¡Bajad las cabezas —decían los del público, los que estaban atrás—, que veamos todos!

Se destacaron ocho soldados de Caballería con fusiles cortos y se pusieron delante del reo; se conoce que no quedaron bien de frente, porque, moviéndose de lado, como un animal de muchas patas, anduvieron algunos metros. El sol brillaba en la arena amarilla del desmonte, en los cascos y correaes de los soldados. No se oyó voz de mando: los fusiles apuntaron.

—¡Bajad las cabezas! —gritaron otra vez con acento irritado los que se hallaban colocados en tercera y cuarta fila.

Sonó una detonación sin fuerza; poco después se oyó otra.

—Es el golpe de gracia —murmuró Vidal.

Todo el mundo echó a andar hacia Madrid; se oyó estrépito de tam-

bores y cornetas. El sol brillaba en los cristales de las casas. Iban Manuel, Vidal y las dos mujeres por el paseo de Areneros cuando oyeron otra detonación.

—Se conoce que no había muerto —añadió Vidal, más pálido.

Estaban los cuatro preocupados.

—¿Sabes? —dijo Vidal—. Se me ha ocurrido una cosa para quitarnos la mala impresión de esto: irnos a merendar esta tarde.

—¿Adónde? —preguntó Manuel.

—Hacia el río. Recordaremos nuestros buenos tiempos. ¿Eh? ¿Qué te parece?

—Muy bien.

—¿La Justa no tendrá nada que hacer?

—No.

—Bueno. Pues, entonces, al mediodía estamos todos en el merendero de la señorita Benita, que está...

BAROJA (*Mala*, 271-272)

IV

ESPECTÁCULOS.

DIVERSIONES.

PASATIEMPOS



Ricardo Baroja: *Carnaval de Madrid*. 1908. Calcografía Nacional, Madrid.

17.— *El Carnaval*

Carnaval

17 de febrero.

Le carnaval s'amuse..., y Madrid se disfraza y danza y toca las castañuelas. Se ha divertido el pueblo con igual humor al que hubiese tenido sin Cavite y sin Santiago de Cuba. Hay filósofos de periódicos que protestan de tan jovial e inmovible ánimo; hay humoristas que defienden la risa y la alegría nacionales y que creen que «bien merecen la fiesta los pueblos que saben divertirse». ¡En hora buena! Yo me siento inclinado a estar de parte de los últimos y reconozco la herencia latina. Tácito y Suetonio (Anal, III, 6, Cal. 6) nos han dejado constancia de que los duelos públicos se suspendían en Roma los días de juegos públicos o mientras se celebraban ciertos sagrados ritos. El luto español no se advierte al paso del cortejo de la Locura, y aquí, más que en ninguna parte, los duelos con pan —y ¡toros!— son menos.

Se ha enterrado la Sardina en su día, en el día de la simbólica ceniza; y en medio de la pompa carnavalesca, un periódico ha hecho desfilar una carroza macabra con el entierro de *Meco*, ese típico personaje que representa a la España de hoy. La mascarada en cuestión era de un pintoresco bufo-trágico indiscutible: la caricatura de los políticos del desastre, las ollas del presupuesto por incensarios; *Meco* camino del cementerio y tras la fúnebre mojiganga, una murga trompeteando a todo pulmón la marcha de Cádiz. Decid si no es un modo de divertirse con lívidos reflejos a lo Poe, y si en este carnaval no ha habido, si no la mascarada de la muerte roja, la mascarada de la muerte negra.

DARÍO (*España*, 79)

No faltan doctores a quienes preocupa la mortal enfermedad de Momo. Se desea restaurar el Carnaval; pero un Carnaval decentito, gracioso, cortesano —un Carnaval a *l'usage des demoiselles*—. Se quiere que, en días señalados de antemano por el ayuntamiento, y previo el pago de impuestos que el mismo ayuntamiento señale y recoja y que se destinen a obras caritativas, la gente, disfrazada con elegancia y bien adornadas carrozas o en caballos de linda estampa, baje al Retiro, provista de *bouquets*, de violetas y cucuruchos de finos confites, para arrojarlos, sin quitarse los guantes, a los conocidos y a los contertulios. Afuera los mascarones del polvo, los zarrapastrosos que se envuelven en una colcha de percal rameado desteñida por el uso o en una zalea de piel de oveja tiñosa; afuera las alusiones políticas demasiado agudas, las caretas ministeriales, las comparsas donde se representa el triste estado del ejército español a través de la salvaje manigua... Un Carnaval correcto es el ideal que persigue el ayuntamiento de Madrid.

¡Ideal inasequible! Porque un Carnaval de ese género no sería Carnaval, sino Cuaresma. El Carnaval es, por su esencia misma, insensatez, desorden y voluntaria infracción de todas las reglas sociales. Es el momento en que el capricho, la espontaneidad, la mofa, la ironía despreciadora de etiquetas y formulismos, se abren paso, rompiendo la valla que les oponen, durante el resto del año, las conveniencias y los miramientos. Carnaval sin locura, no se concibe. Tampoco cae bien un Carnaval aristocrático solo: el Carnaval es una institución democrática. Hay países en que mientras dura el Carnaval, los amos son criados, los criados amos. La misma dura esclavitud romana se ablanda y se quebrantan sus hierros en las fiestas saturnales. El marcarón asqueroso y trapajiento tiene el mismo derecho a la vida que el pulcrísimo *incroyable* de calzón de seda verde y dijes de diamantes colgando del chaleco amarillo bordado con plata... Digo más. La alegría carnavalesca, la desatada alegría de los secuaces de Momo, no es compatible con la rigurosa separación de clases que hoy se pretende. Recuérdanme estos conatos de clasificación jerárquica en la calle, el famoso cuento del rey a quien sus nobles pidieron que les acotase un paseo público a fin de que no pudiese mezclarse con ellos el pueblo. «Así lo haré —respondió el soberano—: sólo siento que, establecido el sistema de que cada cual pasee con sus iguales, voy a aburrirme de muerte, pues tendré que andar siempre solo».



Carnaval en el Paseo del Prado. H. 1900. Legado Cajal. Instituto Cajal. Madrid.

Venecia, el Estado más aristocrático entre cuantos la historia registra, era la ciudad de más bullicioso Carnaval, porque justamente en esos días de delirio fraternizan las clases. En Madrid, si hoy se quieren implantar las modas de las batallas de flores y de la lluvia de *confetti*, sería preciso traerse también el incomparable clima de ciertas regiones italianas. Venecia, en febrero, goza una primavera esplendorosa. Niza, en enero, se aduerme a la luz de la luna, al tibio soplo del aire, entre las olas azules del Mediterráneo. Hay espectáculos, hay festejos que son condicionados por el clima, y en que el gasto principal lo hacen el sol y la naturaleza pródidas. Madrid, que es frío hasta primeros de mayo, y que ahora ha dado en la gracia de ser lluvioso cuando menos se piensa, no sirve para cierta clase de festejos, que además no están asimilados a nuestras costumbres. El año pasado, el conde de Romanones lidió como un héroe para que el Carnaval en el Retiro fuese escogido y animado, sin espantajos ni carátulas horribles, ni mugre, ni hedor de vinazo tabernario. Una selección carnavalesca a toda ley. Pero el conde se olvidó de la meteorología. El cielo, radiante y puro la semana anterior, empezó a oscurecerse, y precisamente el día señalado para la función, cuando ya estaban engalanadas las carrozas, festoneados de flores los paramentos de los caballos y las máscaras de la *high life* femenina abrochándose el último botón del guante claro y apretando los cordones del inmenso *ridículo* atestado de golosinas y de grajeas, empezaron a gotear las nubes y el suelo a convertirse en barro... La gente salió: ¿no había de salir? Comprado ya el permiso para andar por el centro del paseo; hecho todo el gasto y sufrido todo el trabajo; atadas las gomas de la careta..., ¿quién se queda en casa? Pero os aseguro que valor más alto no lo han conocido los siglos. Es increíble que no atrapasen la reina de las pulmonías. Desde un balcón, al abrigo, cerca de la chimenea y no lejos de la bienhechora taza de té, cuyo calorillo nos ha de volver al cuerpo el alma, vi pasar a los naufragos —no otra cosa parecían—. En una carroza vestida de percalina rosa, iban unas cuantas señoras, de lo más *cremoso*, según fama. Sus trajes, gentil capricho, de percalina rosa también, con enormes capotas directorio, hubieran sido una delicia al sol, al picante sol madrileño, el de los días apacibles, el *bermejazo platero de las cumbres*. Pero empapados en agua, salpicados de cieno, hechos un pingo húmedo, daban lástima y despertaban la idea de muchos catarros, infinitas fluxiones y variedad de reumatismos articulares.



Carnaval de 1898. L. F. Guirao. Col. M.^a Manzanera.

Otra decadencia de Momo son los bailes de máscaras. También en esto han entrado juntas la selección y la desanimación. Hace diez o doce años, a los bailes del Real concurrían, de tapadillo, damas distinguidas. Se envolvían en el negro capuchón o se arrebozaban en el rico pañuelo de Manila; pedían el brazo a un caballero de su familia o de su intimidad, daban una vuelta por el salón o se refugiaban en el palco; a las dos cenaban, deleitándose en la novedad del caso y en el picantillo del tapujo, y a las tres y media, su coche las llevaba a casa otra vez. Hoy las mujeres que asisten a los bailes de máscara son de lo más ínfimo, socialmente hablando. Entre la misma clase media se ha perdido la costumbre de *dar una vuelta y embromar*. El baile de Escritores y Artistas ha sido desbancado por el del Círculo de Bellas Artes, que atrae con el señuelo de las panderetas y los abanicos, donde ponen su firma grandes pintores; así y todo, creo que del baile del Círculo se puede asegurar lo que de los restantes; el mujerío es fatal.

PARDO BAZÁN (*Vida*, 26-29)

El segundo día de Carnaval, por la tarde, al salir Maltrana de la calle de los Artistas, se detuvo en los Cuatro Caminos, dudando entre bajar a Madrid o subir hacia Bellas Vistas y las Carolinas.

Le repugnaba el Carnaval madrileño, grosero y monótono, sin otros alicientes que los codazos y pisotones de la multitud, y se decidió a ir en busca de su amigo el *Mosco*, y aprovechar, de paso, el viaje para hacer a su abuela una visita en su nueva casa, que era la de *Zaratustra*. La pobre vieja tenía deseos de hablarle, según le había manifestado Polo la última vez que se vieron ante el fielato. Nada perdía con tener contenta a la abuela. En las Carolinas seguían hablando de su tesoro, y ¡quién iba a saber si pensaría en su nieto como heredero!

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1407)

Al llegar Maltrana a Bellas Vistas, creyó ver la reproducción animada de un cuadro de Goya. Varias muchachas desgredadas, de las de la busca, manteaban un pelele; un traje viejo lleno de paja, con enormes tumores, calzado con unas botinas rotas y rematado por una cabeza de cartón. Un grupo de mozuelos intentaba arrebatárles el pelele para llevárselo prisionero a la taberna, y las greñudas, armadas de escobas, defendían a golpes el monigote. Corría el grupo por los desmontes, con la algarazara de la lucha; rodaban por el suelo algunas de las combatientes con tal ímpetu, que dejaban al descubierto las roñosidades de su interior. [...] Era un resto de su antigua alegría, un recuerdo de aquellos años en los que bajaba por el Carnaval al centro de Madrid cubierto de sus más vistosos harapos, aceptando la extrañeza y la burla de las gentes como testimonios de admiración. Seguía la costumbre de desfigurarse con adornos bravíos cuando llegaba la fiesta; pero se quedaba en casa, vencido por el reuma senil, que inmovilizaba sus piernas.

(Ibidem, 1408-1409)

Al entrar en el barrio de las Carolinas quedó desconcertado y confuso por el aspecto que ofrecía en pleno Carnaval. En aquella gente adornada con los despojos de una ciudad no se distinguían fácilmente las máscaras de los que no iban disfrazados. Pasaba junto a él un niño llevando en un pie una bota de charol y en el otro un zapato rojo, arrastrando la balumba de arrugas de unos pantalones de hombre, cubriéndose la cabeza con una pamela de paja desengomada y con vestigios de flores. No, no era una máscara. Marchaba con la gravedad del niño pobre que hace los encargos de sus padres, llevando sobre el pecho un gran frasco para que se lo llenasen en la taberna. Y tampoco eran máscaras las mujeres astrosas que veía a lo lejos con faldas multicolores; y los hombres con chaquetillas de soldado o con levitas verdinegras, cuyos faldones cubrían sus perneras remendadas, asomando el pecho velludo entre los forros de seda de las solapas.

Una careta vieja de cartón o un trapo con agujeros para los ojos era lo único que distinguía a las máscaras en aquel mundo donde todos parecían igualmente disfrazados.

En medio de las callejuelas, junto a las puertas y en el interior de los corrales, veíanse montones de papelillos de color mezclados con la basura. Eran los restos del primer día de Carnaval, el confeti y las cintas de papel recogidos por la mañana en los paseos de Madrid; el residuo de la alegría de todo un pueblo que se mezclaba en tal sumidero con los restos de su comida y sus ropas. Algunos chicuelos tremolaban banderas de papel, guirnaldas de flores contrahechas y otros adornos caídos de las carrozas que la tarde anterior corrían por la Castellana.

(*Ibidem*, 1413)

—Pues como te decía, esa conversación fue la base de una fortuna que pronto me pertenecerá; pero mira si será uno torpe y lo mal que se ven las cosas cuando están al lado de uno. Hasta pasado lo menos un año de la conversación no empecé yo a hacer gestiones. Las primeras las hice hace dos años. Un día de Carnaval se me ocurrió la idea. Yo daba lecciones de inglés y estudiaba en la Universidad; con el poco dinero que ganaba tenía que enviar parte a mi madre, y parte me servía para vivir y para las matrículas. Este día de Carnaval, un martes, lo recuerdo, no tenía más que tres pesetas en el bolsillo; llevaba tanto tiempo trabajando sin distraerme un momento, que dije: «Nada, hoy voy a hacer una calaverada; me voy a disfrazar». Efectivamente, en la calle de San Marcos alquilé un dominó y un antifaz por tres pesetas y me eché a la calle, sin un céntimo en el bolsillo. Comencé a bajar hacia la Castellana, y al llegar a la Cibeles me pregunté a mí mismo, extrañado: ¿Para qué habré hecho yo la necedad de gastar el poco dinero que tenía en disfrazarme, cuando no conozco a nadie?

BAROJA (*Busca*, 218-219)

Ríe en la danza que gira,
muestra la pierna rosada,
y suene, como una lira,
tu carcajada.

Para volar más ligera
ponte dos hojas de rosa,
como hace tu compañera
la mariposa.

Y que en tu boca risueña
que se une al alegre coro,
deje la abeja porteña
su miel de oro.

Únete a la mascarada,
y mientras muequea un clown
con la faz pintarrajeada
como Frank Brown;

mientras Arlequín revela
que al prisma sus tintes roba
y aparece Pulchinela
con su joroba,

di a Colombina la bella
lo que de ella pienso yo,
y descorcha una botella
para Pierrot.

Que él cuente cómo rima
sus amores con la luna
y te haga un poema en una
pantomima.

Da al aire la serenata,
toca el áureo bandolín,
lleva un látigo de plata
para el *spleen*.

Sé lírica y sé bizarra;
con cítara sé griega;
o gaucha, con guitarra
de Santos Vega.

Mueve su espléndido torso
por las calles pintorescas
y juega y adorna el corso
con rosas frescas.

[...]

DARÍO (*Prosas*, 186-187)

Telón que representa el final del Prado en un día de Carnaval.

Escena única.

Máscaras, Gente, el Tío del Higuí, el de los zancos, el Oso, los
Bebés, coro general, pasada de «La Escolar».

Música

Coro

—Cuánta bulla, qué jaleo,
hoy termina el Carnaval,
hoy la gente le despide
merendando en el Canal.
Cuánta bulla, qué jaleo,
la alegría reina aquí,
que esta tarde aquí merienda

lo más chulo de Madrid.
 (Saliendo de entre las máscaras).
 Oso –¡Múuu..!
 Golfo –¡Baila! ¿No quieres?
 Te daré la bota.
 Oso –¡Múuu..!
 Golfo –Ya lo ven ustedes
 bailando la jota.
 Mar. –Adiós, Bienvenido,
 ¿no has traído a Paquita,
 desagradecido?
 Pollo –Tú eres Mariquita. *(Risas)*.
 Mar. –¡No me ha conocido!
(Sale el Tío del Higuí y Chicos).
 Coro –Es el Tío del Higuí,
 con su facha original,
 lo que más me gusta a mí
 cuando llega el Carnaval.
 Higuí –¡Al higuí, al higuí,
 con la mano no,
 con la boca sí!
 Niños –Ponga usted otra cosa
 y dé usted a la caña,
 porque yo en seguida
 lo voy a coger.
 Coro –Este tío vivo
 nos da la castaña
 y detrás del higo
 les hace correr.
 Niños –No le dé usted al palo
 tan exagerao
 y verá que pronto
 le tiro un bocaó.
 Higuí –Mucho ojo, granujas,
 mirando a la caña,
 que el higuí es la buena

- carrera en España.
 Y hay cien personajes
 que mandan aquí,
 y todo lo hicieron
 saltando al higuí.
- Todos –Al higuí, al higuí,
 con la mano no;
 con la boca sí.
 Es el tío del higuí
 con su facha original,
 lo que más me gusta a mí
 cuando llega el Carnaval.
- Bebés (*saliendo*) –¡Mamá, papá,
 yo chero tate!
- Papás –¡Qué disparate!
- Bebés –¡Mamita, chachita!
 ¡Te chero mucho!
- Coro –¡Tómale!
- Bebés –¡Arre pagüe! (*Con voz chulona.*)
- Uno –Mira, papita,
 que me han pegao.
- Papás –Si no estáis quietas
 os doy a todas
 un par de azotes
 y se ha acabao.
- Bebés –¡Ay, ay, ay! (*Llorando*).
- Papás –No lloréis, niñas,
 no lloréis más,
 que yo también
 voy a llorar.
 ¡Ay, ay, ay!
- Todos –Qué buen humor
 tiene la gente en Carnaval,
 qué guapas van,
 qué bien vestidas de bebés.
 ¡Ay, con qué gracia

Los coches descubiertos formaban mayoría, y en ellos lucían sus atractivos algunas jóvenes disfrazadas de pasiegas, de andaluzas o de gitanas; también había muchos niños vestidos a la antigua con pelucas empolvadas, medias de seda, zapatos de charol con hebillas de plata, pantalón ceñido y sendos casacones bordados que les azotaban las corvas; parecían comparsas de teatro, y sus perillas y bigotes postizos, de un negro betún, daban a sus tersas caritas una expresión de seriedad y vejez contrahecha que inspiraba risa. Entre ellos también mostraban sus atractivos varias Pompadour de tres pies de estatura, semejantes a figuritas arrancadas de un abanico estilo Watteau.

Por entre las dos filas de coches, una de las cuales iba con la misma lentitud con que la otra venía, como los costados paralelos de una correa sin fin, pululaban bandadas de máscaras vocingleras: mujeres con disfraces varoniles cuyas piernas apenas podían moverse dentro de los pantalones en que un capricho de su dueña las aprisionó; hombres que cambiaban su traje por una enagua y un corpiño, comparsas de frailes y rezadores que iban leyendo un libro y echando bendiciones a granel; *bebés*, astrólogos, escoceses, locuras, moros, caballeros del siglo XVI, estudiantes, osos, enanos, lechuzas y otros mil abigarrados figurones y disparates.

Por entre las aceras discurría el público de a pie, y entre los trajes oscuros de los espectadores pacíficos, bullían grupos de máscaras retozonas que perseguían a sus conocidos para darles un confite y una hora de tormento. Y todo ello bajo un cielo azul que se deshacía en torrentes de luz.

ZAMACOIS (*Enferma*, 169-170)

Canción de Carnaval

Le carnaval s'amuse!

Viens le chanter, ma Muse...

Banville

Musa, la máscara apresta,
ensaya un aire jovial
y goza y ríe en la fiesta
del Carnaval.

llaman todas a papá!
Es una cosa
que me gusta mucho ver.
Bebés –En cuanto llega el Carnaval.
todas aquí nos disfrazamos de bebés
y paseando y dando bromas sin parar
estamos hasta cerca del anochecer.
¡Papá, mamá!
Que la chacha me quiere pegar
por qué... por ná...
por alguna cosita será. (*Marchándose*).
Todos –¡Qué guapas van, qué buen humor
en cuanto llega Carnaval!
(*Desfilan con gran animación*).

ARNICHES-LUCIO (*Último*, 486-488)

18.— *La verbena. El baile*

De fiesta

Con las jornadas lujuriantes del estío, sucédense en los barrios madrileños verbenas y verbenas, como en los lindos pueblos vizcaínos síguense unas a otras las romerías. El *ju-ju-jú* cantábrico, el grito de la guerra y del jolgorio no cesa de atronar entre los montes, mostrando en su infantil desbordamiento el ansia de vivir de un pueblo siempre fuerte y eternamente joven.

Vayan enhoramala los catones baratos de la prensa, que acostumbran en épocas de festejos a soltarnos discretos parrafitos, en los que exhortan a los Ayuntamientos y al Gobierno a que se ciñan las vestiduras negras y condenen al pueblo al uso del cilicio y del sayal. ¡Basta de *tartufismo*! Esos señores periodistas suelen vivir cómodamente; la guerra no les arrebató, ni los hijos, ni el pan; trabajan poco y con holgura, en rigor no necesitan de la fiesta a plazo fijo; es su vida una perpetua diversión, una broma de Carnaval, en la que sirve la pluma de careta.

¿Han vivido alguna vez esos infusorios de la tinta la vida del pueblo bajo? Y si no la han vivido, ¿con qué derecho niegan la absoluta necesidad de esparcimiento que ahora más que nunca siente el pueblo?

En el taller sombrío, donde las horas sucédense a sí mismas, vacías y tristes; sobre la tierra, cansada ya de exacciones milenarias, las gentes necesitan forjarse un ideal luminoso. Cuantos padecen han menester del pan de la esperanza. Y el pan de la esperanza son esas pobres combatidas fiestas.

¿Qué importa que a su llegada, tras meses y meses de anhelosa espera, deslícnese sin aportar el *más allá* que el doliente ambicionara en su infortunio? Conozco la mentira que se oculta en esas promesas de placer a fecha fija. Frente a mi ventana trabaja media noche, luego de terminar su labor diaria, una infeliz muchacha. No es bonita y quisiera serlo. ¡Con qué arrobamiento contempla a cada minuto su labor, el trajecillo que estrenara en San Juan! Me parece que la veo pensar: «¡Sí que estaré agradable, sí

LOS DOMINGOS EN MADRID



EN VUELTA DE AMANUEL.

de la banderita de los ciegos, á subir á los columpios y á montar en los caballitos del Tío Fico, de los que tienen letre-

chos de Moscú, Santander, Berlín, Almagro, etc.
Por el camino, y mientras llegan, van charlando de los años, y salen á relucir la vida y milagros de los respectivos señoritos. Ya en el baile, se falta un militar que las obsequie con mejama fina de Alicante ó alcapurá, ó bien chufas; las que son celosas no aceptan más que agua; después del resagido, el militar saca á bailar á su pareja, y la tímida damocela, seducida por el correaño y la paffarda del soldado, se entrega al baile, en tanto el orgullo sigue quejándose como un reumático.

Al anochecer termina el baile; las criadas apritan el paso; hay que llegar á casa de los amos antes de la hora de la comida, porque si no, la señorita se ve en el caso de decir: «Pero Ramón, ¿qué cuajo tiene usted! ¿tapa una hora! ¡Si no la hubiera dejado salir!»

La criada se mete en la cocina refunfuñando, vueta en la sopera el pochero de la sopa sin

enterarse de cómo está, y se clar, luego se el protesta del señorito, que dice: «Esto no se puede comer! ¡es basura!» Pero la criada, un cuernito, suelta más tarde con aquel militar tan guairado que la ofrece chufas y stramonios y la jersita que sea del mismo Córdoba.

Otro elemento indispensable los señoritos chicos; con el sombrero inclinado sobre la cara, el patético cruzando el cuello de la chaqueta, la americana ajustada al talle, balanceando los brazos con jarambucos nerviosos como al que le tocan un pasacalle, plando firme y hablando recio, porque así deben hablar los hombres curtidors en la vida, el señorito chico se encamina á uno de los bailes, entra haciendo cargo del mojerito con una mirada, porque para eso tiene un gipso de vista como nadie, y después se dirige á la que le ha parecido más guapa, diciéndola: «Guapa usted, reina madre, ¿qué ser?»

Á la mujer, al verla, le da una parálisis, se suspende y no tiene más reme-



UN BAILE EN LOS CUATRO CAMEROS



TIO VIVO EN LA PUERTA DE TOLEDO

que me han de mirar, sí que he de ser feliz!» Y llegará la *sanjuanada*, y estrenará su traje, y la mirarán, y transcurrirá el día, esperando de minuto en minuto el instante de plena dicha que anhelara, y caerá el sol, y aumentará el número de sus desilusiones, y reanudará su vida de dolor y de aislamiento, la vida del dolor universal, que durará hasta que los siglos se consuman y se haga pedazos el planeta. Y a pesar de todo, cuando se acerque otro San Juan, coserá nuevamente otro traje, para estrenarlo el día de la fiesta.

Hay algo grande en estas fiestas que se anhela. Parece como si en ellas se invirtiera una parte del caudal de misticismo, que el dolor crea en el espíritu de las muchedumbres. En ellas buscan el anticipo de un Edén ignorado. Pues bien, señores Jeremías, no arranquemos al pueblo otra esperanza. Las esperanzas constituyen su única fortuna. ¿Con qué le pagaríamos caso de arrebatárselas?

A los que dicen que este año debieran suprimirse los festejos yo les pediría una limosna para hacerlos más grandes, preguntándoles: ¿no merece ese pueblo que llora tantas desgracias la esperanza de gozar un día al año?

Y es probable que a los que no me la dieran por caridad, les hiciera el egoísmo aflojar los cordones de la bolsa.

Junio de 1898.

MAEZTU (*Hacia*, 85-86)

Verbena francesa

Bajo la sombra y el sueño de la dormida arboleda,
todo está lleno de luces, de respiros y de esencias.

Los labios vivos sonríen, los ojos mágicos juegan
en el alegre bullicio del amor y de la fiesta.

...Ya sabéis que mis pesares quieren quietudes serenas.



N. Méndez Bringa: *"En la verbena"* *Ilustración Española y Americana*.
Museo Municipal de Madrid.

Vengo de dar un paseo por las solitarias sendas.

La noche es dulce y tranquila, noche fiel de primavera,
llena de suaves caricias y de olor de flores nuevas.

He sonreído en silencio, he hablado con mis estrellas,
y la brisa me ha traído ecos de lejanas tierras.

He soñado entre canciones con quienes quizás me sueñan
y aún en mis ojos perdidos lágrimas de dicha tiemblan.

Miro y hablo mientras chillan los violines sus demencias
y, por no chocar, me río con amable indiferencia.

¡Todo tan lleno de luces! Y entre el gritar de la fiesta,
no ven que mi alma y mi cuerpo son cuerpo en pena, alma en pena.

J.R.J. (“Verbena francesa” *Leyenda*, 56)

Felipe.— La de los claveles dobles,
la del manojo de rosas,
la de la falda de céfiro
y el pañuelo de crespón;
la que iría a la verbena
cogidita de mi brazo...
¡eres tú!... ¡porque te quiero,
chula de mi corazón!

Mari Pepa.— ¡El hombre de mis fatigas,
pa mí siempre en cuerpo y alma,
pa mí sola, sin que nadie
me dispute su pasión!
Con quien iría del brazo
tan feliz a la verbena...

¡eres tú!... ¡porque te quiero,
chulo de mi corazón!»

LÓPEZ SILVA-FERNÁNDEZ SHAW (*Revoltosa*, 73)

Cuadro tercero

La pradera de San Isidro el día del Santo. A la derecha, un merendero rodeado de mesas y banquetas. A la izquierda, un columpio que juega. En primer término, al mismo lado, mesas y banquetas de otro merendero supuesto. Puestos de vendedores ambulantes. Tiovivos, barracones de figuras de cera, etc., etc. Corro de gente merendando, bailes, romeros que van y vienen. Animación extraordinaria.

Escena primera

Preludio, en el que suenan mezclados los estrepitosos ruidos de la fiesta, organillos, murgas, redobles de tambor, voces, gritos de vendedores, algazara de la gente, etcétera.

Música

CORO: Con tres o cuatro orquestas
de varias clases,
pueden bailarse al tiempo
polcas y valsés;
y con tanto barullo,
con tanto ruido,
nos alegramos todos
de haber venido.

ARNICHES (*Santo*, 39-40)

Aquel local ancho y pintado de obscuro parecía un taller de máquinas desocupado.

Algunas busconas de bajo vuelo, ataviadas con mantones de Manilla y flores en la cabeza, mostraban su busto en los palcos. Se sentía frío.

Cuando la charanga comenzó a tocar con estrépito, la gente de los pasillos y del ambigú salió al centro a bailar, y poco a poco se formó una corriente de parejas alrededor del salón. No había más que media docena de máscaras. Se generalizó el baile; a la luz fría y cruda de los arcos voltaicos se veía a las parejas dando vueltas, hombres y mujeres, todos muy graves, muy estirados, tan fúnebres como si asistieran a un entierro.

Algunos hombres apoyaban los labios en la frente de las mujeres. No se sentía una atmósfera de deseos, de fiebre; era un baile de gente apagada, de muñecos con ojos de aburrimiento o de cólera. A veces algún gracioso, como sintiendo la necesidad de demostrar que se estaba en un baile de Carnaval, se tiraba al suelo o gritaba desaforadamente; había un momento de confusión; se restablecía pronto el orden y se formaba de nuevo la corriente.

BAROJA (*Mala*, 177)

3 diciembre.

Desde aquí oigo el tintineo de un piano de manubrio que tocan ahí enfrente. Han organizado un baile popular en una carpintería. He estado hace un momento en la puerta. Casi a oscuras, alumbradas por un humoso quinqué, pasaban y repasaban voluptuosamente las parejas, juntos, apretados el bailaror y la bailadora, el brazo de *él*, ceñido al talle de *ella*; la cabeza de *ella*, yacente en el hombro de *él*; jadeantes ambos, los ojos resplandecientes, los cuerpos lacios...

Y yo aquí, leyendo filosofías.

¿Soy un imbécil?

El organillo sigue; sus notas cristalinas, retozonas, saltantes, llegan a raudales. Las parejas pasan y repasan al compás de una habanera, de una lánguida, desmayada, enardecedora habanera...

Y yo aquí leyendo filosofías... ¿Dónde está la vida: en los libros o en la calle? ¿Quién es más filósofo: yo, que paso horas y horas devorando las horridas metafísicas de estos bárbaros, o el desenfadado mozo que siente palpar junto a sí el abultado pecho de una hembra enardecida, y aspira su alienato, y lee en sus ojos ansias de espasmos deliciosos? ¿Quién es más hombre?

Vivamos, vivamos. Los grandes artistas *crearon* porque *vivieron*. Cervantes, Quevedo, Lope..., aventureros, duelistas, navegantes, soldados, gentes que gustaron todos los placeres, corrieron todos los azares, sufrieron todos los dolores.

AZORÍN (*Diario*, 6-7)

A la una de la madrugada llegaron a la Zarzuela.

Consuelo vestía un capuchón azul con adornos negros, zapatitos de raso blanco y antifaz encarnado; todos los palcos estaban ya vendidos y tuvieron que comprar dos entradas. Las luces, el calor y el ruido causados por la aglomeración de personas produjeron en Consuelo un sobrecogimiento que la hizo aferrarse estrechamente al brazo de su marido; aquel espectáculo, tan original y nuevo para ella, la atraía y asustaba a la vez.

Entonces la orquesta no tocaba y los bailarines descansaban dando vueltas al salón: en el centro de aquella movible cinta de carne humana había muchos hombres que, no teniendo pareja, esperaban ansiosamente la llegada de nuevas mujeres; en los palcos se comían fiambres y se bebían botellas de Jerez, y en uno de ellos, ocupado por camareras y jóvenes de buena sociedad, un jovencito, en el colmo de la embriaguez, vaciaba el vino en el interior de su sombrero de copa, aplicaba los labios a las alas y bebía. En el escenario algunos bailarines disfrazados se habían rendido ya a las fatigas del baile y a los vapores de la bebida, y dormían profundamente tendidos boca arriba, con los brazos abiertos, los semblantes desfigurados por las pinturas, el sudor y el polvo, y teniendo aún en una mano la última botella vacía; mientras otros, que hicieron con su rabo de diablo una especie de cojín y sentándose encima para estar más cómodos, cenaban tranquilamente recostados contra la pared.

De repente, y cayendo sobre aquel horrible desconcierto producido por tantas voces que destempló la agitación y la borrachera, resonaron los primeros acordes de la orquesta, y aquella masa de carne empezó a ondular siguiendo el ritmo musical.

ZAMACOIS (*Enferma*, 172-173)

Eran más los hombres que las mujeres; y como sólo las mujeres iban disfrazadas, predominaba en el baile el tono oscuro de la ropa masculina. Así, paseando la mirada sobre este fondo uniforme, casi se podía ir contando las máscaras. Notó, pues, Pío Cid, a poco de entrar, un grupo de seis máscaras, sentadas casi enfrente de su palco. Todas iban vestidas o encapuchonadas de negro, con vivos rojos, como una bandada de pájaros o como personas de la misma familia. Unas antes, otras después, iban saliendo a bailar cuando alguien las invitaba, y volvían luego a sentarse en el mismo sitio, en el que quedaban siempre dos por lo menos de la banda. Y Pío Cid notó también que las dos eran siempre las mismas.

Maquinalmente se levantó, bajó al salón, y después de dar una vuelta por el centro, se acercó a las dos máscaras e invitó a bailar a una de ellas, que era más alta y más delgada que la otra. La máscara dio las gracias, y se excusó diciendo que estaba fatigada. A lo cual replicó Pío Cid:

—¿Cómo está usted fatigada si no ha bailado ni una sola vez?

Y diciendo esto, se sentó al lado de la máscara, que, oyendo aquella pregunta y viendo aquel descaro, dijo con voz un tanto agria:

—Le advierto a usted que esa butaca está tomada.

—Ya lo sé —contestó Pío Cid—, y conirme cuando llegue quien se sentaba en ella, estoy cumplido. Pero antes, ¿qué mal hay en que yo insista una y diez veces para que usted baile conmigo?

—¿Nada menos que diez veces va usted a insistir? —preguntó la máscara con voz algo melosa, pero penetrante como el maullido de un gato.

GANIVET (*Trabajos*, 116)

Para mí, lo más importante del banquete fue haber dado ocasión para que Pío Cid, por no desairar a un amigo a quien acaso no volvería a ver, se decidiera, aunque a disgusto, a ir al baile de máscaras; pues sin esta condescendencia quizá se hubiera muerto de viejo en una casa de huéspedes, y yo no tendría que escribir la historia de sus trabajos. ¡De tal suerte los hechos, menudos e insignificantes trastornan la vida de los hombres, aun la de los más experimentados y dueños de su voluntad! Pío Cid tenía, como Aquiles, un solo punto vulnerable, el sexto sentido misterioso, que, por la imprudente interrupción de Orellana, nos hemos quedado sin conocer; y su mala estrella quiso que en el baile de máscaras recibiera la herida de amor que él, con su claro espíritu, presentía.

Muy largas eran ya las doce en el reloj de Gobernación cuando Orellana con don Benito, don Mariano y Pepe Rodríguez volvía del café a la calle del Arenal a recoger las provisiones que pensaba llevar al teatro. Pío Cid se fue con ellos y, reunida en el café toda la pandilla, salió en dirección del teatro de la Zarzuela.

(Ibíd., 115)

19.— *Los toros*

En las riñas a puñetazos, el espectador grita ¡*Hurrah!* cuando el hombre le salta un ojo al hombre; en los toros se aclama al torero con mayor entusiasmo cuando, arriesgando la propia vida, salva la ajena—muchas veces la del afortunado rival, quizá la del enemigo—. En esos momentos la fiesta nacional adquiere un carácter que no vacilo en calificar de noble e hidalgo. ¿Qué es ver a un hombre caído, inerme, a la fiera lanzándose contra él, despidiendo ardiente resoplido, bajando el testuz para embestir, y a otro hombre, vestido de seda y hecho un ascua de oro, tranquilo, sonriente, manejando con desembarazo la airosa capa, y de un solo jugueteo de ese trapo bonito, de ese débil escudo de tela, desviando al terrible animal, y salvando una existencia? ¿Pues qué, cuando para conseguir el mismo fin, para proteger al compañero que yace allí a merced del bruto irritado, el torero se agarra con ambas manos a la cola del toro, y le sujeta y clava al suelo, mientras el derribado se levanta y huye? Revuélvese la fiera mugiendo, queriendo desasirse; pero las vigorosas tenazas que lo sujetan no sueltan la presa, aunque ya el burlador busca la manera de salir, ligero y triunfante, dejando atónito al animal. El día de la corrida de Beneficencia, alguien recordó, en el palco que yo ocupaba, una proeza de *Guerrita*. Tuvo este diestro el refinado capricho de torear vestido de blanco, y el aristocrático empeño, que casi puede llamarse femenil, de sacar el traje sin una salpicadura de sangre, sin una mancha. Bien se comprende cuánta serenidad, qué valor frío supone tal cuidado, tal preocupación de coquetería y de limpieza, cuando el toro amenaza la vida y hay que evitar la horrenda caricia de sus agudos cuernos. Pues bien: *Guerrita* se vio aquel día en el caso de colear a un toro para impedir que fuese recogido y destrozado un picador. Y el traje, la rica chaquetilla blanca abrumada de pasamanos de plata, el fino calzón, la faja de seda, la pechera, todo salió cual la nieve, igual que al entrar el diestro en el redondel. No sé cómo le haría yo comprender a la señora Lowell que esto me parece en vez de barbarie, helenismo.

* * *



Guerrita matando contra querencia. La Lidia. 13-11-99.
Hemeroteca Municipal, Madrid.

Repito que el público español en ningún espectáculo es más intransigente con la barbarie que en la plaza de toros. Lejos de complacerse, como afecta creer la señora Lowell (la que trata de verdugos a nuestros generales), en el tormento de los caballos, protesta indignado si después de gravemente heridos, por *aprovecharlos* se les quiere volver a hacer entrar en lidia. Las picas profundas y que despedazan al toro, los pinchazos inútiles, exasperan violentamente a la multitud. Si admite todos los elementos dramáticos indispensables para la función, no quiere ver ninguna crueldad inútil, ninguna mortificación que no sea estrictamente impuesta por la naturaleza de la lidia.

Esto lo he observado mil veces. Los toreros que se arriesgan a ton-tas y a locas, creyendo sustituir la destreza con el valor ciego y temerario, reciben mil muestras de desagrado, insultos mezclados con advertencias.

Una de las condiciones en que el diestro *Guerrita* ha basado su celebridad, es la de poseer suficiente maestría para ejecutar todas las suertes del toreo, acompañadas de muchos adornos y perfiles delicadísimos, infundiendo en el ánimo del espectador la convicción de que no será cogido, de que burlará a la fiera. La alegría que infunde la presencia del maestro, a eso se debe en gran parte. Admiramos su destreza y no tememos un trágico episodio. Le vemos retozar con el toro, halagarle el morro con la mano, echarle puñados de arena, deslumbrarle con su hábil quiebro, arrodillarse y esperarle impávido, parearle con las de a cuarta..., y estamos tranquilos, porque creemos que no peligra una vida humana. Si fuésemos esos bárbaros sedientos de sangre, esa turba del *pollice verso* que pintan los amigos de nuestros enemigos de Cuba, estaríamos anhelando heridas y muertes, agonías y horrores... Aunque parezca paradójica, diré que aquí la gente sedienta de sangre son los adversarios de las corridas de toros (que no todos están en la América del Norte, pues en España hay infinitos). Éstos creen que si cuantos toreros existen fuesen corneados de firme en un día, se acababa la fiesta... En efecto, el arbitrio parece seguro.

* * *

Magnífico golpe de vista el de la plaza el día de la corrida de Beneficencia. No cabía, como suele decirse, ni un alfiler. En las localidades de sol, los millares de abanicos redondos imitaban bandadas de gigantescas

mariposas cautivas, que aletean por recobrar la libertad. Un palco, en pleno sol, protegido por un toldo, lucía tres soberbios mantones de Manila fastuosamente colgados de la baranda, el uno verde pálido con extravagante flora roja, el otro negro recamado de blanquísimos floripones, el otro blanco, con rosas de su color y grandes pajarracos verdes y azules; y estos espléndidos trapos de Oriente eran como el pregón de las buenas mozas que adornaban la delantera, peinadas de moño alto, cargada la cabeza de amorosos claveles, con todo el trapío y la bizarría de las chulas madrileñas. Aquel palco tentaba la paleta de un colorista. En la zona de sombra abundaba el género fino, lo más encopetado del señorío de la corte, las damiselas de mantilla blanca o negra con peinetas y grupos de flor natural, los sombreros enormes y atrevidos, aureolados de nubes de tul, que es la gran moda de este año. A la barrera no se atrevieron a ir las aficionadas, aun cuando se anunció que irían.

La luz y el color, el ruido y la animación mágica de este espectáculo, que Teófilo Gautier calificó de uno de los más bellos que puede imaginarse el hombre, son realmente más para vistos que para descritos.

Uno de los grandes atractivos, para mí, es que pase al aire libre. El teatro actual, cautivo en recintos cerrados (no lo entendían así los griegos), me agobia por lo impuro y viciado del ambiente. El sol, la brisa viva y juguetona, el ligero zumbir de los tendidos, el azul del cielo, tanto colorín, tan inmenso concurso, hacen de la fiesta de toros algo que no se parece a ninguna otra fiesta.

No fue esta corrida de Beneficencia, con todo su aparato, de las mejores: la inferioridad del ganado deslució a Rafael, y si el panorama de la plaza era soberbio, la lidia transcurrió lánguida y sin brío. Es imposible pronosticar, aun conociendo la procedencia de los toros y las condiciones de los lidiadores, lo que será una corrida. El azúcar y las claras, en punto, y el merengue, malo, se pudo decir en la de Beneficencia. Otra sorpresa: un diestro sin aureola, que no sé si por modestia lleva con diminutivo un nombre ilustre en los anales de la tauromaquia, fue el que cosechó palmas y laureles. Hablo de *Lagartijillo*, cuyas dos estocadas fueron las de la tarde. Al oírse aclamar, el torero bajó la cabeza, serio y confuso, y dio la vuelta a la barrera, más bien triste que regocijado.

PARDO BAZÁN (*Vida*, 34-37)

Calor de infierno caía sobre el ancho círculo anegado en luz; bajo el cristal azul del cielo, manchado de nubecillas blancas, las banderas nacionales flameaban a impulsos de un viento que pasaba demasiado alto, sin refrescar la atmósfera, caliginosa y ardiente, que cubría los tendidos. De la Plaza, semejante a un inmenso caldero repleto de carne humana, ascendía mareante clamoreo de voces, de carcajadas, de conversaciones sostenidas a gritos; murmullo imponente y confuso como el vagido eternal de las olas. Aquí y allá, rompiendo el fondo obscuro formado por los trajes masculinos, surgían los vestidos claros de las mujeres y los mantones de Manila, con sus enérgicos colores amarillos, azules y verdes, brillando al sol; también había sombrillas rojas, como enormes esputos de sangre, que tamizaban la luz arrebolando el rostro de sus dueñas. Iba a empezar el trágico espectáculo; en las barreras y tendidos, el objetivo de una máquina fotográfica hubiera visto millares de rostros indiferentes inmovilizados por la misma impresión; los ojos brillantes y fijos, el sobrecejo endurecido por la ansiedad del peligro cercano, los labios entreabiertos, fluctuando entre la admiración y la risa, perdidos todos en un gesto errante que acaso traduzca el momento más interesante y rotundo de la psicología nacional. En los asientos de tendido y de grada, había bellezas plebeyas, rostros gruesos curtidos por la intemperie, las pasiones y el sol, que reían bajo el negro arco de sus cabellos peinados sobre la cara, esparciendo una alegría ingenua y bulliciosa, mareante y acre como un perfume juvenil, y en todas partes se comían cangrejos y rodajas de salchichón y se vaciaban botellas. Desde los palcos la aristocracia simpatizaba con el pueblo; ellas lucían vistosas mantillas blancas o de madroños, garbosamente prendidas al seno, y la cabeza y el cuello adornados por sendos golpes de flores; ellos vestían americana; algunos llevaban sombrero cordobés y chaquetilla corta, con bolsillos acuchillados, coderas y botones de plata. Bajo la franca caricia del sol, para quien las cabañas y los palacios tienen igual altura, y ante la perspectiva inminente de la sangre que iba a derramarse, la multitud, olvidando efímeros privilegios sociales, se confundía fraternizando en la misma emoción.

El presidente había agitado su pañuelo, y a los acordes de un marcial pasacalle, las cuadrillas atravesaron el redondel. Delante iban los matadores: *Gaditano* y *Quebrao*, de oro y encarnado, y Manuel Morata,

Sanluqueño, de verde y oro; detrás formaban los peones, llevando terciadas bajo el brazo sus brillantes capas de paseo, pisando corto y con tal gallardía y ritmo, que el entusiasmo de la muchedumbre desbordó en aplausos; luego iban los picadores, arrimados a sus largas picas, enfundados dentro de sus pantalones amarillos. [...]

El primer toro era negro, bien armado, alto de agujas y de mucho poder; lucía divisa verde y negra y mató tres caballos. *Salitre* le puso, al cuarteo, un soberbio par de banderillas, pero salió acosado y al huir tropezó y cayó. *Gaditano*, rápido y oportuno, acudió al banderillero, metió el capote y se llevó al toro; quite magnífico que mereció una ovación y puso a muchos espectadores en pie. El interés de la lidia crecía con la visión de la sangre y de la muerte, Jacinta y Matildita Llordéns, la marquesa de San Juan, Alba de Torres y Celada miraban ansiosos, acodados sobre la barandilla del palco. Fernanda Montero, Carmona y don Bernardo Ontígola se habían quedado detrás. El médico, en pie, miraba al redondel con sus gemelos, impasible y flemático, como marino viejo que otea el horizonte.

Habían tocado a matar. *Gaditano* cogió los trastos, y, con la venia de la Presidencia, fue a brindar el toro a las mujeres de un palco. Instantáneamente prodújose en la Plaza absoluto silencio; todos los espectadores querían oír el brindis. El matador se quitó la montera y tosió, limpiándose la garganta.

Allá va —dijo—, por las caras bonitas, gloria de Extremadura; y en la miseria me vea si la estocada de esta tarde...

Las últimas palabras quedaron ahogadas en el tumultuoso clamoreo de la muchedumbre impaciente y alegre, que aplaudía. [...] Al brindis de *Gaditano* correspondió Martina Olivares poniéndose de pie y enviando al diestro un beso con la punta de sus dedos ensortijados. Era una joven alta y gallarda, envuelta en un rico mantón filipino verde y oro; tenía el pelo castaño partido simétricamente sobre la frente; la nariz recta, los ojos muy tunos, los labios muy rojos. Con ella estaba Luisa Luján, luciendo bajo una mantilla de madroños la belleza alegre y picante de sus diez y ocho años; y don Pablo Ardémiz, inmóvil en su silla, con los párpados cargados de sueño y el belfo caído de los libertinos viejos que ya perdieron la afición a besar. En segundo término se hallaban el barón de San Lucas, don Carlos Grau, que leía un periódico, procurando mostrarse ajeno al espectáculo, y Pancho, el criado de Martina: un zagalón negro, metido en un frac rojo.

Gaditano acababa de matar al toro con un mediano volapié que provocó grandes protestas en los tendidos de sol.

ZAMACOIS (*Duelo*, 7-11)

En la vasta oquedad de la Plaza vibró el clarín anunciando la muerte del quinto toro. Era negro, chorreado por los lomos y astiblanco. Manuel Morata, con los trastos en la mano derecha, dirigióse a la fiera resueltamente. El animal, que aún conservaba mucho poder, mugía y humillaba la cabeza; el viento que, desde la segunda mitad de la lidia, había comenzado a soplar, entorpecía la faena del diestro. Morata avanzaba pisando corto y de cuando en cuando se detenía, haciendo gigantones para llamar la atención del cornúpeto; dos peones, con los capotes al brazo, le seguían desde lejos, prontos a favorecerle. [...] *Sanluqueño*, después de procurar inútilmente separar al toro de un caballo muerto, le dio dos pases soberbios, de cabeza a rabo, y cinco altos, muy limpios y ceñidos. Luego igualó al toro y se apercibió a la suerte suprema. Como movida por un resorte, la muchedumbre, hasta allí inmóvil y callada, se levantó.

—¡No, no!... —gritaron muchos espectadores.

El toro no estaba bien cuadrado; un peón metió el capote y el animal cambió de actitud; Morata lanzó un juramento; quería que se retirasen todos, que le dejaran solo con la fiera; furioso al verse desobedecido, cogió la montera y la arrojó al suelo. Aquella cólera, ofuscándole, exponía su vida; el viento tornó a descomponerle la muleta. Algunos espectadores continuaban gritando:

—¡No te tires!... ¡Húyele!

Repentinamente hubo un gran silencio, el silencio solemne que acompaña a los equilibristas cuando avanzan por la maroma con los brazos en cruz; sobre el redondel, abrasador hasta entonces cual la boca de un horno, pasaba la emoción fría de la muerte. *Sanluqueño* estaba a dos pasos del toro, metiéndole la muleta en el hocico, pero el animal reculaba, humillando el testuz, buscando la barrera. De pronto se arrancó; el ataque fue tan violento, que Morata no pudo hurtar el cuerpo y viéndose perdido metió

el brazo, entrando el estoque hasta la mano; el toro le enganchó por un sobaco, levantándole; el diestro cayó al suelo boca arriba y luego giró sobre sí mismo, en una convulsión de dolor, quedando inmóvil y de bruces.

La multitud, aterrada, se estremecía; los espectadores estaban en pie, alargando el cuello, palpitando bajo la misma emoción de pánico. Dos peones levantaron a Morata exánime; tenía los labios entreabiertos y sin color, y la camisa empapada de sangre; un mechón de cabellos se había adherido sobre su frente que la intensidad del sufrimiento anegó en sudor. Al verle así, bamboleándose sobre sus piernas inertes, Jacinta se cubrió los ojos con su pañuelo, lanzando un grito agudo.

—¡Le ha matado, le ha matado! —exclamó Celada levantándose—; corro a la enfermería... ¡Pobre muchacho!... [...]

Transmitida, nadie sabe por quién, corrió por los tendidos la noticia de que la herida de *Sanluqueño* no era grave, y aquello satisfizo y aplacó momentáneamente la inquietud del público. Tocaron a banderillas. En el redondel había largos charcos de sangre que inútilmente los empleados de la Plaza procuraban tapar con arena; aquellas dos largas horas de fuertes emociones habían fatigado a la multitud; los más alborotadores, enronquecidos de gritar, callaban; un cansancio melancólico caía sobre el circo; los toreros, sentados en el estribo de la barrera, descansaban restañándose el sudor y quitándose la tierra que recogieron en sus zapatillas durante la lidia; el sol ya iba muy bajo y sólo iluminaba la parte más alta del vasto anfiteatro; sobre el fondo azul del cielo empaldecido por el ocaso, las banderas nacionales pintaban alegres brochados de oro y de sangre...

(*Ibidem*, 15-19)

Él suponía que los toros era una cosa completamente distinta a lo que acababa de ver; pensaba que se advertía siempre el dominio del hombre sobre la fiera, que las estocadas serían como rayos y que en todos los momentos de la lidia habría algo interesante y sugestivo; y, en vez del espectáculo que él soñaba, en vez de la apoteosis sangrienta del valor y de la fuerza, veía una cosa mezquina y sucia, de cobardía y de intestinos; una

fiesta en donde no se notaba más que el miedo del torero y la crueldad cobarde del público recreándose en sentir la pulsación de aquel miedo.

BAROJA (*Busca*, 286)

¿No sufre usted en un teatro cuando los actores representan bien una dolorosa tragedia y sin acordarse del mal rato que le han hecho pasar? ¿No hay quien ve en los toros un espectáculo artístico, mientras el que sólo percibe el lado brutal cree asistir a escenas de matadero? Pues en los hospitales, cementerios y demás lugares que el vulgo considera tristes, lúgubres, repulsivos u horripilantes hay mucha belleza natural y artística, que ese vulgo no conoce porque no quiere llegar al goce por el dolor.

GANIVET (*Trabajos*, 239)

Bombita ha hecho aquí, como dices, una gran temporada, demostrando ser el primer matador de toros, y no mal torero. Fue el héroe de la célebre corrida en que todos estuvieron admirables. ¡Qué dos volapiés más monumentales! No cabe más. Reverte, aunque no es matador, es, si cabe, aun más valiente que Bombita y hace más prodigios de temeridad. Guerra demostró que es el número uno de los toreros en la faena inteligentísima que hizo en su primer toro y con la espada quedó muy bien. Pero el fenómeno fue Bombita.

A. MACHADO ("Carta a Manuel Machado", *Prosa*, 1449)



Cogida de Bombita. La Lidia. 14-8-1899. Hemeroteca Municipal, Madrid.

No olvidaré la impresión que ha hecho en mí una salida de toros; fue en la corrida última.

El oleaje de la muchedumbre se desbordaba por la calle de Alcalá; cerca de la Cibeles pasaba el incesante desfile de los carruajes; la tarde concluía y el globo de oro del Banco de España reflejaba la gloria del Poniente, en donde el sol, como la cola de un pavo real incandescente, o mejor, como el varillaje de un gigantesco abanico español, rojo y amarillo, tendía la simétrica multiplicidad de sus rayos, unidos en un diamante focal. Los ojos rabiosos de las mujeres chispeaban tempestuosamente bajo la gracia de las mantillas; vendedoras jóvenes y primaverales pregonaban nardos y rosas; flotaba en el ambiente un polvo dorado, y en cada cuerpo cantaban la sangre y el deseo el himno de la nueva estación. Los toreros pasaban en sus carruajes, brillando al fugaz fuego vespertino; una música lejana se oía y en el Prado estallaban las risas de los niños.

Y comprendí el alma de la España que no perece, la España reina de vida, emperatriz del amor, de la alegría y de la crueldad; la España que ha de tener siempre conquistadores y poetas, pintores y toreros.

DARÍO (*España*, 120)



Ángel Lizcano: *Agua, azucarillos y aguardiente*. 1897. Museo Municipal de Madrid.

20.— *El teatro*

Durante el invierno funcionan regularmente en Madrid dos compañías dramáticas, la del Español, dirigida por la Guerrero y su marido, y la de la Comedia, cuyo director fue por más de veinte años Emilio Mario y ahora es Emilio Thuillier. Mario es otra venerable ruina. Los bizarros papeles de antaño, los «galanes» muy a la francesa, que tanto brillaron, han quedado en la memoria de los que presenciaron sus pasados triunfos; hoy Mario hace maravillosamente el característico, y creo que pretenderá emular los esfuerzos fatigados de Vico. En la primavera también suele trabajar la compañía de la Tubau —otra abuela— y en otros teatros aparecen y desaparecen, como por obra de encantamiento, varias compañías que no hallan donde plantar sus escuetas raíces. Entretanto que el apodado «género chico» prolonga en los teatros de la Zarzuela y Apolo indefinidamente sus temporadas, el «género grande» limita las suyas al invierno y desaparece de la Corte con la llegada de las primeras rosas. La compañía del teatro Lara, que no pertenece al género chico ni al grande, cultiva la declamación sin música, en obritas de uno o dos actos (alguna representa de tres), pero no estrena ninguna, limitándose en días de gala, beneficios o noches excepcionales, a *reprises* ya juzgadas y aplaudidas por el público y que juzga pertinentes; su temporada se mantiene durante toda la primavera.

En invierno recorren los escenarios de provincia algunas compañías, encabezadas por Vico, Miguel Cepillo, Sánchez de León, Luisa Calderón, Julia Cirera, Antonio Perrín, García Ortega, dando a conocer aquellas piezas que Madrid ha aprobado; pues la centralización en este caso es absoluta, no teniendo cabida en la Corte la única excepción, el teatro regional catalán. Cuando las compañías del Español, la Comedia y la Princesa terminan su labor de Madrid, pasan a provincias y recorren los teatros de Barcelona, Sevilla, Zaragoza, Bilbao, Valencia, y otros más de menor calidad. Varias de las compañías dramáticas de provincia, en verano descansan. Ya por Pascua, suele venir a la Corte alguna compañía extranjera que da sus representaciones en la Comedia, en el Moderno, o en la Princesa. Generalmente las compañías son italianas, aunque Sarah Bernhardt me parece ha

estado unas dos veces y se anuncia la llegada de Réjane, en una *tournée* por Europa.

Novelli ha conquistado desde hace tiempo a los madrileños, y últimamente la Mariani, desde luego superior a todas estas actrices, con excepción de la Guerrero, ha sido excelentemente acogida. El género chico, en verano como en invierno, continúa con varios teatros abiertos, ofreciendo estrenos todos los días, y sosteniendo las obras de sus favoritos hasta quinientas noches. Es la chulapería triunfante, el dúo del mantón y el pantalón obscuro, el barrio bajo que se impone, con defensores que cuando alguien protesta de tanta vulgar exploración, sacan a cuento a Goya y al bastante asendereado don Ramón de la Cruz. Éste, como sabéis, se llama hoy López Silva.

No obstante, en estos últimos años ha habido loables tentativas de renovar el ambiente teatral, de sacar la atención del mundo de las chulapas y de los chulos. Se ha traducido algo moderno. Se ha hecho algo de Ibsen, *El enemigo del pueblo*; de Sudermann, *Magda*; de Lavedan, *El Príncipe d'Aureac*, con el título de *El Gran Mundo*, entre las conocidas obras de Dumas, Sardou, Pailleron; y han osado en una plausible campaña, los autores de algunos trabajos originales, Guimerá con su *María Rosa*, Dicenta con su *Juan José*, Benavente con su *Gente conocida*, Ruiz Contreras con *El Pedestal*. *La Dolores* de Codina y *Juan José*, con fuerza y bríos hoy no usados aquí; *María Rosa* iniciando una tentativa de teatro socialista, con el mismo *Juan José*, *Gente conocida* trayendo las escenas libremente extraídas, sinceras, de la vida, con un análisis hondo, e ironía que parece a flor de piel, pero que penetra, señalan un buen trecho conquistado para un arte escénico futuro. Murió Feliu y Codina, que había pretendido la realización de un teatro regional, de todas las regiones españolas, una especie de geografía escénica de la Península. Así después de *La Dolores*, aragonesa, vino *María del Carmen*, murciana, y luego *La Real Moza*, andaluza. Feliu era un firme trabajador, de gran talento, y un delicioso músico del verso, de este verso español sonoro y sin matices. Joaquín Dicenta, que acertó tan bravamente con *Juan José*, no avanzó con *El señor feudal*, y, desanimado, o mejor, poseído ya del deseo de la fija ganancia, se fue a la zarzuela. Así escribió en unión de su amigo Paso el libreto de *Curro Vargas*, extraído de una novela de Pedro Antonio de Alarcón. Guimerá persistió, con su tesón catalán. Consiguió en *Tierra baja* dos actos notabilísimos —el tercero des-

merece tanto que puede suprimirse—. De todos modos, esa obra, en Madrid, como en París, como en Buenos Aires, ha revelado un gran manejador de ideas y un potente poeta. *El Padre Juanico* buscó el éxito a la manera de Feliu y Codina. Parecería que hubiese acaparado la herencia del autor de *La Dolores*; pero Guimerá es una fuerza, y después de tantear sus conveniencias, ha de volver sin vacilar a su rumbo verdadero: el drama socialista, el drama actual e intenso, del hombre y de la tierra. Difícil es el público para resistir ciertos intentos. Un Curel o un Mirbeau no tendrían, por lo pronto, oyentes; la autoridad tendería su mano al instante. De *Los tejedores* de Hauptmann se arregló *El pan del pobre* con cien atenuaciones. Praga y Rovetta, al ser servidos, van ya aguados.

Benavente, después de *Gente conocida*, ofreció con copas de excelente vino español preparado a la francesa: *El marido de la Téllez*. Luego dio *La Farándula*, una equivocación... de los cómicos, que no la comprendieron, y la hicieron de una manera dolorosa; después alcanza su más resonante victoria con *La comida de las fieras*. Es difícil que, en lo sucesivo, sobrepase las exquisiteces de intención, la variedad escénica, el equilibrio, la gracia, el vuelo psicológico, la ironía trascendental y el interés de su última obra. Y aquí empieza el desencanto, porque, si el público se deja conducir y agradece el regalo de la forma nueva, el actor, hasta viéndola muy aplaudida, se resiste a aceptarla. Ello no es raro. En todas partes, todo *cabot*, grande o chico, y son pocos los casos de excepción, es impenetrable a la concepción artística y yerra, por lo común, al estimar la opinión del público. Un sir Irving es caso raro.

DARÍO (*España*, 163-165)

Mucha gracia tuvo, sin duda alguna, el Tenorio que allí vistes [*sic*], pero no más que los que por acá se estilan. ¡Qué Centellas hizo Armengod! ¡Qué Mejía y qué Avellanitas!

Dentro de unos días debuta Ricardo en Novedades con un galancito en «El puño de la espada». Te daré noticias. A Miguel Pérez no lo veo; sólo sé que se pasa la vida en Novedades gritando: ¡Vico solo! Que ha escrito un artículo taurino dando bombo a la Guerra y guerra al Bomba y a Reverte.

Se ha estrenado con éxito dudoso la obra de Guimerá: «Tierra baja», escrita en colaboración con Echegaray, la Guerrero, Yute y un señor catalán. Pronto se estrenará una obra de Feliú y Codina.

Aquí hacen mangas y capirotos de las desdichadas obras que caen en sus manos. Yute opinaba que se suprimiera a «La verdad sospechosa» la escena de ¿Fue caballero García?

A. MACHADO (“Carta a Manuel Machado”, *Prosa*, 1449-1450)

¡Por la noche, a los teatros donde se hagan dramas o comedias escritas en versos españoles, o zarzuelas de ésas en que los compositores populares han echado todo lo que saben, y después del teatro... a todas partes! A empezar a vivir, hablando, y chismorreando, y riendo hasta las cuatro de la mañana, como si el tiempo no fuera nada, ni el sueño no fuese necesario, ni al día siguiente hubiese que hacer algo...

E. BLASCO (*Recuerdos*, 371)

María Guerrero

María Guerrero, la imprescindible primera actriz del teatro español, volverá muy en breve de la América del Sur, después de una gloriosa campaña artística, para inaugurarse su temporada en el clásico coliseo.

A los muchos laureles conquistados por la insigne artista a nuestro público, únense ahora los no menos justamente adquiridos más allá de los mares.

Allí había llegado su fama antes que ella, y aquellos públicos, por cuyos teatros habían desfilado los primeros artistas del mundo: Calvo,



Joaquín Sorolla: *María Guerrero*. Museo del Prado, Madrid.

Coquelín, Sahara [sic] Bernardt, Novelli, Vico, María Tubau y otros muchos, cuyos nombres sería prólijo enumerar, ávidos de conocer la nueva estrella del arte dramático español, tributarla el más rendido homenaje de entusiasmo y admiración.

María Guerrero es una gloria nacional.

Los que conocieron a María Guerrero cuando comenzaba su carrera artística en el teatro de la Comedia si vieron quizá en ella, al interpretar con singular delicadeza y gracia traducciones francesas de mérito dudoso, la actriz de la moda y el buen tono, no pudieron adivinar, cómo sería andando el tiempo, mucho más que todo eso; la admirable interpretación de nuestro teatro del Siglo de Oro, la que había de vivir en escena las inmortales creaciones de Lope y Tirso, de Alarcón y Moreto.

Las damas de nuestro teatro antiguo, tan de carne y hueso como las del teatro shackespeariano [sic], no obstante la opinión de muchos ilustres detractores de nuestra literatura, tiernas y apasionadas en las obras de Lope, fieras y altivas en las de Calderón de la Barca, llenas de ingenio y gracia en las de Alarcón, de astucia y encantadora malicia en las de Tirso de Molina, hallan en María Guerrero todo el relieve que presta el arte escénico a las creaciones del ingenio dramático. Quien haya visto representar a María Guerrero *La dama boba*, *El desdén con el desdén*, *Marta la piadosa*, *La hija del aire*, *El perro del hortelano*, *La niña de plata* y otras tantas joyas de nuestro antiguo teatro abonará sin duda nuestras palabras.

Ninguna actriz, según nuestra humilde opinión, logró como María Guerrero desentrañar los intrincados conceptos en que abundan los parlamentos de nuestras antiguas comedias y hacer percibir al público aquel derroche de gracia y de ingenio, aquellos raudales de poesía que, ocultos las más de las veces para el literato, hubieran pasado desapercibidos aún del público culto e inteligente si no hubiese una artista que subrayando unas frases, atenuando otras, atacándolas siempre en su espíritu, no buscando el efecto de la buena sonoridad de las palabras, le adelantase la mitad del camino para comprender obras escritas hace cerca de tres siglos para una auditoría de muy distinta índole al de nuestros días. ¡Lástima que los arregladores, lejos de coadyuvar a esta obra, contribuyan ha [sic] anularla con sus desdichadas refundiciones! ¡Lástima que, convirtiéndose en especie de coladores, a través de los cuales no penetren más que los posos, dejen únicamente lo malo, quitando lo bueno, desfiguren y adulte-

ren las obras más buenas introduciendo escenas y parlamentos de sus propios desventurados ingenios!

Bueno sería poner coto a estos abusos literarios, y con sumo placer hemos visto en *Don Lucas del Cigarral*, la última vez que se presentó en «El Español», suprimida en el segundo[...]

A. MACHADO (“María Guerrero”, *Prosa*, 1450-1451)

El teatro que llaman chico atrae a las gentes con la representación de la vida chulesca y desastrada de los barrios bajos, mientras en el clásico Español, en las noches en que he asistido, María Guerrero representaba ante concurrencia escasísima, y eso que el paseo por Europa y sobre todo el beso de París, le han puesto un brillo nuevo en sus laureles de oro; [...]

DARÍO (*España*, 45)

Aquella noche don Carmelo Díaz, Melgares y el padre Bringas la pasaron encerrados en la secretaría de la Asociación, distribuyendo los últimos palcos y butacas que aún quedaban por vender para la función teatral del día siguiente. Los asientos del anfiteatro se expendían en el despacho; las localidades de preferencia eran repartidas por invitación y los billetes no tenían precio, para mejor comprometer la generosidad de los señores invitados. Cada billete iba acompañado de un atento B. L. M., firmado por el presidente de la Asociación que dirigía las obras del Colegio y Capilla de Nuestra Señora de la Piedad, y en donde se pedía contribuyese, según la medida de sus fuerzas, a la función que había de celebrarse en el teatro de la Comedia el día 6 de mayo, a las nueve de la noche, con tan noble y cristiano objeto.

Hacía más de quince días que don Carmelo y sus amigos trabajaban discutiendo el reparto de entradas, y que los ordenanzas de la Asocia-

ción pateaban las calles, llevando billetes y trayendo dinero. Los vizcondes de Algorta, cuyo celo religioso no declinaba ante ningún sacrificio, dieron quinientas pesetas por el palco que don Carmelo, a todo trance y como fina atención a los favores que de ellos había recibido, quiso regalarles; y su hija Victoria, baronesita del Tajo, dio por el suyo otros cuatro mil reales; algunas butacas se vendieron a veinte duros, otras a diez; a veinticinco pesetas la mayor parte.

—El marqués de San Juan —dijo don Carmelo— ha dado por su palco doscientas pesetas.

—Poco es.

—¡Muy poco!

—¿Y don Ramiro Salinas? —preguntó Melgares.

—Veinte duros.

—¡Menos aún; lo indispensable para no quedar mal!

—Gómez Urquijo ha devuelto las dos butacas que le enviamos —dijo Bringas.

—Estaba previsto; no debimos pensar nunca en él; es una especie de condescendencia o de humillación que nos ridiculiza. ¡Y menos mal, si no escribe alguna croniquilla acerca de esto!... En fin, Díaz se empeñó...

—De todos modos —repuso don Carmelo—, el producto de la función supera ya, con mucho, todos mis cálculos. Los señores actores, aunque son gente descreída y díscola, regalan su trabajo. ¡Jamás hubiese creído que quedaba en España tanta fe!...

ZAMACOIS (*Duelo*, 114-115)

A la noche siguiente, un largo rosario de coches particulares pasaba bajo los dos grandes arcos voltaicos que iluminaban la fachada del Teatro de la Comedia; los vehículos se detenían un instante y luego continuaban hacia la Plaza de Santa Ana, para no estorbar a los que iban detrás; los curiosos invadían las aceras, atisbando el desfile de todo aquel mundo fastuoso, con el que raras veces se tropieza, porque siempre va en coche; delante de las portezuelas aparecían un momento las siluetas de los

lacayos, cuadrados militarmente con el sombrero en la mano. Los espectadores, según iban llegando, atravesaban el pórtico y el salón de espera, desparramándose luego por las escaleras y pasillos de los palcos; los que llegaron temprano se agrupaban a ambos lados de la puerta, para ver a las mujeres que iban entrando: unas con sombreros y elegantes abrigos varoniles que las cubrían hasta los pies, otras llevaban largas capas de colores claros y los cabellos descubiertos, sembrados de brillantes; pasaban lentamente, apoyadas sobre el brazo de sus maridos, con el emperzamiento que produce una vida demasiado feliz; ellos, graves, preocupados bajo sus sombreros de copa, con la preocupación distraída que inmoviliza el rostro de los hombres importantes en las ceremonias públicas.

Momentos antes de las nueve, la sala ofrecía el aspecto deslumbrante de las grandes solemnidades teatrales. Las altas localidades estaban ocupadas por una multitud anónima que acudió desde muy temprano atraída por los reclamos que los periódicos dedicaron a la benéfica función; las pisadas de tanta gente retumbaban en el suelo, engendrando una especie de trueno largo, interminable; sobre el balconcillo del anfiteatro segundo asomaban rostros plebeyos arrebolados por los vapores digestivos de una cena comida demasiado aprisa.

Desde el patio, algunos individuos vestidos de frac observaban a través de sus gemelos el aspecto de la sala, volviendo la espalda al escenario; sobre la blancura nivea de sus camisas, sus botonaduras de brillantes lucían, titilando como puntitos luminosos. Otros espectadores avanzaban por el pasillo de butacas poco a poco, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, dando a los faldones de sus fracs un ritmo aristocrático y pausado, observando a las mujeres que leían distraídas el programa de la función; algunos llevaban en el ojal de la solapa izquierda una flor blanca. Los palcos iban coronándose de bellezas; algunas vestían de negro, muchas de claro; casi todas llevaban la parte superior del seno y los brazos cubiertos por una gasa sutil que descubría la carne; las más descotadas atraían las miradas y los apetitos de los concurrentes al anfiteatro, que las examinaba codiciosamente; algunas tenían lunares pintados en la espalda y en el cuello.

Las butacas iban llenándose de una muchedumbre que hablaba alegremente, con perfecto desembarazo, cual si todos se conociesen; cerca de la orquesta, tres elegantes barbilindos charlaban y reían cogidos de la

cintura, formando un círculo, con sus cabellos pulcramente peinados y alisados sobre las sienes y sus semblantes tersos, donde las desdibujadas pasiones de la adolescencia no habían pintado aún ninguna arruga; las mujeres miraban a los palcos; algunos señores graves permanecían inmóviles delante de un periódico, extraños a todo, abismados en la lectura de los telegramas.

En un palco platea estaban los vizcondes de Algorta, con sus dos hijas, Teresa y Pilar, vestidas de blanco; y en el palco inmediato, Victoria, baronesa del Tajo, con su esposo, Tomasito Calleja. Los palcos fronteros los ocupaban don Miguel Vélez, marqués de San Juan, con su mujer y su cuñada; don Javier Celada, que acompañaba a su esposa, Jacinta Llordéns, y a su hermana Matilde; Jacinta lucía un traje negro que exageraba la esbeltez de su talle y la palidez enfermiza de su rostro; ese rostro blanco y triste de las mujeres enfermas de la matriz. [...] La deslumbrante fastuosidad del salón iba en aumento; la vista no descubría ya ninguna localidad desocupada, y, no obstante, los espectadores continuaban entrando por racimos y acomodándose aquí y allá, ordenadamente. Los palcos, coronados de mujeres semidesnudas, parecían escaparates de tentaciones; jóvenes casaderas y cortesanas estaban allí confundidas en pagana confusión, retando al deseo, ofreciendo sus cuerpos perfumados, tan codiciados, tan expertos; y sus carnes blancas, suaves, lamidas por la seda. No había dos rostros iguales, ni dos cabezas vaciadas en el mismo molde... Los focos eléctricos vertían sobre aquella humanidad femenina raudales de luz clara, que recortaba fuertemente sus formas ampulosas del fondo oscuro de los palcos. El pobre público de los anfiteatros las contemplaba con envidia y pasión; los hombres pensaban que queridas así, bien merecen una vida; las mujeres, con tantas riquezas, bien valen una honra... [...] Sonó un timbre y varios espectadores se sentaron; otros continuaban charlando, en voz baja, apoyados contra el antepecho de los palcos proscenios, insaciables en ver desde cerca las morbideces aterciopeladas de los senos desnudos. El director de orquesta, sentado delante de un piano, dio algunos golpecitos sobre su atril, llamando la atención de los músicos; el violón permanecía en pie, inclinado respetuosamente ante su instrumento, cuyas cuerdas guardan los ronquidos del dolor y de la tormenta; los violines atacaron los primeros compases de un vals, arrojando al espacio una granizada de notas; la multitud, espontáneamente, fue enmudeciendo y aquietándose como entristecida por la voz

de la música, que atrae los recuerdos. [...] Había terminado el primer acto; el público de los anfiteatros se levantaba, atronando los pasillos entarimados con un trueno inacabable; en el patio comenzaban a verse gran número de butacas vacías; los hombres salían a fumar, las mujeres quedaban solas, algo aburridas, bostezando bajo sus abanicos abiertos; sobre los palcos, adornados de vírgenes y de cortesanas infecundas, inútiles y hermosas como flores, las lámparas eléctricas derramaban torrentes de luz fría y lechosa, que bruñía las cabelleras negras y rubias; el calor del ambiente congestionaba los rostros femeninos, embelleciéndolos: los ojos parecían más brillantes, los semblantes más gruesos, las nuca y los hombros más blancos.

(*Ibidem*, 118-120; 123; 125; 128)

Cuando llegaron a LA ZARZUELA, ya las puertas del coliseo estaban abiertas y por ellas iba entrando ese público numeroso, abigarrado y vocinglero que acude a los teatros los domingos por la tarde.

Las tres jóvenes se detuvieron esperando a que sus madres se acercasen.

—¿Quién tiene los billetes? —preguntó doña Inés.

—Yo —repuso Carmen—; síganme ustedes...

Y entraron, abriéndose paso a través de la multitud. Al llegar al vestíbulo, Carmen se detuvo.

—Advierto a ustedes —dijo— que nuestros asientos no están juntos: tres son de anfiteatro principal y dos de anfiteatro platea.

Balbina Nobos no comprendía bien, presa del aturdimiento que acomete a los espíritus tímidos cuando entran en un sitio público. Carmen tuvo que repetir el nombre y distribución de los asientos.

—¿Entonces, cómo vamos a repartirnos? —preguntó su madre.

—Muy fácilmente: usted, doña Balbina y Nicasia, por ejemplo, ocupan las localidades de principal, y Mercedes y yo, las de platea...

El público que seguía entrando las empujaba de un lado a otro, magullándolas, impidiéndolas hablar.

—¡Cuánto siento que estemos separadas! —dijo doña Balbina.

—Es cierto; pero en los entreactos nos reuniremos... Yo había reparado ya en este inconveniente, pero como los billetes son de favor, no quise decirle nada al pobre muchacho que me los dio...

Y añadió haciendo con la cabeza un ademán expresivo:

—Con que, ¿vamos?...

Todas la siguieron, sumergiéndose entre aquella multitud que subía por las escaleras, oscilando, retorciéndose sobre sí misma en los peldaños, como una enorme serpiente de carne humana; todos los espectadores avanzaban empujándose, agarrándose unos a otros, sosteniéndose mutuamente, hombro con hombro, pecho con espalda, en virtud de un equilibrio inexplicable. Los peldaños retemblaban bajo el peso de tantos pies, el humo lanzado por los fumadores infestaba el ambiente, el calor asfixiaba, excitando, y los hombres aprovechaban aquellas apreturas para pellizcar a las mujeres; algunas se defendían gritando; otras se abandonaban, arqueando las caderas, ofreciéndose espontáneamente al voluptuoso martirio...

ZAMACOIS (*Incesto*, 142-143)

En el Parque de Rusia se dio principio a la función con una cuadrilla de osados vejstorios, una parodia de Moulin Rouge. Las bailarinas, seguramente improvisadas para el caso, aun cuando pretendían encender a la escasa concurrencia, resultaban de un efecto moralizador indiscutible: ¡ni que hubiesen sido del Ejército de Salvación! Luego salió a decir su canción en *argot* una flaca veterana, retirada seguramente del oficio, a quien nadie entendió una sola palabra; y otra le siguió, *grivoise*, igualmente detestable. Si no aparece en seguida Pilar Monterde, una española de cuerpo encantador, que baila las danzas nacionales con mucha gracia aunque un poco *para París*, la parte primera del espectáculo hubiera petrificado de fastidio a la asistencia. La segunda la desempeñó un discípulo de Frégoli, llamado Minuto —Italiano, de Rosario de Santa Fe, ¡qué pensáis!— y la gente le aplaudió largamente, y con mucha justicia. Entre él y la Monterde se salvaron la noche. Ahora, a la ciudad. Y he ahí que no se encuentra a la salida

ni coche ni tranvía. Los que salen primero logran atrapar uno que otro, y los demás... a seguir el camino por las calles empolvadas, con calor y fatiga. No me quejo, sino vagamente, del percance, con mi amigo el autor; pero aprovecho la caminata para hablar sobre teatro. María Guerrero debe de estar a la sazón, al partir de Buenos Aires, con rumbo a su buena villa de Madrid; Antonio Vico, en sus postreros años de arte, va a América a hacer lo que debió hace mucho tiempo, corriendo el riesgo de una desilusión.

DARÍO (*España*, 162-163)

El aire en el interior del teatro estaba espeso, caliente, empañado de humo, con el vaho de cientos de personas que durante toda la tarde y la noche se habían amontonado allá. Había un lleno. Se representó una funcioncilla estúpida, plagada de chistes absurdos y groseros, de la manera más sosa que puede imaginarse, entre las interrupciones y los gritos del público. Cayó el telón y apareció en seguida una muchacha que cantó con una vocecilla aguda, desafinando horriblemente, una canción pornográfica sin pizca de gracia. Luego salió una pintarrajeada, vieja y fea mujerona francesa, con un sombrero descomunal; se acercó a las candilejas y cantó una larga narración, de la que Manuel no entendió una palabra, y cuyo estribillo era:

Pauvre petit chat, petit chat.

Después dio unas cuantas volteretas levantando el pie hasta dar con él en el sombrero y se fue. Bajó de nuevo el telón; al poco rato volvió a levantarse y se presentó la bella Pérez, y fue saludada por una salva nutrida de aplausos. Cantó muy mal una copla, equivocándose, riéndose, y cuando terminó de cantar se ocultó entre los bastidores. El piano de la orquesta atacó con brío un tango, y la bella Pérez salió de entre bastidores con falda corta, envuelta en una capa de torero, con un sombrero cordobés sobre los ojos y fumando. Cuando el piano concluyó el preludio, ella tiró el cigarro al público de las butacas, se quitó la capa y quedó con las faldas recogidas con las dos manos hacia atrás, que dejaban el vientre y los muslos ceñidos. A las primeras notas del tango, todo el mundo calló religiosamente; un sopló

de voluptuosidad corrió por la sala. Se veían los rostros encendidos, con la mirada fija y brillante. Y la bella bailaba con la cara enfurruñada y los dientes apretados, dando taconazos, haciendo que se dibujaran sus caderas poderosas al replegarse la falda sobre sus flancos como la bandera triunfante. De aquel hermoso cuerpo de mujer salía un efluvio de su sexo que enloquecía a todos.

BAROJA (*Mala*, 226-227)

Durante este invierno, los dueños del Círculo instalaron en la planta baja, en donde antes estaba el café, el Salón París, y en la lista de las bellezas sensacionales que habían de exhibirse aparecieron las bailarinas y cupletistas de más nombre: las Dalias, Gardenias, Magnolias, etc. Además, como gran atracción, se anunció el debut de *Chuchita*, la hija de la *Coronela*. Ésta trataba de explotar a su niña como empresaria y como madre. El día de la representación, la madre hizo que la *claque* ocupara todas las localidades. Vidal, *El Cojo* y Manuel se acomodaron en las primeras filas de las sillas, en calidad de alabarderos.

—Aplaudirán ustedes, ¿eh? —preguntó la *Coronela*.

—Descuide usted —dijo Calatrava—; y al que no le guste, mire usted qué argumento le traigo —y mostró su garrote.

Después de un magnetizador salió *Chuchita*, en medio de una salva de aplausos. Bailó sin gracia ninguna, y al terminar su canción y de bailar un tango, sacaron al escenario una gran cantidad de guirnaldas de flores y de otros regalos. Cuando concluyó la sección en que trabajaba la *Chuchita*, se reunieron Manuel y Vidal con unos periodistas, entre los cuales había dos amigos de Alex, el escultor, y fueron juntos a dar la enhorabuena al padre de la *Chuchita*.

(*Ibidem*, 266-267)

GRAN CIRCO DE PARISH

DIRECTOR Y FUNDADOR, W. PARISH

Este programa será expedido por los acomodadores del Circo, al precio de

10 CÉNTIMOS

ANUAL TEMPORADA DE VERANO

HOY DOMINGO 11 DE JUNIO DE 1899

á las cinco de la tarde

- | | |
|--|---|
| 1.º Sinfonía. | 11.º Eugén Waldmann, excéntrico parloteo. |
| 2.º Troupe Fresco, sillas. | 12.º Soby Livingston, harrietas excéntricas. |
| 3.º Hermanos Bassas, equilibristas olímpicos. | 13.º La troupe Marzabais, excéntricos (en el escenario). |
| 4.º Herminio Carpio, entrada cómica. | 14.º EL WARGRAPH. |
| 5.º Mr. Carletta (en el escenario). | Se ruega á este inteligente público sea considerado con cualquier entorpecimiento que pueda haber en la exhibición de los cuadros del Wargraph, interrupción involuntaria imposible de evitar dada la complicación y delicadísima del aparato. (El Sr. Director previene á este ilustrado público, que para este número la sala quedará á oscuras.) |
| 6.º Los excéntricos hermanos Krossmann. | |
| 7.º Mr. Arsenes, equilibrista. | |
| 8.º Trio Maydas, acrobáticos saltadores. | |
| 9.º La Baronesa Radhen, alta escuela. | |
| 10.º La bella Wima, cuadros al lápiz y arena mezclada con colores (en el escenario). | |

Esta noche á las nueve tendrá lugar

UNA VARIADA FUNCIÓN ARTÍSTICA

con nuevos números.

AVISO IMPORTANTE

A petición de varias personas á quienes sus ocupaciones no les permiten asistir ni traer sus familias á los espectáculos de noche y Domingo por la tarde, para presenciar las exhibiciones del sensacional WARGRAPH, el Sr. Director Mr. William Parish, ha dispuesto dar una función extraordinaria el Jueves 15 de Junio, á las cinco de la tarde

1.ª MATINÉE FASHIONABLE INFANTIL

poniéndose un programa especial, cómico, y exhibiendo en el WARGRAPH una nueva é interesante colección de vistas clásicas y selectas, escogidas especialmente para este objeto.

La Dirección se reserva el derecho de variar algún número del programa si causas imperativas así lo exigiesen.

AVISO AL PÚBLICO.—La Empresa no es responsable ni responde de cualquier entorpecimiento ó rotura involuntaria caso de fuerza mayor durante la exhibición del WARGRAPH dada la gran complicación y delicadeza de dicho aparato, no teniendo el público derecho á reclamación ni exigencia de ninguna clase.

Una vez ocupados los asientos de Grada, el público no tendrá derecho á reclamar asiento ni la devolución del importe del billete, conformándose á ocupar los pasos de Grada ó Anfiteatro.

21.— *El circo*

—Pues a su disposición. Me llamo Alonso de Guzmán Calderón y Téllez. Aquí donde me ven ustedes, he sido director de un circo en América, he viajado por todas las tierras y todos los mares del mundo; ahora estoy sufriendo un temporal deshecho; por las noches ando de café en café con este fonógrafo, y por la mañana llevo un juego de esos de martingala, que consiste en una torre *Infiel* con un espiral. Por debajo de la torre hay un cañón con resorte que lanza una bola de hueso por la espiral arriba, y cae luego en un tablero lleno de agujeros y de colores. Esa es mi vida. ¡Yo! ¡El director de un circo ecuestre! He venido a parar en esto, en ayudante del *Tabuenca*. ¡Qué cosas se ven en el mundo! [...]

—No hay vida como la del artista de circo —exclamó—. No sé la profesión de ustedes, y no quiero rebajarla; pero donde esté el arte... ¡Aquel París, aquel circo de la Emperatriz, no los olvidaré nunca! Verdad es que Pérez y yo tuvimos suerte: hicimos furor allá, y no digo nada lo que eso supone. ¡Oh! Era una cosa... Una noche, después de trabajar, se encontraba uno con un recado: «Se le espera en el café tal». Iba uno allá y se encontraba uno con una mujer de la *jai laif*, una mujer caprichosa, que convidaba a cenar... y a todo lo demás. Pero vinieron otros gimnastas al circo de la Emperatriz; nosotros dejamos de ser novedad, y el empresario, un yanqui que tenía una porción de compañías, nos dijo a Pérez y a mí si queríamos ir a Cuba. *Alante* —dije yo—. *Ol rait*.

BAROJA (*Busca*, 133-135)

La primera noche que Elena Santa-Cruz estuvo en el Circo de Price fue para ella uno de los episodios más sobresalientes de aquella época. A la puerta del circo, iluminado por cuatro grandes focos eléctricos, varios revendedores de billetes explotaban la impaciencia de los especta-

dores ganosos de obtener un buen asiento; junto al despacho de localidades había un largo cartelón amarillo y rojo, que decía con grandes letras negras los nombres de los artistas que trabajaban en la función. Elena Santa-Cruz, sin zafarse del brazo de Venegas, empezó a leer.

El anuncio decía:

GRAN CIRCO DE PRICE

Temporada de invierno.

COMPAÑÍA ECUESTRE, CÓMICA Y ACROBÁTICA FORMADA POR LOS ARTISTAS

MÁS CÉLEBRES DEL MUNDO

ATRACCIÓN MONSTRUO

Después había un rostro de payaso que reía como burlándose de los curiosos que se acercaban a mirar el cartel.

PROGRAMA DE LA FUNCIÓN

Miss Eldwer, la reina del alambre.

Los excéntricos musicales,

Hermanos Darsey.

Sadi-Alí-Komar,

con sus gatos amaestrados.

Más abajo, y escrito en llamativos caracteres negros que atraían la atención y le presentaban como la parte más supereminente del programa, decía:

A LAS ONCE EN PUNTO:

Aparición de

TIK-NAY

El payaso inimitable.

—¡Ese eres tú! —exclamó la joven con acento de alegría y orgullo pueriles.

Venegas y Elena Santa-Cruz ocuparon uno de los palcos inmediatos al escenario, y ella miraba ávidamente a uno y otro lado, asestando sus gemelos a las puertas por donde penetraba el público que iba invadiendo las galerías; inspeccionando el paseo, las luces, los trapecios suspendidos en medio del salón, junto al techo; quería verlo y saberlo todo; su boquita de niña no se cansaba de hablar, y a cada momento rogaba a Venegas le explicase las manipulaciones ejecutadas por los empleados que arreglaban el alambre donde Miss Eldwer trabajaría después. José Antonio contestaba sonriendo con cariñosa y paciente expresión paternal. Iba vestido de negro,

y su viejo y enérgico semblante parecía más pálido a la luz de los focos eléctricos; sus cabellos peinados hacia adelante remediaban el excesivo desembarazo de la frente surcada por un pliegue pensativo, y su bigote blanco, de guías retorcidas, daba severidad militar al rostro enjuto y moreno. Cuando resonaron los acordes de la orquesta anunciando que ya empezaba la presentación, la concurrencia era extraordinaria y el público se rebullía inquieto, con ese murmullo amenazante que parece el grito revelador del alma de las multitudes.

Los ejércitos de la «reina del alambre» no agradaron a Elena, que encontró a miss Eldwer muy ridícula; con sus piernas musculosas y delgadas de hombre corredor; su faldellín negro espolvoreado de lentejuelas, que el aire levantaba a cada pirueta, descubriendo las nalgas varoniles de la artista; su largo cuello adornado con una cinta azul que no bastaba a cubrir la calvicie y desamparo de la nuca; y la sombrilla japonesa de que se valía, a modo de balancín, para ejecutar las cabriolas. Pero en cambio rió lealmente las excentricidades musicales de los hermanos Darsey, dos diablillos revoltijeros que parecían haber apostado cuál de los dos haría más imprevistos y graciosos desatinos. Diríase que todos los objetos, al llegar a sus manos, adquirirían inexplicable sonoridad: las casillas de un tablero de ajedrez donde ejecutaron un vals mientras echaban un partido cuyo jaquemate fue el acorde final; los ángulos de las mesas, los paraguas, los sombreros, todo lanzaba una nota no bien tocaba a sus labios. Luego apareció Sadi-Alí-Komar, vestido con turbante y sendos calzones rojos; le acompañaba una mujer con el rostro oculto tras el honesto cendal prescripto por la indumentaria morisca, y que traía en la jaula hasta doce gatos de diversas cataduras que practicaron graciosísimas hazañas de equilibrio. Después vinieron más acróbatas y amazonas cabalgando sobre bonitos caballos amaestrados, gordos y lucios, con lomos flexibles y ondulantes de serpientes y nalgas pomposas de mujer; y otros muchos artistas que fueron realizando los múltiples ejercicios del soporífero programa de los circos.

A las once menos cuarto apareció un empleado que dio dos vueltas por el picadero, anunciando un descanso de quince minutos. Entonces Venegas salió del palco, y Elena Santa-Cruz quedó a solas con su curiosidad y su impaciencia, zozobrando entre el orgullo y el miedo de que José Antonio se presentase ante aquel público bullanguero que podía silbar o aplaudir, según le petara.

Tik-Nay, el célebre gracioso que hizo reír a todos los públicos de Europa, salió rodeado de payasos ataviados con amplios calzones arlequinescos salpicados de lentejuelas y medias lunas con perfiles humanos, los semblantes enharinados y las cabezas cubiertas con gorrillos rojos de forma cónica. Elena le reconoció en seguida.

Tik-Nay vestía un disfraz estrafalario nunca visto, y el menos idóneo para excitar la hilaridad. Llevaba un traje negro muy ceñido, sobre el cual un artista habilísimo pintó un esqueleto. Las clavículas, que se reunían al esternón formando con las costillas la caja torácica, iban a juntarse con la columna vertebral, magistralmente representada por una línea blanca que culebreaba simulando la concavidad de la cintura y la convexidad del sacro; y de tal modo estuvo calculada la posición de las caderas y de los fémures, que las turgencias del vientre y de las nalgas quedaban empequeñecidas y sin relieve; sobre la rodilla jugaba la rótula, y la pantorrilla desaparecía bajo la artística combinación de la tibia y el peroné; los pies eran enteramente blancos y los dedos, libres de toda sujeción, parecían arañar la arena.

El húmero terminaba en un codo agudo como espolón, y el cúbito y el radio giraban uno sobre otro obedientes a los movimientos del antebrazo y coadyuvando poderosamente al encanto siniestro de aquel disfraz macabro; las manos eran también blancas, y los dedos se movían como las patas vigorosas de una araña enorme. Pero lo más famoso y sobresaliente de aquel esqueleto animado era la cabeza, maravillosa invención de un artista encariñado con la muerte. El cráneo, mondo y limado, brillaba con ese reflejo marfileño de los huesos viejos; las cejas y las orejas habían desaparecido y la mandíbula inferior se mostraba descarnada, ostentando una larga hilera de dientes blancos; los labios y los carrillos quedaron disimulados por una combinación prodigiosa de líneas negras que acentuaron los pómulos y desquijararon la boca, permitiendo que la calavera riese con una interminable y silenciosa carcajada; y, para que la ficción fuese completa, la nariz y los ojos estaban borrados por una mancha negra; la ternilla nasal era imperceptible, las dos ventanas se habían reunido en una, y la única vida del esqueleto resplandecía en el fondo de las cuencas orbitarias.

Visto a tal distancia, iluminado por los rayos lechosos de la luz eléctrica, Tik-Nay, el payaso inimitable, inspiraba frío. Parecía más alto, sus miembros se movían determinando singulares reflejos, cual si la luz se

rompiese en las aristas cortantes de los huesos, y su calavera tenía toda la expresión de que pueden ser capaces las cosas muertas. Aquello era la encarnación trágica de la risa, la muerte arrancada de su escondrijo y desnuda de sus temerosas apariencias por el escepticismo de la época, saliendo al picadero de un circo para servir de ludibrio a la vida; y cuando Tik-Nay dijo las primeras frases de la mojiganga que preparaba, la novedad del siniestro embeleco aumentó, pues parecía imposible que aquellas quijadas pudieran moverse, que tal armazón de huesos tuviese capacidad de exhalar sonidos y que en la oquedad de aquel cráneo quedasen ideas.

Elena Santa-Cruz, que no esperaba ver a Venegas en semejante traza, le contemplaba sin saciarse jamás; y como hubo un momento en que el fantasma la miró sonriendo, cerró los ojos aterrorizada, recordando que aquel esqueleto dormía con ella.

Después comenzó la bufonada. Los payasos querían matar a Tik-Nay, alma en pena que andaba zancajeando por los cementerios en las noches de luna. Para ello se armaron de sendos garrotes y fueron a alebrarse tras unas peñas, esperando la aparición del fantasma. Y, en efecto, poco después Tik-Nay, embozado en un lienzo blanco, apareció en el escenario, que representaba un bosque, y fue descendiendo por una rampa hacia el picadero; los rayos de un reflector eléctrico iluminaban su figura, y la luz rielaba sobre su calavera como sobre una bola de billar; avanzaba lentamente; sus pies descarnados herían el suelo con un ruido seco...

De pronto, los emboscados salieron de su escondite y le atacaron; pero al vestiglo no le amilanó el peligro y, desembarazándose de su túnica, se defendió denonadamente esgrimiendo un fémur; su brazo derecho, escueto y largo, parecía un aspa de molino, y aquel hueso amenazador que brillaba como una espada de dos filos porraceaba la cabeza de los payasos con un estrépito que hacía reír al público. A cada nuevo golpe Tik-Nay reía también con expresión de venganza satisfecha, mostrando sus blancos dientes bañados en luz. En el ardor de la pelea, Venegas se multiplicaba y valía por ciento: avanzaba, ciaba, huía, amagaba a uno para herir a otro, y daba saltos sagaces, evitando los garrotazos enemigos; un foco de luz eléctrica le perseguía por todas partes; y sus huesos brillaban con singulares cabrilleos; parecía un verdadero esqueleto moviéndose en un rayo de luna. Algunos payasos cayeron maltrechos, pero muy luego se rehacían y tornaban a la carga, menudeando sus golpes, que sonaban como mazazos descargados

sobre los sonoros parches de un tambor. Al fin, los asaltantes lograron su propósito: el fantasma no pudo evitar un golpe decisivo y cayó al suelo, revuelto en su sudario. Entonces los payasos prorrumpieron en gritos jubilosos y empezaron a bailar alrededor del vencido, cogidos de las manos: uno le tocaba con el pie, otro se ponía de rodillas para olfatearle, los demás formaron un grupo, mirándole con sus semblantes enharinados y burlones alargados por el miedo. El público reía, batiendo palmas, mientras Tik-Nay se retorció con la desesperación de un epiléptico y procurando incorporarse, cual si la trompeta del ángel hubiese sonado y quisiera escapar de allí para acudir al Juicio Final.

Terminada la pantomima, José Antonio Venegas reapareció vestido de acróbata, mostrando la atlética y gallarda gentileza de su persona, como para desvanecer la mala impresión que hubiera causado su lúgubre disfraz; luciendo sus piernas robustas, su ancho torso de jayán, sus bíceps poderosos, que se contraían al menor movimiento, y su cuello grueso y musculoso de toro padre. Le acompañaban otros cuatro artistas tan fuertes y jarifos como él; a una señal acudieron todos a subirse unos encima de otros, formando una especie de árbol humano cuyo tronco era Tik-Nay, quien soportaba sobre sus hombros cuadrados el peso de todos; y en seguida los de arriba empezaron a realizar ejercicios admirables, dando una o dos vueltas en el aire para caer con precisión matemática sobre los brazos del compañero, formando así pirámides humanas que se desgranaban obedeciendo a un grito imperativo de Venegas, cabeza directora de aquella behetría funambulesca.

ZAMACOIS (*Tik*, 63-69)

El regreso lo emprendieron los cuatro reunidos y por la acera del Príncipe Alfonso; luego torcieron a la derecha, subiendo la cuesta de la calle Saúco, y desembocaron por la de Barquillo a la plaza del Rey, donde la estatua del teniente Ruiz parece arengar a una legión invisible de patriotas muertos.

Delante del Circo, iluminado por cuatro focos de luz eléctrica, el público regateaba a los reventas el precio de las localidades. De pronto oyó Elena la voz de Romero, que murmuraba con voz sibilante de impaciencia.

En aquellos momentos atraía la atención pública Miss Eldwer, la «emperatriz del alambre», que trabajaba con una sombrilla en la mano y luciendo sus piernas hombrunas, enjutas y musculosas. Unas veces corría a lo largo del hilo; otras se arrodillaba para coger con la boca un pañuelo colocado sobre el alambre; pero, aunque su habilidad era grande, muchos espectadores que sabían de memoria aquellos ejercicios, miraban a otra parte. Todas las sillas y los palcos estaban ocupados; y en la entrada general tampoco quedaban asientos vacíos. [...]

Miss Eldwer había descendido de la maroma y saludaba al público levantando los brazos y dejándolos caer después lentamente, con el desmayado movimiento de una palmera que abre su follaje. Luego se retiró disparando besos que parecía recoger con los dedos en el borde de sus labios pintados, y dando brinquitos y piruetas ridículas.

Después apareció Chi-Laot, o el Hombre-Serpiente.

Era un japonés de mediana estatura, canijo y delgado, vestido con un traje de malla verde salpicado de lentejuelas plateadas. Saludó a la concurrencia con un expresivo movimiento que hizo vibrar las dislocadas articulaciones de su cuerpo, y seguidamente y con pasmosa presteza empezó a doblarse hacia atrás, sometiendo su macerada columna dorsal a una torsión inconcebible. La luz eléctrica mordía las lentejuelas de su traje, dándole las apariencias de una especie de lagarto epiléptico y brillante que se retuerce; la orquesta ejecutaba una música barroca, pobre en modulaciones y cuyas notas estridentes se prolongaban quejándose de un compás a otro, como queriendo disimular los sordos crujidos de aquellos huesos desarticulados.

El público observaba consternado aquel remedo de esas torturas crueles prescritas en los códigos orientales. El Hombre-Serpiente continuaba doblándose sin que aún hubiese sonado el chasquido indicador de que su tronco acababa de quebrarse a la altura de los riñones, y cuando consiguió colocar sus lomos sobre sus nalgas, sacó la cabeza por entre las piernas, mirando a todas partes con ojos dilatados por la extrema violencia de la actitud.

Los espectadores más nerviosos, dolorosamente impresionados hasta allí, lanzaron un suspiro de satisfacción, creyendo que Chi-Laot no



Cartel del Circo La Alegría. H. 1900. Archivo Espasa Calpe, Madrid.

podría exagerar más su torcedura. Pero aquello sólo era el prolegómeno de los histéricos esguinces que el chino meditaba.

Empezó, pues, a recorrer la pista dando vueltas sobre sí mismo y sin variar de actitud; se dejaba caer para atrás, y, ayudándose con un rapidísimo movimiento de manos, giraba sobre sus caderas dislocadas y volvía a quedar de pie un instante y a caer de nuevo, aprovechando sabiamente la inercia del primer impulso. En aquel rápido voltear, su cuerpo magullado aparecía sucesivamente en las actitudes más fantásticas y grotescas, semejante a esos disparates antropomórficos que pueblan los cuadros de brujas.

Unas veces estaba de pie, la cabeza entre las piernas y el vientre en alto, como un cuerpo humano cortado por la cintura; y, siguiendo las evoluciones de su marcha, aparecía apoyado en el pecho y el mentón, o sobre las caderas, en una actitud que debía de lastimar horriblemente su pobre virilidad magullada.

Luego volvía a caer, el rostro contra la arena, y entonces sus manos repetían el empuje que le devolvía la posición bípeda.

Después de rodar por toda la pista, se puso de pie sin variar de actitud, y sacó un brazo largo, enjuto, y tras él fueron deslizándose el hombro, la cabeza y la mitad de la espalda, mientras la pierna izquierda iba doblándose y perdiendo el cuerpo su aplomo. La luz eléctrica rie-laba sobre las lentejuelas que constelaban el traje verde de Chi-Laot; y en tanto la orquesta ejecutaba la misma música desapacible y quejumbrosa, el chino se retorció con movimientos sigilosos de culebra. Sus músculos eran poco desarrollados; los contornos del cuerpo indecisos y flexibles como los de un muñeco de goma. Visto a cierta distancia parecía una masa informe, gelatinosa, blanduzca, torciéndose sobre sí misma, como una cola de gusano separada bruscamente del tronco. Finalmente, Chi-Laot quedó tendido en el suelo, con el hombro y el brazo izquierdo apoyados sobre la arena, la pierna derecha en el aire y colgando, y la cabeza y el tronco atravesados sobre el muslo izquierdo; el otro brazo yacía caído hacia afuera, como un miembro muerto. En aquella posición era difícilísimo aclarar el laberinto de sus huesos y reconstituir su esqueleto deshecho; parecía uno de aquellos temibles reptiles de las faunas prehistóricas, o un lagarto borracho jugueteando al sol, entretenido en someter su cuerpo húmedo a contorsiones delirantes. Cuando se levantó estaba tan molido, que sus piernas flaque-

aban, y se retiró desmazelado, tambaleándose como un beodo. [...]

Durante aquel corto intervalo, José Antonio Venegas contemplaba al público con una expresión dolorosa que pasaba inadvertida en su rostro grotesco de bufón; sus ojos se detuvieron en el palco de Elisa Conde y vio a Elena, algo pálida, y a Juanito Romero que la hablaba, con el aguileño semblante casi apoyado en su hombro...

—¡Conque, usted es barbero! —dijo el recién llegado, cuadrándose ante Tik-Nay.

—Sí, señor.

—Pues, aféiteme usted y déjeme guapo, porque esta noche voy de conquistas.

—¡Pero hombre! ¡Si tiene usted una cara que parece el lomo de un puerco-espín!...

Tik-Nay contempló minuciosamente a su interlocutor, que le miraba estupefacto, y empezó a reír, oprimiéndose los costados. Era una carcajada sugestiva, irresistible, que excitaba a la alegría, cual si en su garganta se rebulliese el espíritu de la risa; el público, impresionable y cándido como un niño, reía también.

—Ea, pues —dijo Tik-Nay serenándose de pronto—; espérese usted, ahora vuelvo.

Entró en la barbería y a poco salió trayendo un sillón, un cubo, dentro del cual había una brocha de albañil y una enorme navaja de afeitarse. Después cogió a su parroquiano por los cabezones y exclamó, dándole una sonora bofetada que le hundió violentamente dentro del sillón:

—¡Siéntese usted!

Acto seguido le ató la toalla al pescuezo; pero con tal fuerza, que el otro, medio estrangulado, empezó a hacer aspavientos y a sacar la lengua.

—Conque, de conquistas... ¿eh?... —preguntaba Tik-Nay.

—Hombre, sí —respondía su interlocutor angustiado—; si usted no dispone otra cosa...

Tik-Nay continuaba preparando dentro del cubo el agua de jabón y, después de empapar bien la brocha, propinó a su infeliz cliente una feroz jabonadura que le cubrió todo el rostro.

—Conque, de conquistas... ¿eh?... —repetía el payaso.

Y en cuanto el otro abría la boca para responder, Tik-Nay le escu-

pía al rostro y le sofocaba con nuevos brochazos, diciendo:

—¡Hay que ablandar la barba!...

El público reía estrepitosamente la grotesca bufonada, y Tik-Nay hablaba a tente bonete, mientras afilaba la navaja contra el respaldo del sillón. De pronto el paciente se enfadó.

—Si no concluye usted —dijo levantándose—, le hincharé los morros...

Tik-Nay dio un paso atrás, mirándole amenazador; después cayó en la cuenta de que su rival estaba cegado por el jabón, miró al público y se echó a reír con una carcajada silenciosa. ¡Carcajada admirable!..., porque diríase que su espíritu era hermano de los de Aristófanes y Molière, y que con sus guiños expresaba cuanto de más burlesco supieron escribir aquellos dos príncipes de la risa.

De repente se puso serio y recogió la amenaza que le dirigían.

—¿Tú, a mí, hincharme la geta?... ¡¡Toma!!

Y le obligó a sentarse, dándole un puntapié en el vientre; seguidamente le aplicó en la cara un par de brochazos terribles, y, sin dejarle reponerse, le sacudió dos bofetadas tremebundas, concluyendo por colocarle, a guisa de montera, el cubo lleno de jabón.

El agredido arrojó el cubo y, limpiándose los ojos, arremetió a Tik-Nay, que le puso en el rostro uno de sus pies enormes, derribando al desdichado con gran fracaso y ruina. Mientras Tik-Nay celebraba su hazaña, el otro se levantó, sacudiéndole en la cabeza un sonoro garrotazo, y entonces emprendieron alrededor de la pista una carrera delirante, homérica, que recordaba la de Héctor y Aquiles alrededor de Troya; hasta que el fugitivo, no sabiendo cómo sustraerse a aquella persecución sin cuartel, se arrojó por la ventana dentro de la barbería, oyéndose el ruido de su cuerpo al caer y el agudo crepitar de los cristales rotos. El público reía creyendo que aquella serie de funambulescos episodios no iba a tener fin. A Tik-Nay, sin embargo, se le había ocurrido un medio de tomar rápida y sangrienta venganza de aquel malandrín, y, en vez de perseguirle, abrió su navaja y fue a esconderse junto a la puerta del establecimiento, esperando al revoltoso parroquiano; cuando éste reapareció imaginando que todo había concluido, Tik-Nay se precipitó sobre él, degollándole con desenfado barberil y arrojando después al suelo la cabeza, amputada con la solemne indiferencia de un verdugo, mientras el decapitado escapaba seguido de Tik-Nay, que

corría a largas e inseguras zancadas. El viejo payaso explotaba su ataxia en beneficio de la mojiganga, y el público reía pareciéndole que aquel modo de correr, desigual y torpe, de segador ebrio, también era un chiste.

—Es muy gracioso —murmuraba Romero dirigiéndose a Elena, que parecía muy triste—; pero el espíritu delicado de usted propenderá a la melancolía más que al regocijo; el contento pasa pronto. ¿Quién recuerda su primera sonrisa?... Nadie. Y, en cambio, ¿quién ha olvidado la primera lágrima?... Ninguno. [...]

La representación comenzaba. Salieron tres payasos vestidos de nodrizas, con sendas tocas y refajos adornados con pintorescos galones y cintajos policromos. Cada una de aquellas robustas montañesas llevaba en brazos dos mamoncillos, a quienes empezaron a pasear por el escenario procurando acallar los gritos que por cuenta de los rapaces lanzaban varias mujeres ocultas entre bastidores. Los payasos les zarandeaban, les besaban desafortadamente..., pero los chicos no cejaban y seguían llorando, mientras el contento del público estallaba en carcajadas sonoras. El diapason de aquel desconcierto infantil crecía: unos gimoteaban, otros gruñían, formando entre todos un sexteto horrible. De súbito se les ocurrió a las nodrizas que los chicos tenían sueño, e inmediatamente allegaron tres sillones en los cuales empezaron a mecerse, cantando:

—¡Duérmete, niño mío, que viene el coco!

Los vaivenes eran tan desacompasados, que a ser el cuerpo de los muchachos de carne y hueso, que no de cartón piedra, hubiesen quedado hechos añicos; y entonces sus gritos redoblaron enronqueciéndose hasta confundirse el contralto agudo y el bajo profundo, en un barítono gangoso y desapacible como el carraspeo de una zambomba.

—¡Lo que tienen es debilidad! —exclamaron los payasos.

Seguidamente aprestáronse a satisfacer el hambre canina de los mamoncillos, y desabrochándose los corpiños, echaron al aire seis pechos descomunales de goma, grandes y pomposos como ubres de vaca suiza, mientras continuaban meciéndose y repitiendo el medroso estribillo:

—¡Duérmete, niño mío, que viene el coco!

En esta brega estaban cuando apareció Tik-Nay, que no era sino el mismísimo coco en persona, disfrazado bajo una sábana y con un gran sombrero muy campanudo de copa y caído de falda; avanzaba lentamente y a largos pasos, haciendo repercutir sobre el escenario sus pies de esqueleto,

con cuya medrosa aparición las tres mujeres quedaron boquiabiertas y sin saber a qué santo encomendarse, y los chiquillos extremaron su plañidero griterío.

—Vosotras, en esas tetazas, no tenéis cosa de provecho— exclamó el coco con voz campanuda que parecía salir del fondo de una tinaja.

—Y ¿qué haremos, señor coco? —preguntaron humildemente las nodrizas.

—Eso lo veréis ahora. Por lo pronto, traedme a cuantos chicos anden por ahí y volved en seguida.

Ellas lo hicieron todo conforme él lo dispuso, y muy luego reunieron hasta una docena de famélicos mamoncillos que, al ver la guisa y porte ultramundanos de Tik-Nay, empezaron a gritar desesperadamente, como pudieron hacerlo los hijos de Saturno entre las mandíbulas de su padre. Mientras el público reía con el mismo empuje y gana con que los muchachos lloraban, Tik-Nay trajo una gran barrica de cristal colocada sobre un pequeño carrichoche de cuatro ruedas; en su parte superior tenía doce tubos de goma, destinados a irrigar en el cuerpo de los chicos la leche contenida en la vasija y que había de extraerse por el sencillo mecanismo de una bomba impelente. Al ver el aparato, las risas del público aumentaron. Tik-Nay colocó el extremo de los tubos de goma en la boca de los cuitados mamoncillos; los introducía dando vueltas, como si les barrenase los labios, y los rapaces gruñían sordamente, a pesar de aquella especie de cordón umbilical que les ponía en benéficas relaciones con el barril-nodrizas.

—¡Pobrecitos, pobrecitos míos! —exclamaba Tik-Nay. Están rabiando de hambre.

Luego, aferrándose a la palanca de la bomba, empezó a moverla con el desesperado ahínco del marinero que achica el agua de una embarcación que se hunde.

—¡Están pereciendo de hambre! —insistía el payaso. ¡Lástima de niños!

Y el público, que veía descender en la vasija el nivel de la leche y escuchaba los regocijados suspiros de los monigotes, reía a mandíbula batiente.

—¡Pobrecitos míos, pobrecitos! —repetía Tik-Nay sin soltar la bomba.

Los muchachos habían dejado de llorar, y aquel silencio de ahítos

aumentó la hilaridad general. De repente las tres nodrizas, que hasta allí dieron muestras de satisfacción y ufanía, empezaron a alarmarse.

—¡Ya está bien! —decían. ¿No comprende usted, señor coco, que las criaturas van a reventar?

Y lo cierto era que las mantillas de los muchachos iban redondeándose y adoptando la forma ventruda de los botijos.

—¡Que van a morir de indigestión, señor coco; tenga usted caridad! —gritaban ellas.

—¡A callar, badulaques! —respondía Tik-Nay despóticamente. Los niños han de beberse, quieran o no, toda la leche que he traído.

Y continuaba aferrado a la bomba, achicando siempre. Entonces vio el público que diez de los doce chicos sometidos al implacable amor maternal del payaseo empezaban a expeler por los ojos la leche que ya no les cabía en el cuerpo. Las nodrizas se precipitaron aterradas sobre el diabólico payaso, gritándole:

—¡¡Basta, basta!!

Pero Tik-Nay, que parecía poseído de un vértigo motriz, las rechazó diciendo:

—¡Todavía no, imbéciles! ¿No veis que los dos más grandullones tienen cara de hambre?

Ellas, convertidas repentinamente de pacíficas nodrizas gordinflonas en arpías furiosas, arremetieron a Tik-Nay, que se defendió a punta-piés.

En una de las alternativas del combate, Tik-Nay fue empujado violentamente hacia atrás... Y entonces sucedió algo de lo acontecido al gitano socarrón que se acusaba de haber robado un ronzal; y fue que tras el ronzal se llevó una jáquima, y tras la jáquima un burro que traía otros dos de reata cargados con más de cuatro fanegas de trigo.

Tick-Nay reculó sin soltar el brazo de la bomba, trayéndose consigo el aparato donde la vasija estaba colocada, y tras la vasija se fueron los doce muchachos, que cayeron al suelo con gran fracaso; y como si aquel laberinto y desgovernada máquina de cosas no fuese bastante, la leche quebrantó, merced a una postrera impulsión de la palanca, la cabeza de los muñecos que aún no se habían derramado por los ojos, y los dos monigotes estallaron simultáneamente. Ante aquel infanticidio inaudito, las tres mujeres se arrojaron sobre Tik-Nay, que huía horrorizado de su hazaña, y

el telón cayó mientras el público comentaba la regocijada mojiganga.

Durante este tiempo, los empleados del Circo habían hecho una especie de puente rústico colocado entre el escenario y la pista; y cuando el telón volvió a levantarse, la escena representaba un bosque, de noche, con sus árboles y agrestes peñascos iluminados por una luna de tramoya. Luego llegaron las tres nodrizas y poco después cuatro o cinco payasos armados con nudosas estacas, y andando con gran silencio y mesura. Entonces ellas, con melindrosos remilgos y huracanados suspirones, refirieron el daño que Tik-Nay les hizo, describiendo el trágico estallido de los angelitos y pidiendo pronta y reparadora venganza de tamaño desafuero.

(Ibíd., 170-174; 176-178; 181-185)



Ciudadanos frente a cartel de cine. Museo Municipal de Madrid.

22.— *El cine*

—¡Entrad, señores, a ver el cinecromovidaograph! —gritaba. Uno de los adelantos más grandes del siglo XX. Se ven moverse a las personas. ¡Ahora es el momento! ¡Ahora es el momento! Va a comenzar la representación. ¡Un real! ¡Un real! Niños y militares, diez céntimos.

Entre las películas del cinecromovidaograph había: *La marcha de un tren*, *La escuela de natación*, *Un baile*, *La huelga*, *Los soldados en la parada*, *Maniobras de una escuadra*, y, además, varios números fantásticos. Entre éstos, los más notables eran: uno de un señor que no puede desnudarse nunca, y otro de un hombre que roba y a quien le persiguen dos polizontes, y se hace invisible y se escapa de entre los dedos de sus perseguidores y se convierte en bailarina y se ríe del juez y de los guardias.

BAROJA (*Aurora*, 183)



Francisco Sancha: *Pasando el tiempo en la taberna*. 1900. Museo Municipal de Madrid.

23.— *El café. La taberna. El restaurante*

Era la misma suciedad escondida que encontraba en los teatros, en los círculos, en los cafés, en aquellos divanes donde se pasaba la vida, y por los cuales se habían arrastrado antes y después otros mil con igual derecho de a tanto por hora. Era el placer venal, la amabilidad comprada, la existencia repartida en un multiforme *se alquiler*, desde el vaso de agua por diez céntimos hasta por un duro la diligencia del oficinista, y por no importa qué la sonrisa del amigo de cuatro días, de los tantísimos amigos que en cualquier parte improvisa para cualquiera una pequeña notoriedad...

TRIGO (*Ingenías*, 418)

Las noches las pasaba en Fornos, en una mesa de futuros genios, todos tan ignorados como él, pero convencidos de que darían que hablar mucho a la Historia. Algunos de ellos eran más jóvenes que Maltrana. Nada habían escrito, pero revelaban su firme propósito de crear obras inmortales, uniformándose exteriormente con arreglo a un figurín profesional: largas cabelleras, grandes sombreros, corbatas amplias y sueltas o apretadas con innumerables roscas sobre un cuello de camisa que les rozaba las orejas. [...] Y frecuentó por las tardes una cervecería, punto de cita de la nueva tertulia, que, por su aspecto, impuso gran respeto al tímido Maltrana. El hijo de la Isidra experimentó gran turbación al tratarse con dos marqueses que eran poetas y otros jóvenes emparentados con famosos personajes. Vestían con elegante atildamiento; seguían las modas en sus mayores exageraciones. Las lacias melenas brillantes de pomada eran la única revelación de sus entusiasmos literarios.

—Cuerpo de dandy y cabeza de artista —dijo uno de ellos a Isidro, resumiendo así los cánones de su indumentaria.

El silencio de admiración con que el joven los escuchaba despertó cierta simpatía en favor suyo. Un día se atrevió a hablar de la poesía griega, haciendo el examen de Aristófanes y sus comedias con tanta soltura como si tratara de un contertulio de café. Hasta recitó escenas enteras en griego, sin que nadie lo entendiese. Los jóvenes elegantes mostraron admiración. «¡Muy curioso!» «¡Muy interesante!» Entonces se fijaron en él por primera vez, y alabaron sus ojos profundos, la poderosa pesadez de sus cejas. Alguien hizo el elogio de su fealdad varonil, de sus cabellos ásperos y alborotados, encontrándose cierta semejanza con la cabeza de Beethoven. Uno de los marqueses, con repentino arrebató, aproximó su silla, rozándose toda la tarde con aquel Beethoven que hablaba en griego.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1386-1387)

Asintió Benina al convite, y un rato después hallábanse los dos sentaditos en el *café económico*, tomándose sendos vasos de a diez céntimos. El local era una taberna retocada, con ridículas elegancias entre pueblo y señorío; dorados chillones; las paredes pintorreadas de marinas y paisajes; ambiente fétido, y parroquia mixta de pobretería y vendedores del Rastro, locuaces, indolentes, algunos agarrados a los periódicos, y otros oyendo la lectura, todos muy a gusto en aquel vagar bullicioso, entre salivazos, humo de mal tabaco y olores de aguardiente.

GALDÓS (*Misericordia*, 136)

A la mitad de la calle, estrecha y oscura, brillaba un farol rojo, que iluminaba la portada sórdida del café de la Marina.

Empujó la puerta Leandro y pasaron dentro. Enfrente, el tablado con cuatro o cinco espejos relucía lleno de luz; en el local, angosto, la fila de mesas arrinconadas a una y otra pared no dejaban en medio más que un pasillo.

Se sentaron Leandro y Manuel. Éste apoyó la frente en la mano y se quedó dormido; Leandro hizo una seña a dos *cantaoras*, vestidas con trajes vistosos, que hablaban con unas mujeres gordas, y las dos fueron a sentarse a la mesa.

—¿Qué vais a tomar? —las preguntó Leandro.

—Yo alpiste —contestó una de ellas, que era delgadita, nerviosa, con los ojos pequeños y pintados.

—¿Tú, cómo te llamas?

—Yo, *María la Chivato*.

—¿Y ésta?

—*La Tarugo*.

La *Tarugo*, que era una malagueña gorda y agitanada, se sentó al lado de Leandro, y se pusieron los dos a hablar bajo.

Se acercó el mozo a la mesa.

—Tráenos cuatro medias de aguardiente —dijo la *Chivato*—, porque éste beberá —añadió dirigiéndose a Manuel y agarrándole del brazo—. ¡Tú, chaval!

—¡Eh! —exclamó el muchacho, despertándose, sin tener idea de dónde estaba. ¿Qué quiere usted?

La *Chivato* se echó a reír.

—¡Despiértate, hombre, que se te va el tren! ¿Has venido en el mixto de esta tarde?

—He venido en la... —y Manuel soltó un rosario de barbaridades.

Luego, de muy mal humor, se puso a mirar a todos lados, haciendo esfuerzos para no dormirse.

En una mesa de al lado, un hombre con trazas de chalán discutía acerca del cante y del baile flamenco con un bizco de cara de asesino.

—Ya no hay artistas —decía el chalán—; antes venía uno aquí a ver al *Pinto*, al *Canito*, a los *Feos*, a las *Macarronas*... Ahora, ¿qué? Ahora, *na*; pollos en vinagre.

—Ese es el *tocaor* —dijo, señalando a este último la *Chivato*.

No pararon mucho tiempo las dos *cantaoras* en la mesa de Leandro y Manuel. El bizco estaba ya en el tablado; empezó a puntear la guitarra, se sentaron seis mujeres en fila y empezaron a palmotear rítmicamente; la *Tarugo* se levantó de su asiento y se arrancó a bailar de costado, luego zarandeó las caderas de una manera convulsiva; el *cantaor* comenzó a gar-



Alberto Ziegler: *Café Cantante*. Archivo Espasa Calpe, Madrid.

garizar suavemente; a intervalos callaba y no se oía entonces más que el castañeteo de los dedos de la *Tarugo* y los golpes de sus tacones, que llevaban el contrapunto.

Cuando concluyó la *cantaora* malagueña, se levantó un gitano de piel achocolatada y bailó un tango, un danzón de negro; se retorció, echaba el abdomen para adelante y los brazos atrás.

BAROJA (*Busca*, 148-149)

Elogio de la Seguidilla

Metro mágico y rico que al alma expresas
llameantes alegrías, penas arcanas,
desde en los suaves labios de las princesas
hasta en las bocas rojas de las gitanas.

Las almas armoniosas buscan tu encanto,
el músico te adula, te ama el poeta;
Rueda en ti sus fogosos paisajes pinta
con la audaz policromía de su paleta.
[...]

En ti el hábil orfebre cincela el marco
en que la idea-perla su oriente acusa
o en tu cordaje harmónico formas el arco
con que lanza sus flechas la airada musa.

A tu voz en el baile crujen las faldas,
los piecitos hacen brotar las rosas,
e hilan hebras de amores las Esmeraldas
en rucas invisibles y misteriosas.
[...]

DARÍO (*Prosas*, 214-215)

La otra noche, en un café-concert que se ha abierto recientemente y con un éxito que no se sospechaba, me han señalado en un palco a gastados y encanecidos grandes de España que se entretenían con la Rosario Guerrero, esa bailarina linda que ha regocijado a París después de la Bella Otero; soy frecuentador de nuestro Casino de Buenos Aires y no me precio de pacato; pero el espectáculo de esos alegres marqueses de Windsor, aficionados tan vistosamente a suripantas y señoritas locas de su cuerpo, me pareció propio para evocar un parlamento de Ruy Gómez da Silva, delante de los retratos, en bravos alejandrinos de Hugo, o una incisión gráfica de Forain con sus incomparables pimientos de filosofía.

DARÍO (*España*, 45)

Y divagando y haciendo risueños cálculos, llegó la hora en que el estómago empezó a indicarle que no se vive sólo de ilusiones. Problema: ¿dónde comería? La idea de meterse en un *restaurant* de los buenos fue prontamente deshechada. Imposible presentarse hecho un tipo. ¿Iría, siguiendo la rutina de sus tiempos miserables, al figón de Boto? ¡Oh, no!... Siempre le habían visto allí teñido. Extrañarían verle en repentina vejez, lleno de canas... Por fin, acordándose de que debía al honrado Boto un piquillo de anteriores comistrajos, creyó que debía ir allí, y corresponder con un pago puntual a la confianza del dueño del establecimiento, dándole excusa de su grave enfermedad, que bien claramente en su despintado rostro se pintaba. Encaminó sus pasos a la calle del Ave María, y entró un poquillo avergonzado en la taberna, haciendo como que se sonaba, al atravesar la pieza exterior, para taparse la cara con el pañuelo. Estrecho y ahogado es aquel recinto para la mucha parroquia que a él concurre, atraída por la baratura y buen condimento de los guisones que allí se despachan. A la taberna, propiamente dicha, no muy grande, sigue un pasillo angosto, donde también hay mesa, con su banco pegado a la pared, y luego una estancia reducida y baja de techo a la cual se sube por dos escalones, con dos mesas largas a un lado y otro, sin más espacio entre ambas que el pre-

ciso para que entre y salga el chiquillo que sirve. En esta parte del establecimiento se ponía siempre Ponte, creyéndose allí más apartado de la curiosidad y el fisgoneo de los consumidores, y ocupaba el hueco de mesa que veía libre, si en efecto lo había, pues se daban casos de estar todo completo, y los parroquianos como sardinas en banasta.

Aquella tarde, noche ya, se coló Frasquito en el departamento interior con buena suerte, pues no había dentro más que tres personas, y una de las mesas estaba vacía. Sentóse en el rincón, junto a la puerta, sitio muy recogido, en el cual no era fácil que le vieran desde *el público*, es decir, desde la taberna, y... Otro problema: ¿qué pediría? Ordinariamente, el aflitivo estado de su peculio le obligaba a limitarse a un real de guisado, que con pan y vino representaba un gasto total de cuarenta céntimos, o a igual ración de bacalao en salsa. Uno y otro condumio, con el pan alto, que aprovechaba hasta la última miga, comiéndoselo con el caldo y la racioncita de vino, le ofrecían una alimentación suficiente y sabrosa. En ciertos días solía cambiar el guiso por el estofado, y en ocasiones muy contadas, por la pepitoria. Callos, caracoles, albóndigas y otras porquerías, jamás las probó.

Bueno: pues aquella noche pidió al chico relación completa de lo que había, y mostrándose indeciso, como persona desganada que no encuentra manjar bastante incitante para despertar su apetito, se resolvió por la pepitoria. «¿Le duelen a usted las muelas, Sr. de Ponte? —preguntóle el chico, viendo que no se quitaba el pañuelo de la cara.

—Sí, hijo... un dolor horrible. No me traigas pan alto, sino francés.

Frente a Frasquito se sentaban dos que comían guisado, en un solo plato grande, ración de dos reales, y más allá, en el ángulo opuesto, un individuo que despachaba pausada y metódicamente una ración de caracoles.

GALDÓS (*Misericordia*, 274-275)

El extraordinario fue bien insignificante y se redujo aquel año a comer fuera de su casa, en una de esas fondas donde se sirven comidas desde diez reales en adelante, y en las que nunca faltan los manteles de algodón mal zurcidos y no muy limpios, las servilletas metidas en anillos de

hueso, las copas de vidrio, los platos con cenefa verde y los cuchillos con hoja de hierro y mango de metal relleno de arena. Porque Alfonso, lo mismo que Consuelo, gustaban de sentarse de cuando en cuando junto a una mesa de pino, a la luz de un mechero de gas, aspirando el fuerte olor a guisos escapado de las cocinas y oyendo las voces de los parroquianos que iban llegando: unos que paseaban discutiendo en voz baja, otros se asomaban a las ventanas para distraer su fastidio; luego venían los primeros platos y el ruido se amortiguaba según la verbosidad de los comensales iba cediendo su puesto al apetito.

Aquella noche se cenó bien; cuando Sandoval y Consuelo salieron a la calle, aun no eran las nueve; entraron en el Oriental a tomar café y luego se fueron a la Comedia. Ambos iban muy contentos.

ZAMACOIS (*Enferma*, 170-171)

En uno de aquellos encuentros, de la sala a la cocina y de la cocina a la alcoba, propuso Ponte a su paisana celebrar el suceso yéndose los dos a comer de fonda. Él la convidaría gustoso, correspondiendo con tan corto obsequio a su generosa hospitalidad. Respondió Doña Francisca que ella no se presentaría en sitios públicos mientras no pudiera hacerlo con la decencia de ropa que le correspondía; y como su amigo le dijera que comiendo fuera de casa se ahorraba la molestia de cocinar en la propia sin más ayuda que las chiquillas de la cordonera, manifestó la dama que, mientras no volviese Nina, no encendería lumbre, y que todo cuanto necesitase lo mandaría traer de casa de Botín. Por cierto que se le iba despertando el apetito de manjares buenos y bien condimentados... ¡Ya era tiempo, Señor! Tantos años de forzados ayunos bien merecían que se cantara el *jalleluya!* de la resurrección. «Ea, Celedonia, ponte tu falda nueva, que vas a casa de Botín. Te apuntaré en un papelito lo que quiero, para que no te equivoques». Dicho y hecho. ¿Y qué menos había de pedir la señora, para hacer boca de aquel día fausto, que dos gallinas asadas, cuatro pescadillas fritas y un buen trozo de solomillo, con la ayuda de jamón en dulce, huevo hilado, y acompañamiento de una docena de bartolillos?... ¡Hala!

GALDÓS (*Misericordia*, 272-273)

Un momento después, entraba la diligente anciana en la fermentada tabernuca que *da la cara* al público en el *establecimiento* citado, y lo primero que allí vio fue la abominable estampa de Luquitas, el esposo de Obdulia, que, con otros perdidos y dos o tres mujeres zarrapastrosas, jugaba a las cartas en una sucia mesilla circular, entre copas de Cariñena y Pardillo. En el momento de entrar Benina, acababan un juego, y antes de echar otra mano, el hijo de Doña Paca tiró sobre la mesa los asquerosos naipes, que en mugre competían con las manos de los jugadores; se levantó tambaleándose, y con media lengua y finura desconcertada, de la que suelen emplear los borrachos, ofreció a la criada de su suegra un vaso de vino. «Quite allá, señorito, yo ya he bebido... Se agradece...» —dijo la anciana, rechazando el vaso.

(Ibidem, 190)

Entraron en la taberna de la *Blasa*; los mismos hombres de la noche anterior jugaban al cané cerca de la estufa. De las mujeres, sólo estaban la *Paloma* y la *Muerte*. Ésta, completamente borracha, dormía sobre la mesa. La luz daba en su cara erisipelatosa y llena de costras; de la boca entreabierta, de labios hinchados, le fluía la saliva; la melena estoposa, gris, sucia, y enmarañada le salía en mechones por debajo del pañuelo negro, verdoso y lleno de caspa; a pesar de los gritos y riñas de los jugadores, no pestañeaba; sólo de cuando en cuando lanzaba un ronquido prolongado, que, al comenzar, era sibilante, y que terminaba con un estertor ronco. A su lado la *Paloma*, acurrucada en el suelo al lado del *Valencia*, tenía un niño de tres o cuatro años en los brazos, chiquillo delgaducho y pálido, que parpadeaba sin cesar, a quien daba a beber una copa de aguardiente.

Por delante del mostrador un hombre alto y flaco, con gorrilla con un número dorado en la cabeza y blusa azul, se paseaba melancólico; los brazos, a lo largo del cuerpo, como si no fueran suyos; las piernas, dobladas.



Baroja y Azorín en una taberna. Alma Española. 27-12-1903.
Hemeroteca Municipal, Madrid.

Echaba un sorbo de una copa cuando se le ocurría; se limpiaba los labios con el dorso de la mano, y volvía a pasearse con indolencia. Era hermano de la mujer de la taberna.

BAROJA (*Busca*, 154-155)

En la taberna, gran número de mendigos, sentados en las mesas, engullían pedazos de bacalao y piltrafas de carne; un olor picante de gallinejas y de aceite salía de la cocina.

(*Ibidem*, 101)

La taberna se llamaba oficialmente «La Aurora»; pero era más conocida por la taberna del Chaparro. Daba al paseo de Areneros y a un pasadizo entre dos empalizadas; tenía un escalón a la entrada, y una muestra llena de desconchaduras y de lepras. Por dentro era un cuarto muy pequeño con una ventana al solar. En medio de la taberna, por las mañanas, solían verse cuatro o cinco barreños con ceniza, y encima, unos puchetes de barro, en donde hervía el cocido de unos cuantos mozos de cuerda que iban a comer allí.

El local tenía sus refinamientos de lujo y de comodidad; en las paredes había un zócalo de azulejos; en el invierno se ponía una estufa, y continuamente había, cerca de la ventana, un reloj parado de caja grande pintarrajeada.

La churrería estaba al otro lado del solar. Era una barraca hecha de tablas pintadas de rojo; tenía el tejado de cinc, y por en medio de él, salía una alta y gruesa chimenea, sujeta por cuatro alambres y adornada con una caperuza.

BAROJA (*Aurora*, 104)

Al anochecer entraron en un merendero de la hondonada de Amaniel. La muchacha habló débilmente de la necesidad de volver a casa en seguida; pero Isidro protestó. Su padre no iba a inquietarse por tan poca cosa; la creería, como otras veces, en casa de su compañera de Bellas Vistas. Tal vez a aquellas horas estaría ya en el ventorro de las Latas, preparando su marcha a El Pardo.

Unos faroles de papel iluminaban el merendero con difuso resplandor. Los tranvías viejos habían servido para su construcción, igual que en el barrio de las Carolinas. Los bancos, de movibles respaldos, procedían de una jardinera; los tabiques eran de persianas de ventanilla. Junto al techo, a guisa de friso, alineábase un saldo de fotografías amarillentas, mezclándose las vistas de La Habana y de los bulevares de París y Viena con reproducciones de la Fuente de la Teja y el Viaducto. Cabezas de angelotes pintarrajeadas y doradas, restos de una anaquelería de tienda presuntuosa, aparentaban sostener las viguetas del techo.

Isidro, que lo veía todo de color de rosa, admiraba el adorno del merendero. ¡Muy hermoso! ¡Muy original! ¡Aquello era arte moderno!

Y el amo, satisfecho por estos elogios de un señorito que parecía inteligente, contestaba con modestia:

—Un poquito de gusto, y nada más. Así y todo me cuesta una porción de dinero... ¿Qué van ustedes a tomar?

El merendero completo quería Isidro para Feli. Pero ésta no sentía apetito, no quería nada, y, al fin, por no contrariarle, pidió una botella de cerveza.

Otras parejas ocupaban los rincones, silenciosas, en íntimo contacto por debajo de la mesa y devorándose con los ojos. Maltrana se creía en un mundo nuevo, mejor que el que había conocido hasta entonces. ¡Viva la alegría de la vida!... ¡Y el helenismo también!...

Tras un macizo de plantas estalló de pronto, como un cohete, el sonido de un piano, con acompañamiento de golpes de timbre. Isidro miró con admiración al muchacho de boina, pañolito al cuello y anchos pantalones de odalisca que daba vueltas al manubrio. Pero ¡qué talento tenía aquel golfo! ¡Qué musicazo! Nunca había experimentado Maltrana igual impresión; ni en los mejores conciertos. Aquel vals, que a primera vista parecía

escrito para un baile de criadas, era una pieza sublime: la obra, tal vez, de un gran genio desconocido. El joven no vacilaba en sus afirmaciones; aquello era tan magnífico como la *Novena Sinfonía*.

—Alza, Feli: vamos a darnos dos vueltecitas. A ver cómo meneas ese cuerpecito gitano.

Ninguno de los dos sabía bailar. Isidro, en sus tiempos de estudiante, había tomado lecciones de sus amigas de los cafés cercanos a la Universidad. Feliciano había bailado con sus compañeras, y fue ella la que, guiada por el instinto femenino, siguió mejor el ritmo de la música, arrastrando a su pareja.

¡Valiente cosa les importaba bailar bien o mal y que se rieran o no los parroquianos del merendero!... Lo interesante era estar en brazos uno del otro, pegados desde el pecho a las rodillas, transmitiéndose el alma con el calor de sus cuerpos, confundiendo los alientos.

Sentían una alegría loca, como si el sorbo de cerveza que acababan de beber contuviese todas las embriagueces de la Tierra. No se besaban por un resto de pudor, por miedo a la gente; pero sus labios secos, acariciados por la humedad de la lengua, parecían atraerse al través de la pequeñísima distancia que los separaba.

Cuando abandonaron el merendero iban con paso vacilante, silenciosos, por la soledad del campo.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1434)

Se acercaron a una casita baja con un zócalo obscuro; una puerta de cristales rotos, empañados, compuestos con tiras de papel, iluminados por una luz pálida, daba acceso a esta casa. En la opaca claridad de la vidriera se destacaba a veces la sombra de alguna persona.

Abrió la puerta Leandro, y entraron todos. Un vaho caliente y cargado de humo les dio en la cara. Un quinqué de petróleo, colgado del techo, con pantalla blanca, iluminaba la taberna, pequeña y de techo bajo.

Al entrar los cuatro, todos los concurrentes se les quedaron mirando con expresión de extrañeza; hablaron entre ellos y después siguieron unos jugando, otros viendo jugar.

Fanny, Roberto, Leandro y Manuel se sentaron a la derecha de la puerta.

—¿Qué van a tomar? —dijo la mujer del mostrador.

—Cuatro quinces —contestó Leandro.

Llevó la mujer vasos en una bandeja sucia y los colocó en la mesa. Leandro sacó sesenta céntimos.

—Son a diez —dijo la mujer en tono malhumorado.

—¿Por qué?

—Porque esto es el extrarradio.

—Bueno; cobre usted lo que sea.

La mujer dejó veinte céntimos en la mesa y volvió al mostrador. Era ancha, tetuda, de obesidad enorme, con la cabeza metida entre los hombros, con cinco o seis papadas en el cuello; despachaba de cuando en cuando una copa, que cobraba de antemano, y hablaba poco, con displicencia, con gesto invariable del malhumor.

Tenía aquel hipopótamo malhumorado, al lado derecho, un depósito de hoja de lata con su grifo para el aguardiente, y al izquierdo, un frasco de peleón y un jarro desportillado con el embudo negro encima, adonde echaba el sobrante de las copas de vino.

La prima de Roberto sacó un frasco de esencias, lo ocultó en la mano cerrada, y de vez en cuando aspiraba las sales.

Al otro lado de donde estaban Roberto, Fanny, Leandro y Manuel, un corro de unos veinte hombres se amontonaban alrededor de una mesa jugando al cané.

Cerca de ellos, acurrucadas en el suelo, junto a la estufa, recostadas en la pared, se veían unas cuantas mujeres feas, desgredadas, vestidas con corpiños y faldas haraposas, sujetas a la cintura por cuerdas.

—¿Qué son estas mujeres? —preguntó la pintora.

—Son golfas viejas —contestó Leandro—, de esas que van al Botánico y a los desmontes.

Dos o tres de aquellas infelices llevaban en sus brazos niños de otras mujeres que iban a pasar allí la noche; algunas dormitaban con la colilla pegada en el extremo de la boca. Entre la fila de viejas había algunas chiquillas de trece a catorce años, monstruosas, deformes, con los ojos legañosos; una de ellas tenía la nariz carcomida completamente, y en su lugar,

un agujero como una llaga; otra era hidrocéfala, con el cuello muy delgado, y parecía que al menor movimiento se le iba a caer la cabeza de los hombros.

BAROJA (*Busca*, 116-119)

Al final del pasillo, sentado en una mesa, escribía un hombre; contempló a Vidal y a Manuel y siguió escribiendo. Vidal abrió la puerta, empujó una pesada cortina y pasaron los dos.

Se encontraron en una sala con tres balconcillos a la calle y otros tres a un patio. Hacia el lado de la calle había una mesa verde grande con dos escotaduras, una frente a otra, en los dos lados largos; hacia el patio se veía una mesa más pequeña, iluminada por dos lámparas, alrededor de la cual se agrupaban treinta o cuarenta personas. Había un gran silencio; no se oía más que las palabras de los *croupiers* y el ruido que hacían al recoger con el rastrillo las monedas y fichas colocadas sobre el tapete verde.

Cuando cesaban las jugadas cambiábanse algunas observaciones entre los puntos. Luego la voz monótona del banquero decía:

—Hagan juego, señores.

Callaban todos y el silencio era tan grande, que se oía el roce de las cartas entre los dedos del *croupier*.

—Esto parece una iglesia, ¿verdad? —murmuró Vidal—. Como dice un señor que viene aquí, el juego es la única religión que queda.

Tomaron café y una copa.

—¿Tienes cigarros? —preguntó Vidal.

—No.

—Toma. Fíjate bien en este juego; yo me voy.

—¿Se podrá saber cómo se llama?

—Sí; el bacará. Oye, a las ocho en el café de Lisboa.

Vidal salió y Manuel quedó solo; miró con atención cómo iba y venía el dinero de la banca a los puntos y de los puntos a la banca. Después se entretuvo en observar a los jugadores. Era un anhelo tan grande el que sentían todos, que nadie se fijaba en los demás.

Los que estaban sentados tenían delante de ellos montones de plata y de fichas y las ponían sobre el tapete. *El croupier* echaba las cartas francesas, y poco después pagaba o recogía el dinero puesto.

Los que estaban en pie alrededor, y de los cuales la mayoría no jugaban, parecían interesarse en el juego tanto o más que los que se hallaban sentados y jugaban fuerte.

Eran aquéllos, tipos de miseria y sordidez horrible; llevaban chaquetas rozadas, sombreros grasientos, pantalones con rodilleras, llenos de barro.

En sus ojos brillaba la pasión del juego, y se les veía seguir la marcha de las jugadas, con los brazos cruzados sobre la espalda y el cuerpo echado hacia adelante conteniendo la respiración.

BAROJA (*Mala*, 242-243)

24.— *Los deportes*

Picó espuelas el diestro jinete, trotando hacia la calle de Toledo para tomar la de Segovia y seguir por la Ronda hasta incorporarse con sus amigos en la Puerta de San Vicente. Cuatro jóvenes de buen humor formaban con Antonio Zapata la partida de ciclistas en aquella excursión alegre, y en cuanto divisaron a Ponte y su gigantesca cabalgadura, saludáronle con vítores y cuchufletas. Antes de partir en dirección a la Puerta de Hierro, hablaron Frasquito y Zapata del asunto que principalmente les reunía, diciendo éste que al fin, con no pocas dificultades, había conseguido la orden para que fuesen puestos en libertad Benina y su moro. Partieron gozosos, y a lo largo de la carretera empezó el *match* entre el jinete del caballo de carne y los del de hierro, animándose y provocándose recíprocamente con alegres voces e imprecaciones familiares. Uno de los ciclistas, que era campeón laureado, iba y venía, adelantándose a los otros, y todos corrían más veloces que el jamelgo de Frasquito, quien tenía buen cuidado de no hacer locuras, manteniéndose en un paso y trote moderados.

Nada les ocurrió en el viaje de ida. Reunidos allá con Polidura y otros amigos pedestres, que habían salido con la fresca, almorzaron gozosos, pagando por mitad, según convenio, Frasquito y Antonio; visitaron rápidamente el recogimiento de pobres, sacaron a los cautivos, y a la tarde se volvieron a Madrid, echando por delante a Benina y Almudena. No quiso Dios que la vuelta fuese tan feliz como la ida, porque uno de los ciclistas, llamado, y no por mal nombre, *Pedro Minio*, de la piel del diablo, había empinado el codo más de la cuenta en el almuerzo, y dio en hacer gracias con la máquina, metiéndose y sacándose por angosturas peligrosas, hasta que en uno de aquellos pasos fue a estrellarse contra un árbol, y se estropeó una mano y un pie, quedándose inutilizado para continuar *pedaleando*.

GALDÓS (*Misericordia*, 292-293)

Paseo de velocípedos en el Retiro. L. F. Guirao. Col. M.^a Manzanera.







Blanco y Negro

Vendedora de lotería. Blanco y Negro. 12-2-98. Hemeroteca Municipal, Madrid.

25.— *Otros pasatiempos y juegos*

Como trazo de unión entre la churrería y la taberna, estaba el juego de bolos. Tenía éste su entrada por una valla pintada de rojo con un arco en la puerta. Se dividía en dos plazas separadas por un gran tabique o biombo, hecho con trapos sujetos con un alto bastidor. En el fondo, en un sotechado con gradas, se colocaban los espectadores.

Dando la vuelta al juego de bolos había una casita blanca casi cubierta con enredaderas; detrás de ésta, un antiguo invernadero arruinado, y junto a él, una noria, cuya agua regaba varios cuadros de hortalizas. Al lado del invernadero, medio oculto entre altos girasoles, se veía un coche viejo, una antigua berlina destrozada, sucia, con las portezuelas abiertas y sin cristales, que servía de refugio a las gallinas. La churrería, la taberna y el juego de bolos eran de los mismos dueños: dos socios que habitaban en la casita de las enredaderas.

BAROJA (*Aurora*, 105)

Los sábados invariablemente, por las mañanas, debajo del balcón en donde trabajaba la Salvadora, solía ponerse un ciego a cantar, acompañándose de una guitarra de son cascado, canciones antiguas. Era un ciego bien vestido, con gabán y sombrero hongo, que llevaba un perrillo blanco como guía. Solía cantar con muy poca voz, pero afinando siempre, aquella habanera de *Una vieja*: «¡Ay, mamá, qué noche aquella...!», y algunas otras romanzas sentimentales.

(*Ibidem*, 96)

Picóse la mendiga, diciéndoles que no le faltaban tres pesetas para tirarlas en un decimito, *todo para ella*, y este golpe de audacia produjo su efecto. Por último, se convino en que, si ella compraba el décimo, ellos le tomarían la mitad, dándole una participación de dos reales en el mágico 5.005, número seguro, tan seguro como *estarlo viendo*. Así se hizo: salió Benina, y llevó al poco rato un décimo del 4.844, el cual, visto por los otros, y *oído cantar* por el ciego, produjo en toda la cuadrilla lotérica la mayor confusión y desconcierto, como si por arte misterioso la suerte se hubiera pasado del uno al otro número. Por fin, hicieronse los tratos y combinaciones a gusto de todos, y el burrero extendió las papeletas de participación, quedándose la anciana con seis reales en el suyo y dos en el otro. Salió Pulido refunfuñando, y se fue a su parroquia de muy mal talante, diciéndose que aquella *eclesiástica pocritona* había ido a quitarles la suerte; los burreros se despotricaron contra Obdulia, afirmando que no pagaba el pan y compraba tuestos de flores, y que el casero la iba a plantar en la calle; y Benina subió a ver a la *niña*, a quien encontró en manos de la peinadora, que trataba de arreglarle una bonita cabeza.

GALDÓS (*Misericordia*, 205)

Las tertulias al aire libre

—Vaya, largo de la cera.

—¡Tampoco!

—¡Lo dijo Blas!

Porque a usted le dé la gana

nos vamos a retirar,

pa que nos coman adentro

los insectos, ¿no es verdaz?

—¡Eso dicen!

—¿Es que no

va a poder una tomar

el fresco?

—Aquí no, señora.

La vía pública está
pa el tránsito, porque el público
necesita transitar,
pero no pa que ustés cojan
y la interceten.

—¡Cabal!

¡Como que nosotros semos
de la Inclusa!

—Ustés sabrán.

—¡Jesús, hija! ¡Cualquiera
diría que va a pasar
por esta calle el señor
nuncio de Su Santidaz!
¡También podía irse el público
al arroyo Abroñigal,
está ventilao!

—¿Y a mí

que me viene usted a llorar?
Les he dicho a ustés que fuera;
conque ¡andando!

—Si nos da

la gana, porque es posible
que no nos la quiera dar.
—¡Déjele usted, señá Udosia!
—¡Por mí, bien dejao está!
—¡Hombre, no tienen ustés
ni pizca de sociedad,
ni gratituz, ni respeto
ni Municipio, ni ná!
Estoy una noche y otra
viéndoles a ustés sacar
al arroyo el mobiliario
sin decirles a ustés ná,
porque soy condescendiente,

y estoy viendo que además
convierten ustés la calle,
va a hacer quince días ya,
en alcoba y en cocina
y en sala y en muladar
y hoy que, contra mi costumbre,
voy y hago una salvedaz,
meten ustés la pezuña,
lo cual es destacar
a la autoridaz y al hombre.
—Y al murguista, camará,
porque nos está usté dando
la serenata.

—¡Le habrán
dao toda la cuerda!

LÓPEZ SILVA (*Los Madriles*, 44-45)

V

CULTURAS
(LITERATURA, BELLAS ARTES...)



Biblioteca Nacional de Madrid. L. F. Guirao. Col. M.^o Manzanera.

26.— *Cultura e instituciones culturales*

Parálisis progresiva

De *parálisis progresiva* califica *El liberal* la enfermedad que padece España, y presiente para lo futuro una convulsión o una parálisis definitiva.

Parálisis... Nos place la palabra. No de otra suerte puede calificarse ese amortiguamiento continuado de la vida colectiva nacional, que ha disuelto virtualmente en veinte años los partidos políticos, haciendo de sus programas entretenido juego de caciques.

Parálisis... Así se explica la espantosa indiferencia del país hacia los negocios públicos..., la abstención del cuerpo electoral..., el desprecio de los lectores de periódicos hacia el artículo político..., la sola lectura del telegrama y de la gacetilla, como si roto el cordón umbilical entre la nación y el ciudadano, cuantos fenómenos afecten a aquélla no interesaran a éste de otro modo que la ficticia trama de una comedia al público de un teatro.

Parálisis intelectual reflejada en las librerías atestadas de volúmenes sin salida, en las cátedras regentadas por ignaros profesores interinos, en los periódicos vacíos de ideas y repletos de frases hechas, escritos por el hampa social que lanza al arroyo la lucha por la vida, en los teatros, donde sólo las estulticias del género chico atraen a un público incapaz de saborear la profundidad de un pensamiento..., parálisis bien simbolizada por esa Biblioteca Nacional en donde sólo encontré ayer a un anciano tomando notas de un libro de cocina de Ángel Muro.

Parálisis moral, evidenciada en esos abonos increíbles para las corridas de toros; [...] en tanto se extiende el hambre en las comarcas andaluzas y doscientos mil hermanos nuestros mueren de anemia en climas tropicales, los cigarrillos del Khedive de dos, tres y cinco pesetas cajetilla, para que encuentren modo de gastarse sus rentas los accionistas de la Traslántica y del Banco.

Parálisis imaginativa, que ha dado al traste con los entusiasmos y los ensueños de la raza.

Y para esperanza de curación, una juventud universitaria, sin ideas, sin pena ni gloria, tan bien adaptada a este ambiente de profunda depresión, que no parece sino que su alma está en el Limbo; ni siente ni padece.

Pero no tema *El Liberal* que tan penosa enfermedad se desenlace en horribles convulsiones. Son ya tan hondos sus progresos que se ha llevado, no tan sólo la esperanza, sino hasta el deseo de curar.

España prefiere su carrito de paralítica, llevado atrás y adelante por el vaivén de los sucesos ciegos, al rudo trabajo de rehacer su voluntad y enderezarse.

Para serla agradable, no turbemos su egoísmo de enferma con vanos reproches y aunque la enfermedad acrezca... ¡silencio!... ni una palabra.

Dejémosla dormir; dejémosla morir.

Cuando apunte otra España nueva, ¡enterremos alegremente a la que hoy agoniza!

Madrid, abril de 1897.

MAEZTU (*Hacia*, 63-64)

El progreso

Cuando severa la Historia,
Sin flaqueza y sin encono
Separe el oro y la escoria,
La Ciencia será la gloria
Del siglo decimonono.

Hombre, que incansable alientas,
Y, en medio de tus furoros
Y de tus luchas sangrientas,
Con noble ambición aumentas
La herencia de tus mayores:

Por tu esfuerzo nunca vano,
Por tu incesante inquietud,
Hoy el espíritu humano,
De la tierra soberano,
Se acerca a su plenitud.

Y tu atrevida razón
Tan diligente camina,
Que, a cada generación,
De la infinita ecuación
Una incógnita elimina.

Dignas de tus ambiciones,
Dejan absorto el sentido
Las fuerzas de que dispones
Cuando a tu servicio pones
Lo heredado y lo adquirido;

Y tanto los vuelos crecen
De tu genio singular,
Que, aunque indómitos parecen,
Tus caprichos obedecen
Cielo, tierra, viento y mar.

BALART (*Horizontes*, 151-152)

Los inmortales

22 de septiembre de 1899.

Pronto aparecerá la nueva edición del Diccionario de la Real Academia Española. La casa editorial de Hernando da la última mano al grande y lujoso mamotreto. El señor Echegaray ha explicado ya en la prensa



Inauguración del edificio de la Real Academia Española.
La Ilustración Española y Americana. 1894, Hemeroteca Municipal, Madrid.

muchos de los nuevos términos científicos que la corporación ha decidido adoptar. Dentro de poco el *volt* se llamará voltio y el *culomb* culombio. En cuanto a la palabra *trolley*, queda sencillamente convertida en trole, como hace muchos días tuvo la amabilidad de comunicármelo mi eminente amigo Eugenio Sellés. Ignoro si el *presupuestar* de Ricardo Palma tendrá cabida esta vez en el léxico. Mas lo cierto es que hay novedades, y es posible que el chistoso pedante de Valbuena prepare otra «fe de erratas». Veremos lo que se limpia, lo que se fija y lo que se da de esplendor, para recordar nuestro Horacio y sus *jus et norma loquendi*.

Estos inmortales cumplen con su deber conservador sobre todo; de las tres partes del lema prefieren el fijar. Sus sesiones parecen de una amenidad muy discutible. Ha pasado ya de moda el murmurar de sus hechos y gestos. En Francia todavía las palmas verdes y el espadín provocan una que otra ocurrencia. Aquí es poco decorativa la representación, y un libro no se vende más porque el autor pueda poner debajo de su nombre: *De la Real Academia Española*. La labor de los excelentísimos e ilustrísimos, fuera de las papeletas del Diccionario, es poco activa: la publicación de algunas obras, como las que dirige Menéndez Pelayo, y la adjudicación de varios premios.

La Real Academia se fundó en 1713, y trece años después apareció el primer tomo del Diccionario; otros trece años pasaron para que pudiesen publicarse los otros cinco de aquella primera edición. El rey ordenó que se diesen a la Academia mil doblones al año. Aprobada por Felipe V, logró especiales concesiones. Los académicos quedaban en cierto modo y para ciertas ventajas iguales a la servidumbre de la Real Casa. En 1793 se le favoreció con la renta anual de 60.000 reales. Desde 1793 tuvo su local en la célebre casa de la calle Valverde, hasta que hace poco tiempo se ha instalado en edificio especial que hizo construir con propios fondos.

Los inmortales de Francia son cuarenta; los de España sólo llegan a treinta y seis, sin que yo sepa el motivo. Lo que no cabe duda es que el sillón 41° de Houssaye, que aquí corresponde al 37°, existe en la academia del marqués de Villena como en la academia de Richelieu... No deja de haber aquí también su partido «de los duques». La política no anda así mismo muy alejada de las influencias que privan en el reino de la gramática. Ved un simple desfile de figuras. El director actual es el conde de Cheste. Muy viejo, antiguo militar, muy querido en la Corte; hace algún tiempo

que no asiste a las sesiones académicas. El conde de Cheste dejará una obra extensa principalmente de traducciones. Hasta hace poco, obsequiaba a sus colegas con buenas comidas y candorosos versos. Secretario perpetuo es hoy don Miguel Mir, desde la muerte de Tamayo y Baus; censor, Núñez de Arce; bibliotecario, Catalina; tesorero, el marqués de Valmar; vocal administrativo, Sellés, e inspector de publicaciones Menéndez Pelayo.

El marqués de Valmar es un verdadero aristócrata. Este viejo hidalgo, muy erudito, en sus primeros años literarios escribió para el teatro. Su obra más considerable es un estudio acerca de la poesía castellana en el siglo XVIII. Se le debe la publicación de las *Cantigas del Rey Sabio*. Su vejez se desliza entre libros y comodidades; es un caballero que ha sabido proteger, cuando ha podido, a los jóvenes de verdadero valer que le pedían su apoyo literario y social. Mucho le debe a este respecto el señor Menéndez Pelayo. De más decir que el marqués de Valmar, noble y literato, ha pertenecido al cuerpo diplomático.

Campoamor llevó su humor a la Academia. No sé que haya contribuido mucho a la cocina del Diccionario.

DARÍO (*España*, 190-191)

La labor de la Real Academia, dígame bien claro, es en nuestro tiempo inocua como la de los inmortales franceses. Hacen el Diccionario, reparten premios más o menos Montyon y coronan obras mediocres y correctas.

Aquí se defiende el purismo, la virginidad de esta vieja lengua que ha dado y dará tantas vueltas. Y esos defensores tienen eco en ciertas naciones de América; pues como reza un decir magistral —cito de memoria— «cuando el purismo desaparezca de Salamanca se encontrará en algún cholo de Lima o en el morro de un negro mejicano». En ese continente, en las aldeas más primitivas no falta el barrigudo licenciado abarrotado o abarretado que persiga el *le* y el *lo*, y el caso de la concordancia, y entre tortilla de maíz y tortilla de mais no haga su discursito en caribe en defensa de los fueros del idioma.

No puedo menos que concluir citando las palabras de un ilustre profesor de la más célebre de las universidades españolas: «Hay que levantar la voz y bandera contra el purismo casticista, que, apareciendo en el simple empeño de conservar la castidad de la lengua castellana, es en realidad solapado instrumento de todo género de estancamiento espiritual, y lo que es aun peor, de reacción entera y verdadera. Eso del purismo envuelve una lucha de ideas. Se tira a ahogar las de cierto rumbo, haciendo que se las desfigure para vestirlas a la antigua castellana. Se encierra en odres viejos el vino nuevo para que se agrie». Y luego: «Hay que hacer el español internacional con el castellano, y si éste ofreciese resistencia, sobre él, sin él, o contra él. El pueblo español, cuyo núcleo de concentración y unidad dio al castellano, se ha extendido por dilatados países, y no tendrá personalidad propia mientras no posea un lenguaje en que sin abdicar en lo más mínimo de su modo peculiar de ser, cada una de las actuales regiones y naciones que lo hablen hallen perfecta y adecuada expresión a sus sentimientos e ideas. Hacen muy bien los hispanoamericanos que reivindican los fueros de sus hablas y sostienen sus neologismos, y hacen bien los que en la Argentina hablan de lengua nacional. Mientras no internacionalicemos el viejo castellano, haciéndolo español, no podemos vituperarles los hispanoespañoles, y menos aún podrían hacerlo los hispanocastellanos, y hacen muy bien en ir a educarse a París, porque de allí sacarán, por poco que saquen, mucho más que de este erial, ya que lo que aquí mejor puede dárseles, la materia prima de esta lengua, consigo la llevan y con libros pueden perfeccionarla».

El autor de estas líneas se llama Miguel de Unamuno. Aquí y entre nosotros protestarán especialmente de ellas los que no se llaman ni son nada, *pas même academiciens*.

(*Ibidem*, 196-197)

Y el buen *Homero* describía, entre las risas de los compañeros, su entrada en la Biblioteca Nacional al día siguiente de la revolución, seguido de un piquete de ciudadanos. ¡A formar todo el personal! Los bibliotecarios,

que le conocían por haber sostenido con él más de un altercado, esperaban su sentencia trémulos de miedo. Ahora pagarían sus embustes siempre que se les pedía un libro moderno; el negar su existencia o el afirmar que lo tenía otro lector entre manos; aquel deseo de que no se leyese más que obras rancias, de inútil erudición, mamotretos enojosos que repelían a la gente, quitándole los deseos de instruirse. A culatazos bajaba la escalinata el rosario de prisioneros, y el dictador los colgaba sin piedad de los árboles de Recoletos, con un cartelón en el pecho: «Por traidores a la cultura y fomentadores de la barbarie pública...» Sin salir del edificio, se daba una vueltecita por los salones del Arte Moderno y entraba a saco en este hospital de monstruos, horrendo almacén de fealdades y ñoñerías históricas. Salvo raras excepciones, todos los cuadros eran arrojados por las ventanas, formándose con ellos una gran hoguera. Los alumnos de Bellas Artes, por orden del dictador, habían de saltarla en señal de alegría por la desaparición de tanto mamarracho.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1367-1368)

ESTA tarde Azorín ha estado en la Biblioteca Nacional. Como está un poco triste, nada más natural que procurar entristecerse otro poco. Parece ser que esto es una ley psicológica. Pero séalo efectivamente o deje de serlo —lo cual después de todo es indiferente—, Azorín ha pedido una colección vieja de un periódico. Una colección *vieja* es una colección del año 1890... Decía el maestro que nada hay más desolador que una colección de periódicos. Y es cierto. En ella parece que quedan como momificados los instantes fugitivos de una emoción, como que cristaliza este breve término de una alegría o de una amargura, ¡este breve término que es toda una vida!... Además, se ve en las viejas páginas cómo son ridículas muchas cosas que juzgábamos sublimes, cómo muchos de nuestros fervorosos entusiasmos son cómicas gesticulaciones, cómo han envejecido en diez o doce años escritores, artistas, hombres de multitudes que creíamos fuertes y eternos.

Azorín ha ido pasando hoja tras hoja y ha sentido una vaga sensación de desconsuelo. ¡Las crónicas que le parecieron brillantes hace diez años, son frívolas y ampulosas! ¡Los artículos que le parecieron demoledores son ridículamente cándidos! Y después, ¡qué desfile tétrico de hombres que han vivido un minuto, de periodistas que han tenido una semana de gloria! Todos han hecho algo, todos han estrenado un drama, han pronunciado un discurso, han publicado veinte crónicas; todos gesticulan un momento ante este cinematógrafo, agitan los brazos, menean la pluma, mueven los músculos de la cara violentamente... luego se esfuman, desaparecen. Y cuando, después, al cabo de los años, los vemos en la calle, estos hombres ilustres se nos antojan fantasmas, aparecidos impertinentes, sombras que tienen el mal gusto de mostrarse ante las nuevas generaciones.

Azorín se ha salido descorazonado de la Biblioteca. Un poco triste es este espectáculo para un espíritu hiperestesiado, no cabe negarlo; pero es preciso convenir también en que no hay que tomar como una gran catástrofe el que hoy no se acuerde nadie de Selgas, por ejemplo, ni que Balart, que ha sido un estupendo crítico, nos parezca anticuado.

Luego Azorín, para templar estas hórridas impresiones, se ha entretenido en repasar una colección de retratos que Laurent hizo allá por los años del 60 al 70. Observe el lector que continúa esa importantísima ley que hemos formulado antes. Repasar esta serie inacabable de fotografías es más triste que hojear una colección de *El Imparcial*. Figuran en ella diputados, ministros, poetas, periodistas, tiples, tenores, gimnastas, obispos, músicos, pintores.

AZORÍN (*Voluntad*, 248-249)



Almanaque de la Vida literaria. 1899. Biblioteca Nacional. Madrid.

27.— *La literatura*

De cuanto va dicho, no quiero yo que se deduzca que debemos ser descontentadizos y difíciles para los que escriben. Por mucha indulgencia que necesite yo y pida para mí, mayor es la que estoy dispuesto a conceder a los demás escritores. Mil veces lo he sostenido. El escribir, aunque se haga mal y aunque se considere como vicio, es el más inocente y el menos costoso de todos. La impericia del militar o del político puede causar muertes, estragos, y hasta caída de repúblicas y de reinos. Un arquitecto inhábil gasta acaso millones y construye edificios que afean ciudades y que hasta se hundan. Pero el escritor, como no falte a la moral y a la decencia, y aunque escriba a despecho de los númenes y de las musas, y aunque nada gane escribiendo, puede a muy poca costa satisfacer su pasión y hartarse de escribir. Con tres pesetas tiene para mil cuartillas, y no las emborronará en un mes por mucho que emborrone.

No entiendo yo tampoco que, para ser escritor, sea indispensable proponerse componer sólo obras atildadísimas y perfectas, que a más de agradar al público del día lleven la marca y el sello de la inmortalidad, y nos sobrevivan y conserven en las edades venideras el nativo encanto y la inmarcesible y fresca lozanía que se supuso benévolamente que al nacer tuvieron. Basta, en mi sentir, para que un escritor quede justificado y para que sea encomiado, el que sus libros proporcionen durante algún tiempo, aunque sea breve, recreo apacible a una parte del público contemporáneo suyo.

VALERA (*Discursos*, 165-166)

Un hombre de letras que quiera vivir aquí de su trabajo, querrá lo imposible. La revista apenas alienta, el libro escasamente se sostiene; todo producto mental está en *Krach* continuo. Lo único que produce dinero

es el teatro, cierto teatro. El que logra hacer una *Verbena de la Paloma*, o una *Gran Vía*, y puede continuar en sucesivos partos de ese género, ya tiene la gruesa renta asegurada. El señor Jackson Veyán, a quien achacan mediocridad literaria e incurable ripiorrea, puede reírse de sus enemigos al embolsar sus miles de duros anualmente. Los editores de teatro, o más bien, los que compran la propiedad de las obras teatrales, tienen mejor fama que los de libros. Son más abiertos, más generosos, y hasta autores principiantes hallan en ellos su providencia.

DARÍO (*España*, 170)

Maltrana renunció por el momento a todo encargo de trabajo por parte del senador. Pero su fe no se alteró por esto; otros le proporcionaron nuevas tareas. Al verse falto de ocupación dejó de estar en casa, pasó las tardes en el Ateneo o en los cafés, discutiendo con la juventud literaria. De noche comenzó a recogerse tarde, aconsejando a Feli que le esperase acostada. La literatura imponía deberes: era preciso dejarse ver para hacer carrera y adquirir un nombre, asistir a los estrenos de los teatros, intervenir con interrupciones en los debates del Ateneo, hacerse notar en las interminables y estériles disputas sobre si hay Dios o no lo hay, y acerca de la separación de la Iglesia y el Estado.

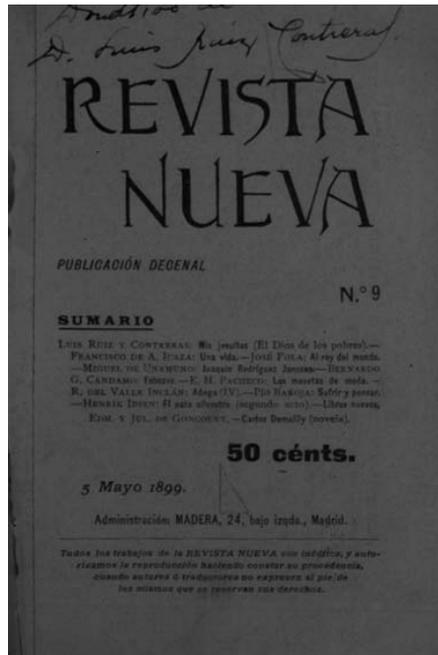
BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1454)

Sería pensador independiente; sería escritor. Y Maltrana, filósofo de diecinueve años, con un ligero vestigio de bigote, se lanzó al mundo. Dejó de frecuentar los cafés estudiantiles; hizo vida en el centro de la población, pasando de un grupito a otro de los que constituyen la tumultuosa e ingobernable República de las Letras.

Leía por las tardes en el Ateneo las revistas extranjeras, para estar al día en los adelantos del pensamiento universal y reventar a ciertos



Revista Electra. 1901.
Hemeroteca Municipal, Madrid.



Revista Nueva. 5-5-99. Hemeroteca
Municipal, Madrid.

camaradas ignorantes que, por haber publicado algunos versos en los periódicos, pretendían deslumbrar al pobre inédito.

(*Ibíd.*, 1386)

Sus amigos no le vieron ya más que en el Ateneo leyendo revistas o en la Biblioteca Nacional rebuscando datos para ciertos eruditos y académicos, que le daban por este trabajo una exigua retribución. De cuando en cuando, algún amigo le pasaba un libro para traducir, quedándose con la mitad del precio. Además, escribía artículos para un semanario social, a razón de diez céntimos la cuartilla, que luego firmaba el director, dando así práctico ejemplo de que la propiedad no es sagrada, ni mucho menos.

(*Ibíd.*, 1388-1389)

Las noches las pasaba en Fornos, en una mesa de futuros genios, todos tan ignorados como él, pero convencidos de que darían que hablar mucho a la Historia. Algunos de ellos eran más jóvenes que Maltrana. Nada habían escrito, pero revelaban su firme propósito de crear obras inmortales, uniformándose exteriormente con arreglo a un figurín profesional: largas cabelleras, grandes sombreros, corbatas amplias y sueltas o apretadas con innumerables roscas sobre un cuello de camisa que les rozaba las orejas.

El sarampión literario tomaba formas rabiosas que asustaban a Maltrana. Todo lo sabían aquellas criaturas, a pesar de sus pocos años, como si al cogerse el pezón de la nodriza hubiesen comenzado a hojear el primer libro. Sus juicios resonaban terribles, inexorables, concisos, capaces de hacer temblar de pavor las mesas del café. Casi todos los escritores españoles eran atunes, besugos o percebes: género marítimo que sólo podía gustar a paladares groseros. Luego, garrote en mano, pasaban la frontera. ¿Zola?... un mozo de cordel con algún talento. ¿Victor Hugo?... un señor

muy elocuente, pero no era poeta. ¿Lamartine?... , un llorón..., tampoco poeta. ¿Musset?...; éste ya lo era un poquito más. Pero los verdaderos, los únicos poetas, eran los venerados por ellos; y con los ojos en blanco, trémulos de admiración, citaban nombres y nombres, de cuya obscuridad y escasa obra hacían el principal mérito, colocándolos por encima de los autores célebres que se envilecen buscando el ser comprendidos por todo el mundo, por el miserable pueblo y la repugnante burguesía.

Maltrana acabó por cansarse de esta tertulia. Además, los genios le mostraban cierta ojeriza por las bromas de mala ley que se permitía su cultura, inventando libros y autores y declarando a última hora su superchería, cuando todos se *habían caído* afirmando conocer la obra y dando detalles de sus bellezas y defectos.

Un amigo de la tertulia quiso protegerle.

—Aquí no vienen más que currinches. Yo te presentaré a una peña de verdaderos escritores. Grandes poetas..., gente que ha estrenado con éxito.

Y frecuentó por las tardes una cervecería, punto de cita de la nueva tertulia, que, por su aspecto, impuso gran respeto al tímido Maltrana. El hijo de la Isidra experimentó gran turbación al tratarse con dos marqueses que eran poetas y otros jóvenes emparentados con famosos personajes. Vestían con elegante atildamiento; seguían las modas en sus mayores exageraciones. Las lacias melenas brillantes de pomada eran la única revelación de sus entusiasmos literarios.

—Cuerpo de dandy y cabeza de artista —dijo uno de ellos a Isidro, resumiendo así los cánones de su indumentaria.

El silencio de admiración con que el joven los escuchaba despertó cierta simpatía en favor suyo. Un día se atrevió a hablar de la poesía griega, haciendo el examen de Aristófanes y sus comedias con tanta soltura como si se tratara de un contertulio de café. Hasta recitó escenas enteras en griego, sin que nadie lo entendiese. Los jóvenes elegantes mostraron admiración. «¡Muy curioso!» «¡Muy interesante!» Entonces se fijaron en él por primera vez, y alabaron sus ojos profundos, la poderosa pesadez de sus cejas. Alguien hizo el elogio de su fealdad varonil, de sus cabellos ásperos y alborotados, encontrándose cierta semejanza con la cabeza de Beethoven. Uno de los marqueses, con repentino arrebató, aproximó su silla, rozándose toda la tarde con aquel Beethoven que hablaba en griego.

Maltrana no tardó en percatarse del escaso valor de aquellas gentes. Sólo uno era digno de respeto, el más viejo, el maestro: un autor de gran talento, siempre melancólico, como si las debilidades de su vida pesasen sobre su carácter, ensombreciéndole con intensa tristeza. La ironía de sus palabras sonaba como una burla contra su frágil voluntad. Todos estaban más unidos por las aberraciones del gusto que por la admiración literaria.

Se murmuraba, en la tertulia, de los ausentes, en presencia de Maltrana, cambiando el género de sus nombres, haciéndolos femeninos. «La Enriqueta cree tener talento y es una fregona... La comedia de la Pepa no vale nada...» Por la noche iban todos ellos a lo que llamaban gran mundo, a las reuniones frecuentadas por sus familias o a los palcos de la gente aristocrática. Las señoras se confiaban a ellos, hablándoles con el descuido que da la ausencia de todo peligro. Luego sus tertulias en la cervecería eran una prolongación del chismorreo femenino mencionándose por todos ellos los defectos ocultos de las damas más famosas, con una delectación hostil, como si les complaciesen las debilidades y miserias de un sexo enemigo.

Todos eran refinados, sutiles, enemigos de la vil materia, de la prosa de la vida y de las violentas emociones. Publicaban volúmenes de poesías, con más páginas en blanco que impresas. Cada grupito de versos iba envuelto en varias hojas vírgenes, como flor de invernadero, que podía morir apenas la tocase el viento de la calle. Abominaban de la impiedad de las masas, de todas las realidades de la vida vulgar; se decían católicos, anarquistas y aristócratas al mismo tiempo; no pensaban gran cosa en la religión, pero hablaban, con los ojos en blanco, de la dulzura del pecado monstruoso y de la voluptuosidad del arrepentimiento, seguido de la reincidencia. Encontraban un fondo de distinción en la vieja liturgia de la Iglesia, y titulaban sus poesías microscópicas *Salmos*, *Letanías* o *Novenarios*.

Otros escribían comedias de sátira contra las costumbres de la aristocracia, que eran las suyas; obras teatrales, en las que colaboraba el modisto con el poeta, y no había gran *toilette* que no tuviese su amor con un frac, que jamás era el del esposo. «Hay que flagelar», gritaban con expresión terrible.

Y Maltrana pensaba sonriendo: «Está bien. Y a éstos, ¿quién los flagela?...»

De cuando en cuando se injerían en la reunión ciertos hombres de aspecto bestial y groseros modales, que los tuteaban, tratándolos con la

superioridad despectiva del macho fuerte. Eran toreros fracasados, antiguos guardias civiles mozos de tranvía, que vestían como señoritos y se mostraban contentos de su vida de holganza. Algunos hablaban de su mujer y sus hijos, y atusándose el pelo, justificaban con el amor a la familia lo extraordinario de sus ocupaciones.

(*Ibidem*, 1386-1388)

Trabajo en el café. Rodéanme quince o veinte muchachos que escriben, pertenecientes todos ellos a la que podría llamarse la aristocracia intelectual. En este momento se dedican a murmurar de un contertulio ausente y el *calembour* de doble filo recorre el perímetro de la mesa. ¿Por qué no se habrá inventado un aparato para pesar el ingenio derrochado inútilmente? Sigo escuchando. Cuando todos los compañeros sacan su tira del pellejo de un prójimo, merced al socorrido retruécano, la conversación languidece.

Aún no ha salido *El Nacional*. *El Nacional* es el proveedor habitual de la comidilla de todas las tardes. Ningún periódico le supera en el arte refinado de molestar hábilmente —yo diría impunemente— a las personas.

Mis compañeros están en el café desde las tres, saldrán a las ocho, volverán a las diez y a las seis de la madrugada darán en la cama con sus cuerpos. ¿Cuándo leen? ¿Cuándo piensan? ¿Cuándo trabajan?

Eso les pregunto yo. ¿Cuándo trabajan? A lo que dicen la guerra les impide trabajar. El público no lee más que los telegramas que de Sampson hablan, ni va al teatro como no se le embriague con la marcha de Cádiz, ni le interesan otras literaturas que las que escriben en las corazas de los barcos las balas de cañón.

Y estos muchachos son poetas, novelistas, autores finos (cómicos o serios, pero en fino). [...] Los verdaderos hombres de letras que se sientan en la mesa del café murmurán de la prensa. Tienen motivos particulares para odiarla. En esta labor del periodismo la belleza serena de la obra de arte no es posible. Se escriben con la cal y la arena del lugar común y de la

frase hecha. El mármol y el granito literarios se agotaron con los clásicos. Hoy la cuestión estriba en fabricar mucho. Y a la gente de talento cuéstate gran esfuerzo resignarse a hacer del pensamiento una máquina de emboironar cuartillas.

MAEZTU (*Hacia*, 59-60)

Tenía una memoria admirable, una petulancia de damisela, una soberbia satánica y a veces rasgos de un desprendimiento y de una generosidad de gran señor. A don Braulio le volvía loco cuando hablaba de los escritores contemporáneos; decía: «El llamado Echegaray. Ese pobre desgraciado de Sellés... El llamado Picón, que se dedicaba a fabricar cuerda», y así iba calificando a unos y otros.

Algunas noches, cuando salía del café la tribu harapienta, Pérez del Corral arrastraba a las masas a la plaza de Oriente y allí arengaba a los reyes de piedra, o acercándose a un árbol, para dar pruebas de sus facultades de actor, gritaba —no se podía decir que declamaba—, un parlamento de *Don Juan Tenorio* o de *Los amantes de Teruel*. Sobre todo, de este último drama, aquello de: «Infames bandoleros, que me habéis a traición acometido», lo decía de una manera, y la *o* final de bandoleros la vocalizaba de tal modo, que una vez había hecho salir la guardia de Palacio a enterarse de lo que pasaba.

Otra de las figuras importantes del café era Betta, que se pasaba la vida alcoholizado, siempre impasible con su bello rostro árabe, de barba y pelo negrísimos, la pipa en la boca.

Admirador muchas veces de las salidas de algunos de los bohemios, era un poeta notable, hombre callado, cara de cerdo triste.

Con las salidas de Pérez del Corral se entusiasmaba.

—¡Admirable! ¡Admirable! —decía a cada paso.

El que se retiró pronto, con gran escama, de las reuniones de café y quiso inducir a don Braulio Manresa a que se separase de los bohemios, fue Amancio; pero don Braulio, aunque respetaba a Ramírez, admiraba a Pérez del Corral, a Betta y a sus amigos.

Silvestre, que vio que de la revista no se podía sacar nada más que disgustos, dejó de aparecer por la redacción. En la mesa de la casa de huéspedes sabía por Pérez del Corral las luchas homéricas que había entre Amancio y los del café por ver quién conquistaba la amistad de don Braulio. Éste se lamentaba de que hombres con tanto talento como ellos no se entendieran bien y hablaba enternecido del Arte, flor suprema de la vida, como había dicho Betta. Tras de uno de estos discursos los abrazos menudeaban.

Amancio había prometido a Manresa hacer lo que quisiera en la revista; pero entonces Pérez del Corral y sus amigos neutralizaron el efecto del ofrecimiento, enviando a don Braulio una orla dibujada por un aprendiz de pintor, en la cual nombraban a Manresa jefe de la juventud intelectual de España; además, en la orla adornaban a Manresa con el título de conde...

Ante aquel agasajo, don Braulio se inclinó definitivamente hacia la bohemia del café y comenzó a dejar de ir por la redacción de *Lumen*.

BAROJA (*Aventuras*, 180-181)

Miró con rabia los naipes y libros apilados en un rincón. En Madrid no encontraba quien le diese pan; pero siempre volvía a casa con los bolsillos llenos de papeles. Los camaradas le ofrecían periódicos para que leyese sus artículos; los autores le regalaban libros con pomposas dedicatorias: «Al erudito y notable escritor Isidro Maltrana, su admirador...» ¡Le admiraban! ¿Por qué? Tal vez por su miseria. Vendía los libros por unos cuantos reales, por lo que querían darle y, sin embargo, siempre tenía volúmenes en su casa: versos tristes de gentes con salud y medios para defenderse del hambre; novelas sobre crisis de almas; tratados para resolver el conflicto social. El papel le perseguía, le rodeaba; había nacido para ser su siervo. ¡Siempre el papel, negro de tinta, acosándole, cerrándole el camino! Mientras tanto el pan y el bienestar huían de él, yéndose en busca de los brutos.

Con la cólera que le inspiraban estos pensamientos arrojó en el triste rescoldo un volumen, el primero que halló a mano. El papel grueso y brillante se ennegreció, al mismo tiempo que de sus páginas encorvadas por el fuego surgía una llama, esparciendo denso humo por la habitación.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1502)

La plaza de Oriente, con su forma circular, invita a ceñirla con nuestros pasos indolentes en estas plácidas noches veraniegas, y a veces salimos del café y nos ponemos a dar vueltas en torno a sus estatuas de reyes y reinas antiguas... todas ellas más o menos mutiladas. ¡Oh, la pobre doña Berenguela, que sería hermosa a pesar de su nombre, si no hubiese perdido la nariz!...

En nuestras circunvoluciones alrededor de la plaza, mis jóvenes amigos recitan versos, entonan viejas arias, Álvaro de Orriols canta la bella sardana del Ampurdán que habla de una payesa que “en sus brazos té un infant”...

A veces nos encontramos a Pedro de Répide, que nos cuenta la historia del Palacio y anécdotas isabelinas con su melosa dicción de abate.

Al pasar ante la puerta de la Armería encontramos sentado en una butaca y leyendo a la luz municipal de los arcos voltaicos a Adolfo Aponte, el poeta premiado por su drama “El rey ciego” y que es capitán de Infantería... Poetas por todas partes, ¡hasta en el cuartel!...

CANSINOS (*Novela*, 514)

Su casa era una especie de círculo donde solían reunirse varios escritores y artistas jóvenes: Mariano Cortés, novelista de mucho mérito, pero poco conocido, a quien aseguraban un porvenir brillante; Francisco Cárdenas, poeta romántico que profesaba a Elisa Conde un amor pueril, inconfesado y respetuoso; afecto que ella fingía desconocer, pero que la enorgullecía y esponjaba, probándola que todavía su vejez excitaba al

deseo; el pintor Fernando Pérez Esteban, conversador infatigable y ameno, pero de menguados alcances artísticos; y el músico Sánchez Garfín, viejo sesentón, alegre y turbulento como un cascabel; siempre estaba charlando y su voz aguda y los guiños truhanescos de su semblante excitaban al contento; era pequeño, regordete; por su cabeza grande, orlada de cabellos canos, nunca entraba el peine; imitaba con el violoncelo los gritos de muchos animales y toda clase de carcajadas, desde las agudas de mujer nerviosa a las más graves; unas parecían francas y leales, otras sarcásticas. Aquella hilaridad repentina del violoncelo era contagiosa, y los contertulios se descoyuntaban de risa; también imitaba a maravilla los bostezos, y una noche hizo bostezar a toda la reunión; y como era enamorado y marrullero y no perdía ocasión de holgarse, era notorio que ni aun a las criadas feas desdeñaba y que se valía de aquellas triquiñuelas para engatusarlas y rendirlas. También iban allí, aunque con menos frecuencia, Paco Vergara, crítico muy erudito y mordaz, que bordaba con sus artículos las columnas de *La República*, y José Antonio Venegas, el famoso Tik-Nay, del Circo de Price.

ZAMACOIS (*Tik*, 95-96)

En esta nuestra curiosa madre patria, en épocas pasadas, y aun en la actualidad, los centros intelectuales de la Península fueron y son las farmacias y las librerías. Decíame un amigo madrileño: «En las farmacias hácese más versos que unguentos, y en las librerías se derrochan más palabras que pesetas». En la Corte, como en provincias, las librerías son punto de reunión donde acude un número dado de clientes y aficionados, a conversar, a hojear las nuevas publicaciones y a perder el tiempo. En Madrid todavía existe lo que se podría llamar tertulia de librería, aunque no como en tiempos pasados. En casa de Fe, al caer la tarde, podéis encontrar a Manuel del Palacio, a Núñez de Arce, con su inseparable amigo Vicente Colorado, al señor Estelrich, italianista de nota, a otras figuras, grandes, medianas y chicas del pensamiento español. En casa de Murillo no dejaréis de ver cotidianamente las barbas rojas del académico Mariano Catalina. Hace bastantes años era Durán quien reunía en su estableci-

miento famosos contertulios. Era este Durán hombre de cultura y metido en letras; biógrafo de mérito, muchos varones ilustres salieron de su casa muy satisfechos después de una consulta. Conocía todos los libros, todas las ediciones, todas las noticias. Era una especie de Bibliophile Jacob de Madrid, buen parlante y provechoso amigo intelectual. Hoy no existe un solo librero como aquél; y la erudición la suplen los que hay con el aguzado instinto de un comercio genuinamente israelita. Paul Groussac, en sus viajes por el continente americano, hallaba a cada paso comprobada la superioridad de nuestras incipientes librerías bonaerenses, en comparación con las del resto de América española. Pues bien, las librerías de Madrid son de una indigencia tal, sobre todo en lo referente al movimiento extranjero, que a este respecto Fe, que es el principal, o Murillo, o cualquier otro, están bajo el más modesto de nuestros libreros. En Madrid no existe ninguna casa comparable a las de Peuser o Jacobsen, o Lajouane. París está a un paso y me ha sucedido leer en *La Nación* el juicio de un libro francés antes de que ese libro hubiese llegado a Madrid. El que no encarga especialmente sus libros a Francia, Inglaterra, etc., no puede estar al tanto de la vida mental europea. Es un mirlo blanco un libro portugués. De libros americanos, no hablemos. La casa de Fe es estrechísima, y Fe no se atreve a mudar de local, quizá poseído del temor de que otra más elegante y espaciosa no se advirtiese tan concurrida. Además de dos pequeños mostradores en que se exponen obras castellanas, uno que otro libro de América, a la izquierda, libros extranjeros, a la derecha, hay, junto al escritorio del jefe de la casa—rincón estrechísimo—, una mesita en que se presentan las últimas novedades españolas. A esa mesita se acercan y tocan los asiduos del establecimiento; unos cortan las páginas y leen las obras de corta extensión, de pie; concluyen, y dejan el ejemplar. En toda España hay poca afición a comprar libros; quizá sea por esto que las librerías son de una pobreza desoladora. Hay que dar vuelta al problema de Fígaro: «¿No se lee porque no se escribe, o no se escribe porque no se lee?», decía él. Digamos: «¿No se compran libros porque no se saben vender, o no se saben vender porque no se compran?» Lo cierto es que los libros se venden poco y mal, y, como en Buenos Aires, los culpables son los libreros. Todo comerciante hace lo posible por despachar su mercancía, y procura colocar y recomendar; el librero limita su negocio a dar lo que le piden y no hace ofertas ni recomendaciones. Desde algún tiempo a esta parte se han establecido las ventas a plazos, pero eso

es para facilitar la adquisición de las grandes publicaciones ilustradas. El anuncio sólo se emplea en casos muy especiales, y los catálogos que publican algunos libreros no tienen resonancia ninguna.

Hubo un tiempo —y ya va lejos— en que las librerías de lance —libros usados y antiguos— tenían mucho movimiento e importancia y publicaban periódicamente catálogos numerosos. De aquellas librerías apenas queda rastro; unas han desaparecido, y otras redujeron su negocio hasta un simple «cambalache» de *bouquiniste*. Rico sigue publicando catálogos, y un joven de muchos alientos, Vindel, tiene un negocio de esta clase, de bastante importancia. Vindel es hoy algo como lo que fue Durán, guardada la diferencia de educación, clase y tiempo. Este joven sabe mucho de libros viejos y hace su comercio de «novedades» en frecuente relación con los anticuarios de París y Londres; publica libros raros y curiosos, como los Bibliófilos Sevillanos, y en su oficio es una especialidad. Me han contado la historia de Vindel: interesante y extraña novela, que él debía hacer escribir e imprimir a un ejemplar único. Sería el más *raro* de sus libros. Los jóvenes le han conocido en el Rastro de Madrid, con la cuerda al hombro, haciendo recados y comprando y vendiendo pobres mercancías. Nadie se explica cuándo, cómo y dónde aprendió lo que sabe. Su fortuna se la debe a la buena suerte. Le cayó una lotería de quince mil duros, y así comenzó a realizar compras importantes. Ha ido a París y a Londres, en ocasiones en que se han anunciado ventas de libros y subastas de bibliotecas particulares, y se ha dado vida de gran señor. Vindel se mueve en su negocio como si operase en un gran país; tiene sus desencantos y sus apuros, pero es obstinado y fuerte. Y es el que más entiende su oficio, el que tiene más elementos bibliográficos y el más abierto.

De los libreros de actualidades, el que más negocio hace es Fernando Fe; a su casa acude en busca de libros la mayoría de la gente que los compran, y es acaso el que más comercio tiene con las provincias. Las librerías de José Ruiz —Gutenberg—, San Martín, Manuel Hernández y algunas otras, son, en mayor o menor escala, establecimientos análogos al de Fe. Victoriano Suárez se dedica principalmente a los libros de texto y envíos a América. Hay librerías que tienen especialmente obras profesionales, unas de medicina, otras de jurisprudencia, como la de Leopoldo Martínez, otra como la de Hernando, de primera enseñanza y otros libros de propaganda católica. No sé que haya en la actualidad ninguna librería pro-

testante o que lleve francamente el nombre de tal. Trabaja mucho en España la Sociedad Bíblica, pero no consigue que se lean mucho sus volúmenes y folletos. Aquí cualquiera se permite ser un mal católico, pero pocos renuncian a llamarse católicos. Se precisa la independencia y el buen humor de José Zahonero para llegar a ser obispo protestante.

He hablado de los libreros antes que de los editores; con tener aquéllos tan poca importancia, éstos la tienen menos. Debo advertir que me refiero solamente a los editores de obras literarias; los de obras científicas no abundan, y por lo que noto, se limitan a la explotación de la enseñanza. Un Alcán, ni para muestra.

En los buenos tiempos románticos florecieron en Madrid muy famosos editores como Roig y Mellado. No enriquecerían a los poetas llenos de apetito de entonces, pero por lo menos les quitaban el hambre. En medio siglo ha perdido Madrid mucho de su ambiente literario. Zorrilla, como poeta lírico, no sacaría hoy a su editor un puñado de onzas para sus caprichos, como el año 1840. Apenas un puñado de garbanzos, y gracias.

DARÍO (*España, 170-173*)

Además, seguía adquiriendo libros, a pesar de su pobreza. No podía librarse de este hábito de sus tiempos de abundancia. Suprimía comidas, prolongaba el uso de unas botas rotas para adquirir un libro recién llegado de París. La biblioteca formada al amparo de su protectora iba achicándose lentamente al través de las innumerables combinaciones del cambalacheo. Vendían unas obras para adquirir otras.

Todos los libreros de lance conocían a Maltrana por sus trueques; el joven reía ante el resultado de sus cambios. Cinco filósofos célebres, con las hojas algo ajadas, valían tanto como un novelista mediano acabado de cortar; tres poetas famosos equivalían a un tratado sociológico de segunda mano, en el que hallaba Maltrana una tosca recopilación de cosas harto conocidas.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda, 1386*)

Antes de terminar este prólogo, cúmplenos hacer una manifestación, para satisfacer con ella un deseo del autor. Cuando éste se dispuso a dar al público su obra, a pesar de los consejos que de ello pretendían disuadirle, preocupóse ante todo del tamaño y forma que había de dar al libro, pues nos manifiesta que da gran importancia a este punto.

Dice, en efecto, que hallándose el verano pasado en Bilbao, su pueblo nativo, y en una librería donde tiene consignados ejemplares de su novela *Paz en la guerra* y de sus *Tres ensayos*, le manifestó el librero que cuando volviese a publicar otro libro se cuidara mucho de su volumen y condiciones materiales, procurando que, a poder ser, tengan sus obras todas un mismo tamaño. A cuyo respecto le contó el librero lo que con uno de sus clientes le había ocurrido.

Fue el caso que un sujeto le había pedido en varias ocasiones las obras completas de Galdós, Pereda, Valera, Palacio Valdés y otros escritores de fama y éxito, y se las había servido. Pidióle luego las de Picón, y cuando llegaron éstas torció el cliente el gesto y les puso mala cara porque no eran todas de un mismo volumen, sino unas más largas y otras más anchas.

—¿Y cómo las voy a encuadernar como «Obras completas de don Jacinto Octavio Picón», si presentan tanta diversidad de tamaños?

El librero, como se trataba de un buen cliente, se ofreció en su obsequio a quedarse con ellas, y así se acordó, no llevándose el cliente más que dos o tres, las que más le interesaban, o sea, las iguales en tamaño y forma. Y comentando luego el sucedido, decía el librero al señor Unamuno que procurara que sus libros todos fueran uniformes, pues así los vendería mejor.

Porque es indudable que hay quienes compran los libros para leerlos, y son los menos, y hay quienes los compran para formar con ellos bibliotecas, y son los más. Y en una biblioteca está feo que los libros de un autor, que han de aparecer juntos, no puedan alinearse en perfecta forma y sin ningún saliente, ni hacia arriba ni hacia adelante.

UNAMUNO (*Amor*, 31-32)



Mariano Benlliure en un estudio. L. F. Guirao. Col. M.^a Manzanera.

28.— *Las bellas artes*

Por la tarde. Dar una vuelta por aquella sala del Museo, donde están los Velázquez, los Murillos y los Goyas, y donde no entrarán jamás, ni lo permita Dios, los impresionistas, realistas, pardistas y obscuristas modernos.

E. BLASCO (*Recuerdos*, 371)

—Ahora podemos figurarnos —dijo Claudio— que vamos a realizar un viaje gigantesco a través del mundo y de los siglos; viendo paisajes diversos y tipos y trajes de todos los países; panoramas cubiertos de nieve, ante los cuales se siente un frío intenso que impulsa a levantarse el cuello de la americana, y campos abrasados por el sol espléndido de los trópicos. Y mujeres... ¡ah, de mujeres, sobre todo, hay una galería inacabable!...

—Esa galería no me importa —exclamó Matilde.

—¡Oh, ni a don Pablo tampoco!... se entiende, en el pecaminoso sentido a que usted alude; pero se recrea mirándolas, aunque no hay ápice de sentimiento adúltero en su goce. Aquí las hay de todas las naciones; griegas, etiópicas, flamencas, circasianas..., y lo más granadito de cada país.

Penetraron en el salón principal cuyo techo de cristales da paso franco a la luz.

—Me parece que los pintores —dijo Matilde Landaluce— a pesar de su cacareado puritanismo, son sultanes que visten a la europea, pero que tienen, como los de Oriente, verdaderos harenes.

—Acierta usted —replicó Antúnez—, yo aquí tengo un gineceo, tengo varios; en algunos cuadros, tales como *El jardín del amor*, de Rubens, se encierra un harem donde la hermosura flamenca me ofrece sus carnes blanquísimas.

Las miradas de Pablo vagaban indiferentes de un cuadro a otro.

—¡Ya costará todo esto!... —exclamó.

—Muchísimo —repuso Antúnez—; cada lienzo representa un bonito capital.

Ellos caminaban delante; Claudio hablando, desahogando su entusiasmo; Estrada silencioso, sin acertar a sostener la conversación; ella les seguía, saboreando una multitud de sabrosas impresiones.

La rápida inspección de aquellas obras maestras la subyugaba, bañándola en una atmósfera artística que mitigaba los prosaísmos de su insoportable existencia de mujer mal casada.

Todo la conmovía: los retratos de Velázquez y de Tintoretto, cuyos ojos parecen perseguir al visitante, al contrario de lo que sucede con las figuras de los pintores místicos; los ascetas de Ribera, más enjutos que los de Tiziano, con la mirada fija en el cielo mientras los aparatos del tormento desgarran sus músculos y descoyuntan sus huesos; las cabezas prodigiosas de Ribalta, los atletas de Zurbarán, los santos de Juan de Juanes, las mujeres de Murillo y Rubens, tan diferentes en sus actitudes y expresión, y tan hermosas sin embargo, la infundían un respeto supersticioso hacia aquellas generaciones muertas. Todos los semblantes que contemplaba fueron y vivieron como ella, sufriendo unas veces, gozando otras, amando y creyendo y cantando; jirones de la gran caravana humana, pasaron por el mundo legando una sombra de su personalidad, un rostro fijado en un lienzo que el hidrógeno sulfurado del aire iba ennegreciendo poco a poco.

¿Dónde fueron aquellos hombres demacrados o vigorosos que sirvieron de modelos a Ribera y a Zurbarán?... ¿Dónde las mujeres de Tiziano y de Murillo, y la lujuriente querida de Rubens?... ¿Dónde las jóvenes que inspiraron a Ribalta y a Pantoja sus incomparables cabezas; y a Velázquez sus retratos y a Juan de Juanes sus ascetas y a Teniers sus aldeanos y a Goya sus manolas y sus chisperos?... De todos ellos sólo quedan vestigios: una actitud, una sonrisa, deslizándose en un trozo de tela; y recorriendo los vastos salones del Museo, experimentaba la emoción que la producían los cementerios, donde no se oye a nadie, pero se siente a mucha gente.

Allí estaba el *Prometeo*, de Ribera, encadenado en la cima del Cáucaso, luchando por romper las cadenas que oprimían sus muñecas y sus vigorosas piernas de titán; con el semblante desfigurado por el dolor, la boca entreabierta, los ojos saltones inyectados en sangre, los músculos fron-

tales violentamente contraídos. La trágica grandeza del cuerpo se apreciaba mejor desde lejos, surgiendo del fondo negro del cuadro como una visión de calenturiento; recordaba la fábula, parecía que el buitre que le desgarraba las entrañas aleteaba allá dentro, oculto en las tinieblas impenetrables y silenciosas.

—Ribera me fascina con su genio —dijo Claudio—, pero me aburre pronto; siempre es el mismo: el artista del sufrimiento, el trágico de la pintura, el escritor de novela por entregas, que vive de la emoción pública y la aumenta poniendo al fin de cada capítulo un sugestivo *continuará*; los días que dediqué al minucioso examen de sus obras, he vuelto a mi casa triste, como si hubiese visitado un hospital o una sala de disección. Los artistas españoles han dejado el cielo sin santos. Aquí tenemos *La última cena del Señor* y las desventuras de *San Esteban*, originales de Juan de Juanes; no me gustan; en ellos todo está muy recortado; las casas, los árboles, las figuras, tienen contornos duros; parecen cromos baratos. Este retrato es de Sánchez Coello y aquel, que representa un viejo con ropa de cuello alto y lechuguilla, lo firma Tristán, un pintor del siglo XVII de mucho mérito... El retrato de Murillo, pintado por Alonso de Tobar, y *La Magdalena*, de Tejeo... Pero como es imposible verlo todo en un día, vamos en busca de Velázquez, y luego echaremos un vistazo a las escuelas italiana y flamenca. Vengan ustedes por aquí.

Se adelantó, indicando el camino, y Estrada aprovechó aquella coyuntura para acercarse a Matilde.

—¿Nos iremos pronto? —dijo.

Claudio volvía y la conversación no continuó.

—Estamos delante del milagroso cuadro *Los borrachos* —dijo, dirigiéndose a Estrada, que se había sentado en un diván. [...]

ZAMACOIS (*Punto*, 158-161)

Daniel Carmona esperaba obtener con su cuadro *El triunfo de la vida* una gran victoria; en él había puesto toda la fuerza de sus nervios, toda la habilidad de su mano experta, toda la agudeza de su intención; la

composición era sobria, el colorido rembranesco, vigoroso y exacto, con atrevidos contrastes de sombra y de luz; porque ésta era, cabalmente, la orientación, filosofía o espíritu del lienzo: la lucha entre la vida y la muerte, de la desilusión y de la esperanza, de la alegre juventud que llega llamando a la vejez desencantada que se despide. En primer término, apoltronado contra el sólido respaldo de un recio sillón conventual, el fraile meditaba, apoyando su barbilla dantesca sobre una mano delgada y exangüe; del fondo oscuro de la celda surgía el perfil de su cabeza, con su semblante riberesco, largo y pálido, su nariz corva, sus pómulos angulosos, sus ojos, grandes y negros, endurecidos por la castidad, meditando bajo un cráneo terco de fanático; como respondiendo al íntimo trajín de la fiera pelea librada entre la carne y la fe, el religioso mostraba uno de sus pies descalzos violentamente contraído. Ante él, sentada sobre la Biblia donde el fraile leía, una joven desnuda sonreía ofreciendo al levita un niño dormido sobre un ramo de mieses y flores. Era una figurita boticellesca, cándida y riente; los cabellos, bajo la luz indecisa que atravesaban los sucios cristales del ventanuco, tenía la tonalidad cálida del oro viejo; la frente pequeña, instintiva, refractaria de la reflexión; las cejas tranquilas; los ojos pardos, inquietos; ojos preguntones de niña curiosa que nada sabe; los labios acarminados y gruesos, y el desarrollo de las caderas y de los senos sabiamente apuntados, como nuncios o promesas de gran belleza y de vigorosa maternidad. Candor angelical purificaba las redondeces insinuantes de aquel capullo de mujer; ella desconocía aún el misterio de los nidos, y lo que dicen las golondrinas arrullándose bajo el alero de los tejados, y la dulce laxitud que acomete a la juventud en el campo, bajo el sol, sobre los herbazales que germinan; ella veía en los niños un juguete; en las flores un capricho de la Naturaleza que, de no servir para adornar el pecho y los cabellos de las mujeres, sería perfectamente inútil; y la ingenuidad de aquella virgen, que hacía de su ignorancia su gran ciencia y sonreía al misterio como quien todo lo sabe y conoce, contrastaba gallardamente con la figura del fraile, ignorante también, aunque envejecido por el estudio de ciencias abstrusas, tristemente ridículas, que nada enseñan. Entre ambas figuras parecía deslizarse un diálogo extraño.

ZAMACOIS (*Duelo*, 158-159)

*Una exposición**12 de mayo de 1899.*

Se recorre todo el paseo de Recoletos; se deja atrás la columna de Cristóbal Colón, se llega hasta el monumento de Isabel la Católica, osadamente llamado por los burlones «la huida a Egipto»; sobre una eminencia del terreno se destaca el palacio de la Exposición, la cúpula gris en el azul fondo del cielo. Al palacio fue la reina a inaugurar la fiesta artística, y su vestido primaveral, tenue, pintado de flores delicadas, lucía como emergido de una luz de acuarela. Hubo pompa social y música e himno alusivo, mucho alto mundo y rica suma de belleza. El *vernissage* se había verificado hacía pocos días, y fue poco menos que un desastre. Cuatro gatos y los pintores. Se diría un *vernissage* en nuestro Salón del Ateneo. No podemos negar que somos de una misma familia. ¡Cuán lejos de la cita que se dan en París, en igual caso, la elegancia florecida de la estación, la moda inteligente, la distinción mundana! Estos señores duques y estos señores condes, si por acaso se hallan en la gran ciudad, no faltan al *rendez-vous*. Aquí no. Entre una exposición y una corrida, la corrida. Los pintores no hallan qué hacer, y desde luego, con singulares casos en contrario, arte no hacen. Los ricos no protegen como antaño a los artistas; y el Gobierno hace poquísimas cosas. ¡Y decir que lo único que les queda a los españoles es esta mina de luz, el decoro orgulloso de su pintura, la noble tradición de su escuela, su tesoro de color! A un paso está París. Se imitan los usos elegantes, las comedias, las novelas, hasta el café-concert, pero no las nobles costumbres que enaltecen y honran al talento y al arte. Escasos, muy escasos, son aquí los artistas que tengan de qué vivir; los ricos son señalados. Por lo tanto, la lucha por la peseta está ante todo. Es inútil pretender encontrar el enamorado de un ideal de belleza, el consagrado a su pasión intelectual. Se pinta como se escribe, como se esculpe, con la puntería puesta al cocido patrio, buscando la manera de *réussir*, de caer en gracia al público que paga. Se asombran de que en la actual exposición abunden los cuadros tristes, enfermedades, hambres, harapos, mendigos. Los pintores de antaño, aún pintores de príncipes, señalan ya la marcada afición por los lisiados, zarrapastrosos, piojosos, feos pobres; únase a esto el modelo constante, el hormigueo de limosneros que anda por las calles, el tipo del eterno cesante siempre en ayunas, que aparece en el teatro, en la caricatura y en los corri-

llos de vagos de la Puerta del Sol, y el resultado son estas exhibiciones de miseria, esta representación de escenas de la vida baja y famélica. Fuera de contadas telas de este Salón, en que profesores favorecidos instalan el estiramiento y el énfasis del retrato nobiliario, el aire y el uniforme de algunos excelentísimos señores, el interior elegante, lo que abunda es la anécdota de la existencia penosa de la gente inferior, el hogar apurado de la clase media, o la chulapería andante, o el medio obrero. Los pintores, aquí, en su mayor parte, como los escritores, no pueden emprender sin error asuntos de la vida aristocrática, porque no la frecuentan; y los ricos, los nobles, no querrán adornar sus palacios con cuadros sin nobleza ni distinción; repetirán siempre el *ôtez-moi ces magots!* del rey francés. El gusto de la generalidad, por otra parte, no se demuestra, y un escritor nacional llega a afirmar que este público es «el más indocto de Europa en materia de Bellas Artes», no sin falta de fundamento.

Difícil sería contemplar algo del espíritu de España a través de las obras de este certamen. ¿En dónde está la España católica? Tal o cual rincón de iglesia, una que otra imagen de encargo, manera jesuita; el único que evoca el espíritu de los antiguos místicos es Rusiñol, con uno de sus cuadros. ¿Y la España patriótica? En Grecia, después de los triunfos, surgen aladas o ápteras de la piedra las maravillosas victorias, y tras el desastre se alza la Nike funeraria, que simboliza el sentimiento popular. De igual manera se fundía el bronce romano. Tras las guerras de Flandes se desborda la alegría en las telas risueñas de los geniales pintores de kermeses, y cuando acaba de pasar la *débâcle* francesa, los cuadros se encienden en odio al prusiano; se reconstruyen escenas heroicas, se rememoran actos sublimes, se pinta el sueño de la victoria, o el soldado que quema «el último cartucho». Entre todos los cuadros de esta exposición, fuera de una escena de hospital militar y ciertas sentimentales consecuencias de la campaña, no parece que se supiese la historia reciente de la humillación y del descuartizamiento de la Patria. Esto tiene más clara explicación. La guerra fue obra del Gobierno. El pueblo no quería la guerra, pues no consideraba las colonias sino como tierras de engorde para los protegidos del presupuesto. La pérdida de ellas no tuvo honda repercusión en el sentimiento nacional. Y en el campo, en el pueblo, entre las familias de labradores y obreros, aún podía considerarse tal pérdida como una dicha: ¡así se acabarían las quintas para Cuba, así se suprimiría el tributo de carne peninsular que había

que pagar forzosamente al vómito negro! El cuadro de historia casi no está representado; el retrato no abunda; en cambio, el paisaje y la marina se multiplican por todos lados. No es esto malo, pues se advierte que al ir hacia la naturaleza, hacia la luz, se mantiene la tradición. En conjunto, la exposición es mala. El viajero que al llegar a Madrid y sin haber visitado el museo de Arte Moderno, quisiese darse cuenta de la pintura española contemporánea por lo que ahora se exhibe, saldría con una triste idea de la actual España artística. Recorriamos, con Carlos Zuberbühler, las salas llenas de cuadros, y no podíamos dejar de notar cómo en la más que modesta tentativa del Salón de Buenos Aires no se admitirían los estupendos asesinatos de dibujo, las obscenidades de color, los ostentosos mamarrachos que aquí un jurado complaciente deja pasar y aun coloca en la *cimaise*. La cantidad es larga, lo poco de buena calidad se pierde entre el profuso amontonamiento de lo mediocre y de lo pésimo. Las firmas principales no han concurrido todas, y las que han venido al concurso lo han hecho con producciones ya expuestas y juzgadas, o con medianos esfuerzos. De seguro la razón de la esquivéz está en el 1900 de París. Después de todo, quizá tengan razón; porque el estímulo de la propia tierra, como veis, es nulo; y el halago de París, atrayente, mágica flor de gloria segura.

DARÍO (*España*, 137-139)

Certámenes y exposiciones
7 de abril de 1900.

En estos días cuatro exposiciones: la del Salón Amará, la de carteles de *El Liberal*, la del concurso de *Blanco y Negro* y la de fotografías de *La Ilustración Española y Americana*. Antes de que la Casa Amará inaugurase su salón, la capital de España no contaba con un local en que se expusiesen, con fines comerciales, las obras de los buenos artistas. En uno que otro punto solía verse, en promiscuidad inaudita, la obra de firmas notables y la amontonada bazofia oleosa que riega en incontenido flujo un ejército de cocineros del caballete. Barcelona tenía su Salón Parés, en

donde suele encontrarse bastante bueno. Madrid ofrece ya al comprador un centro aceptable; los señores Amaré han querido hacer algo como Le Barc Bouteville o Durand-Ruel, y por ello deben estarles agradecidos los artistas peninsulares. He visitado la casa. Antes del salón en que se exhiben los cuadros, he visto la sección de muebles. No he encontrado nada de particular. Inglaterra, Alemania, Francia, han tenido en estos últimos años un gran desarrollo en sus artes aplicadas a la industria. Holgaría aquí toda comparación con esos países. Pero, aun Italia cuenta con artistas que en la fabricación del mueble sostienen un carácter propio, exteriorizan una inventiva individual dentro de la tradición nacional: quiero nombrar, por ejemplo, a Bugatti y a Eugenio Quarti. En la Casa Amaré no hay una sola nota nueva a este respecto. Todo es *bonito*; y es decir esto, que el público queda encantado. Todo bien elaborado; mas inútil buscar nada de creación. Vi en los diarios que cierto inglés había comprado en una regular cantidad un juego de dormitorio, para llevarlo a Londres. Me mostraron el célebre juego —¡más o menos *modern style!*—. Y pensé: el caso es muy inglés: ¡Este sí que importa naranjas al Paraguay!

La sala es pequeña, suficiente para el mercado; tiene muy buena luz y está elegantemente puesta. Hase inaugurado con excelentes firmas. Al entrar, halaga la vista un cuadro de Cecilio Pla, *La araña*: una mujer, por cierto encantadora de coquetería, sentada, y en actitud de atraer la mosca masculina; la figura es preciosa y de mucha gracia de factura; podría achacársele el ser muy «efecto de salón», muy «cubierta de *Figaro ilustré*»; ¿pero qué le puede importar eso al señor Pla, cuya principal admiradora es en la Corte la infanta doña Isabel?...

El señor Alcalá Galiano, creo que pariente de don Juan Valera, e ilustrador de una reciente edición de *Juanita la Larga*, expone una pequeña tela, castigo de las pupilas, de una violencia de tintes que no superarían todos los cromos del poeta andaluz Salvador Rueda. Son unos gitanos en viaje, bajo el más fuerte de los soles; quizá sea el cuadro espejo de la realidad; mas suponiendo que los gitanos se vistiesen con el alma de las cochinitas, el jugo de las esmeraldas y el espíritu esencial de los ocres, no llegarían jamás, me parece, a la realización de esta escena bañada de una luz indecorosa y embijada de colores insultantes.

Cuatro Benlliures exponen: don Blas, don José, don Juan Antonio y don Mariano. Me parecen todos de condiciones plausibles, pero me deten-

go en un cuadro de don Blas. Reproduce un interior de iglesia, el de la basílica de San Francisco de Asís. El pintor ha logrado, ante todo, imponer la serenidad mística del recinto; ha tratado los planos de admirable manera, y ha obtenido la sensación del ambiente. Se revela al propio tiempo que entendido detallista, hábil imaginador de sus tubos, en su justo y discreto colorido, y esto es ya bastante en un medio artístico en que el virtuosismo impera en toda su potencia. Digno de nota es también el trabajo de don José, *Pobres de San Francisco*. Este mismo artista se distinguió en la última exposición de Bellas Artes de Venecia, con su cuadro *San Francesco al convento di S. Chiara*.

Se ve que los Benlliure hallan en el autor de las *Fioretti* temas e inspiraciones.

¡Que él les favorezca con la constancia y la revelación continua del maravilloso *frate Sole!*

Don Aureliano de Beruete, el autor del notable libro sobre Velázquez, que se publicó en francés con prólogo de Bonnat, y cuya edición española es probable que no se vea nunca, tiene en esta exposición una tela interesante, una impresión sentida y bien trasladada, en las orillas del Tajo. El señor Beruete es un paisajista de mérito y no es la menor de sus cualidades una sobriedad muy rara entre sus colegas.

Mariano Fortuny... ¿no os despierta este nombre el recuerdo de una fiesta de color, de una página de Gautier? El artista que hoy lleva ese nombre es el hijo del glorioso, del de *La Vicaría*. La gloria asimismo será para él. Y de mí diré que le consagro toda mi simpatía, pues sé que en él alienta un noble espíritu de arte, a quien Angelo Conti, en armoniosa amistad, dedicara uno de los más puros libros de belleza que se hayan publicado en este siglo, *per la ricchezza del tuo ingegno e per la bontá del tuo volere*. La educación artística de este autor es casi toda italiana, a punto de que respecto a él diga un crítico del valer de Vittorio Pica: *Mariano Fortuny figlio, che io non mi so rassegnare a non considerare como un pitore italiano...* En el Salón Amaré hay un estudio suyo, dedicado por cierto a su tío Raimundo de Madrazo. Es una figura de mujer, de factura delicada, cuyas cualidades de dibujo están realzadas por la vida interior, por el alma que se transparenta a través de las líneas y toques de color.

Es la distinción el mejor de los dones de este artista; la distinción, rara virtud, que hizo brillar en un bello retrato expuesto en el certamen

veneciano, el cual retrato alababa el crítico que he citado por su técnica sabia, «por su elegancia exquisita y fascinadora, que hace pensar en las estampas inglesas coloreadas, del siglo pasado».

Un saludo respetuoso y admiración a la obra del maestro Carlos de Haes. En la última Exposición de Bellas Artes, o Salón de Madrid, hubo una sala dedicada al pobre y gran pintor belga español, que en sus últimos años fue presa de la locura. Haes, el maestro de una generación de pintores, quien enseñó la ciencia del paisaje y dio la clave del sentimiento de la naturaleza, intérprete de admirables marinas y de vivientes campañas, lejos de las rudas manifestaciones de las paletas apopléticas [...]

(Ibidem, 305-307)

VI

POLÍTICA. GUERRA.
OPINIÓN PÚBLICA



Palacio Real. L. F. Guirao. Col. M.^a Manzanera.

29.— *La política*

El Rey

25 de abril.

Hace algunas tardes, por un punto de la Casa de Campo en que suele turbar el silencio del bosque reverdecido de tropel de jacas, un jinete, el rodar de un *cupé*, he visto pasar al rey Don Alfonso con su madre y sus hermanitas. Iba el carruaje despacio, y así pude observar bien el aspecto de Su Majestad infantil. No está tan crecido como los retratos nos lo hacen ver; pero muestra lo que se dice *unne bonne mine*. Tiene la cara, ya señaladamente fijos los rasgos salientes, de un Austria; es la de Felipe IV niño. Es vivaz y sus movimientos son los de quien se fortifica por la gimnasia. Los ojos son hermosos y elocuentes, la frente maciza sería un buen cofre para ideas grandes; el cuerpo no es robusto, pero tampoco es canijo. La leyenda de un reyecito enclenque y cabezudo, de un niño raquítrico, se ha concluido. El muchacho real ha pasado los peligrosos años de su niñez y entra en la pubertad con buen pie. No es esto decir que las leyes de herencia no puedan, cuando menos se piense, aparecer con sus imposiciones. La misteriosa aya pálida, su dama blanca, puede presentarse cerca de él, en un instante inesperado; pero por hoy, Don Alfonso es príncipe que sonrío, que monta a caballo, que hace sus estudios militares, y, si de esta manera continúa, hay Borbón para largo tiempo.

Es cierto que sus años primeros han sido penosos y enfermizos, y que razón hubo en llegar a creer que podría hacerse trizas el frágil vaso al menor choque. Pero los cuidados de doña Cristina han sido excepcionales; a madre como esta reina, es difícil superarla. No se ha dado punto de reposo previéndolo todo, dedicándose antes que a cualquier otro grave asunto a la salud de su hijo, preparando, mullendo el nido para su aguilucho, no teniendo su mayor confianza sino en sí misma, y después de velar por la vida física, trazar un plan de educación, un método de cultura moral. Este ya es otro capítulo y habrá que ver si el acierto ha guiado la obra.

Desde luego, el rey Don Alfonso XIII ha tenido y tiene ayos honorables, de la más pura nobleza, hombres de excelencia incomparable para guiar por buena senda los despiertos instintos de su príncipe; pero en nuestra época se exige algo más que eso; formar el alma, el carácter del rey,

enseñarle a dominar sus pasiones, darle lecciones de moralidad y de religión, es ya mucho; pero habría que ayudar a formarse al mismo tiempo al rey y al hombre; hacerle comprender el espíritu de su tiempo, alargar sus vistas en el horizonte moderno; hacer salvar los muros de la tradición, prepararle para las exigencias de su época. Él aparece en un tiempo en que si los Maquiavelos son imposibles, los Lorenzos de Médicis son inencontrables.

El profesor de Oviedo don Adolfo Posada se ha planteado en *La España moderna* el problema de la educación del rey; la dificultad de la educación de un rey constitucional. Indudable: los monarcas absolutos no tienen delante de sí más que la demostración de su poderío; el príncipe, desde que tiene uso de razón, sabe su superioridad, su grandeza; la actitud de sus súbditos respecto a él, la costumbre del mando, la obediencia de los que le rodean, definen desde un principio el sistema educativo que hay que seguir. De Burrho a Bossuet no hay gran diferencia. Mas la educación de un monarca constitucional implica varias anomalías. Los reyes de hoy, los reyes con Cámaras y ministerios responsables, los reyes que reinan y no gobiernan, puede decirse que son simples personajes decorativos. Los antiguos esplendores, la misma parte estética de la representación real, adquiere hoy, en medio de su brillo cierto por el valor histórico, por sus viejos símbolos, un vago prestigio de ópera cómica; y apena el confesar que las funciones más respetables por la vieja resurrección de soberbias costumbres palatinas y las pompas de los magníficos ceremoniales, evocan, a nuestro pesar, la necesidad de una partitura. La imaginación del príncipe niño se impresiona desde el comienzo de su despertamiento a la existencia que le rodea, con las manifestaciones de una vida falsa o equívoca. No será sino con harta dificultad que de la noción de soberanía que ha penetrado primero en su cerebro, pase a la noción de una existencia democrática. «Los niños, esos pequeños salvajes —dice el señor Posada—, no conciben sino reyes completos». En palacio, la manera de ser para con él de las personas que le rodean afianza por una parte en el príncipe la posesión de su papel de *rey completo*; no será sino con mucha dificultad que se le inculcará luego el legítimo valor de esas demostraciones, la significación de su rango de simple porta-corona. Don Alfonso, por ejemplo, sabe ya que es el jefe absoluto, pues los viejos generales inclinan ante él sus barbas blancas; sabe que tiene el toisón de oro sobre su uniforme de cadete —pasajero uniforme que

será mañana sustituido por el de generalísimo—; sabe que es el rey. Conozco una bonita anécdota. Un día, por alguna pequeña falta no sé si en sus lecciones o en otra cosa, fue castigado con encierro. El niño se debatía entre los ayos que le llevaban a su prisión, pero la orden se cumplió. Entonces, ya encerrado, Don Alfonso daba grandes voces, deliciosamente furioso. Se le decía que no gritase, y él contestaba: «¡He de gritar más fuerte! ¡Que me oigan los españoles! ¡Que sepan que tienen preso a su rey! ¡Que vengan a sacarme los españoles!»

Sabe, pues, que es el jefe de los españoles; y la idea de su soberanía no puede estar mejor arraigada. Pero sé otra anécdota. Otro día, de paseo, se detuvo Don Alfonso delante de un naranjero. Hay que advertir que adora las naranjas y que a esta edad, entre el globo de Carlos V y una naranja, se queda con ésta. Pues he aquí que se detiene delante del naranjero y le dice: «Dame unas naranjas; pero yo no tengo con qué pagártelas. ¡Imagínate, yo, el rey de España, no tengo en el bolsillo ni una perrilla!» Confesaba el pobre su pobreza con la más encantadora desolación. Ignoro si el naranjero le dio las frutas y si los ayos le permitieron comérselas; pero ello revela que Don Alfonso sabe ya que los reyes de hoy no se comen todas las naranjas que quieren y que suelen andar sin un cuarto.

Se dice que los primeros años del rey han sido de cuidadoso aislamiento, que no se le ha puesto en contacto con otros niños de su edad, contacto tan necesario; que se le ha recluido, sin otra compañía para sus juegos que la de sus hermanas. Podría creerse por ello en una infancia entristecida, bajo la mirada de una madre que ha sido abadesa de un convento. Eso no es cierto. El rey ha tenido sus compañeros, naturalmente, escogidos entre la alta nobleza. El más íntimo ha sido el jovencito hijo del conde de la Corzana, por un lado Morny y por otro Sexto... Es claro que la reina vigila sus amistades y compañías. Otro niño íntimo del rey es el hijo del conde de Casa-Valencia. El cual hace algunos años tuvo el siguiente diálogo con su amiguito coronado: «Aquí no hay buenas carreras de caballos. Yo las voy a ver ahora muy buenas; y ustedes no». «¿Cómo es eso?» «Me voy a Londres. Tío Antonio (Cánovas del Castillo) ha nombrado a papá embajador». «¿Y cómo no lo he sabido yo, el rey?», dijo la minúscula majestad en toda la posesión de su papel.

En general los reyes son educados militarmente. En España no se lleva tan a la alemana el método, pero Don Alfonso conoce bien el manejo

de las armas, será buen jinete como su padre; y aunque no haga el caporal a la continua como uno de esos ferrados Hohenzollern, tiene amor a la carrera y se decía en estos días que pronto haría vida de guarnición en la Academia de Toledo. Esto es de dudarse mucho, por la madre. Sé que en lo íntimo de la familia, la educación del rey es lo más burguesamente posible. La reina es en el hogar como cualquier respetable señora que se preocupa de los menores detalles de su *home*; sencilla y poco ostentosa hasta llegar a murmurar los descontentadizos cortesanos, de su avaricia. «¿Qué quiere usted que hagamos –me decía un caballero– con una señora que le cobra su pupilaje a las infantas en Palacio y que manda poner medias suelas a los zapatos de sus hijas?» Descartando las exageraciones, no creo que el pueblo prefiriese una reina derrochadora delante de la miseria que abrumba a las clases bajas, a una reina económica que hace lo que puede por socorrer los infortunios de los menesterosos; que es aclamada a la puerta de los asilos que visita y sostiene. Don Alfonso XIII no podrá quejarse de no haber tenido en la entrada de la vida una ejemplar madre, una buena *mamá*, que ha sido para él una encarnación de la Providencia.

Hubo un tiempo en que el rey estuvo casi invisible. Su salud era apagadiza, su aspecto no ayudaba a alentar a los partidarios de su dinastía. Se decía que era lo más probable su muerte.

DARÍO (*España*, 128-131)

Comenzó a pasar la comitiva por entre las filas de soldados y los cuchillos del mauser, que refulgían al sol; aparecieron los palafreneros a caballo, abriendo la marcha, con sus trajes vistosos, de casaca, media blanca y sombrero de tres candiles; luego, siguieron varios coches, de concha y de laca pintados y dorados, con sus postillones a la grupa y sus lacayos tiesos, empelucados, llenos de galones, y los caballos hermosos, de movimientos petulantes, con penachos blancos y amarillos. Después de estos coches de respeto, pasaron otros también dorados, ocupados por señoras ajadas, adornadas con diademas, con el traje cubierto por montones de perlas, acompañadas por hombres de aire insignificante, enfundados en uniformes vistosos, con el pecho lleno de cruces y de placas...

—¿Quiénes son? —preguntó Manuel.

—Serán diputados o senadores.

—No —repuso otro—; éstos son mayordomos de Palacio. Criados elegantes.

Dos viejas gordas, sudorosas, vociferando, peleándose con la gente, llegaron hasta ponerse en primera fila.

—Ahora veremos bien —dijo una de ellas.

—¿Ve usted esas que pasan por ahí? —dijo un aprendiz con sorna, señalando a las damas con el dedo. Pues esas son las que hacen subir los garbanzos.

—Y que el pueblo no pueda vivir —añadió un hombre de malas trazas.

—¡Qué feas son! —murmuró una de las viejas gordas a su compañera.

—No, que serán guapas —replicó el aprendiz. Con esa señora se podría poner una carnicería —añadió, señalando con el dedo una anciana y melancólica ballena que iba en un coche suspendido por muelles.

—Y *tó* lo llevan al aire —siguió diciendo la vieja a su compañera, sin hacer caso de las observaciones del muchacho.

—*Pa* que no las entre la polilla —replicó el aprendiz.

—Y *tien* las tetas *arrugás*.

—No, que las tendrán duras.

—¿Y esas señoras son las ricas? —preguntó la lugareña a Manuel, muy preocupado.

—Sí.

—Parece que tienen cara de no haberse desayunado nunca. ¿Verdad, usted? —preguntó el aprendiz en serio.

—Ya vienen, ya vienen.

Se estrechó más la gente. Manuel tembló. Pasaron las infantas en sus coches, con los caballerizos a los lados; luego, los príncipes de Asturias.

—¡Ahí va Caserta! —se oyó decir.

Luego del coche de los príncipes vino otro vacío, después unos cuantos soldados de la Escolta Real y el rey, la reina y una infanta.

El rey saludaba militarmente, hundido en el coche, con el aire fatigado e inexpresivo.

La regente, rígida, miraba a la multitud con indiferencia, y sólo en los ojos de la infanta, de tez morena, había un relámpago de vida y alegría.

—Qué delgado está.

—Parece enfermo —se oía decir a un lado y a otro.

Pasó todo el cortejo; la masa de gente se hizo más permeable. Manuel pudo acercarse a la esquina de la calle Mayor, y en ella se encontró con el señor Canuto. Por el brillo de las mejillas le pareció que debía estar borracho.

—¿Qué hay? —le dijo Manuel. ¿De dónde viene usted?

—De Barcelona.

—¿Ha visto usted a Juan?

—Ahí está, en la calle Mayor.

—¿No ha pasado nada?

—¿Te parece poco? Se ha acabado el reinado de María Cristina —dijo el señor Canuto en voz alta. Esta buena señora tendrá muchas virtudes; pero lo que es suerte, no nos ha dado muy buena a los españoles. ¡Vaya un reinado! Miles de hombres muertos en Cuba, miles de hombres muertos en Filipinas, hombres atormentados en Montjuich, inocentes como Rizal fusilados, el pueblo muriéndose de hambre. Por todas partes sangre... miseria... ¡Vaya un reinado!...

Manuel abandonó al señor Canuto en su peroración y se dirigió a la esquina de la calle Mayor.

Juan estaba pálido y sin fuerzas, formando un grupo con Prats, Caruty y el *Madrileño*.

Estos dos últimos, borrachos, gritaban y escandalizaban.

—Vamos, tú —le dijo Manuel a Juan. Esto se ha terminado.

Volvieron todos por la Puerta del Sol y se encontraron con el *Libertario* y con el señor Canuto.

—¿No decía yo que no pasaría nada? —dijo el *Libertario* sarcásticamente. Yo no sé qué ilusiones os habíais hecho vosotros. Nada. Los terribles revolucionarios que iban a pedir cuenta al gobierno de los miles de hombres sacrificados en Cuba y Filipinas para sostener la monarquía, modelos de corrección y de sensatez, se han marchado de Madrid a derrochar su oratoria fanfarrona por los rincones de provincias. Nada. Esto es la sociedad española, este desfile de cosas muertas ante la indiferencia de un pueblo de eunucos.

El *Libertario* tenía una exaltación fría.

—Aquí no hay nada —siguió diciendo burlonamente—; esto es una raza podrida; esto no es un pueblo; aquí no hay vicios ni virtudes, ni pasio-



Jura de Alfonso XII. 1902. L. F. Guirao. Col. M.^a Manzanera.

nes; aquí todo es m... –y repitió la palabra dos o tres veces. Política, religión, arte, anarquismo, m... Puede ese niño abatido y triste recorrer la ciudad. Lo puede hacer y puede andar, si quiere, a latigazos con esta morralla. Ese rebaño de imbéciles no se incomodará.

–¡Tienes razón! –exclamó el señor Canuto.

En esto cruzó la Puerta del Sol, entre la gente, un batallón. Sonaban estrepitosamente los tambores, brillaban las bayonetas y los sables. Al llegar frente a la calle del Arenal la banda comenzó a tocar un paso doble.

Se pararon.

–Aquí está la *mili*, como siempre, haciendo la pascua –dijo el señor Canuto.

Al pasar la bandera los soldados se cuadraban; el teniente decía: ¡Firmes!, y saludaba con el sable.

–El trapo glorioso –exclamó alto el señor Canuto–; el símbolo del despotismo y de la tiranía.

Un teniente oyó la observación y se quedó mirando al viejo amenazadoramente.

Caruty y el *Madrileño* intentaron cruzar por en medio de los soldados.

–No se puede pasar –dijo un sargento.

–Estos *sorchis*, porque visten con galones –dijo el *Madrileño*–, ya se figuran que son superiores a nosotros.

Pasó una bandera y dio la coincidencia de que se parara delante de ellos.

El teniente se acercó al señor Canuto.

–Quítese usted el sombrero –le dijo.

–¿Yo?

–Sí.

–No me da la gana.

El teniente levantó el sable.

–¡Eh, guardias! –gritó–. ¡Prendedle!

Un hombre bajito, de la policía secreta, se echó sobre el señor Canuto.

–¡Muera el ejército! ¡Viva la Revolución social! ¡Viva la Anarquía! –gritó el viejo, temblando de emoción y levantando el brazo en el aire.

Luego ya no se le vio; desapareció entre la multitud; unos polizontes se arrojaron sobre él; los guardias civiles metieron sus caballos entre la gente... Juan intentó ir en socorro del viejo; pero le faltaron las fuerzas, y se hubiera caído si no le hubiera agarrado Manuel. Éste fue sosteniéndole hasta sacarle de en medio del gentío. Pasaron entre los caballos y los coches amontonados en la Puerta del Sol. Juan iba poniéndose muy pálido.

—Ten fuerza un momento, ya vamos a salir —le decía Manuel.

Llegaron a la acera y tomaron un coche. Cuando pararon delante de su casa, en la calle de Magallanes, Juan estaba desmayado y tenía las ropas llenas de sangre.

BAROJA (*Aurora*, 316-321)

La aristocracia activa

Yo creo que nunca se ha pensado tanto como ahora en la aristocracia de sangre; que nunca han interesado tanto al público las salonerías y heraldiquerías, y que (no se ría nadie de la comparación, y menos que nadie la simpática persona que me ha puesto involuntariamente en el caso de elegir este tema) la afición a las cosas nobiliarias se ha difundido, como se ha difundido la de las antiguallas más o menos auténticas, que gustan hasta a quien no entiende de ellas una patata, porque *visten mucho y hacen bien*. La vanidad es cual la rosa: brilla en todos los jardines y apenas hay latitud donde no se pueda criar. El orgullo es como el *edelweiss*: quiere altas latitudes. Coger el *edelweiss* entraña peligro: ventisqueros ásperos, nieves eternas... Y vencidos los obstáculos, una flor extraña, vellosa, sin colores ni perfumes, que la multitud no admira. El orgullo no aspira a producirse en sociedad: el orgulloso, el verdaderamente altivo, complácese en sus riscos solitarios, repitiendo

Vivir quiero conmigo...

Y antes de continuar, me apresuro a decir: primero, que en la cuestión aristocrática no todo es vanidad de vanidades, a menos que extenda-

mos este concepto salomónico a un sin fin de fines humanos, reconociendo, con los místicos, que sólo una cosa es verdad; segundo, que en el libro de Fernández de Bethencourt *Para cuatro amigos*, y en los restantes trabajos de este erudito escritor, el estudio de la genealogía se funda, según es debido, en la historia, y la historia constituye el interés serio y verdadero enlazado a los fastos del pasado, al porvenir de la nobleza de sangre. Ahí está su problema: el ser cosa *histórica*, hecha, enlazada estrechamente a instituciones hoy puestas en tela de juicio por la evolución social. Por eso (en el fondo), es la aristocracia, a pesar de su actitud asaz pasiva en política, tan rudamente combatida y tan zarandeada en dramas y novelas. Lo observaba yo no ha mucho en el prólogo a *Cuestión de ambiente*, de Antonio Hoyos; he vuelto a observarlo ahora mismo (sin hablar de *Mariucha*) en la muy notable novela de Retana *La tristeza errante*. Este novelista, por más señas, no ha quedado satisfecho con sus picantes instantáneas de gente gorda y *bien* en el balneario de Panticosa; le hormiguean los dedos y me escribe: «Conforme con usted: es epidémico el afán de poner en solfa a la aristocracia. La clase media es poco novelable por lo anodina; así, o se hace la novela de los próceres, o la de los golfos. Con todo, novelas buenas, de empeño, en que se pinte al vivo cuanto hay de podrido en los próceres, existen pocas: hay que hacer más, mucho más». Ya lo saben los próceres; abran el paraguas y encomiéndense al santo de su devoción.

PARDO BAZÁN (*Vida*, 162-163)

Sobre la oratoria en el Congreso.

Estilos oratorios

Para aficionados a contrastes, salir del Congreso en estos días de sesión borrascosa y pasarse un par de horas en un laboratorio como el del doctor Decref, donde se practican experimentos de radiografía y electroterapia. Alrededor del santuario de las Leyes una muchedumbre inquieta hierve y se apiña, esperando la salida de algún diputado de la minoría republicana, para seguirle y ovacionarle; óyense vocear «las nuevas alelu-

yas políticas» y corre de mano en mano un papel amarillo, exornado con monos de lo más chabacano, que pretenden tener intención y sólo tienen escatología burda; los agentes de orden público, erizados de bigote, torpes de gestos y huraños de actitud, dan vueltas y más vueltas a la manzana, preparándose a repartir leña; todos los que discurren por la vía pública quisieran estar allá dentro, donde se fragua el rayo; quisieran encontrarse envueltos en la caldeada atmósfera de las tribunas, donde sin cesar, bajo la amenaza de un *¡despejen!*, se expresa con rumores y frases a media voz y hasta polémicas la impresión que el debate va suscitando; se enzarzan reprimidas discusiones, se manifiestan simpatías y antipatías, se echa fuera el torso para comerse con la vista a un orador de cartel. No todo el mundo ha logrado la fortuna de obtener una papeleta; no todo el mundo tiene un diputado amigo, o un amigo, amigo de un diputado; y los que se quedan sin penetrar sienten la inquietud de la curiosidad y el hormiguillo de la impaciencia. La vibración de los ánimos dentro se comunica a la calle, porque en el recinto no cabe ya; cual sucede en los Altos Hornos de Bilbao, el aire se enciende en radio mucho más extenso que el horno mismo; la multitud se agolpa en torno del sitio donde suceden las cosas, como si fuesen de vidrio las paredes. Esperan que la efervescencia de la Cámara se transmita a la plazuela; que se grite al aire libre lo mismo que se gritó dentro del mal llamado hemiciclo; que al terminar la sesión venga el epílogo dramático y tal vez sangriento...

* * *

Os habéis pasado allí, en la abarrotada tribuna, la primera mitad de una de estas tardes ya de primavera, ya tan largas, que despiertan ansias de campo y de reposo; tenéis la ropa impregnada de olor a tabaco —porque se fuma a tutiplén en cada rincón del santuario, y hasta en el propio salón de sesiones, detrás de los biombos—; en la boca se os disuelve el último caramelo; en el cerebro os flotan cláusulas del último discurso; la fiera invectiva, la réplica intencionada, todavía suenan en los oídos; aún veis el gesto trivial o noble, mezquino o grandioso, elegante o grosero, del que estaba en el uso... o en el abuso de la palabra; el tilinteo de la campanilla presidencial os persigue todavía al través de los pasillos, y no estáis seguros de no oírla mientras bajáis la alfombrada escalera; al poner el pie

en la calle encontráis el tumulto, la ansiedad de las caras que parecen preguntaros qué ocurre y si arde de una vez, incendiado por la elocuencia, el gran templo de la burguesía triunfante.

(*Ibidem*, 193-195)

—¿Qué hay de política, amigo Maltrana? ¿Cuándo viene *la nuestra*? ¿Es verdad que el Gobierno está al caer?...

El llamado Maltrana hizo un gesto de indiferencia al mismo tiempo que encendía un cigarro. Era un joven de escasa estatura, pobremente vestido. Su sombrero de cinta mugrienta, echado atrás, dejaba al descubierto una frente abombada y enorme, que parecía abrumar con su peso la parte baja del rostro, de un moreno verdoso. Los ojos, de corte oblicuo, y el bigote ralo, de desmayados pelos, daban a su cara una expresión asiática; pero el brillo de las pupilas, revelador de una inteligencia despierta, dulcificaba el inquietante exotismo de su figura.

Toda su persona denunciaba la miseria de una juventud de lucha desorientada, sin encontrar el camino. Sus botas mostraban los tacones rotos y el cuero resquebrajado bajo los roídos bordes del pantalón. Un macferlán de un negro rojizo servíale de abrigo, y por entre las solapas mostraba con cierto orgullo su único lujo, el lujo de la juventud mísera, una gran corbata de colores chillones, que ocultaba la camisa, y un cuello postizo, alto, de rígida dureza, pero cuyo brillo había tomado con el uso una blancura amarillenta de mármol viejo.

—¿Qué hay de política? —dijo otra vez el empleado.

Y Maltrana terminó su gesto de indiferencia. Los cambios de Ministerio y lo que se decía en el Congreso le inspiraban escaso interés. Allá en la Redacción, donde pasaba la noche, hablaban horas enteras de tales cosas, sin que él se esforzase por retener en su memoria una sola palabra, abstraído en la lectura de periódicos y revistas. ¿Cómo podían interesar a nadie tales futilidades?... Pero con el deseo de agradar a aquel buen amigo, que le trataba con cierto respeto por escribir en los papeles públicos, hizo un esfuerzo y contestó, sin saber ciertamente lo que decía:



Congreso de los Diputados. L. F. Guirao. Col. M.^a Manzanera.

—Sí, creo que el Gobierno va a caer. Algo he oído de eso en la Redacción.

—¿Y los *hombres*? ¿Qué dicen los *hombres* de estas cosas?

Isidro Maltrana sabía que los tales *hombres* eran los redactores del periódico en el que trabajaba, los que tejían el artículo de fondo y la información política, los *pájaros gordos*, como los designaba por antonomasia el empleado, viendo en ellos a los depositarios del secreto nacional, a los únicos profetas del futuro.

—Pues los *hombres* —contestó el joven con cierta timidez, como si le repugnase mentir— creen que esto marcha bien y que muy pronto vendrá *la nuestra*.

—Lo mismo digo yo.

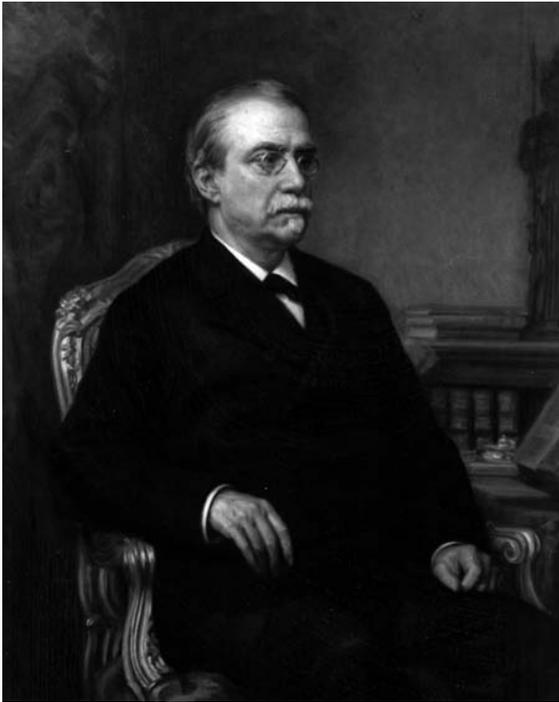
Y tras esta afirmación enérgica, que rebosaba fe, el empleado miró con cierta envidia a aquel joven de mísera facha, que podía tratarse de igual a igual con los *hombres*.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1369)

—Usted escribirá —continuó el personaje—; yo le daré las ideas, y con esto creo que su trabajo será coser y cantar, como quien dice... Usted es un joven discreto, que *se entera* de las cosas, y tendrá cuidado de no *salirse del tiesto*, mezclando en la obra ideas de esas diabólicas y modernistas que se traen los muchachos de estos tiempos. El libro irá dedicado a su majestad el rey; no necesito decirle más. Asunto de decirle que, así como es el primer soldado de la nación, el primer agricultor, el primer cazador, el primero en todo, así se trate de dirigir la política como de dirigir un automóvil, es también, para mí y para todas las gentes de bien que tenemos qué perder, el primer sociólogo. ¿No será bonita una dedicatoria en este sentido?...

(*Ibidem*, 1418)

Era el señor Ignacio de un liberalismo templado, hombre a quien entusiasmaban esas palabras de la soberanía nacional y que hablaba a



Ignacio Suárez: *Antonio Cánovas del Castillo*. Congreso de los Diputados.



Ignacio Suárez: *Práxedes Mateo Sagasta*. Congreso de los Diputados.

boca llena de la Gloriosa. En cuestiones de religión se mostraba partidario de la libertad de cultos; para él, el ideal hubiese sido que en España existiese el mismo número de curas católicos, protestantes, judíos, de todas las religiones, porque así, cada uno elegiría el dogma que le pareciera mejor. Eso sí, si él fuera del Gobierno, expulsaría a todos los frailes y monjas porque son como la sarna, que viven mejor cuanto más débil se encuentra el que la padece. A esto arguyó Leandro, el hijo mayor, diciendo que a los frailes, monjas y demás morralla lo mejor era degollarlos, como se hace con los cerdos, y que respecto a los curas, fuesen católicos, protestantes o chinos, aunque no hubiera ninguno no se perdería nada.

BAROJA (*Busca*, 67)

Una noche, el zapatero se presentó en casa de Manuel a llevarle la *Historia de la Revolución Francesa*, de Michelet. Al ver aquel tipo la Salvadora, y sobre todo la Ignacia, exigieron a Manuel que no volviera más a aparecer por casa semejante hombre. Manuel se echó a reír, y por más que dijo que el *Bolo* era una buena persona, no llegó a convencer a las dos mujeres.

El *Bolo* procedía, políticamente, de los republicanos. Al principio, según se decía, se había afiliado al partido socialista; pero después, viendo el aspecto gubernamental que iba tomando poco a poco el socialismo en España, y, sobre todo, la lucha que se entablaba entre socialistas y republicanos, se separó de los socialistas, considerándose ácrata. Como sus inclinaciones eran las de un hombre normal, no podía menos de encontrar bárbaro todo esto de las bombas y de la dinamita; pero delante de los *sociales*, de las adormideras del socialismo, defendía la utilidad y la necesidad de los atentados.

En el fondo de su odio por los socialistas, latía la idea de que ellos habían quitado toda la masa obrera al partido republicano, inutilizándolo, quizá para siempre, sólo con el calificativo del partido burgués. El *Bolo* no podía acostumbrarse a oír a los compañeros tratar sin consideración intelectual a los hombres como Salmerón, Ruiz Zorrilla, que habían sido siem-

pre sus ídolos; no podía acostumbrarse a oír tratar a estos hombres ilustres como reaccionarios sin relieve; figurones de cartón, más o menos serios, que barajaban con grandes aires de hierofante, frases conceptuosas, sin ningún valor filosófico ni práctico.

La única satisfacción del zapatero como político era ver que los libertarios tenían casi como uno de los suyos a Pi y Margall, y que el recuerdo del viejo y venerable don Francisco se conservaba en todos ellos con entusiasmo y con respeto...

Manuel tardó mucho tiempo en comenzar a leer la *Historia de la Revolución*. Al principio, le aburrió; pero luego, poco a poco, se sintió arrasado por la lectura. Primero se entusiasmó con Mirabeau; luego, con los girondinos: Vergniaud, Petion, Condorcet; después con Danton; luego llegó a creer que Robespierre era el verdadero revolucionario; después, Saint Just; pero, al último, la figura gigantesca de Danton fue la que más le apasionó. De los revolucionarios, el más repugnante le pareció Sieyes; el más simpático, Anacarsis Cloots, el ateo prusiano.

BAROJA (*Aurora*, 210-211)

En todas partes sucedía lo mismo. El dogma-anarquía, con su andamiaje de principios, marchaba a la bancarrota, y al mismo tiempo que el desprestigio del dogma, venía el de sus defensores y propagandistas. Después de los Quijotes de la anarquía, de los filósofos nihilistas, de los sabios, de los sociólogos, de los anarquistas dinamiteros, venían los anarquistas editores, Sanchos Panzas del anarquismo, que vivían del dogma y explotaban a los compañeros con periodiquitos en donde se las echaban de importantes y de grandes moralistas.

Estos buenos Sanchos largaban su sermón plagado de lugares comunes de sociología callejera; hablaban de la abulia, de la degeneración burguesa, de la amoralidad o del agiotismo; en vez de citar a Santo Tomás, citaban a Kropotkin o a Juan Grave; definían lo lícito o lo ilícito para el anarquista, tenían la exclusiva de la buena doctrina; sólo ellos despachaban en su tienda el verdadero paño anarquista: los demás eran viles falsifica-

dores vendidos al gobierno. Tenían la manía de decir que eran fuertes y sonrientes, y que vivían sin preocupaciones, cuando la mayoría de ellos eran pobres animales domésticos, que se pasaban la vida haciendo artículos, poniendo fajas a los paquetes postales de sus periódicos, y reclamando el dinero a los corresponsales morosos.

Cada pequeño mago de estos reunía un público de papanatas que le admiraba, y ante quienes ellos hacían la rosca como pavos reales, y tenían una petulancia tal, que no era raro ver que el más insignificante Pérez se encarara desde su periodiquín con Ibsen o con Tolstoi, y le llamara viejo cretino, cerebro enfermo, y hasta le expulsara del partido como indigno de pertenecer a él.

En Madrid eran dos los periódicos que se disputaban el público anarquista: *La Anarquía* y *El Libertario*, y los dos se odiaban cordialmente.

El odio entre *La Anarquía* y *El Libertario* era un odio de empresa. El dueño de *La Anarquía* había llegado hacía unos años a defender las ideas literarias en un sentido radical y científico, y con la aparición de su periódico mató las publicaciones ácratas anteriores. Poco a poco, al asegurar la vida económica de *La Anarquía*, el propietario, sin darse él cuenta quizá, había ido moderando su radicalismo, quitando *jierro*, como se dice vulgarmente, considerando la idea como un diletantismo; y este momento lo aprovecharon los de *El Libertario* para echar su periódico a la calle. Inmediatamente la escisión se produjo.

Trataban los de una y otra publicación de demostrar que les separaban ideas, principios, una porción de cosas, y lo único, en el fondo, que les separaba era una cuestión de perros chicos.

Para los socialistas, la importancia que el anarquismo activo tenía en España era consecuencia de la torpeza del Gobierno. En ningún lado, según ellos, eran tan ineptos los hombres de la anarquía militante como en España; ni un escritor, ni un orador, ni un hombre de acción; sólo la torpeza del Estado podía dar relieve a hombres de una insignificancia tan absoluta. Con un Gobierno libre como el de Inglaterra, aseguraban ellos, al año ya no se sabía si había anarquistas en España.

Según los amigos de Morales, la crisis, aunque existía también en el socialismo activo, no era tan honda. Los oradores y los escritores del partido socialista no tenían el atrevimiento de ser pastores de conciencias; se contentaban con recomendar la asociación y con poner los medios para

mejorar la vida de las clases obreras. Aun la misma cuestión de la doctrina se subordinaba a la asociación para la lucha.

—Nosotros—terminaba diciendo Morales—, tendemos a la organización, a la disciplina social, que en todas partes es necesaria, y en España, más.

Esto de la disciplina hacía torcer el gesto a Manuel; le parecía mejor aquella frase dantoniana: «¡Audacia! ¡Audacia! ¡Audacia!»; pero no decía nada, porque era burgués.

Como es natural y frecuente entre sectarios de ideas afines, socialistas y anarquistas se odiaban, y, como en el fondo y a pesar de los nombres pomposos, la evolución de las ideas en los dos partidos era bastante superficial, unos y otros se insultaban en las personas de sus respectivos jefes, que eran unos buenos señores que, convencidos de que el divino papel que representaban era demasiado grande para sus fuerzas, hacían lo posible para sostenerse en el pedestal en que estaban subidos.

Para los socialistas, los otros eran unos imbéciles, locos que había que curar, o pobres ingenuos, capitaneados por caballeros de industrias, que se pasaban de cuando en cuando por el Ministerio de la Gobernación.

En cambio, para los anarquistas, los *socialeros* eran los que se vendían a los monárquicos, los que se pasaban de cuando en cuando por el Ministerio a cobrar el precio de su traición.

Los dirigidos, en general, en uno y otro bando, valían mucho más que los directores; eran más ingenuos, más crédulos, pero valían más como carácter y como arranque los anarquistas que los socialistas.

Al bando anarquista iban sólo los convencidos y exaltados, y al ingresar en él sabían que lo único que les esperaba era ser perseguidos por la justicia; en cambio, en las agrupaciones socialistas, si entraban algunos por convencimiento, la mayoría ingresaba por interés. Estos obreros, socialistas de ocasión, no tomaban de las doctrinas más que aquello que les sirviera de arma para alcanzar ventajas: el societarismo, en forma de sociedades de socorros o de resistencia. Este societarismo les hacía autoritarios, despóticos, de un egoísmo repugnante. A consecuencia de él, los oficios comenzaban a cerrarse y a tener escalafones; no se podía entrar a trabajar en ninguna fábrica sin pertenecer a una sociedad, y para ingresar en ésta había que someterse a su reglamento y pagar además una gabela.

(*Ibidem*, 220-223)

30.— *El ejército. La guerra*

—Cada uno para lo que ha nacido, y que se conforme con su suerte —continuó el albañil—. Yo también he visto algo, Isidro, aunque no sea letrado como tú... ¿Cuál es la cosa mejor organizada en todas las naciones y que marcha más derecha?... No me negarás que es el Ejército. Yo he pertenecido a él y le debo mi buena crianza. ¿Y qué pasa en el Ejército? Pues que los soldados son los más, y comen rancho y se joroban, y los oficiales, que son menos, y muchos menos los coroneles y los generales, comen perdices o lo que se les antoja, y viven mejor. Nombra a todos los soldados generales, como quieren algunos, y se acabó el Ejército; haz a todos los jefes soldados rasos, como piden otros, y no habría quien dirija; total: el mismo resultado. Pues esto aplícalo a los paisanos, y comprenderás por qué pienso yo como pienso. Los que hemos nacido para soldados, a llevar a cuestras la mochila del trabajo, sin pensar en insurrecciones ni en hacer fuegos por la espalda sobre los jefes. Tú que has nacido para oficial, a coger pronto los galones, y a ver si algún día pescas la faja.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1392-1393)

SECUNDINO: Pues, señor, llevo un cuarto de hora arrimao a la bola, y la Cirila sin venir. ¿Se habrá encontrao con el bruto de ese asiste?... ¡Le tengo una tirria a la tropa!... Porque ya sabe, el comercio y la milicia semos de los más rivales que hay... en lo que toca a las criadas, porque, claro, un paisano, por mucho que quiera, no pué salir de un saqué, bien mezclilla, bien de cuadros, y los melitares tienen el aquel del uniforme. ¡Digo! Pues si me pusiese yo un casco con llorón de cerda, guerrera ajustá, mis espuelas y un puro así, y me fuese a paseo a la plaza de Oriente, setenta y siete o setenta y ocho niñeras con pasión de ánimo a la primera vuelta... Pero, claro, con este traje, too lo más que las causo es itericia. Gracias que la Ciri-

la tié un pupilaje para distinguir a la juventud comercial, que me río yo... Esta tarde nos columpiamos, y la voy a dar unos vaivenes en un columpio de esos de que dicen: «¡Ay, qué gusto da el mareo!», que va a ser la descoyuntura. ¡Calla! ¡Ella! ¡Allí viene...! ¡Cirila! ¡Cirila!

ARNICHES (*Santo*, 37-38)

En Madrid estuvo y Madrid desconcertó, desbarató, en los pocos días de su estancia, casi todos aquellos rencores que llevaba ordenados simétricamente desde la Habana. Y por eso salió de Madrid como en son de fuga. Prefería París, que le seducía, a Madrid, que trataba de engañarle con aquellas expansiones que no pudo y no quiso imaginarse fueran ciertas, con aquella franqueza que indudablemente sería un disimulo, y sobre todo, la cariñosa acogida que mereció en todas partes y que le irritaba: «¡Ah! ¿es usted cubano?», y ya le miraban no como un huésped, no. Como de la casa, como de la familia. Se desvivían por agasajarle. «¡Qué hermosa debe ser Cuba!» —«Sí, señora». —«Yo me la figuro mejor que Andalucía». De grado o por fuerza, tuvo que ir a todas partes. Le presentaron en los salones aristocráticos, le hicieron socio transeúnte del Antiguo Casino y del Veloz. Cenó en «La Primera de Cádiz» y en «El Puerto», con la gente de juerga corrida. Y no le dejaban pagar nunca. «*Usted es forastero*». ¡Forastero! Pero, ¿no sabían que los odiaba? Su patria era Cuba. No quería estar allí en su patria. ¡Forastero! Una noche no se pudo contener. «Soy separatista», dijo a un redactor de *El Imparcial* que le preguntó acerca de sus opiniones políticas. «Ser es», fue la respuesta. «¿Qué ha querido usted decir con eso?».—«Nada, amigo, que eso del separatismo, me parece algo así como el argumento de una obra francesa que me ha gustado mucho». —«¿Cuál?»—«*Divorciémonos*. Y creo que acabará lo mismo. No se enfade usted, y vamos a tomar otra copita». Todo lo echaban a broma, y en broma lo trataban, pero con tan exquisito tacto, que no era posible enojarse con ellos. Además, no podía negarlo. A su pesar, sentíase arrastrado a la simpatía, al cariño, por los cariños, por las simpatías de que se vio rodeado. [...] Le sorprendía encontrar en la lectura de los periódicos, en la oratoria

de los tribunos parlamentarios, en la chismografía de los cafés, el espíritu opositorista mucho más arraigado, más fuerte que en Cuba, y también más hábil y peor intencionado. Fuera el gobierno que fuese, liberal o conservador, contaba desde luego con la impopularidad entre todos los gobernados. Hasta los literatos escribían sátiras políticas y revistas cómicas, esgrimiendo en el teatro el arma del ridículo en contra de los personajes más importantes. Con razón o sin ella se les atacaba. Hablando de esto, y hablando no sin afirmar con cierta fruición que los españoles en su concepto iban perdiendo el sentimiento del patriotismo; un caballero que hablaba el castellano con ligero acento extranjero hubo de replicarle, no sin cierta vehemencia:

—Nada de eso, señor, nada de eso. Juzga usted, permítame que se lo diga, ligeramente. Yo quisiera para mi patria ese gran espíritu de crítica aquí casi instintivo; la sociedad lo necesita para no enervarse. Las llagas no desaparecen tapándolas, se curan aplicando el cauterio, sin consideraciones y sin compadecerse por los gritos del enfermo. Los españoles de hoy son los mejores ciudadanos del mundo en mi concepto. El elogio es malsano. Los pueblos decaen cuando consideran que el patriotismo consiste en exagerar el amor nacional, como llegan a ser estúpidos los individuos que tienen mucho amor propio.

LÓPEZ BAGO (*Separatista*, 107-109)

A las doce le despertó Amparo, entrando tumultuosamente con el periódico... ¡Oh, qué horror! ¡Qué lástima, gran Dios, qué lástima! ¡Qué espantosa catástrofe!... ¡Destrozada la escuadra!, ¡la escuadra de Cervera, al querer salir del refugio encontrado poco antes en Santiago! El *Colón*, el *María Teresa*, el *Carlos V*, los famosos *destroyers*, ¡todo el mar! incendiado, deshecho en minutos por una lluvia de acero y fuego...

Los cablegramas de *El Imparcial* resaltando el desastre acongojaron a los dos; y pálido Luciano, sentado en la cama, lloró largo rato, con lágrimas silenciosas que le brotaban del corazón, todo su cuerpo preso de un escalofrío ante la suerte de la desgraciada España...

EL EJÉRCITO ESPAÑOL

DIARIO DEFENSOR DE LOS INTERESES MILITARES

AÑO XI

Publicado los Domingos

Último 17 de Febrero de 1898

Número 2238

Administración: Calle de San Mateo, 10, Madrid.
Redacción: Calle de San Mateo, 10, Madrid.
Teléfono: 100.

Impresión: Calle de San Mateo, 10, Madrid.
M. GARCÍA Y AGUIRRE.
M. GARCÍA Y AGUIRRE.

En la suscripción, se le entregará gratis el primer número.
El precio de cada número es de 10 céntimos.
El precio de cada trimestre es de 30 céntimos.
El precio de cada semestre es de 60 céntimos.
El precio de cada año es de 120 céntimos.

N.º 2238

CRÓNICA

El día de hoy, 17 de febrero de 1898, ha sido un día de gran actividad en el ejército español. Se han celebrado varias reuniones de alto nivel, en las que se han discutido los planes de campaña para el próximo año. Los generales han acordado que se debe dar prioridad a la defensa de las costas, dada la situación de guerra con Estados Unidos. Se ha decidido que se envíen refuerzos a las zonas más vulnerables, como el norte de África y las islas del Caribe. Además, se ha acordado que se debe mejorar el sistema de comunicaciones, para que se pueda mantener un contacto constante entre las unidades dispersas. Los planes de campaña se han dividido en tres fases: la primera se centrará en la defensa de las costas, la segunda en la defensa de las islas y la tercera en la defensa del territorio continental. Se ha acordado que se debe dar prioridad a la defensa de las costas, dada la situación de guerra con Estados Unidos. Se ha decidido que se envíen refuerzos a las zonas más vulnerables, como el norte de África y las islas del Caribe. Además, se ha acordado que se debe mejorar el sistema de comunicaciones, para que se pueda mantener un contacto constante entre las unidades dispersas. Los planes de campaña se han dividido en tres fases: la primera se centrará en la defensa de las costas, la segunda en la defensa de las islas y la tercera en la defensa del territorio continental.

ABANDONO PURILO

Se ha publicado un artículo en el que se critica el comportamiento de algunos oficiales durante la guerra. Se afirma que algunos de ellos han abandonado sus deberes y se han retirado a zonas seguras, dejando a sus subordinados en una situación de peligro. Se menciona que algunos de estos oficiales han sido acusados de abandono purilo, es decir, de abandonar el campo de batalla sin una justificación válida. Se afirma que este tipo de comportamiento es inaceptable y que debe ser castigado. Se menciona que algunos de estos oficiales han sido acusados de abandono purilo, es decir, de abandonar el campo de batalla sin una justificación válida. Se afirma que este tipo de comportamiento es inaceptable y que debe ser castigado. Se menciona que algunos de estos oficiales han sido acusados de abandono purilo, es decir, de abandonar el campo de batalla sin una justificación válida. Se afirma que este tipo de comportamiento es inaceptable y que debe ser castigado.

GUERRILLAS

Se ha publicado un artículo en el que se describe la actividad de las guerrillas en el norte de África. Se afirma que las guerrillas están realizando ataques constantes contra las tropas regulares, causando numerosas bajas y destruyendo suministros. Se menciona que las guerrillas están utilizando tácticas de guerrilla, como el ataque sorpresa y el uso de emboscadas. Se afirma que las guerrillas están utilizando tácticas de guerrilla, como el ataque sorpresa y el uso de emboscadas. Se menciona que las guerrillas están utilizando tácticas de guerrilla, como el ataque sorpresa y el uso de emboscadas. Se afirma que las guerrillas están utilizando tácticas de guerrilla, como el ataque sorpresa y el uso de emboscadas.

LA VOLADURA

"MAINE.."

Se ha publicado un artículo en el que se describe la voladura del buque "Maine" en el puerto de Havana. Se afirma que el buque fue volado por una explosión misteriosa que ocurrió el día 15 de febrero de 1898. Se menciona que el buque era un acorazado de guerra y que su voladura causó numerosas bajas y destruyó el puerto de Havana. Se afirma que el buque fue volado por una explosión misteriosa que ocurrió el día 15 de febrero de 1898. Se menciona que el buque era un acorazado de guerra y que su voladura causó numerosas bajas y destruyó el puerto de Havana. Se afirma que el buque fue volado por una explosión misteriosa que ocurrió el día 15 de febrero de 1898. Se menciona que el buque era un acorazado de guerra y que su voladura causó numerosas bajas y destruyó el puerto de Havana.

DEFENSA DE LA FUERZA Y AGUIRRE

Se ha publicado un artículo en el que se defiende la fuerza y Aguirre. Se afirma que la fuerza es una virtud necesaria para el éxito en la guerra y que Aguirre es un ejemplo de un líder fuerte. Se menciona que la fuerza es una virtud necesaria para el éxito en la guerra y que Aguirre es un ejemplo de un líder fuerte. Se afirma que la fuerza es una virtud necesaria para el éxito en la guerra y que Aguirre es un ejemplo de un líder fuerte. Se menciona que la fuerza es una virtud necesaria para el éxito en la guerra y que Aguirre es un ejemplo de un líder fuerte.

DEFENSA DE LA FUERZA

Se ha publicado un artículo en el que se defiende la fuerza. Se afirma que la fuerza es una virtud necesaria para el éxito en la guerra y que es una virtud que debe ser cultivada en todos los soldados. Se menciona que la fuerza es una virtud necesaria para el éxito en la guerra y que es una virtud que debe ser cultivada en todos los soldados. Se afirma que la fuerza es una virtud necesaria para el éxito en la guerra y que es una virtud que debe ser cultivada en todos los soldados. Se menciona que la fuerza es una virtud necesaria para el éxito en la guerra y que es una virtud que debe ser cultivada en todos los soldados.

Se ha publicado un artículo en el que se describe la situación de los soldados durante la guerra. Se afirma que los soldados están sufriendo grandes dificultades, tanto en el campo de batalla como en el hogar. Se menciona que los soldados están sufriendo grandes dificultades, tanto en el campo de batalla como en el hogar. Se afirma que los soldados están sufriendo grandes dificultades, tanto en el campo de batalla como en el hogar. Se menciona que los soldados están sufriendo grandes dificultades, tanto en el campo de batalla como en el hogar. Se afirma que los soldados están sufriendo grandes dificultades, tanto en el campo de batalla como en el hogar. Se menciona que los soldados están sufriendo grandes dificultades, tanto en el campo de batalla como en el hogar.

DEFENSA DE LA FUERZA

Se ha publicado un artículo en el que se defiende la fuerza. Se afirma que la fuerza es una virtud necesaria para el éxito en la guerra y que es una virtud que debe ser cultivada en todos los soldados. Se menciona que la fuerza es una virtud necesaria para el éxito en la guerra y que es una virtud que debe ser cultivada en todos los soldados. Se afirma que la fuerza es una virtud necesaria para el éxito en la guerra y que es una virtud que debe ser cultivada en todos los soldados. Se menciona que la fuerza es una virtud necesaria para el éxito en la guerra y que es una virtud que debe ser cultivada en todos los soldados.

¡La maldita guerra!

Una viva amargura nueva y más personal le invadió de súbito. Era el remordimiento de hijo ingrato de la nación desdichadísima... Él recordaba muy tarde que no había cumplido como ciudadano, como hombre... Que había asistido al largo y triste espectáculo de aquella insensatez pública que a través de la patriotería empujó al precipicio contemplándolo todo con desdeñosa sonrisa de extraño espectador dolido por diletantismo... ¿Qué hizo de su tiempo? ¿Qué de su deber, de su amor al bien, en largos años perdidos en una pasión cegadora a una miserable?... ¿Eran toda su obra de filántropo ante la locura de un pueblo aquellas historietas a Flora en los periódicos?

Llorar, sí; llorar ahora, igual que las mujeres. No tenía derecho a indignarse. Él no había sabido ser siquiera de los pocos hombres que lanzaron su protesta contra la tempestad, arrostrando la impopularidad y el odio... Él no había sabido emular a Pablo Iglesias, a Pi y Margall; y él, sin embargo, quizá pudo, por caprichosas circunstancias del momento, influir más en la opinión que los dos grandes hombres, porque pudo él en los grandes periódicos atreverse a lo que no se atrevían estos periódicos anónimamente ni nadie en ellos con su firma: dedicarse a propalar datos exactos de la pujanza de Norteamérica, de su poderosa escuadra, de su ejército y del poder incontrastable de su oro en primer lugar..., aunque silbasen luego al escritor los vociferadores de café contra los «tocinos de Chicago»... Sí, pudo hacerlo; con su dinero si no, fundando él mismo un gran periódico con sus cuarenta mil duros, con otros doscientos mil más encontrados en el mismo Sindicato *yankee* que buscaba a Cuba sin la guerra, y que hubiera dado esta suma en cuanto el instinto mercantil le convenciese de que el gran periódico español antipatriotero podría evitar la guerra... Esto hubiera sido el *filibusterismo* explotado con habilidad al ciento por ciento, en final, para la solapada América; pero no menos por ello la salvación de España... donde sólo tiene razón el que más grita, el periódico que más circula, como habría circulado el *suyo*, gratis aunque fuese. ¿Qué le inquietara la acusación de traidor que le hubiesen lanzado, si quedaba tranquila su conciencia? ¿Qué le importara en último resultado, haber perdido su dinero, la pobre herencia de Sutton, si la sacrificó en bien de la Humanidad, al progreso que maldice de las guerras, al ahorro de dolor de tantas madres que iban a perder a sus hijos y aun de tanto español como iba a quedarse en la



Eduardo Benda: *Vuelta de los soldados*. 1898.
Ilustración Española y Americana. Real Academia de San Fernando.

angustia de la ruina?... Para esto creía él que el dinero servía, ya que el valor menguado del Gabinete Sagasta no sirvió para que los ministros se dejaran arrastrar, cual era su obligación, antes que aceptar la guerra, o para imitar siquiera a Moret abandonando el Ministerio...; para esto servía el dinero a un buen ciudadano..., y ya hubiese el trabajador vuelto a ganarlo para sus hijos, enseñándoles de paso el camino del hombre del porvenir, el del amor, el de la dignificación de la mujer, el de la felicidad en la tierra.

Luciano lloraba hoy con lágrimas de pesadumbre y de vergüenza, y creía que podía salpicarle alguna gota de la sangre saltada en Santiago. Todo esto lo pensó mil veces en Madrid, en los breves espacios que a su labor fugaz por la triste España le permitía aquel amor inmenso y absorbente de la ingrata, donde, cobarde, se refugiaba tal vez la aflicción del alma...

Y fue ese amor, ese amor tan mal empleado, el que ató a su voluntad, el que cortó el vuelo a las grandes ideas generosas de su pensamiento... ¡Qué magna ocasión perdida para hacerse héroe de verdad, héroe del civismo en loor de una idea sublime, no con aquella otra heroicidad ridícula de pelear por salvarse como hace a cada hora hasta una liebre acosada!

...Le parecía estar viendo las llamaradas y escuchando los estampidos lúgubres del combate de Santiago, y que al estruendo despertaba de una pesadilla de tres años... Pues bien: era tiempo de hacer algo. La insensatez se obstinaba rebelde, en pleno destrozo. Detrás de los cablegramas, aún había periódicos de éstos llegados hoy que redoblan su furia por la hundida escuadra, gritando: «Ya no hay barcos; pero ahí están los pechos españoles...» «¡Ahora es cuando la guerra empieza! ¡El ejército cubano, los doscientos mil héroes, no han combatido todavía!...» Y sin consultar si los soldados de Cuba, los infelices hambrientos arrancados de la patria para un país donde hasta el aire les era hostil, querían repetir en La Habana un Sagunto, desde el Ministerio y desde las redacciones y desde los cafés se quería que aquellos infelices fuesen *héroes*, como si el heroísmo pudiera decretarse, y menos decretarlo el ministro de la Guerra de un pueblo que estaba de las balas a mil leguas; de un pueblo que se había estremecido de recelo al presentimiento del *Iowa* en San Sebastián.

Esto era sencillamente infame.

Luego sí, todavía podía hacer algo en pro de la España que no

habla y siente y obedece; de la mayor parte de la España, que se había dejado arrastrar por los escandalosos holgazanes y por los agitadores políticos. El desaliento nacional estaba en el corazón desde el primer desastre, y sólo faltaba una voz briosa que, desde donde pudiese ser oída, pidiese la anhelada paz. A esa voz seguirían mil millones.

¡Y esa voz sería la suya!

A Madrid. A escribir en cualquier autorizado periódico; en su periódico si no, el que fundaría él sin necesitar ya más que reunir media docena de hombres sensatos...

¡A Madrid! ¡A pedir la paz el primero!

TRIGO (*Ingenuas*, 468-471)

—Y al llegar a Barcelona, ¡moler!, ¡qué desencanto! —terminó diciendo. Uno que espera algún recibimiento por haber servido a la patria y encontrar cariño. ¿Eh? Pues nada. ¡Dios!, todo el mundo le veía a uno pasar sin hacerle caso. Desembarcamos en el puerto como si fuéramos fardos de algodón; uno se decía en el barco: «Me van a marear a preguntas cuando llegue a España». Nada. Ya no le interesaba a nadie lo que había pasado en la manigua... ¡Ande usted a defender a la patria! ¡Que la defienda el nuncio! Para morir de hambre y de frío, y luego que le digan a uno: «Si hubieras tenido riñones no se habría perdido la isla». Es también demasiado amolar esto...

BAROJA (*Mala*, 217)

En aquel discurso, que señala un nuevo período en la historia de España y que bien puede decirse que cierra el ciclo benéfico y venturoso que abriera el de Castelar el 7 de febrero de 1888, sentó el señor Cánovas las primeras bases, los primeros jalones de su doctrina «de la guerra con

la guerra». En él, como un poco más tarde en el que pronunciara ante las mayorías de ambas Cámaras la víspera de abrirse las Cortes de 1896, se encerraba este pensamiento, y si las palabras no son las mimas lo es la idea:

“Los acontecimientos son graves, gravísimos, la criminal rebeldía de los cubanos no es una cuestión de orden público como afectaba creer y propalaba para sus fines el gobierno anterior, es una cuestión nacional a la que está ligada para siempre la vida y la honra de España. El ministerio que tengo el honor de presidir por la confianza de la Corona, no se dejará aventajar por otro alguno en la defensa de la patria. Podría haber quien nos igualara, nadie nos superará. El ejemplo de la guerra de los diez años prueba que fue menester un ejército formidable de más de cien mil hombres para acabar con la insurrección, para obligar a pactar. Y duró tan largo tiempo por enviar paulatinamente todas las tropas que hacían falta. No incurramos en aquel error. Enmendémoslo y embarquemos de una vez para Cuba cuantos soldados sean necesarios. El patriotismo lo demanda y España no desoír la voz del patriotismo que es voz de salud y de honor...”

El país aplaudió tales arranques de energía. El país que no tenía que ir a la guerra, hizo suya la teoría del «último hombre y la última peseta». Los pobres que pagaban con su sangre, carecían de órgano para hacerse oír.

Esas palabras eran hermosas, tan hermosas como equivocadas. Por ser equivocadas, dado el desconocimiento universal del problema, se armonizaron admirablemente con el espíritu nacional y no encontraron contradictor que no fuera clavado en cruz por mal patriota. Es el eterno caso del pueblo, que vuelve la espalda a los que dicen la verdad, y colma de vítores a los que le incitan a rodar por el despeñadero, a los que arrojan un guante de desafío a la razón y a la historia. Si no fuera así, como lo es, por desgracia, haría tiempo que las naciones se gobernarían por sí mismas, y que esta nuestra noble España se hubiera redimido de la pesadumbre de errores seculares.

El señor Cánovas del Castillo todavía ratificó y subrayó esas sus palabras en discursos sucesivos desde marzo del 95 a febrero del 97, con estas afirmaciones que se pueden ver en el *Diario de Sesiones* del Congreso y del Senado, en el Discurso de la Corona, en la Contestación al Mensaje,

en *interviús* de periódicos, en cien documentos: «El gobierno está resuelto a no detenerse ante ningún sacrificio, a gastar hasta la última peseta y a disponer hasta del último hombre en defensa de la patria, de nuestra bandera gloriosa, de nuestra soberanía que jamás se extinguirá en América, porque Cuba será siempre española. Y en tanto no me falte el apoyo de Dios, la confianza de la corona, el voto del país que yo veo y espero ver unido sin distinción de opiniones ni de partidos para esta empresa grandiosamente patriótica, persistiremos en nuestro esfuerzo y en nuestra actitud de negarnos a toda concesión a los rebeldes en armas. [...]» ¡Enormidad de sacrificio! No se hubiera hecho nunca si en España hubiese regido el servicio militar obligatorio. Lo demandaban la justicia de un lado y del otro el interés de acabar con la guerra antes de que la guerra acabase con España. Con él no hubiera prevalecido la doctrina de «la guerra con la guerra», de «la última gota de nuestra sangre y hasta el último duro de nuestra gaveta». A toda la nación, a las clases que dirigen, gobiernan y explotan, hubiera afectado entonces la lucha, y no se hubiera podido decir que la guerra de Cuba no interesaba a España. ¡No interesaba y se habían arrancado más de 200.000 vidas al arado y al telar, al campo y a la fábrica! ¡No interesaba, y un negro crespón de luto cubría los hogares de los pobres! ¡No interesaba, y durante tres años presenciamos el dantesco espectáculo de ver arribar a nuestros puertos los barcos de *repatriados*, escoltados durante su travesía por los tiburones que tenían seguro pasto en la carne de los soldados españoles!

MOROTE (*Moral*, 58-60)

Liquidación de la catástrofe.— Antes y después.— Los presupuestos de 1893-94 y los de 1900.

Por los gastos de la guerra	
de Cuba	1.796.269.462,91 pesetas.
Por los gastos de la guerra	
de Filipinas	165.988.257,72 pesetas.
TOTAL	1.962.257.720,63 pesetas.

En la Memoria que acompaña los presupuestos del señor Villaverde, después de consignar esas cifras se lee: «Las consecuencias de las guerras coloniales son una nueva Deuda flotante de más de 1.445 millones; Deuda Amortizable de 1.469.425.625; una carga anual por intereses y amortización de 252.797.560,47; más el déficit que se puede calcular en 300 millones».

La catástrofe es importante, tremenda, de esas que dejan huella en una nación. Pero aun mejor que esas cifras, expresan la trascendencia de lo que hemos sufrido los siguientes datos comparativos:

En el ejercicio de 189-91, los pagos importaron 835 millones; 1891-92, 832 millones; 1892-93, 778; 1893-94, 707; 1894-95, 780; 1895-96, 803; 1896-97, 808; 1897-98, 869 y 1898-99, 919 millones. (Datos tomados igualmente de un cuadro que va unido a los presupuestos de 1900). Es decir, que a partir de 1890, se operó una rebaja en los gastos, que en el ejercicio de 1893-94 alcanzó la suma importante de 128 millones de disminución. Y en cambio, desde 1893-94 crecieron los gastos en una proporción progresiva en seis años de 222 millones.

Pero hay más, y es que en ese período de diez años, al hacer un balance entre los ingresos y los pagos, entre el presupuesto ordinario y extraordinario sumados se observa: que en los años 1890-91, 91-92 y 92-93 había un déficit que oscilaba alrededor de cuarenta o más millones, que en el ejercicio del 93-94, en que comenzaron a surtir efecto aunque débilmente las economías, hubo *un sobrante* de 26.150.360,14 pesetas; y por último, que en los postreros años económicos del 97-98 y del 98-99, el déficit ha sido respectivamente de 101.813.488,69 y de 83.446.845,63. Eso no lo decimos nosotros, eso lo afirma con números oficiales la Memoria del Ministro de Hacienda conservador.

Los números son más expresivos que todas las reflexiones y argumentaciones. El presupuesto de 5 de agosto de 1893 importaba en sus gastos 737.474.811,41 pesetas. El presupuesto de 1899-1900, tal y como fue presentado sin hacer ahora mención de ilusorias economías, importaba en sus gastos 937.178.133,89 pesetas. Y si se comparan algunas de las cifras de uno y de otro, las más importantes, se comprenderá bien a las claras las consecuencias de la guerra, y lo que es peor, cómo a pesar del desastre sin ejemplo continúa o se quiere que continúe la vida nacional fuera de su eje. En los presupuestos de 1893-94, la *Deuda* figuraba con 309.669.219 pese-

tas. En los de 1899-1900 la *Deuda* es de 427.923.882,29 pesetas. En 1893-94 los gastos del *Departamento de la guerra* eran de 133.872.215,75. En 1899-1900 son de 174.329.539,05. En 1893-94, cuando aún teníamos *Marina*, sus gastos eran de pesetas 22.502.951,16. En 1899-1900, cuando hemos perdido las escuadras, son de 28.341.613,19. En 1893-94, las *clases pasivas* ascendían a 55.150.000. En 1899-1900 importa este capítulo 71.075.889.

(*Ibidem*, 72)

Acaba de suceder el más espantoso de los desastres: pocos días han pasado desde que en París se firmó el tratado más humillante en que la mandíbula del yanqui quedó por el momento satisfecha después del bocado estupendo: pues aquí podría decirse que la caída no tuviera resonancia. Usada como una vieja «perra chica» está la frase de Shakespeare sobre el olor de Dinamarca, si no, que sería el momento de gastarla. Hay en la atmósfera una exhalación de organismo descompuesto. He buscado en el horizonte español las cimas que dejara no hace mucho tiempo, en todas las manifestaciones del alma nacional: Cánovas muerto; Ruiz Zorrilla muerto; Castelar desilusionado y enfermo; Valera ciego; Campoamor mudo; Menéndez Pelayo... No está por cierto España para literaturas, amputada, doliente, vencida; pero los políticos del día parece que para nada se diesen cuenta del menoscabo sufrido, y agotan sus energías en chicanas interiores, en batallas de grupos aislados, en asuntos parciales de partidos, sin preocuparse de la suerte común, sin buscar el remedio al daño general, a las heridas en carne de la nación. No se sabe lo que puede venir. La hermana Ana no divisa nada desde la torre. Mas en medio de estos nublados se oye un rumor extraño y vago que algo anuncia. Ni se cree que florezcan las boinas de don Carlos, y los republicanos que fueran esperanza de muchos, en escisiones dentro de su organización misma, casi no alientan. Entretanto van llegando a los puertos de la Patria los infelices soldados de Cuba y Filipinas. Quiénes a morir como uno que —parece caso escrito en la Biblia— fue a su pueblo natal ya moribundo, y como era de noche sus padres no le abrieron su casa por no reconocerle la voz, y al día siguiente le encontraron junto

al quicio, muerto; otros no alcanzan la tierra y son echados al mar, y los que llegan andan a semejanza de sombras; parecen, por cara y cuerpo, cadáveres. Y el madroño está florido y a su sombra se ríe y se bebe y se canta, y el oso danza sus pasos cerca de la casa de Trimalción. A Petronio no le veo. He pensado a veces en un senado macabro de las antiguas testas coronadas, como en el poema de Núñez de Arce, bajo la techumbre del monasterio

Que alzó Felipe Segundo
Para admiración del mundo
Y ostentación de su imperio.

¿Cómo hablarían ante el espectáculo de las amarguras actuales los grandes reyes de antaño, cómo el soberbio Emperador, cómo los Felipes, cómo los Carlos y los Alfonsos? Así cual ellos el imperio hecho polvo, las fuerzas agotadas, el esplendor opaco; la corona que sostuvieron tantas macizas cabezas, así fuesen las sacudidas por terribles neurosis, quizá próxima a caer de la frente de un niño débil, de infancia entristecida y apocada; y la buena austríaca, la pobre madre real en su hermoso oficio de sustentar al reyecito contra los amagos de la suerte, contra la enfermedad, contra las oscuridades de lo porvenir; y que está pálida, delgada, y en su majestad gentilicia el orgullo porfirogénito tiene como una vaga y melancólica aureola de resignación.

DARÍO (*España*, 43-44)

A España

Nunca mi labio a la servil lisonja
Parias rindió. Ni el éxito ruidoso
Ni la soberbia afortunada oyeron
Falaz encomio de mi humilde Musa.
Diome su austeridad la honrada tierra
Donde nací, y el presuroso tiempo,

Que arrastra y lleva en sus revueltas olas
Las grandezas humanas al olvido,
A mi pesar me enseña que en el mundo
Tan sólo a dos excelsas majestades
Puedo, sin mengua, levantar mi canto:
La Verdad y el Dolor.

En estas horas
De febril inquietud, ¿quién, Patria mía,
Merece como tú la pobre ofrenda
De mi respeto y de mi amor? Postrada
En los escombros de tu antigua gloria,
La negra adversidad, con férrea mano,
Comprime los latidos de tu pecho
Y el aire que respiras envenena.
Como tigre feroz clavó sus garras
La catástrofe en ti, y en tus heridas
Entrañas sacia su voraz instinto.

¿Quién, al mirar tus lástimas, no llora?
¿Puede haber hombre tan perverso y duro,
Ni aun concebido en crapulosa orgía
Por hembra impura, que impasible vea
Morir sin fe, desesperado y solo
Al dulce bien que lo llevó en su seno?
¡No existe, no!

Perdona si movido
Por la ciega pasión, allá en lejanos
Y borrascosos días, cuando airada
Mi voz como fatídico anatema
Tronó en la tempestad, quizás injusto
Contigo pude ser. Pero hoy, que sufres,
Hoy que, Job de la Historia, te retuerces
En tu lecho de angustia, arrepentido
Y llena el alma de mortal congoja,

Acudo ansioso a consolar tus penas,
A combatir con los inmundos buitres,
Ávidos del festín, que en torno giran
De tu ulcerado cuerpo, y si lo mandas,
¡Oh noble mártir!, a morir contigo.

Pero ¿quién habla de morir? ¿Acaso
No eres, Patria, inmortal? Tendrás eclipses
Como los tiene el sol. Sombras tenaces,
Cual hiperbórea noche larga y fría,
Sobre ti pesarán, mientras no llegue
Tu santa redención. ¡Hora dichosa
En que verás, con júbilo y ternura,
Nacer el alba, el tenebroso espacio
Inundarse de luz, la tierra encinta,
Estremecerse en éxtasis materno,
De armonías, aromas y colores
Poblarse el aire, y palpitar en todo
La plenitud eterna de la vida!

¡Ten esperanza y fe! Descubridora
De mundos, madre de indomada prole,
Tú no puedes morir. ¡Dios no lo quiere!
Aún tienes que cumplir altos destinos.
Busca en el seno de la paz bendita
Reparador descanso, hasta que cobren
Tus músculos salud, y en cuanto sientas
El hervor de tu sangre renovada,
Ponte en pie, sacudiendo tu marasmo,
Que, como losa del sepulcro, oprime
Tu enferma voluntad. Surge del fondo
De tu aislamiento secular, y marcha
Con paso firme y corazón resuelto
Sin mirar hacia atrás, siempre adelante.
Sean la escuela y el taller y el surco
Los solos campos de batalla en donde
Tu razón y tus fuerzas ejercites.

Entra en las lides del trabajo y vence,
Que entonces de laureles coronada,
Más fecunda, más próspera y más grande,
Seguirás, fulgurando, tu camino
Por los arcos triunfales de la Historia.

A América

¡Ésta es España! Atónita y maltrecha
Bajo el peso brutal de su infortunio,
Inerte yace la matrona augusta
Que en otros siglos fatigó a la fama.
La que surcó los mares procelosos
Buscándote atrevida en el misterio,
Hasta que un día, deslumbrando al mundo,
Surgiste, como Venus, de las ondas.

Cegada por tu espléndida hermosura,
Al engarzarte en su imperial diadema
España te oprimió; mas no la culpes,
Porque, ¿cuándo la bárbara conquista
Justa y humana fue? También clemente
Te dio su sangre, su robusto idioma,
Sus leyes y su Dios. ¡Te lo dio todo,
Menos la libertad!, pues mal pudiera
Darte el único bien que no tenía.

Contéplala vencida y humillada
Por la doblez y el oro, y si te mueven
A generosa lástima sus males,
El trágico desplome de una gloria
Que es también tuya, acórrela en su duelo.
¡Es tu madre infeliz! No la abandone
Tu amor, en tan inmensa desventura.

NÚÑEZ DE ARCE ("A España"; "A América", *Poesías*, 237-239)

La nación guerrera

¡Ya flotando en la atmósfera serena
fulgura la bandera castellana!
¡Ya en los espacios bélico resuena
el himno vengador del gran Quintana!

¡Ya entraron en campaña los valientes!
¡Ya consumaron ínclitas acciones!
¡Asombro es ya de las extrañas gentes
la patria de los épicos leones!

¡Ya se corona la indomable España
con el radiante lauro de la gloria,
grabando nueva, inmarcesible hazaña
en los arcos triunfales de la Historia!

¡Y ¿cómo no?, si en nuestra amada tierra
el generoso ejército esforzado
marcha cantando intrépido a la guerra,
y es un volcán el alma del soldado!

¡Oh pueblo luchador! ¡Oh Patria fuerte!
¡Nación sublime de espartano brío,
si, en lid futura, adversa te es la suerte,
serás vengada, madre: ¡yo lo fío!

¡Convertidas, entonces, en espadas
las liras has de ver de tus poetas;
las hierbas de tus campos, transformadas
en terribles y heroicas bayonetas!

1897.

REINA (*Rayo*, 38-39)

31.— *La prensa*

Y no puede negarse que el Sr. D. Isidoro Fernández Flórez, si no le consiguió por sí solo, fue principalísima parte en conseguirlo, primero en *El Imparcial* y en *El Liberal* después. Sin duda para fundar y sostener un periódico que agrade o interese a la gente y que adquiriera gran número de lectores y suscriptores, es menester habilidad, hasta cierto punto extraña a toda literatura, habilidad que esta Real Academia no toma en cuenta; pero por muy habilidoso que sea quien dirija la publicación de un periódico en las artes de administrarle, de confeccionarle materialmente para que agrade y de facilitar por donde quiera su difusión y su adquisición, todavía nada de lo dicho vale a la larga para el crédito del periódico y para conservar y acrecentar la estimación y la autoridad que se le conceden, si esta autoridad y esta estimación no se conceden primero a las personas que en dicho periódico escriben. Y esto es más innegable cuando el periódico es independiente, o sea cuando no se escribe y se publica para defender y aupar a determinado personaje político o a una bandera organizada y regimentada que se vale del periódico como de ariete para derribar al Gobierno que existe, y como de escala o andamio para encaramarse hasta aquella codiciada altura.

Un periódico de la mencionada clase podrá ser considerado como empresa industrial, pero siempre lo más substancioso que para llevarla a buen término se fabrique o se produzca tendrá que ser literario, y la realidad de su mérito se acrisolará mejor cuando el aplauso y el favor del público no se expliquen por el interés extraño a las letras de conseguir inmediatamente la victoria para una bandería.

En el caso de que hablamos, un periódico que ya es eco de la opinión, ya es fuerza que la empuja y ya es faro que la dirige, y en cualquiera de estos tres casos tiene mucho valor literario, así porque expresa sentimientos y aspiraciones de una gran colectividad, como por el tino y buena traza con que acierta a expresarlos, a fin de que dicha colectividad los siga, los adopte o los reconozca por suyos. [...] Ser periodista es, sin duda, profesión u oficio, como ser ingeniero, abogado o médico. Es evidente, asimismo, que el periodista debe ser literato: un literato de cierta y determinada clase. Pero ¿se infiere de aquí que haya un género de literatura, distinto de los otros, que pueda y deba llamarse género periodístico? Sobre esto es

sobre lo que yo no estoy muy seguro, aunque, si me inclino a algo, es a negar que haya tal género. Lo que distingue al periodista de cualquier otro escritor, poco o nada tiene que ver con la literatura. La distinción que le da carácter propio es independiente de ella. Se llama periodista el literato que escribe con frecuencia o de diario o casi de diario en un pliego o grande hoja volante, que se estampa periódicamente y se difunde entre el público, a veces por centenares de miles de ejemplares. Cuando se logra que estos centenares de miles de ejemplares sean comprados y leídos, el periodista que dispone de ellos y escribe, dicta o inspira su contenido, no puede negarse que posee un instrumento poderoso para influir en la opinión; para modificarla o dirigirla, ya en buen sentido, ya en malo. Nunca el autor de un libro, por extraordinario y dichoso éxito que el libro tenga, influirá inmediatamente en el ánimo de los hombres con la rapidez, extensión y eficacia que el que en un periódico escribe.

VALERA (*Discursos*, 92-95)

En España, como entre nosotros —¡es un triste consuelo!—, no se ha llegado todavía a resolver el problema de la revista. Es singular el caso que aquí, en donde se ha contado con elementos a propósito desde hace largo tiempo, acaezca a este respecto lo propio que en nuestros países de progreso reciente. España no cuenta en la actualidad con una sola revista que pueda ponerse en el grupo de los «grandes periódicos» del mundo; no existe lo que llamaremos la revista institución —*Revue des Deux Mondes*, *Nuova Antologia*, *Blackwood's* o *North American Revue*. La *España Moderna*, que podría ocupar el puesto principal, se sostiene gracias al cuidado y entusiasmo de su propietario el señor Lázaro. No faltan los escritores de revistas, y la prueba es que las revistas extranjeras tienen colaboradores españoles de primer orden; he encontrado principalmente a Ramón y Cajal, el eminente sabio que acaba de partir a los Estados Unidos a dar conferencias, llamado por una de las mejores universidades; a Salillas, el antropólogo; y a un escritor cuyo nombre en Europa, en el mundo del estudio, es bien conocido: Rafael Altamira, profesor de la Universidad de Oviedo.

¿Cuál es la causa de que en España no prospere la revista? Primeramente, la general falta de cultura. En Inglaterra, o en Francia, no hay casa decente en donde no se encuentre una de esas publicaciones condenadoras del pensamiento nacional y reflectoras de las ideas universales. Para el parisiense de cierta posición, de atmósfera, llamémosla así, «senatorial», burgués de cualquier profesión elevada, propietario que se receta sus lecturas, o buen varón de la nobleza, la *Revue des Deux Mondes* es una costumbre, o una necesidad. No hablaré, además, de tales o cuales revistas pertenecientes a estas o aquellas agrupaciones, políticas o religiosas; son legión. Albareda, que realizó aquí los esfuerzos que en Buenos Aires los señores Quesada, tuvo que ver la lamentable desaparición de su obra, y, si no ha acontecido lo mismo al señor Lázaro, es porque lucha bravamente contra todo peligro. Las tentativas han sido muchas desde hace largos años, en este siglo, que entre tantas peregrinas cosas, es el siglo de la revista. El *Teatro Crítico* del padre Feijóo puede muy bien considerarse en el siglo XVIII como una gran revista española, en cierto sentido; en la centuria actual la crítica de revista se cristaliza en *Fígaro*, aunque sean muy anteriores a los escritos de Larra algunas otras publicaciones que se asemejan al tipo de la revista. Si no tan antiguo como el francés, hubo en la corte española un viejo *Mercurio*. Asimismo, otras publicaciones periódicas y en forma de folleto que, a la manera del *Teatro Crítico* del padre Feijóo, eran redactadas por un solo escritor. Entre las muchas revistas o semirevistas de aquel tiempo, he de citar, aunque sin orden cronológico, además del *Mercurio*, *El Censor*, *El Pensador Matritense*, *El Correo de los Ciegos*, *El Pobre-cito Hablador*, de Larra, el *Semanario Pintoresco*, el *Museo Pintoresco*, la *Revista Española*, la *Revista Mensajero*, *El Laberinto*, de Antonio Flores y Ferrer del Río, *La lectura para todos*, el *Periódico para todos*, *El Museo Universal*, *La Ilustración de Madrid*, la *Revista Española de Ambos Mundos*, la *Revista Ibérica*, la *Revista Hispanoamericana*, *La Abeja*, de Barcelona. La *Revista de Ciencias, Literatura y Arte*, de Sevilla, la *Minerva*, o el *Revisor General*, *El Criticón*, de Bartolomé Gallardo, la *Crónica Científica y Literaria*, el *Almacén de Frutos Literarios*, la *Miscelánea*, las *Cartas Españolas*, la *Lectura para todos*, la *Revista de Madrid* y *El Europeo* de Aribau. Entre las que he citado, muchas han sido ilustraciones, *magazines*, del tipo de revistas para familias, variadas e ilustradas a la manera del antiguo *Magasin pittoresque*, de París. Las hubo que tenían un carácter puramente



Niño vendiendo el Heraldo de Madrid. Blanco y Negro. 28-9-98.
Hemeroteca Municipal, Madrid.

literario y científico; algunas, como *La Abeja*, se limitaron a ofrecer traducciones de varios autores extranjeros, especialmente alemanes, y no pocas intentaron producir un movimiento intelectual elevando el nivel de cultura, sin conseguirlo por desgracia.

Mercurio de América y *El Sol*, de Buenos Aires, no hay más que una, a la manera de *La Vogue* o de la antigua *Revue Indépendante*, de París, la *Revista Nueva*. Es ciertamente extraño que, existiendo un grupo de escritores y artistas que sienten y conocen, así sea incipiente y escasamente, el arte moderno, no hayan tenido un órgano propio. Creo que la causa de todo esto se basa en el carácter de la juventud literaria, en lo general poco amiga del estudio y sin entusiasmo. La *Revista Nueva* se propone reunir todos esos elementos dispersos, y desde luego cuenta con varias firmas de las más cotizables en literatura castellana actual. Ha tenido la dirección el buen talento de no hacerla sectaria ni aislada en un credo o bajo un solo criterio. Pueden caber en ella y caben los versos de los que intentan una renovación en la poesía castellana y los versos demasiado sólidos del vigoroso pensador señor Unamuno; los sutiles bordados psicológicos de Benavente y las paradojas estallantes de Maeztu; los castizos chispazos de Cavia y las prosas macizas de Unamuno, que valen más que sus versos, aunque él no lo crea. Además, la *Revista Nueva* está en relación con Europa y América, y su colaboración aumenta cada día. Quiera Dios que no vaya también, una buena mañana, a amanecer atacada de la enfermedad mortal de las revistas.

Las ilustraciones no son pocas en España, y entre ellas van a la cabeza la antigua *Ilustración Española y Americana*, fundada por don Abelardo de Carlos, y la *Ilustración Artística*, de Barcelona. La *Ilustración Española y Americana* está asentada sobre incommovibles bases, entre las primeras del mundo. Sus redactores son de por vida, como el invariable Fernández Bremón, o el que fue don Peregrín García Cadena. Su forma, sus grabados, la colocan en el grupo de *L'Illustration*, de París, *Illustrated London News*, *Graphic* y sus semejantes de Berlín, Roma, Munich o Nueva York. Con los progresos del fotograbado, ha disminuido un tanto la aristocracia de sus viejos grabados en madera, que alternan hoy con el inevitable clisé de actualidad. Aunque su plana mayor se compone de escritores veteranos, tiene campo abierto para las manifestaciones del pensamiento nuevo, como se sepan guardar «las conveniencias», pues hay que recordar

que si la *Ilustración Española y Americana* es popularísima, no deja por eso de ser el periódico preferido de las clases altas, y eso tanto en España como en la América española.

La *Ilustración Artística*, de Barcelona, viene en seguida, y se distingue por su preferencia de los asuntos artísticos, fiel a su nombre. Uno de sus colaboradores fijos es doña Emilia Pardo Bazán.

Los Estados Unidos han enseñado al mundo la manera como se hace un *magazin* conforme con el paso violento del finisecular progreso. Los adelantos de la fotografía y el ansia de la información que ha estimulado la prensa diaria han hecho precisos esos curiosos cuadernos que periódicamente ponen a los ojos del público junto al texto que les instruye, la visión de lo sucedido. El *Blanco y Negro* va aquí a la cabeza; luego vienen la *Revista Moderna*, *El Nuevo Mundo* y algunas otras como el *Álbum de Madrid*, que publica retratos de escritores y artistas, artículos literarios y poesías. El *Blanco y Negro* es muy parecido a nuestro *Buenos Aires* o a *Caras y Caretas*, con la insignificante diferencia de que posee un palacio precioso, tira muchos miles de ejemplares y da una envidiable renta a su propietario el señor Luca de Tena. En Barcelona hay varias revistas como *Barcelona Cómica*, más o menos literarias y artísticas; y *La Saeta*, periódico picante por sus fotograbados, por lo común desnudos, *poses* de malla o camisa, género Caramán Chimay y aun más pimentados.

La caricatura tiene por campo una o dos páginas de cada «almacén» o revista ilustrada. Casi siempre, la política y la actualidad es lo que forma el argumento. Pero no existe hoy un caricaturista como el famoso Ortego, por ejemplo. Como todo, la caricatura ha degenerado también. Ortego, me decía muy justamente el señor Ruiz Contreras, director de la *Revista Nueva*, ha sido el rey de la caricatura en España; ninguno de los otros puede compararse con él; él creó la *semblanza* de todos los políticos y monarcas, de todos los personajes de la revolución; él hizo a Montpensier imposible, con una caricatura. Si analizáramos la influencia que ha tenido Ortego en el porvenir de la nación, nos horrorizaríamos. En este pueblo impresionable, una nota se agiganta y se hace un libro, un chisme se transforma en historia y una calumnia en *débâcle* inmensa. Más daño que todos sus enemigos le hicieron a Montpensier las caricaturas de Ortego. ¿Fundadas en qué? Pues en que Montpensier tenía una huerta de naranjas. «El rey naranjero». Esto bastó para desacreditarle. Como bastó, para hundir a

don Carlos, pintarle un día rodeado de bailarinas y sacripantas. Ortego, además de su intención profunda, tuvo una ventaja sobre todos, y es que dibujaba maravillosamente. Solía también encontrar en el personaje un rasgo fisonómico para su caricatura, y acertaba tanto en la elección, que no era posible ninguna variante. Su Narváez, su Prim, su Sagasta, su Isabel II, son inolvidables. Asimismo se dedicó mucho a la caricatura de costumbres, en la que hizo prodigios. En esto era un inmediato descendiente de Gavarni. El pueblo de Madrid, con sus toreros, con sus curas, con sus manolas, sus majos, sus cursis, sus hambrientos, sus oficinas, sus teatros y sus verbenas, aparece y resucita en los dibujos de Ortego, que son para el historiador un documento de grandísima importancia. Hace algunos años se reunieron los dibujos de Ortego en álbumes especiales, pero la publicación, con ser de tanto interés para todos, no se hizo popular. El público estaba distraído con otra cosa.

Luque, Padró, Perea y Alaminos han hecho casi solamente la caricatura política. Menos hábiles en el dibujo, buscaban la intención en las ideas; sus caricaturas tienen más *bilis* que *lápiz*; demuestran sus odios políticos más que su arte. Iban sólo a hacer daño; más que revolucionarios de su tiempo, eran anarquistas. Destruían con el ridículo, aumentándolo, inventándolo a veces. Perea se dedicó luego a la especialidad de toros y sus dibujos de *La Lidia* han circulado por todo el mundo. Sojo ha sido también un político de lápiz; *dibuja* poco: todo el interés de su obra se basa en el pensamiento. Cilla y Mecachis explotan por algún tiempo la crítica de costumbres. Cilla *inventa* los personajes, mucho más que los toma de la realidad; ha creado varios tipos que repite constantemente. Así ha hecho Mars en París. Cilla es en el dibujo en España algo como López Silva en sus versos. Nada más alejado de la verdad, nada más falso que los chulos de López Silva, a quien llaman el heredero de don Ramón de la Cruz; y sin embargo, se ha convenido en que los chulos de López Silva son los verdaderos, y por tales se les mira y admira; y queriendo hablar en chulo, la gente joven habla en López Silva. Lo mismo sucede con los dibujos de Cilla. Nadie es exactamente como lo que Cilla dibuja, pero, a fuerza de verla, parece más real su mentira que la realidad. Más humano Mecachis; y como más humano es también menos monótono; como observa y copia, varía más. Después de Ortego, Mecachis. Todos los demás, excelentes *periodistas*. Ángel Pons, que hoy está en México, empezó bien; pero también tiene más



“Pro Patria” *La Ilustración Española y Americana*. 8-9-98.
 Hemeroteca Municipal, Madrid.

ideas que dibujo; tampoco es un observador. Y muy observador de la caricatura extranjera, como Rojas su discípulo. Puede decirse que casi todos los actuales dibujantes se proveen de inventiva y de rasgos felices en las revistas de otras naciones. Apeles Mestres y Pellicer saben dibujar y dibujan de firme. Mestres ha hecho caricaturas admirables en los periódicos satíricos catalanes. Es un *moralista*, como casi todos los verdaderos caricaturistas. Es de recordar una caricatura publicada en *La Esquella*, de Barcelona. Un coche fúnebre, con ocho caballos empenachados y otro con un jaco de mala muerte; y la leyenda: *Com mes richs mes besties*: Como más ricos, más animales. Pellicer conoce su arte y estudia las costumbres. Sus dibujos son documentos y sus ilustraciones de obras admirables estudios. Para las obras completas de Larra ha dibujado tipos como *Fígaro* pudo concebirlos; a Larra le ha hecho como era.

Ese retrato ha quedado definitivo para el futuro, como un valor de época, inimitable. Pellicer ha superado en esto al mismo Madrazo. Moya y Sileno, Rojas y Sancha trabajan profusamente y tienen bastante demanda; Sileno ilustra principalmente el *Gedeón*, y sobresale en la sátira política. Sancha se ha hecho un puesto especial, apoyado en el *Fligene Blatter*, y deformando, hace cosas que se imponen. Sus deformaciones recuerdan las imágenes de los espejos cóncavos y convexos; es un dibujo de abotagamiento o elefantiasis; monicacos macrocéfalos e hidrópicas marionetas. Marín estudia mucho y, apoyado en Forain, hace excursiones al bello país de Inglaterra. Es un erudito de lo moderno, un simpático artista, cuyo modelo principal debe de ser una elegantísima y singular mujer, apasionada de D'Annunzio y fascinada por París. Leal de Cámara, portugués, joven, de indiscutible talento, dibuja en Madrid, un tanto desganado, con el pensamiento puesto en Jossot, a quien conoce, y animado por el espíritu de Cruikshank, a quien seguramente ignora.

DARÍO (*España*, 152-159)

*Los nombres de los sapos.**El director de los "Debates" y sus redactores.*

Sánchez Gómez, el impresor, a quien también se le conocía por el mote de *Plancheta*, aunque trabajaba como obrero, era hombre rico; tenía un humor endiablado y desigual, una jovialidad corrosiva y un fondo de buen corazón.

Era el impresor más pintoresco y multiforme de Madrid, y su negocio, el más complicado e interesante.

Este solo dato bastaba para juzgarle: con una sola prensa, movida por un motor de gas, de los antiguos, publicaba nueve periódicos, cuyos títulos nadie podría encontrar insignificantes.

Los Debates, El Porvenir, La Nación, La Tarde, El Radical, La Mañana, El Mundo, El Tiempo y La Prensa, todos estos diarios importantes nacían en el sótano de la imprenta. A cualquier hombre vulgar le parecía esto imposible; para Sánchez Gómez, aquel Proteo de la tipografía, la palabra imposible no existía en el diccionario.

Cada periódico importante de éstos tenía una columna suya; y lo demás, información, artículos literarios, anuncios, folletín, noticias, era común a todos.

Sánchez Gómez hermanaba en sus periódicos el individualismo y el colectivismo. Cada uno de sus órganos gozaba de su autonomía e independencia en absoluto, y, sin embargo, cada uno de ellos se parecía al otro como dos gotas de agua. El cojo realizaba en sus publicaciones la unidad y la variedad.

El Radical, por ejemplo, furibundo republicano, dedicaba la primera columna a faltar al Gobierno y a los curas; pero sus noticias eran las mismas que las de *El Mundo*, diario conservador impenitente, que empleaba la primera columna en defender a la Iglesia, esa arca santa de nuestras tradiciones; la Monarquía, esa gloriosa institución, símbolo de nuestra patria; el Ejército, baluarte firmísimo de nuestra nacionalidad; la Constitución, ese compendio de nuestras libertades públicas...

De todos los periódicos allí impresos, *Los Debates* constituían un buen negocio para su propietario, don Pedro Sampayo y Sánchez de Pelgar. Era *Los Debates* —utilizando los símiles empleados en el diario— terrible ariete contra el bolsillo de los políticos, fortaleza inexpugnable para las exigencias de los acreedores.

El chantaje, en manos del director del periódico, se convertía en terrible arma de combate; ni la catapulta antigua ni el cañón de treinta y seis podían comparársele.

El periódico de don Pedro Sampayo y Sánchez de Pelgar disponía de tres columnas propias.

Estas columnas las fabricaba un gallegote, macizo y grueso, de aspecto cerril, que escribía muy intencionadamente, llamado González Parla, y un señor Fresneda, muy flaco, muy espiritado, muy bien vestido y siempre muerto de hambre.

Langairiños, el *Superhombre*, pertenecía a la redacción de *Los Debates*, pero sólo en una parte alícuota, pues sus producciones geniales se estampaban en los nueve sapos nacidos en los sótanos de la imprenta de Sánchez Gómez.

Indudablemente es hora de presentar a Langairiños. Le llamaban, en broma, los periodistas el *Superhombre*, y, abreviando, el *Súper*, porque siempre estaba hablando del advenimiento del superhombre de Nietzsche, sin comprender que, en broma y todo, no le hacían más que justicia.

Era lo más alto, lo más excelso de la redacción; unas veces firmaba *Máximo*; otras, *Mínimo*; pero su nombre, su verdadero nombre, el que inmortalizaba diariamente, y diariamente, cada vez más, en *Los Debates* o en *El Tiempo*, en *El Mundo* o en *El Radical*, era Ernesto Langairiños.

¡Langairiños! Nombre dulce y sonoro, algo así como una brisa fresca una tarde de verano. ¡Langairiños! Un sueño.

El gran Langairiños tenía entre treinta y cuarenta años; abdomen pronunciado, nariz aquilina y barba negra, fuerte y tupida.

Algún imbécil de los que le odiaban, al verle tan vertebrado y cerebral; algunas de esas serpientes que tratan de morder en el acero de las grandes personalidades, aseguraba que el aspecto de Langairiños era grotesco, aseveración falsa a todas luces.

BAROJA (*Mala*, 131-133)

Azorín a raíz de la muerte de Justina, abandonó el pueblo y vino a Madrid. En Madrid, su pesimismo instintivo se ha consolidado; su voluntad ha acabado de disgregarse en este espectáculo de vanidades y miserias. Ha sido periodista revolucionario, y ha visto a los revolucionarios en secreta y provechosa concordia con los explotadores. Ha tenido luego la humorada de escribir en periódicos reaccionarios, y ha visto que estos pobres reaccionarios tienen un horror invencible al arte y a la vida.

Azorín, en el fondo, no cree en nada, ni estima acaso más que a tres o cuatro personas entre las innumerables que ha tratado. Lo que le inspira más repugnancia es la frivolidad, la ligereza, la inconsistencia de los hombres de letras. Tal vez éste sea un mal que la política ha creado y fomentado en la literatura. No hay cosa más abyecta que un político: un político es un hombre que se mueve mecánicamente, que pronuncia inconscientemente discursos, que hace promesas sin saber que las hace, que estrecha manos de personas a quienes no conoce, que sonrío siempre con una estúpida sonrisa automática... Esta sonrisa Azorín la juzga emblema de la idiotez política. Y esa sonrisa es la que ha encontrado también en el periodismo y en la literatura. El periodismo ha sido el causante de esta contaminación de la literatura. Ya casi no hay literatura. El periodismo ha creado un tipo frívolamente enciclopédico, de estilo brillante, de suficiencia abrumadora. Es el tipo que detestaba Nietzsche: el tipo «que *no es nada*, pero que lo *representa* casi todo». Los especialistas han desaparecido: hoy se escribe *para* el periódico, y el periódico exige que se hable de todo. Dentro de treinta años todos seremos periodistas, es decir, nadie sabrá nada de nada. Nos limitaremos a *sospechar* las cosas, lo cual tiene la ventaja de que ahorra tiempo y no entristece el espíritu con la melancolía de las lecturas largas.

AZORÍN (*Voluntad*, 195-196)

Toda la prensa de la mañana da cuenta del banquete con que la juventud celebró anoche la publicación de la flamante novela de Olaiz, titulada *Retiro espiritual...*

Azorín lee *El Imparcial*, que refiere minuciosamente el acto. Inició el brindis, leyendo un corto y enérgico discurso, Azorín; luego dos, tres, cuatro, seis mozos más, hábiles manejadores de la pluma, hablaron también en grave registro o por pintoresca manera. El cronista de *El Imparcial* los enumera a todos, da breves extractos de sus arengas, trátalos con afectuosa deferencia...

Después Azorín coge *El Liberal*. En *El Liberal* ha hecho la reseña un antiguo compañero suyo. Y Azorín ve con sorpresa que se nombra a todos los que en la comida hablaron, a todos sin faltar uno, menos a él, al propio Azorín. El autor –su viejo amigo– ha hecho pasmosos y admirables equilibrios para no mentar su nombre, mentando a todos.

–Este rasgo de inquina mujeril –piensa Azorín–, esta insignificancia rastrera, propia de un espíritu sin idealidad, sin altura, sin grandeza, es como el símbolo de esta juventud de la que yo formo parte, entre la que yo vivo; de esta juventud que, como la otra juventud pasada, la vejez de hoy, no tiene alientos para remontarse sobre las miserias de la vida... Es un detalle éste que casi nada vale; pero la existencia diaria está formada de estos microscópicos detalles, y la historia, a la larga, no es sino, de igual manera, un diestro ensamblaje de estas despreciables minucias. Yo recuerdo que hace años, en un periódico en que dominaba un literato tenido por insigne, se copiaban los sumarios de una revista literaria, y al copiarlos suprimían el nombre de un escritor, colaborador de esta revista, que tiempo atrás había molestado con su sátira al literato insigne. ¡Imposible llevar más allá la ruindad de espíritu! Y este es otro detalle elocuentísimo para la pintura de nuestra sociedad literaria: en Madrid es raro el literato de corazón ancho. Se vive en un ambiente de dimes y diretes, de pequeños odios, de minúsculas adulaciones, de referencias insidiosas, de sonrisas falsas, de saludos equívocos...

(*Ibidem*, 216-217)

Símbolos

Bien hace el pueblo interesándose en el espectáculo que ofrece la causa de Villuendas. En las Salesas se discute y se juzga a Madrid *fin de siglo*, personificado en los actores principales de este drama.

Simbolizando ese contrabandismo intelectual, que se ha apoderado de la política y de los periódicos, de las Academias científicas y de las fábricas y mercados literarios, aparece el espectro de Moreno Pozo, el hombre vividor, desordenado, conocedor de ideas ya vulgares, que mantiene un rango superior a sus medios de fortuna y se agita en una sociedad de personajes, a los que adula para que le ayuden. Es en la ciencia el tipo que todos conocemos en el periódico; el redactor sin enjundia y sin estilo, despreciado intelectualmente por sus compañeros, que *colando* reclamos de prohombres, y frecuentando tertulias de copete, acaba en la gobernación de una provincia, mientras sus compañeros, los escritores de valía, a vuelta de una lucha penosa por conservar su independencia, andan solicitando credenciales de dos mil pesetas.

¿Y quién no ve en la viuda de Moreno Pozo la encarnación del lujo hambriento de este Madrid artificioso, necesitado a toda costa de placeres y que no vacila para conseguirlos, en cerrarse el porvenir, a cambio de una vara de terciopelo o de una entrada de los toros?

Villuendas es otra cosa. Es el hombre de presa que llega *bouche béante*, la boca abierta, dispuesto a tomar parte en esa gran merienda de que son víctimas las familias estranguladas por los intereses de los préstamos recibidos. Es otro tipo que conocemos todos, en forma de concejal de negocios, de tendero aprovechado, de prestamista moralizador o de banquero advenedizo; es el hombre de egoísmo salvaje, que salta por encima de los códigos para lograr su objeto, y que sólo por un exceso de animalidad da con su cuerpo en el banquillo de los acusados, en lugar de acabar en un palacio.

Y como únicos seres simpáticos se presentan los hijos de Moreno Pozo, mirando con ojos llorosos al porvenir cerrado y duro, símbolos de un pueblo huérfano que pregunta al vacío horizonte cuál será su destino, cuando cese el tremendo castigo de los desastres coloniales.

Madrid, noviembre de 1897.

MAEZTU (*Hacia*, 71-72)



El Imparcial. 10-12-1898. Hemeroteca Municipal, Madrid.

La propaganda del crimen

En un sólo periódico me encuentro con los siguientes títulos:

El asesinato del teniente coronel Ruiz; El fusilamiento de Arangueren; Los italianos y los asesinos; Parricidio de Ángela Ariza; El crimen de Guadarrama; ¿Incendio intencionado?; Asesinato bárbaro; Suicidio; Asesinato; Una mujer celosa; Robo importante; Un crimen por celos; Riña sangrienta.

¿No es bastante? Bueno, pues ahí va como nueva el probable asesinato de Rizal por sus compañeros Aguinaldo y Llanera. Media España está pendiente del asesinato. ¿A qué negarlo? Todos los españoles estamos deseando que se asesine al tal Rizal. Y no sé cómo para estas fechas no nos hemos asesinado ya las cuatro quintas partes de los españoles; ¡no será porque los periódicos no hagan todo lo posible por lograrlo!

Porque no se trata de un solo diario; son todos ellos los que con fruición incomprensible se empeñan en familiarizar a sus lectores con el espectáculo del crimen. La mitad de su texto se dedica a tan triste objetivo. Una columna para ir acostumbrando a las gentes, con la reseña de los tribunales, a declarar en falso, a elogiar al abogado que libra del patíbulo a un individuo que se lo ha ganado *honradamente*, a enseñar a los criminales a librarse de la acción de la justicia.

Tres o cuatro columnas a reseñarnos los crímenes del día; la mitad de los telegramas a anunciarnos los crímenes de las provincias; los mismos cablegramas de ultramar a relatar más crímenes o a hacérselos desear.

Y ahí va el periódico de mano en mano, arrojando a la voracidad de las muchedumbres crímenes y más crímenes, que restan espacio a la literatura que consuela y hace amar la belleza, a las ideas nobles, a los mismos concisos comentarios, que suelen merecerles los hechos meritorios.

Quiero creer que las gentes no obedezcan a la sugestión de los periódicos; quiero creerlo, porque no se oyen dos conversaciones en las que no se maldiga de la prensa; quiero creerlo, porque si los gobiernos fueran a ser dóciles a las indicaciones de los periódicos, nuestra España sería ya una pluma arrojada a los vientos que soplaran por las contadurías periodísticas; pero pienso en la mala bestia que cada hombre lleva dentro de sí; pienso en este demonio de la perversidad que a todos los hombres, aun a los más santos, hace soñar, soñar cuando menos, en resolver sus conflictos por

los medios violentos, y me pregunto si esa exhibición innecesaria y constante del crimen, si esa apoteosis de la criminalidad a que consciente o inconscientemente se entregan los periódicos, con furia demoníaca, no conduce, más que a otra cosa, a despertar instintos animales, mal dormidos entre las sábanas ligeras de la moral, mal disfrazados entre el oropel de nuestros progresos materiales.

(*Ibidem*, 73-74)

Había comenzado el verano. Isidro juraba de desesperación viendo que todas las personas que podían ayudarle se ausentaban de Madrid. No encontraba trabajo; los editores paralizaban sus negocios; ningún traductor necesitaba ayuda; los semanarios ilustrados llenaban sus páginas con grabados representando el veraneo de los reyes y de la aristocracia en las playas del Norte, sin dejar espacio para un mal artículo.

BLASCO IBÁÑEZ (*Horda*, 1466-1467)

No bastaba la lluvia ni la nieve para que la oficina dejase de funcionar. Al romper el día llegaba el señor Manolo con sus ayudantes cargados de paquetes de periódicos. Tenía su especialidad, que era la venta de las afueras. Todos los vendedores, viejas, chicuelos y hombres haraposos, le rodeaban, gritando, tendiendo sus manos para ser los primeros. Él no se turbaba ante esta aglomeración: hallábase acostumbrado a mayores conflictos en su *larga vida política*.

—Haiga orden, ciudadanos, y un poquito de crianza. ¡Que no se diga del cuarto estado!... A cada uno se le dará según el orden de la discusión y los derechos de su autonomía al respective.

Y con gran calma iba repartiendo las manos de los periódicos, exigiendo a cada uno el producto de la venta del día antes, llevando de memo-

ria las intrincadas partidas de su contabilidad, apreciando al tanteo la exactitud de las cantidades en calderilla, sonando las pesetas contra el asfalto con tal ímpetu, que volvían de un rebote a sus manos como si fuesen pelotas.

El *cuarto estado* era su frase favorita, en la que lo abarcaba todo, y cuyo alcance había que adivinar. Unas veces el *cuarto estado* eran únicamente los vendedores del papel; otras la gente popular; y algunas, todos los que compran periódicos.

Maltrana, al verle, le preguntaba invariablemente por el famoso *cuarto estado*.

—Anda algo roío —contestaba el señor Manolo—; hay tormenta en la atmósfera metálica: la gente tiene pocas ganas de papel.

Cuando vendía un periódico nuevo, decía con énfasis:

—Hoy he tenido un éxito extramuros. Los redactores debían votarme un mensaje de gracias, a pesar de que no me llamaron para darme voz y voto. Yo soy el sentido práctico, y les hubiera presentado una moción y consumido un turno para demostrarles que deben sacar el periódico dos horas más tarde. Pero como uno no es letrado, le ojetan el argumento, y el *cuarto estado* que se roa.

Su entusiasmo federalista excitaba el regocijo de Isidro, miserable *unitario*, incapaz de comprender ciertas cosas. Para el señor Manolo, estaba España dividida en catorce Estados, porque así lo habían dispuesto los correligionarios por medio de solemnes y libérrimos pactos. Él era ciudadano de Castilla la Nueva, pero quería vivir en paz y fraternidad con los extranjeros de los otros Estados españoles, así fuesen aristócratas como del *cuarto estado*.

—¿Es usted de Reus? —exclamaba en la oficina al contestar a un transeúnte—. Pues el Estado catalán ha pactado con el de Castilla. Vamos a beber unas *tintas*, como buenos ciudadanos confederados.

Las comidas del domingo en casa del *Mosco* eran tranquilas y plácidas. Feliciano, la hija del cazador, servía la mesa o permanecía inmóvil junto a la pared, con los ojos fijos en Maltrana. Si éste hablaba, parecía beber ella sus palabras, con una expresión admirativa en los ojos, como si la subyugase la cultura del joven, que aun adquiría mayor realce entre sus rústicos compañeros.

Isidro la miraba algunas veces. ¡Hermosa era la hija del *Mosco*! Cada vez la encontraba más guapa. Adivinaba su admiración, pero aquellos ojos negros fijos en él sólo le inspiraban un vago agradecimiento. Jamás se le había ocurrido la posibilidad de perder el tiempo con una mujer. Eso quedaba para los hartos, para los felices.

El señor Manuel comía con entusiasmo, alabando la carne tierna de los animales de El Pardo. Olía a tomillo, a romero, a todos los perfumes del bosque.

Los domingos eran para él el día de descanso y plácido aislamiento. No tenía periódico; apenas si al amanecer repartía un poco de papel a la chusma haraposa que le traía loco. Sin embargo, las preocupaciones de la profesión le asaltaban en medio de su descanso, e interrumpía la comida para preguntar al *Mosco* y a Maltrana:

—¿Por dónde estará ahora la partida grande?...

Los interpelados levantaban los hombros con indiferencia. La *partida grande* era un grupo de vendedores de voz de trompeta, que sabían sacarse del magín atractivos pregones: la aristocracia del oficio, ocupada únicamente en lanzar periódicos nuevos y ofrecer libros faltos de compradores, con enorme rebaja...

El señor Manolo, después de larga reflexión, informaba a sus amigos el paradero de tal partida.

—Debe de andar por Zaragoza, vendiendo un papel nuevo, el del último crimen, que interesa mucho al *cuarto estado*.

(*Ibidem*, 1397-1398)

s

En aquel instante resonó en el fondo de la calle un confuso estruendo de voces, desde la más baja a la más tiple, que gritaban a la vez. El tumulto iba en aumento: eran vendedores del *Heraldo de Madrid* que se acercaban pregonando algún acontecimiento sensacional. [...] Aquel crimen, referido ya por los periódicos de la mañana, pertenecía al número de

los llamados «pasionales». Un cajista que había matado por celos a una cantadora del café del Pez...

Los vendedores pasaban corriendo y voceando emocionados, cual si realmente fuesen portadores de una gran noticia:

—¡*Heraldo, Heraldo de Madrid*, con todos los detalles del crimen de la calle Pozas y las últimas declaraciones del asesino!...

Y había algo muy triste en aquel pregón que arrastraba por las calles de Madrid el recuerdo de un crimen, y que los vendedores repetían con ahínco, ganosos de allegar dinero, como si el charco de sangre que derramó una puñalada de celos, fuese para ellos un arroyo santo que, como el Darro o el Jordán, acarrease también pepitas de oro.

ZAMACOIS (*Incesto*, 95)

B I B L I O G R A F Í A

- AA.VV.: *El antiguo Madrid. Catálogo general ilustrado*, Madrid, Sociedad Española de Amigos del Arte, 1926.
- AA.VV.: *Imágenes de Madrid (Fondos fotográficos del Museo Municipal (...))*, Madrid, Museo Municipal, 1984.
- AA.VV.: *Madrid en Galdós, Galdós en Madrid. Catálogo de la Exposición*, Madrid, Comunidad, 1988.
- AA.VV.: *La sociedad madrileña durante la Restauración 1876-1931*, Eds. Ángel Bahamonde y Luis Enrique Otero, Madrid, Comunidad de Madrid, Estudios de Paul Dubert; José Simón Díaz, Ángela Ena, sobre literatura.
- AA.VV.: *Visiones de Madrid*, Madrid, Comunidad, 1991.
- AA.VV.: *Madrid pintado. La imagen de Madrid a través de la pintura*, dir. Alfonso E. Pérez Sánchez, Madrid, Madrid Capital Europea de la Cultura, 1992.
- AA.VV.: *Imágenes del Madrid antiguo. Álbum fotográfico 1857-1939*, Madrid, La Librería, 1992.
- AA.VV.: *Biografía literaria de Madrid*, dir. Matilde Sagaró, Madrid. El Avapiés y Luis Cossío, 1993.
- AA.VV.: *Postales antiguas de Madrid. Recuerdos de un Madrid vivido*, Madrid, Museo Municipal, La Librería, 1994.
- AA.VV.: *Guía del Museo Municipal de Madrid. La Historia de Madrid en sus colecciones*, Madrid, Museo Municipal, 1995.
- AA.VV.: *Madrid. Atlas histórico de la ciudad. Siglos IX-XIX*, dir. Virgilio Pinto, Santos Madrazo, Fundación Caja Madrid, Lunberg, 1995.
- ANÓNIMO: Madrid, 1898 (carpeta con láminas), Madrid, La Librería, 1998.
- DÍEZ BORQUE, José M.^a: (Comisario). *Exposición Madrid 1898*, Madrid, Ayuntamiento, 1998.
- ARCHIVO RUIZ VERNACCI: *Madrid ayer y hoy*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1984.
- BAKER, Edward: *Materiales para escribir Madrid. Literatura y espacio urbano de Moratín a Galdós*, Madrid, siglo XXI, 1991.
- BARRERA, Antonio: *Crónica del género chico y de un Madrid divertido*, Madrid, El Avapiés, 1983.
- BERNAL MUÑOZ, José Luis: (Comisario), *Exposición Arte y Literatura en la Edad de Plata*, Madrid, Ministerio de Educación y Cultura, 1998.
- BRAVO MORATA, Federico: *El sainete madrileño y la España del sainete*, Madrid, Fenicia, 1973.
- CONDE, M.^a José: *Madrid en la novela IV*, Madrid, Comunidad, 1994.
- DELEITO, José: *Estampas del Madrid teatral de fin de siglo*, Madrid, Calleja, s. f.
- FRADEJAS, José: *Geografía literaria de la provincia de Madrid*, Madrid, I. E. M., 1958.

- GÓMEZ LABAD, José M.^a: *El Madrid de la zarzuela. (Visión recogijada de un pasado en cantables)*, Madrid, ed. Juan Piñeiro, 1983.
- HERRERO, Miguel: *Madrid y el teatro*, Madrid, CSIC., 1972.
- HIDALGO, Ramón; RAMOS, Rosalía; REVILLA, Fidel: *Madrid literario*, Madrid, La Librería, 1990.
- HUICI, Fernando: *Plástica y texto en torno al 98*, Madrid, Comunidad, 1998.
- LACARTA, Manuel: *Madrid y sus literaturas. De la generación del 98 a las postguerra*, Madrid, El Avapiés, 1986.
- LÓPEZ MONDÉJAR, Publio: *Memoria de Madrid. Fotografías de Alfonso*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1984.
- *Las fuentes de la memoria. Fotografía y sociedad en la España del siglo XIX*, Madrid, Lunwerg, s. f. (1989).
- MARTÍNEZ MARTÍN, Alejo: *Madrid en la poesía II*, Madrid, Comunidad, 1996.
- MONTERO ALONSO, José: *El Madrid de Jacinto Benavente*, Madrid, IEM., 1959.
- *Madrid en la vida de(...)*, Madrid, Comunidad de Madrid, Editorial Complutense, 1997.
- MONTOLIU, Pedro: *Madrid, 1900*, Madrid, Silex, 1994.
- MORAL, Carmen del: *La sociedad madrileña fin de siglo y Baroja*, Madrid, Turner, 1974.
- PLA, C.; BENITO, P.; CASADO, M.; POYÁN, J. C.: *El Madrid de Galdós*, Madrid, El Avapiés, 1987.
- PUÉRTOLAS, Soledad: *El Madrid de la lucha por la vida*, Madrid, Helios, 1971.
- ROMERO, Marina: *Paisaje y literatura de España. Antología de los escritores del 98*, Madrid, Tecnos, s. f. (1957).
- SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos: *El Madrid de Galdós*, Madrid, I. de Estudios Madrileños, 1967.
- *Historias y estampas de la villa de Madrid*. Madrid, Giner, 1984.
- SÁNCHEZ VIGIL, Juan Miguel y DURÁN BLÁZQUEZ, Manuel: *Madrid en blanco y negro (1875-1931)*, Madrid, Espasa Calpe, 1992.
- SANCHO, J.L.: *Madrid en la literatura*, Madrid, Papeles de Acción Educativa, 1985.
- SANTOS, Juan Antonio: *Madrid en la prosa de viaje, III*, Madrid, Comunidad, 1994.
- SECO, Manuel: *Arriches y el habla de Madrid*, Madrid, Alfaguara, 1970.
- SIMÓN DÍAZ, José: *Guía literaria de Madrid. De murallas adentro*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, La Librería, 1993.
- *Guía literaria de Madrid. Arrabales y barrios bajos*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, La Librería, 1994.
- *Guía literaria de Madrid. De la Puerta del Sol al Paseo del Prado*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños. La Librería, 1997.
- THOMAS, Hugh (selección e introducción): *Madrid. Una antología para el viajero*, Madrid, Grijalbo, 1988.
- VERGARA MARTÍN, Gabriel M.^a: *La poesía popular madrileña y el pueblo de Madrid*, Madrid, Hernando, 1926.

A U T O R E S C I T A D O S

ARNICHES: *Santo*

ARNICHES, Carlos, *El santo de la Isidra. El amigo Melquiades. Los caciques*, Madrid, Alianza, 1988.

Fiesta

La Fiesta de San Antón. Teatro completo, Madrid, Aguilar, 1948. *Apud* Simón Díaz, J., *Guía Literaria (...)*. Arraballes, (*Vid.* Bibliografía).

Sandías

Sandías y melones, *Íbidem*.

ARNICHES-LUCIO: *Último*

ARNICHES, Carlos y LUCIO, Celso, *El último chulo*, Madrid, Imp. R. Velasco, 1902. *Apud* Simón Díaz, J., *Guía Literaria (...)*. *De la Puerta del Sol*. (*Vid.* Bibliografía).

AZORÍN: *Voluntad*

AZORÍN, *La voluntad*, ed. E. Inman Fox, Madrid, Castalia, 1968.

Diario

Diario de un enfermo, Madrid, Aguilar, 1959, *Apud* Conde, María José, *Madrid en la novela IV*, (*Vid.* Bibliografía).

BALART: *Horizonte*

BALART, Federico, *Horizontes*, Librería de Fernando Fe, 1897.

BAROJA: "La tumba".

BAROJA, Pío, "La tumba de Larra" (1901) en Azorín, *La voluntad*, ed. cit. p. 241, nota de E. Inman Fox.

Busca.

La busca. Madrid, Caro Raggio, 1972.

Mala.

Mala hierba, Madrid, Caro Raggio, 1972.

Aurora.

Aurora roja, Madrid, Caro Raggio, 1974.

Aventuras.

Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox, ed. E. Inman Fox, Madrid, Espasa Calpe, 1989.

BLASCO IBÁÑEZ: *Horda*.

BLASCO IBÁÑEZ, Vicente, *La horda. Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1966, pp. 1365-1516.

BLASCO, E: *Recuerdos*.

Blasco, Eusebio, *Recuerdos. Notas íntimas de Francia y España*, Madrid, Librería Fernando Fe, 1894. *Apud* Santos, Juan Antonio., *Madrid en la prosa de viaje III*, (Vid. Bibliografía).

CAJAL, EN MOROTE: *Moral*.

MOROTE, *Moral*, cit. p. 83.

CANSINOS: *Novela*.

CANSINOS ASSENS, Rafael, *La novela de un literato*, Madrid, Alianza, 1982-85. *Apud* Simón Díaz, J., *Guía Literaria (...) De Murallas*. (Vid. Bibliografía).

CASERO: *Gatos*.

CASERO, Antonio, *Los gatos*, Madrid, Sáenz de Jubera, 1906. *Apud* Simón Díaz, J., *Guía Literaria (...) Arrabales*, (Vid. Bibliografía).

DARÍO: *Prosas*.

DARÍO, Rubén, *Prosas profanas [1986-1901]*, ed. Andrew P. Debicki y Michael J. Dondoroff, Madrid, Alhambra, 1985.

España.

España contemporánea, prol. Antonio Vilanova, Barcelona, Lumen, 1987.

DICENTA: *Juan José*.

DICENTA, Joaquín, *Juan José*, ed. Jaime Mas, Madrid, Cátedra, 1992.

ECHEGARAY: *Mancha*.

ECHEGARAY, José, *Mancha que limpia*, en *Teatro escogido*, prol. Amando Lázaro, Madrid, Aguilar, 1964, pp. 1993-2172.

GALDÓS: *Misericordia*.

Misericordia, ed. Luciano García Lorenzo, Madrid, Cátedra, 1982.

Voluntad.

PÉREZ GALDÓS, Benito, *Voluntad en Cuentos y teatro*, introducc. de Federico Carlos Sainz de Robles, Madrid, Aguilar, 1941, pp. 363-395.

GANIVET: *Trabajos*.

GANIVET, Ángel, *Los trabajos del infatigable Creador Pío Cid*, ed. Laura Rivkin, Madrid, Cátedra, 1983.

J.R.J.: *Leyenda*.

JIMÉNEZ, Juan Ramón, *Leyenda*, ed. Antonio Sánchez Romeralo, Madrid, Cupsa, 1978.

Rimas.

Rimas, prol. Ángel González, Madrid, Taurus, 1981.

LARRUBIERA-CASERO: *Gente*.

LARRUBIERA, Alejandro y CASERO, Antonio, *La gente del pueblo*, Madrid, Administración lírico-dramático, 1896. *Apud* Simón Díaz, J., *Guía Literaria (...)* *Arrabales*, (Vid. Bibliografía).

LÓPEZ BAGO: *Separatista*.

LÓPEZ BAGO, Eduardo, *El separatista*, ed. Francisco Gutiérrez Carbajo, Madrid, Castalia, 1997.

LÓPEZ SILVA: *Gente*.

LÓPEZ SILVA, José, *La gente del pueblo*, Madrid, Librería Fernando Fe, 1900. *Apud* Simón Díaz, J., *Guía Literaria (...)*. *Arrabales*. (Vid. Bibliografía).

Los madriles.

Los madriles, Madrid, M. G. Hernández, 1898. *Apud* Simón Díaz J., *Guía Literaria (...)*. *De murallas*, (Vid. Bibliografía).

LÓPEZ SILVA-FERNÁNDEZ-SHAW: *Gatito*.

LÓPEZ SILVA, José y FERNÁNDEZ SHAW, Carlos. *El gatito negro*, Madrid, SAE, 1990. *Apud* Simón Díaz, J., *Guía Literaria (...)* *Arrabales*, (Vid. Bibliografía).

Revoltosa.

La Revoltosa, Madrid, 1925. *Apud* Simón Díaz, J., *Guía Literaria (...)* *De Murallas*, (Vid. Bibliografía).

MACHADO, A: *Prosa*.

MACHADO, Antonio, *Poesía y Prosa III. Prosas completas (1983-1936)*, ed. Oreste Macrí y Gaetano Chiappini, Madrid, Espasa Calpe, F. A. Machado, 1988.

La tarde en el jardín.

Poesía y prosa II: Poesías completas, ed. de O. Macrí y G. Chiappini, Madrid, Espasa Calpe, Fundación Antonio Machado, 1988.

MACHADO, M.: *Alma*.

MACHADO, Manuel, *Alma. Ars moriendi*, ed. Pablo del Barco, Madrid, Cátedra, 1995.

MAEZTU: *Hacia*.

MAEZTU, Ramiro de, *Hacia otra España*, introducc. de Javier Varela, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.

MOROTE: *Moral*.

MOROTE, Luis, *La moral de la derrota*, introducc. de Juan Sisinio Pérez Garzón, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.

NÚÑEZ DE ARCE: *Poesía*.

NÚÑEZ DE ARCE, Gaspar, *Poesías completas*, prol. Arturo Souto, México, Porrúa, 1982.

PARDO BAZÁN: *Vida*.

PARDO BAZÁN, Emilia, *La vida contemporánea (1896-1915)*, introducción y selección Carmen Bravo Villasante, Madrid, Novelas y Cuentos, 1972.

REINA: *Rayo*.

REINA, Manuel, *Rayo de sol*, Madrid, Imp. Hijos de M. G. Hernández, 1897.

TRIGO: *Ingenuas*.

TRIGO, Felipe, *Las ingenuas*, prol. Santiago Castelo, Madrid, Otero Ediciones, 1996.

UNAMUNO: *Amor*.

UNAMUNO, Miguel de, *Amor y pedagogía*, prol. de Julia Barella, Madrid, Alianza, 1989.

VALERA: *Discursos*.

VALERA, Juan, *Discursos académicos II*, Madrid, I. Alemania, 1905.

VEGA: *Verbena*.

VEGA, Ricardo de la, *La Verbena de la paloma*, Madrid, Administración Lírico Dramática, 1898. *Apud* Simón Díaz, J., *Guía Literaria (...) De Murallas*. (Vid. Bibliografía).

ZAMACOIS: *Punto*.

ZAMACOIS, Eduardo, *Punto-Negro*, Barcelona, Sopena, s. d. (1897).

Enferma.

La enferma. Barcelona, Sopena, 1896.

Tik.

Tik-Nay, Barcelona, Sopena, s. d. (1900).

Duelo.

Duelo a muerte, Barcelona, Sopena, s. d. (1902).

Incesto.

Incesto, Barcelona, Sopena, 1900.

Í N D I C E D E I L U S T R A C I O N E S

Eduardo Chicharro: <i>Tejados de Madrid</i>	18
Aureliano de Beruete: <i>Pradera de San Isidro</i>	21
<i>Panorama desde las Vistillas</i> . L. F. Guirao.	26
<i>Río Manzanares</i>	32
<i>Lavadero en el Manzanares</i> . L. F. Guirao.	34
Aureliano de Beruete: <i>Afuera de Madrid</i>	38
Enrique Martínez Cubells: <i>La Puerta del Sol</i>	46
<i>Calle Fuencarral</i>	55
<i>Puerta del Sol</i>	58
<i>Tenderetes en la Plaza Mayor</i>	62
<i>Alameda del Retiro</i> . L. F. Guirao.	64
<i>Parque del Retiro</i>	67
<i>Sala en la casa de la calle de Atocha</i> . L. F. Guirao	70
<i>Hotel de D. Antonio Espina</i> . L. F. Guirao.	74
<i>Tocador de Luisa. Casa de la calle de Atocha</i> . L. F. Guirao.	77
<i>Casa en la calle Pacífico</i> . L. F. Guirao.	80
Ramón Casas: <i>Interior</i>	82
Manuel Cusi: <i>Al lado de la estufa</i>	83
<i>Una madrileña</i> . Hauser y Menet.	93
<i>Escena callejera</i> . Fotografía de Santiago Ramón y Cajal.	97
<i>Domingo de Ramos. Las Salesas</i>	98
<i>Pavimentación de la calle de Sevilla</i>	102
Ricardo Baroja: <i>Los traperos</i>	105
<i>Mujer pidiendo limosna. Blanco y negro</i>	111
<i>Fábrica de Serpentinás. Nuevo Mundo</i>	115
<i>Fábrica de la Moneda</i>	118
<i>Almacenes Valdés y García. Nuevo Mundo</i>	122
<i>Churrería</i>	125
<i>Escena del Rastro</i>	128
<i>Cava Baja</i> . L. F. Guirao.	133
<i>Charlatán en la Plaza Mayor</i>	137
<i>Tranvía</i>	140
<i>Estación del Norte</i> . L. F. Guirao.	143
<i>Grand Hotel de la Paix</i>	146
Aureliano de Beruete: <i>Asilo de San Bernardino</i>	150
<i>El Asilo de San Bernardino. Nuevo Mundo</i>	150
José Franco Cordero: <i>Hospicio</i>	155
<i>Hospital de la Latina</i>	158
<i>Sala del Hospital de la Princesa</i>	161
M. Méndez Bringa: "Por el alma sola". <i>Blanco y Negro</i>	162
Ricardo Baroja: <i>Camino del Este. Camino del Cementerio</i>	167
<i>Boletín de Instrucción Pública</i>	172
<i>La Escuela Moderna</i>	172
<i>Escuelas Aguirre</i> . L. F. Guirao.	181

<i>Escuelas Aguirre.</i>	182
<i>Panarinfo de la Universidad Central.</i>	185
<i>Iglesia de San José, calle de Alcalá.</i>	186
<i>Iglesia de Nuestra Señora de Atocha.</i>	189
<i>Procesión del Cristo de los Alabarderos.</i>	193
José M. ^a López Mezquita. <i>Cuerda de presos.</i>	196
<i>Guardia Civil en el Paseo de Recoletos.</i> L. F. Guirao.	205
<i>Ingreso en la Cárcel Modelo.</i>	208
Ricardo Baroja: <i>Carnaval de Madrid.</i>	214
<i>Carnaval en el Paseo del Prado.</i>	217
<i>Carnaval de 1898.</i> L. F. Guirao.	219
<i>Los domingos en Madrid. Blanco y Negro.</i>	230
“En la verbena” <i>Ilustración Española y Americana.</i>	232
<i>Guerrita matando contra querencia. La Lidia.</i>	240
<i>Cogida de Bombita. La Lidia.</i>	248
Ángel Lizcano: <i>Agua, azucarillos y aguardiente.</i>	250
Joaquín Sorolla: <i>María Guerrero.</i>	255
<i>Revista de Teatro Juan Rana.</i>	258
<i>Programa del Gran Circo de Parish.</i>	266
<i>Cartel del Circo Alegría.</i>	274
<i>Ciudadanos frente a cartel de cine.</i>	282
Francisco Sancha: <i>Pasando el tiempo en la taberna.</i>	284
Alberto Ziegler: <i>Café Cantante.</i>	288
Baroja y Azorín en una taberna. <i>Alma Española.</i>	294
<i>Paseo de velocípedos en el Retiro.</i> L. F. Guirao.	302
<i>Vendedora de lotería. Blanco y Negro.</i>	304
<i>Biblioteca Nacional de Madrid.</i> L. F. Guirao.	310
<i>Inauguración del edificio de la Real Academia Española.</i> <i>La Ilustración Española y Americana.</i>	314
<i>Almanaque de la Vida literaria.</i>	320
<i>Revista Electra.</i>	323
<i>Revista Nueva.</i>	323
Mariano Benlliure en su estudio. L. F. Guirao.	336
<i>Palacio Real.</i> L. F. Guirao.	348
<i>Jura de Alfonso XII.</i> L. F. Guirao.	355
<i>Congreso de los Diputados.</i> L. F. Guirao.	361
Ignacio Suárez: <i>Antonio Cánovas del Castillo.</i>	363
Ignacio Suárez: <i>Práxedes Mateo Sagasta.</i>	363
<i>Revista El Ejército Español.</i>	371
<i>Vuelta de los soldados. Ilustración Española y Americana.</i>	373
<i>Niño vendiendo el Heraldo de Madrid. Blanco y Negro.</i>	388
“Pro Patria”. <i>La Ilustración Española y Americana.</i>	392
<i>El Imparcial.</i>	399
<i>Heraldo de Madrid.</i>	402



Comunidad de Madrid

ISBN 84-451-1529-4



9 788445 115299